



LEALTADES
RETORCIDAS

LIBRO 1 EN LAS CRONICAS
DE CAMORRA

Cora Reilly

PRÓLOGO

NUEVA YORK - territorio de la familia.

LUCA HA SIDO CAPO POR MÁS DE DIEZ AÑOS, pero las cosas nunca habían estado tan jodidas como ahora. Estaba posado en el borde del amplio escritorio de caoba mientras escaneaba el arrugado mapa que mostraba las fronteras de su territorio. Su Famigli, todavía controlaba toda la longitud de la costa este, desde Maine hasta Georgia. Nada había cambiado en décadas. Sin embargo, la Camorra había extendido su territorio más allá de Las Vegas hacia el este, habiendo ganado la ciudad de Kansas de los rusos recientemente. Remo Falcone estaba empezando a tener demasiada confianza. Luca tenía la jodida idea de que su próximo movimiento sería un ataque a cualquier parte del territorio Outfit o al territorio de la Famiglia. Ahora tenía que asegurarse de que Falcone fijara su vista en las ciudades de Dante Cavallaro y no en las suyas. La guerra entre la Famiglia y el Outfit ya había matado a suficientes hombres. Otra guerra con la camorra los destrozaría.

Growl asintió.—No lo hago, pero no estoy en posición de decirte qué hacer. Eres Capo. Solo puedo decirte lo que sé sobre la Camorra, y no es bueno.

—¿Y qué?—Matteo, el hermano de Luca y su mano derecha, preguntó encogiéndose de hombros, girando su cuchillo entre sus dedos.—Podemos manejarlos.

Sonó un golpe y Aria entró en la oficina que estaba en el sótano del club de Luca, la Esfera. Ella levantó sus cejas rubias con curiosidad, preguntándose por qué su marido la había llamado. Por lo general, manejaba los negocios por su cuenta. Matteo y Growl ya estaban adentro, y Luca desplegó su cuerpo alto desde donde se apoyaba contra el escritorio cuando ella entró. Ella se acercó a él y le besó en los labios, luego preguntó.—¿Qué pasa?

—Nada,—dijo Luca, pero algo en su rostro estaba apagado.—Pero nos pusimos en contacto con la Camorra para unas negociaciones.

Aria miró a Growl. Había huido de Las Vegas seis años atrás después de haber matado al Capo de la Camorra Benedetto Falcone. Por lo que les había dicho, la Camorra era mucho peor que el Outfit o la Famiglia. Todavía se ocupaban de la esclavitud sexual y el secuestro, además del negocio habitual de las drogas, los casinos y la

prostitución. Incluso en el mundo de la mafia, se les consideraba malas noticias.—¿Lo hiciste?

—La lucha con el Outfit nos está debilitando. Con la Bratva ya violando nuestro territorio, tenemos que tener cuidado. No podemos arriesgarnos a que el Outfit haga un trato con la Camorra antes de que tengamos la oportunidad. Si pelean contra nosotros juntos, estaremos en problemas.

La culpa llenó a Aria. Ella y sus hermanas fueron la razón por la que se había roto la tregua entre el Outfit de Chicago y la Famiglia de Nueva York. Se suponía que su matrimonio con Luca crearía un vínculo entre las dos familias, pero cuando su hermana menor Liliana huyó de Chicago para casarse con el soldado de Luca, Romero, el jefe del Outfit, Dante Cavallaro les declaró la guerra. No podría haber reaccionado de otra manera.

— ¿Crees que incluso considerarán hablar con nosotros? — Preguntó Aria. Todavía no estaba segura de por qué estaba aquí en primer lugar. Ella no tenía ninguna información útil sobre la Camorra.

Luca asintió.— Ellos enviaron uno de los suyos para hablar con nosotros. Él estará aquí pronto.—Algo en su voz, una corriente oculta de tensión y preocupación, levantó los pequeños pelos en su cuello.

–Están tomando un gran riesgo al enviar a alguien. No pueden saber si va a regresar con vida,—dijo Aria sorprendida.

–Una vida no es nada para ellos,—murmuró Grawl.—Y el capo no envió a uno de sus hermanos. Envío a su nuevo Enforcer.

A Aria no le gustaba la forma en que Luca, Matteo y Grawl la miraban.

–Ellos piensan que él estará seguro,—dijo Luca.—Porque es tu hermano.

El suelo se alejó de los pies de Aria y ella se agarró al borde del escritorio.—¿Fabi?—Susurró ella. No lo había visto ni hablado con él en muchos años. Cuando la guerra había sido declarada, no le permitieron contactar a su hermano. Su padre, el Consigliere del Outfit, se había asegurado de ello.

Se detuvo en sus pensamientos.— ¿Qué está haciendo Fabi con la camorra? Él es un miembro del Outfit. Se suponía que debía seguir a mi padre como Consigliere un día.

–Se suponía que sí, sí,—dijo Luca, intercambiando una mirada con los otros hombres.—Pero tu padre tiene dos hijos menores con su nueva esposa y al parecer uno de ellos se convertirá en Consigliere. No

sabemos qué ocurrió, pero por alguna razón, Fabiano desertó a la Camorra, y ellos lo aceptaron. Es difícil obtener información real sobre el asunto.

—No puedo creerlo. Voy a ver a mi hermano otra vez. ¿Cuándo? — Preguntó ella con entusiasmo. Era casi nueve años más joven, y ella lo había criado hasta que tuvo que abandonar Chicago para casarse con Luca.

Growl sacudió la cabeza con el ceño fruncido.

Luca tocó el hombro de Aria.—Aria, tu hermano es el nuevo Enforcer de la Camorra.

Tomó unos segundos para que la información se hundiera. Los ojos de Aria se lanzaron a Growl. Él todavía la asustaba con sus tatuajes y cicatrices, con la oscuridad persistente en sus ojos. Y ella ya no se asustaba fácilmente, no al estar casada con Luca.

Growl había sido el Enforcer de la Camorra cuando Benettone Falcone había sido Capo. Y ahora que el hijo de Falcone había tomado el poder, Fabi se había hecho cargo del papel. Ella tragó. *Enforcer*. Ellos hacían el trabajo sucio. El trabajo sangriento. Se aseguraban de que la gente obedeciera, y si no lo hacían, los Ejecutores se aseguraban de que su

destino fuera una advertencia para cualquiera que considerara hacer lo mismo.

—No,—dijo en voz baja.—No Fabi. No es capaz de ese tipo de cosas.—Había sido un niño cariñoso y amable, siempre había tratado de proteger a sus hermanas.

Matteo le dirigió una mirada que le decía que estaba siendo ingenua. A ella no le importaba. Quería ser ingenua si eso significaba conservar la memoria de su amado y gracioso hermanito. Ella no quería imaginarlo como cualquier otra cosa.

—El hermano que conocías no será el hermano que verás hoy. Él será alguien más. Ese chico que conociste está muerto. Él tiene que estarlo. Ser un Enforcer no es un trabajo para los de buen corazón. Es un trabajo cruel y sucio. Y la Camorra no muestra misericordia hacia las mujeres como es su hábito en Nueva York o Chicago. Dudo que haya cambiado. Remo Falcone es un jodido retorcido como su padre,—dijo Growl con su voz ronca.

Aria miró a Luca, esperando que él contradijera lo que su soldado había dicho. Él no lo hizo. Algo en Aria se quebró.—No puedo creerlo. No quiero,—dijo ella. —¿Cómo puede haber cambiado tanto?

—Él está aquí,—uno de los hombres de Luca les informó.—Pero se niega a entregar sus armas.

Luca asintió.—No importa. Le superamos en número. Déjalo pasar.—Luego se volvió hacia Aria.—Tal vez lo descubramos hoy.

Aria se tensó cuando unos pasos se acercaron. Se abrió la puerta y entró un hombre alto. Era casi tan alto como Luca, no tan ancho, pero musculoso. Un tatuaje asomaba bajo sus mangas enrolladas. Su pelo rubio oscuro estaba cortado por los lados y ligeramente más largo en la parte superior, y sus ojos azul hielo ...

Fríos, calculadores, cautelosos.

Aria no estaba segura de haberlo reconocido en la calle. Ya no era un niño; él era un hombre. No solo por la edad. Sus ojos se posaron en ella. La sonrisa del pasado no llegó, aunque el reconocimiento brilló en sus ojos. Dios, no quedaba nada del chico alegre que ella recordaba. Pero él era su hermano. Él siempre lo sería. Fue una tontería, pero ella se apresuró hacia él, ignorando el gruñido de advertencia de Luca.

Su hermano se puso tenso cuando ella lo abrazó. Podía sentir los cuchillos atados a su espalda, las armas en la funda alrededor de su

pecho. Ella sabía que habría más armas en su cuerpo. Él no le devolvió el abrazo, pero una de sus manos ahuecó su cuello. Aria lo miró entonces. Ella no había esperado ver ira en sus ojos antes de que él volviera su atención a Luca y los otros hombres en la habitación.

—No hay necesidad de sacar las armas,—dijo con un toque de diversión fría.—No he viajado todo este camino para lastimar a mi hermana.

Su toque en el cuello parecía menos un gesto de familiaridad que una amenaza.

Los dedos de Luca se cerraron alrededor de su brazo y él la retiró. Fabiano siguió la escena con humor oscuro en sus ojos. Él no se movió una pulgada.

—Dios mío,—susurró Aria con voz gruesa.—¿Qué te ha pasado?

Una sonrisa de depredador curvó sus labios. Ya no era fabi. Ese hombre frente a ella era alguien a quien temer.

Fabiano Scuderi.

Enforcer de la camorra.

CAPITULO 1

FABIANO.

Me acurruqué en mí mismo. No luché de nuevo. NUNCA LO HICE.

Padre gruñó por el esfuerzo de golpearme. Parte tras parte. Mi espalda. Mi cabeza. Mi estómago. Creando nuevos moretones, despertando viejos moretones. Jadeé cuando el dedo del pie de su zapato se metió en mi estómago, y tuve que tragar la bilis. Si vomito, solo me golpearía peor. O tomaría el cuchillo. Me estremecí.

Entonces los golpes se detuvieron y me atreví a mirar hacia arriba. Parpadeé para aclarar mi visión. El sudor y la sangre goteaban por mi cara.

Padre me miró ceñudo, respirando con dificultad. Se limpió las manos con una toalla que su soldado Alfonso le había entregado. Tal vez esta fue la última prueba para demostrar mi valía. Tal vez finalmente me había convertido en una parte oficial del Outfit. Un hombre hecho.

—¿Me hago mi tatuaje?

El labio del padre se curvó.—¿Tu tatuaje? No serás parte del Outfit.

—Pero...—Me dio una patada de nuevo y caí de nuevo de lado. Seguí adelante, sin importarme las consecuencias.—Pero yo seré Consigliere cuando te jubiles.—*Cuando mueras.*

Agarró mi collar y me puso de pie. Me dolieron las piernas cuando trate de pararme.— Eres un jodido desperdicio de mi sangre. Tú y tus hermanas tienen los genes contaminados de tu madre. Una decepción tras otra. Todos ustedes. Tus hermanas son putas y tú eres débil. Ya he terminado contigo. Tu hermano se convertirá en Consigliere.

—Pero él es un bebé. Soy tu hijo mayor.—Desde que papá se había casado con su segunda esposa, me había tratado como a una basura. Pensé que era para hacerme fuerte para mis futuras tareas. Hice todo lo posible para demostrar mi valía para él.

— Eres una decepción como tus hermanas. No permitiré que me avergüences.—Me soltó y mis piernas cedieron causando más dolor.

—Pero padre,—susurré.—Es tradición.

Su rostro se contrajo de rabia.—Entonces tendremos que asegurarnos de que tu hermano sea mi hijo mayor.—Él asintió con la cabeza a Alfonso, quien se arremangó la camisa. El primer golpe impactó mi estómago, luego las costillas. Mantuve mis ojos en mi padre mientras golpe tras golpe sacudía mi cuerpo, hasta que mi visión finalmente se volvió negra. El me mataría.

—Asegúrate de que no lo encuentren, Alfonso.

Dolor.

Profundo en el Hueso.

Gruñí. Las vibraciones enviaron una punzada a través de mis costillas. Intenté abrir los ojos y sentarme, pero mis párpados estaban cerrados. Gemí de nuevo.

No estaba muerto.

¿Por qué no estaba muerto?

La esperanza se encendió.

—¿Padre?

—Cállate y duerme, muchacho. Llegaremos pronto.

Esa era la voz de Alfonso.

Luché para sentarme y abrí los ojos. Mi visión era borrosa. Yo estaba sentado en la parte trasera de un coche. Alfonso se volvió hacia mí.— Eres más fuerte de lo que pensaba. Bien por usted.

—¿Dónde?—Tosí, luego hice una mueca.—¿Dónde estamos?

—Kansas City.—Alfonso condujo el auto hacia un estacionamiento vacío.— Parada final.

Salió, luego abrió la puerta trasera y me sacó. Jadeé de dolor, sosteniendo mis costillas, luego me tambaleé contra el auto. Alfonso abrió su billetera y me entregó un billete de veinte dólares. Lo tomé, confundido.

—Tal vez sobrevivas. Quizás no lo hagas. Supongo que ahora depende del destino. Pero no mataré a un niño de catorce años.—Me agarró la garganta y me obligó a mirarlo a los ojos.—Tu padre cree que estás muerto, muchacho, así que asegúrate de mantenerte alejado de nuestro territorio.

¿Su territorio? Era mi territorio. El Outfit era mi destino. No tenía nada más.

—Por favor,—le susurré. Sacudió la cabeza mientras caminaba alrededor del auto y entró. Retrocedí un paso cuando se marchó, luego me puse de rodillas. Mi ropa estaba cubierta de sangre. Agarré el billete de dólar en mis palmas. Esto era todo lo que tenía. Poco a poco me tendí sobre el asfalto fresco. La presión contra mi pantorrilla me recordó mi cuchillo favorito atado a una funda allí. Veinte dólares y un cuchillo. Me dolía el cuerpo y nunca quería levantarme de nuevo. No tenía sentido hacer nada. Yo no era nada. Deseé que Alfonso hubiera hecho lo que mi padre había ordenado. Deseaba que me hubiera matado.

Tosí y probé la sangre. Quizás me muriera de todos modos. Mis ojos revolotearon alrededor. Había un gran graffiti en la pared del edificio a mi derecha. Un lobo gruñendo delante de espadas.

El signo de la bratva.

Alfonso no pudo matarme él mismo.

Este lugar lo haría. Kansas City pertenecía a los rusos.

El miedo me instó a levantarme y marcharme. No estaba seguro de a dónde ir o qué hacer. Me dolía todo el cuerpo. Al menos no hacía frío. Comencé a caminar para buscar un lugar donde pudiera pasar la noche. Eventualmente me conformé con la entrada de una cafetería. Nunca había estado solo, nunca tuve que vivir en las calles. Tiré mis piernas contra mi pecho y tragué un gemido. Mis costillas me dolían ferozmente. No podía volver al Outfit o padre me mataría. Tal vez podría intentar contactar con Dante Cavallaro, pero él y mi padre habían trabajado juntos durante mucho tiempo. Me vería como una puta rata, una cobarde débil.

Aria me ayudaría. Mi estómago se contrajo. Su ayuda con Lily y Gianna fue la razón por la que mi padre me odiaba en primer lugar. Y correr a Nueva York con la cola entre las piernas para rogarle a Luca que me hiciera parte de la Famiglia no iba a suceder. Todos sabrían que me había tomado por lástima, no porque fuera un activo digno.

Sin valor.

Esto era. Estaba solo.

Cuatro días después. Sólo cuatro días. Me quedé sin dinero y sin esperanza. Todas las noches volvía al estacionamiento, esperando, deseando que Alfonso volviera, que mi padre hubiera cambiado de opinión, que su última mirada despiadada y odiosa hacia mí hubiera sido mi imaginación. Yo era un jodido idiota. Y estaba hambriento. No había comido en dos días. El primer día desperdicié todo mi dinero en hamburguesas, papas fritas y el Dr. Pepper.

Sostuve mis costillas. El dolor había empeorado. Traté de obtener dinero con el hurto hoy, elegí al tipo equivocado y me golpearon. No sabía cómo sobrevivir en la calle. No estaba seguro de querer seguir intentándolo. ¿Qué iba a hacer? Sin el Outfit. Sin futuro. Sin honor.

Me hundí en el suelo del estacionamiento a plena vista del graffiti de la Bratva. Yo me levante de nuevo. La puerta se abrió, los hombres salieron y se alejaron. Estaba en Territorio de la Bratva y estaba tan jodidamente cansado.

No sería lento. El dolor en mis extremidades y la desesperanza me mantuvieron en mi lugar. Miré hacia el cielo nocturno y comencé a recitar el juramento que había memorizado meses atrás en preparación para el día de mi inducción. Las palabras italianas salieron de mi boca, me llenaron de pérdida y desesperación. Repetí el juramento una y otra vez. Había sido mi destino convertirme en un Hombre Hecho.

Había voces a mi derecha. Voces masculinas en lengua extranjera. De repente, un chico de pelo negro me miró fijamente. Estaba magullado, no tan mal como yo, y vestido con pantalones cortos de pelea.—Dicen que hay un loco follador italiano afuera que murmura omerta. Supongo que se referían a ti.

Me quedé en silencio. Él había dicho 'Omertá' como lo diría yo, como si significara algo. Estaba cubierto de cicatrices. Sólo unos pocos años más. Dieciocho quizás.

—Hablar ese tipo de mierda en esta área significa que tienes un deseo de morir o que estás loco de mierda. Probablemente ambos.

—Ese juramento fue mi vida,—le dije.

Se encogió de hombros, luego miró por encima del hombro antes de volverse con una sonrisa torcida.—Ahora va a ser tu muerte.

Me senté. Tres hombres en pantalones cortos de lucha, sus cuerpos cubiertos con tatuajes de lobos y Kalashnikov, con sus cabezas bien afeitadas salieron de una puerta al lado del graffiti de la Bratva.

Consideré recostarme y dejar que terminaran lo que Alfonso no pudo.

—¿Qué familia?—Preguntó el chico de pelo negro.

—El Outfit,—le contesté, incluso cuando la palabra rasgó un agujero en mi corazón.

El asintió.—Supongamos que se deshicieron de ti. ¿No tienes las bolas para hacer lo que se necesita para ser un Hombre Hecho?

¿Quién era él?—Tengo lo que se necesita,—siseé.—Pero mi padre me quiere muerto.

—Entonces demuéstalo. Y ahora levántate de la mierda del suelo y pelea. — Él entrecerró los ojos cuando no me moví.—Obten. La. Mierda. Arriba.

Y lo hice, a pesar de que mi mundo giraba y tenía que sostener mis costillas. Sus ojos negros captaron mis heridas.—Supongamos que tendré que hacer la mayor parte en los combates. ¿Tienes armas?—Saqué mi cuchillo Karambit de la funda alrededor de mi pantorrilla.—Espero que puedas manejar esa cosa.

Entonces los rusos estaban sobre nosotros. El tipo comenzó una mierda de artes marciales que mantuvo ocupados a dos de los rusos. El tercero

se dirigió hacia mí. Le quito mi cuchillo y lo extrañé. Aterrizó unos cuantos golpes que me hicieron gritar de dolor en el pecho, y caí de rodillas. Mi cuerpo magullado no tenía oportunidad contra un luchador entrenado como él. Sus puños cayeron sobre mí, duro, rápido, despiadados. *Dolor.*

El chico de pelo negro se abalanzó sobre mi atacante, chocando su rodilla contra su estómago. El ruso cayó hacia adelante y yo levanté mi cuchillo, que enterré en su abdomen. La sangre corría por mis dedos y solté el mango como si se quemara cuando el ruso se derrumbó a su lado, muerto.

Me quedé mirando mi cuchillo que salía de su vientre. El chico de pelo negro lo sacó, limpió la hoja en los pantalones cortos del hombre muerto antes de que se la ofreciera.—¿Primer muerto?—Mis dedos temblaron cuando lo tomé, luego asentí.—Habrás más.

Los otros dos rusos también estaban muertos. Sus cuellos habían sido rotos. Extendió su mano, la cual tomé, y me puso de pie.—Deberíamos irnos. Más folladores rusos estarán aquí pronto. Vamos.

Me condujo hacia un camión parqueado.—Me di cuenta de que te deslizabas por el estacionamiento las últimas dos noches cuando estuve aquí para pelear.

—¿Por qué me ayudaste?

Había esa sonrisa torcida otra vez.— Porque me gusta pelear y matar. Porque odio a la maldita Bratva. Porque mi familia también me quiere muerto. Pero lo más importante, porque necesito soldados leales que me ayuden a recuperar lo que es mío.

—¿Quién eres tú?

—Remo Falcone. Y pronto seré Capo de la Camorra.—Abrió la puerta de la camioneta y estaba a mitad de camino cuando agregó.— Puedes ayudarme o puedes esperar a que Bratva te atrape.

Entré. No por el Bratva. Sino porque Remo me había mostrado un nuevo propósito, un nuevo destino.

Una nueva familia.

CAPITULO 2

LEONA

LA VENTANA DEL AUTOBÚS DE GREYHOUND SE SENTÍA CALIENTE, o tal vez era mi cara. El bebé en la fila detrás de mí había dejado de llorar hace diez minutos, después de casi dos horas. Aparté la mejilla del vaso, sintiéndome lenta y cansada. Después de horas de estar apretada en el asiento tapado, no podía esperar para salir. Los lujosos suburbios de Las Vegas pasaban con sus verdes immaculados, siempre regados por los aspersores. Rodeados por el desierto, esa sería probablemente la última señal de tener dinero. Las elaboradas decoraciones navideñas adornaban los porches y los frentes de las casas recién pintadas.

Esa no sería mi parada.

El autobús siguió avanzando, el piso vibraba bajo mis pies descalzos, hasta que finalmente llegó a esa parte de la ciudad donde ningún turista podría poner un pie. Los buffets de todo lo que pudieras comer solo costaban \$ 9,99 por aquí, no \$ 59. No podía permitirme ninguno de los dos. Coloqué mi mochila sobre mi hombro. No es que me

importara. Crecí en áreas como estas. En Phoenix, Houston, Dallas, Austin ... y en muchos más lugares de los que me gustaría contar.

Por costumbre, busqué en mi bolsillo un móvil que ya no estaba allí. Madre lo había vendido para su última dosis de cristal. Esos \$ 20 habían sido una lástima perder, sin duda.

Me deslicé en mis chanclas, arrojé mi mochila sobre mi hombro y esperé hasta que la mayoría de las otras personas se fueron antes de bajarme del autobús, soltando un largo suspiro. El aire estaba más seco que en Austin y hacía algo más de frío, pero aún no era un frío invernal. De alguna manera ya me sentía más libre de mi madre. Esta era su última oportunidad en terapia. Esperaba que ella tuviera éxito. Fui estúpida por esperar que ella lo lograra.

—¿Leona?—Dijo una voz profunda desde algún lugar a la derecha.

Me giré, sorprendida. Mi padre estaba a pocos metros de mí. Con cerca de treinta libras más en sus caderas, y menos pelo en su cabeza. No había esperado que él me recogiera. Él había prometido hacerlo, pero sabía lo que valía una promesa de él o de mi madre. Menos que la suciedad debajo de mis zapatos. ¿Tal vez realmente había cambiado como había afirmado?

Rápidamente apagó su cigarrillo debajo de sus gastados mocasines. La camisa de manga corta se extendía sobre su estómago. Había un aire errático sobre él que me tenía preocupada.

Sonreí.—La única.

No me sorprendió que tuviera que preguntar. La última vez que lo vi fue en mi decimocuarto cumpleaños, hace más de cinco años. No lo había extrañado exactamente. Me había perdido la idea de lo que un padre nunca podría ser. Aun así, fue agradable volver a verlo. Quizás podríamos empezar de nuevo.

Se acercó a mí y me atrajo en un incómodo abrazo. Envolví mis brazos alrededor de él a pesar del hedor persistente del sudor y el humo. Había pasado un tiempo desde que alguien me había abrazado. Se apartó y me escaneó de pies a cabeza.—Has crecido.—Sus ojos se detuvieron en mi sonrisa.—Y tus espinillas se han ido.

Han pasado durante tres años.—Gracias a Dios,—dije en su lugar.

Se metió las manos en los bolsillos, como si de repente no estuviera seguro de qué hacer conmigo.—Me sorprendió cuando llamaste.

Me metí un mechón de pelo detrás de la oreja, no estaba seguro de que supiera hacia dónde iba con esto.—Nunca lo hiciste tú,—le dije, sonando

alegre. No había venido a Las Vegas para repartir culpa. Papá nunca había sido un buen padre, pero lo había intentado ocasionalmente, incluso si siempre fallaba. Madre y él, ambos estaban jodidos a su manera. Sus adicciones siempre habían sido la cosa que se interponía en cuidarme como deberían haberlo hecho. Siempre sería así.

Él me valoró.—¿Estás segura de que quieres quedarte conmigo?

Mi sonrisa vaciló. ¿De esto se trataba todo esto? ¿Él no me quería cerca? Realmente deseaba que lo hubiera mencionado antes de haber pagado un boleto de autobús que me llevó por la mitad de los Estados Unidos. Dijo que le había ganado a su adicción, que tenía un trabajo decente y una vida normal. Yo quería creerle.

— No es que no esté feliz de tenerte conmigo. Te extrañé, — dijo rápidamente; muy rápido. Mentiras.

— ¿Entonces qué? — Le pregunté, tratando de no ocultar mi dolor ascendente.

—No es un buen lugar para una buena chica como tú, Leona.

Me reí.—Nunca he vivido exactamente en las partes bonitas de la ciudad, —le dije.—Yo puedo apañármelas sola.

—No. Es diferente aquí. Créeme.

—No te preocupes. Soy buena para no meterme en problemas.

Había tenido años de práctica. Con una madre adicta a las metanfetaminas por lo que vendía cualquier cosa, incluso su cuerpo, por su próxima solución, tenía que aprender a agachar la cabeza y ocuparme de mis propios asuntos.

—A veces los problemas te encuentran. Ocurre por aquí más a menudo de lo que crees.—Por la forma en que lo dijo, me preocupaba que los problemas fueran un invitado constante en su vida.

Suspiré.—Honestamente, papá, he vivido con una madre que pasó la mayor parte de sus días desmayada en el sofá y nunca te preocupaste lo suficiente como para alejarme de ella. Ahora que crecí, ¿te preocupa que no pueda vivir en la ciudad del pecado?

Me miró como si fuera a decir más, pero luego finalmente tomó mi mochila antes de que pudiera apretar mi agarre.—Tienes razón.

—Y solo me voy a quedar aquí hasta que haya ganado suficiente dinero para la universidad. Hay suficientes lugares por aquí donde puedo

ganar dinero decente con consejos, supongo.—Parecía aliviado de que yo quisiera trabajar. ¿Había pensado que iba a vivir de él?

—Hay más que suficientes lugares, pero pocos son aptos para una chica como tú.

Sacudí la cabeza con una sonrisa.—No te preocupes. Puedo encargarme de los borrachos.

—No estoy preocupado por ellos,—dijo con nerviosismo.

FABIANO

— ¿Realmente estás pensando en trabajar con la Famiglia?
—Jadeé mientras esquivaba una patada dirigida a mi cabeza.—Te dije cómo jodieron con el Outfit.

Metí mi puño vendado en el costado de Remo, luego probé una patada en sus piernas y en su lugar le metí un puño en el estómago. Salté hacia atrás, fuera del alcance de Remo. Luego fingí un ataque a la izquierda, pero pateé con mi pierna derecha. El brazo de Remo se alzó,

protegiendo su cabeza y tomando toda la fuerza de mi patada. Él no se cayó.

—No quiero trabajar con ellos. No con Luca follando a Vitiello, ni con Dante follando a Cavallaro. No los necesitamos.

—Entonces, ¿por qué enviarme a Nueva York?—Pregunté.

Remo aterrizó dos golpes rápidos en mi lado izquierdo. Contuve el aliento y le golpeé el codo en el hombro. Él siseó y se alejó, pero yo lo atrapé. Su brazo colgaba demasiado bajo. Le disloqué el hombro. Mi movimiento favorito.

—¿Te rindes?—Preguntó medio en broma, sin dar ninguna indicación de que estaba en agonía.

—Tú quisieras.

A Remo le gustaba romper cosas. No pensé que le gustara nada más. A veces pensaba que quería que me rebelara para poder intentar romperme porque yo sería su mayor desafío. No tenía intención de darle la oportunidad. Y no es que fuera a tener éxito.

Me fulminó con la mirada y se lanzó hacia mí. Logre esquivar sus dos primeras patadas; la tercera me golpeó en el pecho. Me arrojé al borde del ring de boxeo y casi perdí el equilibrio, pero me atrapé sujetando la cuerda. Me enderecé rápidamente y levanté los puños.

—Oh, mierda, mierda,—Remo gruñó. Agarró su brazo y trató de reubicar su hombro.—No puedo luchar con esta jodida extremidad inútil.

Bajé las manos.—¿Así que te rindes?

—No,—dijo.—Empate.

—Empate, — estuve de acuerdo. Nunca había habido nada más que empates en nuestras peleas, excepto en el primer año en que había sido un niño escuálido sin una idea de cómo luchar. Ambos éramos luchadores demasiado fuertes, demasiado acostumbrados al dolor, demasiado indiferentes si vivíamos o moríamos. Si alguna vez lucháramos hasta el final, los dos terminaríamos muertos, sin duda. Cogí una toalla del suelo y me limpié la sangre y el sudor del pecho y los brazos.

Con un gruñido, Remo finalmente logró componer su brazo. Si hubiera ayudado, hubiera sido más rápido y menos doloroso, pero nunca me dejaría. El dolor no significaba nada para él. Ni para mí.

Le lancé una toalla limpia y él la atrapó con su brazo lesionado para demostrar un punto. Se secó el cabello, pero solo logró esparcir la sangre de un corte en la cabeza por todo el cabello negro. Dejó la toalla sin ceremonias. Su cicatriz, que iba desde la sien izquierda hasta la mejilla izquierda, estaba enojada por la lucha.

—Entonces, ¿por qué?—Le pregunté, quitándome las vendas teñidas de rojo alrededor de los dedos y la muñeca.

—Quiero ver cómo van las cosas allí. Soy curioso. Eso es todo. Y me gusta conocer a mis enemigos. Podrás recopilar más información que cualquiera de nosotros simplemente al verlos interactuar. Pero sobre todo quiero enviarles un mensaje claro. — Sus ojos oscuros se endurecieron.—¿No estarás pensando en jugar a la familia feliz con tus hermanas y convertirte en uno de los perros falderos de Vitiello?

Levanté una ceja. Me conocía hace más de cinco años. ¿Y realmente tenía que preguntar? Me coloqué sobre el ring de boxeo y aterricé en el suelo del otro lado casi sin sonido.

—Pertenezco a la camorra. Cuando todos me abandonaron, me acogiste. Me hiciste quien soy hoy, Remo. Debes saber mejor que acusarme de ser un traidor. Voy a dar mi vida por ti. Y si tengo que hacerlo, me llevaré al Outfit y a la Famiglia al infierno.

—Un día tendrás tu oportunidad,—dijo. ¿Para dar mi vida por él, o para derribar a las otras familias?—Tengo otra tarea para ti.

Asentí. Lo esperaba. Él sostuvo mis ojos.—Tú eres el único que puede acercarse a Aria. Ella es la debilidad de Vitiello. — Mantuve mi expresión impassible.—Tráela a mí, fabiano.

—¿Viva o muerta?

Él sonrió. —Viva. Si la matas, Vitiello se enfurecerá, pero si tenemos a su esposa, él será nuestro títere.

No tuve que preguntarle por qué le interesaba derribar a la Famiglia. No necesitábamos su territorio y no valía mucho mientras Dante fuera dueño de todo en el medio. Estábamos ganando suficiente dinero en Occidente como estábamos. Remo estaba afuera por venganza. Luca había cometido un error cuando había aceptado al ex Enforcer de la Camorra, y había cometido un error aún mayor cuando había enviado al hombre a matar a muchos Camorrista de alto rango, mientras que Las Vegas no tenía un Capo fuerte para liderar la ciudad. Antes de Remo.

—Velo como hecho.

Remo inclino su cabeza.—Tu padre era un maldito tonto por pasar por alto tu valor. Pero así es como son los padres. El mío nunca me hubiera permitido convertirme en Capo. Es una pena que no haya podido matarlo yo mismo.

Eso era algo por lo que Remo me envidiaba. Todavía podría matar a mi padre, y un día lo haría.

Habían pasado años desde la última vez que pisé terreno en Nueva York. Nunca me había gustado mucho la ciudad. No había significado nada más que pérdida para mí.

El portero en frente de la Esfera me miro una vez más cuando me acerqué. Detecté otro guardia en el techo. La calle estaba desierta a excepción de nosotros. Eso no iba a cambiar hasta mucho más tarde, cuando los primeros asistentes a la fiesta trataran de entrar.

Me detuve frente al portero. Apoyó la mano en la pistola en su soporte de cadera. Él no sería lo suficientemente rápido.

– Fabiano Scuderi, – le dije simplemente. Por supuesto que lo sabía. Todos lo sabían. Sin una palabra, me dejó entrar a la sala de espera. Dos hombres me impedían entrar allí.

–Armas,–uno de ellos ordenó, señalando una mesa.

–No. –yo dije siendo el más alto de los dos, y aun siendo varios centímetros más bajo, acercó su cara a la mía.

–¿Qué fue eso?

–Eso fue un no. Si eres demasiado sordo o estúpido para entenderme, busca a alguien que pueda. Estoy perdiendo la paciencia.

La cabeza del hombre se puso roja. Tomaría tres movimientos para hundir la cabeza de su cuerpo.–Dile al Capo que está aquí y se niega a soltar sus armas.

Si él pensaba que podía intimidarme con la mención de Luca, estaba equivocado. Los tiempos en que lo había temido y admirado habían pasado mucho tiempo. Era peligroso, sin duda, pero yo también.

Finalmente, regresó y me permitieron pasar por el guardarropa iluminado de azul y la pista de baile, luego al sótano. Buen lugar si

alguien quisiera evitar que los forasteros escucharan los gritos. Eso, también, no logró desconcertarme. La Famiglia no conocía muy bien a la Camorra, no me conocía muy bien a mí. Nunca habíamos merecido su atención hasta que nuestro poder se había vuelto demasiado fuerte como para que lo ignoraran.

En el momento en que entré en la oficina, escanéé los alrededores. Grawl se paró a la izquierda. *Traidor*. A Remo le encantaría que le entregaran la cabeza en una bolsa de plástico. No porque el hombre hubiera matado a su padre, sino porque había traicionado a la Camorra. Ese crimen merecía una muerte dolorosa.

En el centro de la habitación estaban Luca y Matteo, altos y oscuros, y mi hermana Aria con su cabello rubio como un faro de luz.

Recordé que ella era más alta, pero, una vez más, había sido una niña la última vez que la había visto. El shock en su rostro era obvio. Ella todavía llevaba sus emociones en la cara. Incluso su matrimonio con Luca no había cambiado eso. Pensarías que él ya habría roto su espíritu. Era extraño que ella fuera la misma que recordaba cuando yo me convertí en alguien nuevo.

Ella corrió hacia mí. Luca la alcanzó, pero ella era demasiado rápida. Él y sus hombres sacaron sus armas en el momento en que Aria chocó conmigo. Mi mano se acercó a su cuello momentáneamente. Ella

me abrazó, sus manos extendidas sobre mi espalda donde tenía mis cuchillos. Ella era demasiado confiada. Podría haberla matado en un instante. Romperle el cuello me habría costado poco esfuerzo. Yo había matado así antes en peleas a muerte. La bala de Luca habría llegado demasiado tarde. Ella me miró esperanzada, luego se dio cuenta lentamente y comenzó a sentir miedo. Sí, Aria. Ya no soy un niño pequeño.

Miré de nuevo hacia arriba.—No hay necesidad de sacar las armas,—le dije a Luca. Su cautelosa mirada revoloteó entre mis dedos colocados perfectamente sobre su cuello y mis ojos. Reconoció el peligro en el que estaba su pequeña esposa, incluso si ella no lo hacía.—No he viajado todo el camino para lastimar a mi hermana.

Era la verdad No tenía intención de lastimarla, aunque podría haberlo hecho. Lo que Remo tenía en mente para ella, no lo podía decir. Metí una nota en el bolsillo de sus jeans.

Luca se tambaleó hacia nosotros y la apartó de mí, una advertencia claramente en sus ojos.

—Dios mío,—susurró Aria, con lágrimas en sus ojos.—¿Qué te ha pasado?

¿Realmente tenía que preguntar? ¿Había estado tan ocupada salvando a mis hermanas, que no había considerado lo que eso significaría para mí?

—Tú, Gianna y Liliana pasaron.

La confusión llenó su rostro. Ella realmente no lo entendió. Una furia fría se disparó a través de mí, pero la empujé hacia abajo. Cada horror de mi pasado me había hecho quien era hoy.

—No entiendo.

—Después de que Liliana se fue también, padre decidió que algo debía estar mal con todos nosotros. Que tal vez la sangre de Madre corriendo por nuestras venas era el problema. Pensó que yo era otra desgracia en la fabricación. Trató de sacármelo de encima. Quizás pensó que, si sangraba lo suficiente, me desharía de cualquier rastro de esa debilidad. En el momento en que la puta de su segunda esposa dio a luz a un niño, decidió que ya no era útil. Le ordenó a uno de sus hombres que me matara. Pero el hombre se apiadó de mí y me condujo a un pozo de mierda en Kansas City para que la Bratva pudiera matarme. Tenía veinte dólares y un cuchillo.—Hice una pausa.—Y le di buen uso a ese cuchillo.

Podía ver las palabras entrar. Ella negó con la cabeza.—No queríamos lastimarte. Solo queríamos salvar a Liliana de un matrimonio horrible. No pensamos que necesitarías ayuda. Eras un niño. Estabas en camino de convertirte en un soldado del Outfit. Te habríamos salvado si hubieras preguntado.

—Me salvé yo,—dije simplemente.

—Todavía podrías...salir de Las Vegas,—dijo Aria con cuidado. Luca le envió una mirada fulminante.

Me reí sombríamente.—¿Estás sugiriendo que me vaya de la Camorra y me una a la Famiglia?

Parecía sorprendida por la dureza de mi tono.—Es una opción.

Volví mi mirada hacia Luca.—¿Es ella el Capo o tú? Vine aquí para hablar con el hombre que dirige el espectáculo, pero ahora creo que podría ser una mujer después de todo.

Luca no pareció desconcertado por mis palabras, al menos no abiertamente.—Ella es tu hermana. Ella habla porque yo le permití hacerlo. No te preocupes, Fabi, si tuviera algo que decirte, lo haría.

Fabi El apodo no me provocó como se suponía. Había crecido fuera de eso. Nadie me conocía por ese nombre en Las Vegas e incluso si lo hicieran, no se atreverían a usarlo.

—No somos tu enemigo, Fabi,—dijo Aria. Y sabía que ella lo decía en serio. Era la esposa del Capo, y sin embargo no sabía nada. Su esposo me miro como lo veía a él: un oponente a quien vigilar. Un depredador entrometido en su territorio.

—Soy miembro de la Camorra. Ustedes *son* mis enemigos.—Si este viaje hubiera sido bueno para algo, entonces fue para demostrarme a mí mismo que realmente no había quedado nada de ese estúpido y débil muchacho que había sido. Me lo habían sacado de encima, primero mi padre, luego en la calle y en las jaulas de combate mientras luchaba por un lugar en este mundo.

Aria negó con la cabeza, incapaz de entender. Ella no me había abandonado a propósito, no había sellado mi destino con mis hermanas ayudándolas a huir a propósito, pero a veces las cosas que causábamos por accidente eran las peores.

—Tengo un mensaje de Remo para ti,—le dije a Luca, ignorando a mi hermana. Me ocuparía de ella más tarde. Ella no era la única razón por la que había venido a Nueva York.—No tienes nada que ofrecer a Remo ni a la Camorra, a menos que tal vez le envíes a tu esposa para que la

disfrute.—Las palabras dejaron un sabor amargo en mi boca, aunque solo fuera porque era mi hermana.

Luca estaba a mitad de camino a través de la habitación antes de que Aria se interpusiera en su camino. Tenía mi arma y uno de mis cuchillos.—Cálmate, Luca,—le rogó Aria. Él me miró fijamente. Oh, él quería hacerme trizas, y yo quería verlo intentarlo. Sería un oponente desafiante. En lugar de eso, dejó que mi hermana lo reprendiera, pero sus ojos hicieron una promesa: *estás muerto*.

Remo nunca hubiera escuchado a una mujer, nunca habría mostrado ese tipo de debilidad delante de nadie. Tampoco yo. El Outfit y la Famiglia se debilitaron con el paso de los años. No eran una amenaza para nosotros. Si manejáramos la situación con inteligencia, pronto sus territorios serían nuestros.

Hice una reverencia simulada.—Supongo que eso es todo.

— ¿No quieres saber cómo están Lilly y Gianna? — Preguntó Aria esperanzada, hasta buscó una señal del niño que solía conocer. Me pregunté cuándo se daría cuenta de que él se había ido para siempre. Tal vez cuando la Camorra tomara el poder algún día y yo clavara mi cuchillo en el corazón de su esposo.

—No significan nada para mí. El día que te fuiste a tu vida mimada en Nueva York, dejaste de existir para mí.

Giré. Presentar mi espalda al enemigo no era algo que solía hacer. Pero sabía que Aria evitaría que Luca me matara con sus ojos de cachorrito, y quería mostrarle a él y a su hermano Matteo que no los temía. No había temido a nadie en mucho tiempo.

Eran casi las dos de la madrugada. Había empezado a nevar hacía un rato y una fina capa de blanco cubría mi chaqueta y el suelo a mis pies. Llevaba más de una hora esperando. Tal vez Aria tenía más sentido del que yo creía.

Pasos suaves crujieron a mi derecha. Me empujé fuera de la pared, sacando mi arma, pero la bajé cuando Aria apareció a la vista, envuelta en un grueso abrigo de lana y una bufanda. Ella se detuvo frente a mí.

—Hola Fabi.—Extendió el papel que había metido en su bolsillo.—¿Dijiste que querías hablar conmigo solo porque necesitabas mi ayuda?

Su necesidad de ayudar a los demás, primero Gianna, luego Lily y ahora yo, era su mayor debilidad. Realmente deseaba que se hubiera quedado en casa. Me acerqué más.

Ella me miró con ojos tristes. –Pero estabas mintiendo, ¿verdad? –Susurró ella. Si no hubiéramos estado tan cerca, no la habría entendido.–Estabas tratando de conseguirme sola.

Si ella supiera, ¿por qué había venido? ¿Esperaba ella misericordia? Entonces me di cuenta de por qué ella había susurrado. Apreté mi agarre en mi arma. Mis ojos buscaron en la oscuridad hasta que encontré a Luca apoyado contra una pared en el extremo izquierdo, su arma apuntando a mi cabeza.

Sonreí entonces porque la había subestimado, y una pequeña y débil parte fue aliviada.–Finalmente siendo sensata, Aria.

–Sé una o dos cosas sobre la vida de la mafia.

Sólo las cosas que Luca le permitía ver, sin duda.

–¿No estás preocupado por tu vida?–Preguntó con curiosidad.

—¿Por qué lo estaría?

Ella suspiró.—¿La camorra quería secuestrarme?—Otra vez ese susurro, no destinado a los oídos de Luca. ¿Estaba ella tratando de salvarme de su ira? Ella no debería haberlo hecho.

No dije nada a diferencia de Luca, no divulgué información solo porque ella me miró. El momento en que ella tuvo poder sobre mí como mi hermana mayor había pasado. Pero mi silencio parecía toda la respuesta que necesitaba.

Levantó un brazo y yo seguí el movimiento con cautela. Con la otra mano, se quitó una joya de la muñeca y me la tendió.

—Fue de Madre. Me lo dio poco antes de su muerte. Quiero que lo tengas.

— ¿Por qué? — Le pregunté mientras miraba el brazalete de oro con zafiros. No recordaba que nuestra madre lo usara, pero solo tenía doce años cuando murió y estaba a punto de comenzar el proceso de inducción al Outfit. Tenía otras cosas en mente que joyas caras.

—Porque quiero que recuerdes.

—¿A la familia que me abandonó?

—No, al niño que solías ser y el hombre que aún puedes ser.

—¿Quién dice que quiero recordar?—Dije en voz baja, inclinándome hacia ella, para que pudiera mirarme a los ojos a pesar de la oscuridad. Escuché el suave clic de Luca liberando el cierre de seguridad. Yo sonreí—Quieres que sea un hombre mejor. ¿Por qué no empiezas con el hombre que está apuntando con un arma a mi cabeza?

Ella empujó la pulsera contra mi pecho y la tomé por fin.

—Tal vez un día encuentres a alguien que te ame sin importar en lo que te hayas convertido, y ella te hará querer ser mejor.—Se alejó.—Adiós, fabiano. Luca quiere que sepas que la próxima vez que vengas a Nueva York, pagarás con tu vida.

Mis dedos se apretaron alrededor de la pulsera. No tenía intención de regresar a esta ciudad abandonada por Dios por ninguna otra razón que no fuera arrancarla de las manos sangrantes de Luca.

CAPITULO 3

FABIANO

VOLVER A LAS VEGAS. SIEMPRE LE GUSTÓ VOLVER A CASA. Había estado en Nevada durante casi cinco años. Cuando llegué por primera vez, no pensé que duraría tanto. Cinco años. Mucho había cambiado desde que mi padre me quería muerto. El pasado era el pasado, pero a veces los recuerdos volvían a aparecer, y eran un buen recordatorio de por qué le debía a Remo mi lealtad y mi vida. Sin él, estaría muerto hace mucho tiempo.

Tal vez debería haberlo visto venir después de haber arruinado mi primer trabajo como un iniciado en el Outfit de Chicago. Me sentí honrado con la tarea de patrullar los corredores el día de la boda de mi hermana menor, Liliana. Estuve emocionado hasta que me encontré a mis hermanas Aria y Gianna con sus esposos Matteo y Luca, así como a Liliana y alguien que *definitivamente* no era el hombre con el que se había casado.

Supe de inmediato que llevaban a Liliana a Nueva York con ellos, y también sabía que, como miembro del Outfit, se suponía que debía detenerlos. Todavía no tenía mi tatuaje, ya que mi iniciación no se

había completado, pero ya había hecho el juramento. Solo tenía trece años. Había sido débil y estúpido en ese entonces, y había permitido que Aria me convenciera para que los dejara ir. Incluso dejé que me dispararan en el brazo para que pareciera convincente para todos. Para hacer que pareciera como si hubiera *tratado* de detenerlos. Dante Cavallaro no me había castigado. Él había creído mi historia, pero mi padre me había descartado ese día como había descartado las hijas que no podía controlar. Y ahí fue cuando empezó todo. Cuando las cosas se pusieron en movimiento, el primer miembro del equipo se convirtió en parte de la Camorra.

Después de mi malogrado primer trabajo, solo pude verlo desde el margen, considerado demasiado joven para ser una parte real del Outfit. Tenía catorce años, ansioso por complacer a Dante y a mi padre, pero fallando.

Después de que Alfonso me dejó en territorio de la Bratva, debería haber muerto. Los rusos me hubieran golpeado hasta morir, y si no ellos, alguien más lo hubiera hecho. No tenía ni idea de cómo sobrevivir en la calle, o por mi cuenta. Pero Remo lo sabía. Había nacido luchador. Estaba en su sangre, y él me mostró cómo luchar, cómo sobrevivir, cómo matar.

Me dejó vivir en el apartamento en mal estado que compartía con sus tres hermanos. Puso comida en nuestra mesa con el dinero que ganaba

en las jaulas de combate y le devolví el dinero con lealtad y con la determinación feroz de convertirme en el soldado que necesitaba a su lado para ayudarlo a matar a los cabrones que reclamaban el territorio que legítimamente era suyo.

Cuando llegamos a Reno, parte del territorio de la Camorra, casi cuatro meses después, ya no era el más mimado de Outfit. Remo y Nino me habían vencido en peleas de entrenamiento, me habían enseñado a luchar sucio. Pero, sobre todo, Remo me había mostrado mi valor. No necesitaba el Outfit, no necesitaba que me entregaran una posición en bandeja de plata. Remo y yo, tuvimos que luchar por lo que queríamos. Ahí estaba: un propósito y alguien que veía mi valor cuando nadie más podía.

Cuando pisamos por primera vez el suelo de la Camorra, todavía estaban en crisis debido a que su Capo había sido asesinado por un hombre llamado Grawl. Todavía no había un nuevo Capo, pero muchos peleaban por la posición.

Remo, Nino y yo pasamos los siguientes meses peleando en Reno, ganando dinero y eventualmente ganando todas las peleas hasta que incluso el nuevo Capo en Las Vegas comenzó a prestar atención. Juntos fuimos allí y matamos a todos los que estaban en contra de Remo, y cuando finalmente asumió el cargo de Capo, me convertí en su Enforcer, un rango que no había heredado; un rango por el que había

pagado en sangre y cicatrices. Un rango del que estaba orgulloso y que defendería hasta mi muerte, como defendería a Remo.

El tatuaje en mi antebrazo, que me marcaba como un hombre hecho de la Camorra de Las Vegas, fue más profundo que la piel. Nada, ni nadie me haría romper el juramento que le había hecho a mi capo.

Inspiré profundamente. El olor a alquitrán y goma quemada flotaba en el aire. Familiar. Emocionante. Las llamativas luces de Las Vegas ardían en la distancia. Una vista a la que me había acostumbrado. *Casa*.

En estas partes de la ciudad, justo al lado de Sierra Vista Drive, el glamour del Strip estaba muy lejos. La violencia era la lengua común por aquí. Mi idioma favorito.

Una larga fila de autos de carreras se alineaba en el estacionamiento del cerrado Mall. Era el punto de partida de la ilegal carrera callejera que se celebraba esta noche. Algunos de los conductores saludaron con la cabeza en mi dirección, otros fingieron no notarme. La mayoría de ellos todavía tenían deudas que pagar, pero esta noche no había venido por ellos. No tenían que preocuparse.

Me dirigí hacia Cane, uno de los organizadores de la carrera. Aún no había pagado lo que debía y era una suma que no podía ignorarse, a pesar de que era un activo rentable.

La mayor parte del dinero que ganábamos con las carreras ilegales en las calles provenía de las apuestas. Teníamos un equipo de cámaras que filmaba las carreras y las ponía en un foro cerrado en el Darknet; Todos con una palabra clave podrían verla. Esta parte del negocio era bastante nueva. Remo había establecido las castas cuando tomó el poder. Remo no se aferraba a las reglas pasadas de moda que unían al Outfit y a la Famiglia; reglas que los hicieron tardar en adaptarse. Siempre estaba buscando nuevas formas de hacer que la Camorra ganara más dinero, y tuviera éxito.

Unos cuantos motores rugieron, saturando el aire con vapores de gasolina. El comienzo estaba a solo un par de minutos. Pero no había venido a ver la carrera. Yo estaba aquí por negocios.

Vi a mi objetivo al lado de nuestro corredor de apuestas Griffin, un tipo bajo, casi más ancho que él. La cara marcada de Cane se torció cuando me vio acercarse. Parecía que consideraba correr.— Cane, — dije agradablemente mientras me detenía ante él.—A Remo le falta algo de dinero.

Dio un paso atrás y levantó las manos.—Le pagaré pronto. Lo prometo.

Lo prometo. Lo juro. Mañana. Por favor. Palabras que había escuchado demasiado a menudo.

—Hm,—murmuré.—Pronto no era tu fecha de vencimiento.

Griffin apagó su iPad y se excusó. Solo le interesaban los aspectos financieros de nuestro negocio. El trabajo sucio lo alejaba.

Tomé a Cane empuñándolo de su camisa y lo arrastré hacia un lado, lejos de la línea de salida. No es que me importara si alguien observaba lo que estaba haciendo, pero una vez que los autos salían corriendo no me interesaba comer humo y tierra.

Empujé a Cane lejos de mí. Perdió el equilibrio y cayó de espaldas. Sus ojos se lanzaron hacia la izquierda y hacia la derecha como si estuviera buscando algo para defenderse. Agarré su mano, la giré hacia atrás y le rompí la muñeca. Aulló, acunando su mano herida contra su pecho. Nadie vino a ayudarlo. Ellos sabían cómo eran las cosas. Las personas que no pagaban sus deudas recibían una visita mía, y una fractura en la muñeca era uno de los mejores resultados.

— Mañana, volveré, — le dije. Señalé su rodilla. Él sabía lo que eso significaba.

Hacia el lado izquierdo, cerca de la línea de inicio, noté una cara familiar con rizos negros. Adamo, el hermano menor de Remo. Este definitivamente no era un lugar donde se suponía que debía estar en este momento de la noche. Sólo tenía trece años y había sido atrapado en un coche de carreras antes. Al parecer, el que Remo perdiera su mierda en él no le había hecho ver la razón. Corrí hacia él, y los dos chicos mayores que estaban a su lado parecían que no eran nada buenos. En el momento en que me vieron, salieron corriendo, pero Adamo sabía que no debía intentarlo.

— ¿Qué estás haciendo aquí? ¿No deberías estar en la cama? Tienes escuela por la mañana.

Se encogió de hombros aburrido. Demasiado genial para una respuesta correcta. Agarré su collar. Y sus ojos finalmente se encontraron con los míos.

—No es que necesite una educación. Me convertiré en un hombre hecho y ganaré dinero con la mierda ilegal.

Yo lo solté.—No puede haber daño en que uses tu cerebro para que la mierda ilegal no te lleve a la cárcel.—Asentí con la cabeza hacia mi coche.—Te llevaré con Remo.

–No terminaste la escuela. Y Remo y Nino tampoco lo hicieron. ¿Por qué tengo que hacer esa mierda?

Le di una palmada en la nuca ligeramente.– Porque estábamos ocupados recuperando Las Vegas. Sólo estás ocupado metiéndote en problemas. Ahora muévete.

Hizo una mueca, frotándose la nuca.–Puedo ir a casa solo. No necesito que me lleven.

–¿Así puedes intentar colarte sin que él se dé cuenta?–Asentí con la cabeza hacia mi auto otra vez.–No va a pasar. Ahora muévete. Tengo mejores cosas que hacer que cuidarte.

–¿Como qué? ¿Golpear a otros deudores?

–Entre otras cosas, sí.

Caminó hacia el auto y prácticamente se arrojó al asiento del pasajero, luego cerró la puerta con tanta fuerza que temí que dañara el mecanismo de cierre suave. Desde que había llegado a la pubertad era completamente intolerable, y antes de eso había sido difícil.

Escuché los jadeos de dolor en el momento en que me instalé en la sala de juegos del casino abandonado que funcionaba como nuestro gimnasio. Detuve a Adamo con una palma contra su pecho. Debería haber sabido que Remo no estaba solo. Las malas noticias siempre lo llevaban al gimnasio por su tipo de ejercicio.

—Espera aquí.

Adamo se cruzó de brazos.—No es la primera vez que veré a Remo golpeando a alguien.

Él estaba en lo correcto. A lo largo de los años había sido testigo de violencia. Era imposible alejarlo de las crueles realidades de todo esto, pero Remo no quería que comenzara el proceso de inducción antes de cumplir los catorce años y hasta entonces no tendría que ver lo peor de nuestro negocio.

—Esperarás,—dije firmemente antes de seguir caminando. Se escabulló hacia el bar de champaña roto y comenzó a romper algunos vasos.

Remo estaba sacando la luz de la vida a un jodido pobre que no conocía, cuando entré en la segunda sala de juegos que usábamos para nuestro entrenamiento de kickboxing, probablemente todavía estaba furioso porque no había tenido éxito en volver con Aria, o furioso porque mi llamada anterior le contó que su hermano había salido en mitad de la noche. Otra vez.

Se detuvo cuando me vio, limpiándose un poco de sudor y sangre de su frente con el dorso de su mano. Ni siquiera se había molestado en envolver sus manos con cinta adhesiva. Debía haber estado ansioso por desahogarse.

—Quité ese de tus manos. A veces tengo que ponerme a trabajar yo mismo,—dijo. Volvió a mirar el maldito montón de un hombre, que estaba acurrucado en sí mismo, gimiendo. Su pelo gris estaba enmarañado de sangre.

Me reí entre dientes mientras saltaba en la plataforma del anillo de kickboxing.—No me importa.

—¿Dónde está el?

—Lo hice esperar en la entrada.

El asintió.—¿Y?—Preguntó, acercándose a mí y dejando que su víctima yaciera en su propia sangre. La cicatriz sobre su ojo era un poco más roja de lo habitual, como siempre lo hacía cuando se ejercitaba.—¿Cómo te fue en Nueva York? Tu mensaje no fue muy esclarecedor.

—Fallé como puedes ver. Luca no dejó que Aria se apartara de su vista.

—Me imaginé eso. ¿Cómo reaccionó él a mi mensaje?

—Quería arrancarme la garganta.

Un brillo de excitación llenó sus ojos.—Desearía haber visto la cara de Vitiello.—Los sueños húmedos de Remo probablemente incluían una pelea de jaula contra Luca. Destruir al Capo de la Famiglia sería su triunfo final. Remo era un luchador cruel, despiadado y mortal. Podía vencer a casi cualquiera. Pero Luca Vitiello era un gigante con manos construidas para aplastar la garganta de un hombre. Esa sería una pelea que haría historia, sin duda.

—Estaba enojado. Quería matarme,—le dije.

Remo me dio una vez más.—Y, sin embargo, no hay un rasguño en ti.

—Mi hermana lo retuvo. Ella lo tiene en sus manos.

Los labios de Remo se curvaron con disgusto.—Pensar que la gente en la costa este todavía le teme como al diablo.

—Es un jodido enorme y brutal cuando mi hermana no está cerca para mantenerlo bajo control.

—Realmente me encantaría conocerla. Vitiello perdería su puta mente.

Luca derribaría Las Vegas por Aria. O al menos lo intentaría. Pero me sentía incómodo con Aria como tema. A pesar de mi indiferencia hacia ella, no me gustaba la idea de verla en las manos de Remo.

Remo me miró la mano. Seguí su mirada y me di cuenta de que estaba girando la pulsera alrededor de mis dedos.

—Cuando te dije que me trajeras el tesoro de Luca, quise decir otra cosa, —dijo sombríamente. Me metí la pulsera en el bolsillo.

—Aria pensó que podía ablandar mi corazón con eso porque pertenecía a nuestra madre.

—¿Y ella podría?—Remo preguntó, algo peligroso acechaba en sus ojos oscuros.

Me reí.—He sido tu Enforcer por años. ¿De verdad crees que todavía tengo un corazón?

Remo se río entre dientes.—Negro como el alquitrán.

—¿Qué pasa con ese tipo?—Asentí con la cabeza hacia el hombre que gimió, con el deseo de distraer a Remo.—¿Has terminado con él?

Remo pareció considerar al hombre por un momento, y el hombre se calmó de inmediato. Finalmente él asintió.—No es divertido si ya están rotos y débiles. Solo es divertido romper a los fuertes.

Saltó sobre las cuerdas del anillo y aterrizó a mi lado. Palmeándome el hombro, dijo:—Vamos a tomar algo para comer. He organizado algún entretenimiento para nosotros. Nino y Savio se unirán a nosotros también. Luego suspiró.— Pero primero tendré que hablar con Adamo. ¿Por qué el niño tiene que meterse en problemas todo el tiempo?

Adamo tenía suerte de que su hermano mayor fuera Capo, o probablemente ya habría muerto en un callejón oscuro. Remo y yo volvimos al área de entrada. Adamo estaba apoyado contra la barra del mostrador, escribiendo algo en su teléfono, pero rápidamente se lo guardó en el bolsillo trasero cuando nos vio.

Remo tendió la mano.—Móvil.

Adamo le sacó la barbilla.—Tengo derecho a mi privacidad.

Pocas personas se atrevían a desobedecer a Remo, incluso menos sobrevivían cuando lo hacían.

—Uno de estos días perderé mi puta paciencia contigo.—Agarró el brazo de Adamo y lo giró, luego me dio una señal y yo agarré el móvil.

—Oye,—protestó Adamo, tratando de alcanzar la cosa. Bloqueeé su agarre, y Remo lo empujó contra la pared.

—¿Qué te pasa? Te digo una vez más, no pongas a prueba mi maldita paciencia,—murmuró Remo.

–Estoy harto de que me digas que vaya a la escuela y llegue a casa a las diez cuando tú, Fabiano, Nino y Savio pasan las noches haciendo todo tipo de cosas divertidas.

Cosas divertidas. Vería lo divertido que era la mayoría de las cosas una vez que fuera admitido el año que venía.

–¿Así que quieres jugar con los grandes?

Adamo asintió.

–Entonces, ¿por qué no te quedas aquí? Algunas chicas se acercarán en un momento. Estoy seguro de que encontraremos una para que te haga un maldito hombre.

Adamo se sonrojó, luego negó con la cabeza.

–Sí, eso es lo que pensé,—dijo Remo con gravedad.—Ahora espera aquí mientras llamo a Don para que te recoja y te lleve a casa.

–¿Qué pasa con mi teléfono?

—Eso mío por ahora.

Adamo frunció el ceño, pero no dijo nada. Diez minutos después, Don, uno de los soldados más antiguos al servicio de Remo, lo recogió.

Remo suspiró.—Cuando tenía su edad, no dije ni un pedazo de culo gratis.

—Tu padre te entrego tu primera puta cuando tenías doce años. Adamo probablemente ni siquiera haya llegado a segunda base todavía.

—Tal vez debería empujarlo más.

—Él será como nosotros pronto.—Esta vida no le dejaría otra opción.

Pronto llegaron las primeras chicas de uno de los clubes de striptease de Remo. Estaban ansiosas por complacer como siempre. No es que me importara. Había tenido un largo día y podía usar una buena mamada para deshacerme de algo de la tensión.

Observé con los ojos medio cerrados cuando una de las chicas se arrodilló frente a mí y me recliné en la silla. Por eso la Camorra invadía primero el Outfit y luego la Famiglia. No dejábamos que las mujeres se

metieran en nuestro negocio. Solo las usamos para nuestros propósitos. Y eso era algo que nunca cambiaría. Remo nunca lo iba a permitir, y no me importaba. Levanté mis caderas hacia la boca dispuesta. Los sentimientos no tenían lugar en mi vida.

CAPITULO 4

LEONA

PAPA VIVIA EN UN PEQUEÑO APARTAMENTO BAJANDO EN UNA esquina desolada de la ciudad. El Strip parecía muy lejano, al igual que los hermosos hoteles con sus generosos clientes. Me mostró una pequeña habitación. Olía a gato como el resto del apartamento, aunque no había visto ninguno. El único mueble en él era un colchón en el suelo. Una pared estaba llena casi hasta el techo con viejas cajas móviles llenas de Dios sabía qué. Ni siquiera había puesto sábanas en el colchón, ni vi ningún tipo de ropa de cama.

—No es mucho, lo sé,—dijo, frotándose la parte posterior de la cabeza.— No tengo un segundo par de ropa de cama. ¿Tal vez puedas salir y comprar algo hoy?

Me detuve. Yo había gastado casi todo mi dinero en el boleto de autobús. Se suponía que lo que me quedaba era para comprarme un bonito vestido para posibles entrevistas de trabajo en restaurantes decentes y bares de copas cerca del Strip. Pero apenas podía dormir en un colchón viejo que tenía manchas de sudor o algo peor.—¿Tienes al menos una almohada y una manta de repuesto?

Dejó mi mochila al lado del colchón, haciendo una mueca.—Creo que tengo una vieja manta de lana en alguna parte. Déjame revisar.—Se dio la vuelta y se apresuró.

Lentamente me hundí en el colchón. Era flojo y una bocanada de polvo se levantó. Mis ojos viajaron por la montaña de cajas que amenazaban con aplastarme debajo de ellas. La ventana no se había limpiado en mucho tiempo, si es que alguna vez lo había sido, y solo dejaba entrar una luz tenue. Ni siquiera había un armario para guardar mi ropa.

Tiré de mi mochila hacia mí. Menos mal que apenas poseo algo. No necesitaba mucho. Todo lo que alguna vez había querido, había sido vendido por mi madre para la metanfetamina en algún momento. Eso te enseñaba a no aferrarte a las cosas físicas.

Papá regresó con un montón de lo que parecían trapos negros. Quizás esa era la fuente del olor a gato. Me lo entregó y me di cuenta de que era la manta de lana a la que se refería. Era comida de polilla y olía a humo y algo más que no pude ubicar, pero definitivamente no era gato. La puse sobre el colchón. No tenía más remedio que comprar ropa de cama. Me quedé mirando mis chanclas. Ahora mismo eran mis únicos zapatos. Las plantas de mi par favorito de Converse se habían caído hace dos días. Pensé que sería capaz de comprar zapatos nuevos tan pronto como llegara a Las Vegas. Saqué treinta dólares de mi mochila.

Papá miró el dinero de una manera extraña. Desesperado y hambriento.

—¿Supongo que no tienes un poco de dinero para mí? El negocio está lento ahora y necesito comprar algo de comida para nosotros.

No había preguntado qué era exactamente su negocio. Aprendí que hacer demasiadas preguntas a menudo conducía a respuestas desagradables.

Le entregué diez dólares.—Necesito el resto para las sábanas de la cama.

Pareció decepcionado, pero luego asintió.—Por supuesto. Iré a buscar algo de comer para esta noche. ¿Por qué no vas a Target y ves si puedes conseguir un edredón y sábanas?

Parecía como si quisiera sacarme. Asentí. Hubiera preferido salir de mi sudoroso par de jeans y camisa, pero agarré mi mochila.

—Puedes dejar eso aquí.

Sonreí.—Oh no. Lo necesito para traer lo que compré,—mentí. Aprendí a nunca dejar que mis cosas estuvieran con mi madre o ella las

vendería. No es que tuviera algo de valor, pero odiaba que la gente revolviera mi ropa interior. Y supe por el aspecto que tenía Papá cuando vio mi dinero, además de que estaba bastante segura de que había estado mintiendo cuando dijo que su adicción era algo del pasado. No había nada que pudiera hacer al respecto. No podía pelear esa batalla por él.

Salí del apartamento y el aire seco de Las Vegas me golpeó una vez más. Unos cuantos chicos estaban nadando en la piscina comunitaria a pesar del frío, haciendo inmersiones y gritando. El área de la piscina parecía que podía usar una buena limpieza también. Uno de los chicos me vio y dejó escapar un silbido. Aceleré el paso para evitar una confrontación.

Las sábanas, un edredón y una almohada me costaron \$ 19,99, dejándome con exactamente un centavo. No habría vestido bonito o zapatos para mí. Dudé que un restaurante me contratara con mi ropa de segunda mano.

Cuando volví a casa, papá no estaba allí, tampoco había comida. Busqué en la nevera, pero encontré solo unas cuantas latas de cerveza y un frasco de mayonesa.

Me hundí en la silla y me dediqué a esperar a mi padre.

Cuando llegó a casa, estaba oscuro afuera y yo me había dormido en la mesa, con la frente contra mis antebrazos. Escaneé sus brazos vacíos y miserable expresión.

—¿No hay comida?—Pregunté.

Se quedó inmóvil, sus ojos revoloteaban nerviosos, buscando una buena mentira. No le di la oportunidad de mentirme y me puse de pie.

—Está bien. No tengo hambre. Me voy a la cama.—Me estaba muriendo de hambre. No había comido un bocado desde la rosquilla que me había comprado por la mañana. Besé la mejilla de papá, oliendo a alcohol y cigarrillo en su aliento. Evitó mis ojos. Mientras salía de la cocina con mi mochila, lo vi sacar una cerveza de la nevera. Su cena, asumí.

Me puse las sábanas nuevas antes de dejar caer el edredón y la almohada sobre el colchón. Ni siquiera tenía ropa de dormir. En lugar de eso, saqué una camiseta y un par de bragas frescas, antes de acostarme en el colchón. La nueva ropa de cama cubría el hedor añejo del colchón con su aroma químico. No había visto una lavadora en el apartamento, así que tenía que ganar algo de dinero antes de poder lavar mis cosas en un salón.

Cerré los ojos, esperando poder dormirme a pesar del ruido de mi estómago.

Cuando me levanté a la mañana siguiente, me duché, tratando de no mirar nada demasiado de cerca. Tendría que limpiar bien el baño y el resto del apartamento una vez que encontrara un trabajo. Esa tenía que ser mi principal prioridad por ahora. Me cambié a las cosas más bonitas que tenía, un vestido de verano florido que llegaba a mis rodillas. Luego me resbalé en mis chanclas. No era un traje que me diera puntos extra en una entrevista de trabajo, pero no tenía otra opción. Papá dormía en el sofá con la ropa de ayer. Cuando intenté escabullirme de él, se sentó.

—¿A dónde vas?

—Quiero buscar un trabajo en el área.

Sacudió la cabeza. No parecía muy colgado. Quizás al menos el alcohol no era su problema.—No hay lugares respetables por aquí.

No le dije que ningún lugar respetable me contrataría viéndome como lo hacía.

—En caso de que tengas la oportunidad, ¿quizás podría comprar algo de comida?—Dijo papá después de un momento.

Asentí, pero permanecí en silencio. Coloqué mi mochila sobre mi hombro y salí del apartamento. Desafortunadamente, el invierno de Las Vegas decidió levantar su fea cabeza hoy. Hacía mucho frío en mi ropa de verano, y la promesa de lluvia estaba en el aire. Nubes oscuras cubrían el cielo.

Caminé por el vecindario por un tiempo, observando los exteriores destartados y las personas sin hogar. Caminé durante diez minutos, más cerca del centro de Las Vegas, cuando apareció el primer bar, pero rápidamente me di cuenta de que para que una niña trabajara allí, tenía que estar dispuesta a deshacerse de su ropa. Los siguientes dos bares ni siquiera los habían abierto y se veían tan mal que dudé que hubiera dinero para trabajar en ellos. Una ola de resentimiento se apoderó de mí. Si papá no me hubiera hecho gastar todo mi dinero en la ropa de cama, podría haber comprado ropa bonita y haber ido a buscar un trabajo cerca del Strip, y no por aquí, donde el valor de una mujer parecía estar relacionado con la forma en que podía bailar un polo.

Sabía que las chicas ganaban buen dinero. Mamá había estado en contacto con bailarinas en sus mejores días antes de que ella comenzara a venderse por unos pocos dólares a los conductores de camiones y cosas peores.

Estaba empezando a perder la esperanza y mi cabeza dolía por falta de comida. El frío tampoco ayudaba. Ya era alrededor de la una de la tarde y las cosas no se veían bien. Y entonces el cielo se abrió y comenzó a llover. Una gota de agua después de la otra me cayó encima. Por supuesto, estaba en sandalias el día de diciembre que llovió en Nevada. Cerré los ojos por un momento. Realmente no creía en ningún poder superior, pero si alguien o algo estaba allí, no pensaba demasiado en mí.

El frío se hizo más prominente cuando mi vestido se pegó a mi cuerpo. Me estremecí y me froté los brazos. No estaba segura de lo lejos que estaba de casa, pero tenía la sensación de que mañana estaría resfriada si no encontraba un refugio pronto. El zumbido de un motor atrajo mi atención a la calle y al coche que venía en mi dirección. Era un modelo alemán caro, un Mercedes de algún tipo, ventanas de color negro, barniz negro mate. Elegante y casi desalentador.

Mi madre no había sido el tipo de madre que me advirtiera de meterme en coches de extraños. Ella era el tipo de madre que traía a extraños espeluznantes a casa porque le pagaban por sexo. Tenía frío y hambre,

y justo sobre esta ciudad ya. Quería volver al calor. Dudé, luego extendí mi brazo y levanté mi pulgar. El auto disminuyó la velocidad y se detuvo a mi lado. Por la forma en que me veía habría pensado que pasaría por delante de mí.

La sorpresa se precipitó a través de mí cuando vi quien estaba sentado al volante. Un chico, quizás de unos veinte años, vestido con un traje negro y camisa negra, sin corbata. Sus ojos azules se posaron en mí y el calor subió por mi cuello debido a la intensidad de su mirada. Mandíbula fuerte, pelo rubio oscuro, corto a los lados y más largo en la parte superior. Estaba inmaculado, excepto por una pequeña cicatriz en la barbilla. Y parecía que me había arrastrado fuera de la alcantarilla. Maravilloso.

FABIANO

La niña me llamó la atención desde lejos, vestida para cualquier cosa que no fuera este clima. Su vestido estaba pegado a su cuerpo delgado y su cabello a su cara. Ella tenía sus brazos envueltos alrededor de su estómago, y una mochila pegajosa se balanceaba sobre su hombro derecho. Reduje mi velocidad considerablemente mientras me acercaba a ella, curioso. No se parecía a una de nuestras chicas, ni tampoco me parecía que fuera alguien que supiera lo primero sobre vender su

cuerpo, pero tal vez acababa de llegar y no sabía que estas calles nos pertenecían y que ella tendría que preguntarnos si quería usarlas.

Esperaba que ella se escabullera cuando me acerqué. Mi coche era fácilmente reconocible. Ella me sorprendió cuando me tendió la mano para que la llevara.

Me detuve a su lado. Si ella intentaba ofrecirme su cuerpo, se esperaba una desagradable sorpresa. Y si se trataba de algún plan de robo demente con sus cómplices que esperaban para sorprenderme, tendrían una sorpresa aún más desagradable. Puse mi mano en mi arma antes de deslizar mi ventana hacia abajo y ella se inclinó para mirar dentro de mi auto. Ella sonrió con vergüenza.—Me perdí. ¿Me puedes llevar a casa tal vez?

No puta.

Me incliné y abrí la puerta.

Ella se deslizó, luego cerró la puerta. Se puso la mochila en el regazo y se frotó los brazos. Mis ojos cayeron a sus pies. Solo llevaba sandalias y goteaba agua en mis asientos y en el suelo.

Ella notó mi mirada y se sonrojó.—No esperaba lluvia.

Asentí, todavía con curiosidad. Ella definitivamente no me conocía. Estaba pálida y temblaba, pero no de miedo.—¿Adónde tienes que ir?

Ella vaciló, su rubor se hizo más intenso, y dejó escapar una risa avergonzada.—No sé la dirección.

Levanté mis cejas.

—Sólo llegué ayer. Vivo con mi padre.

—¿Cuántos años tienes?

Ella parpadeó—¿Diecinueve?

—¿Es esa la respuesta o una pregunta?

—Lo siento. Estoy fuera hoy. Es la respuesta.—De nuevo la avergonzada y tímida sonrisa.

Asentí. —¿Pero sabes la dirección a la casa de tu padre?

—Había una especie de campamento cerca. No es muy bueno allí.

Me alejé del bordillo, luego aceleré. Agarró su mochila.

—¿Hay algún marcador que recuerdes?

—Había un club de striptease cerca,—dijo, con un profundo sonrojo que tiñó sus mejillas húmedas. Definitivamente no era una prostituta.

La miré y conduje en la dirección general que ella había descrito. No era como si tuviera que estar en ningún otro lugar. Su ignorancia de mi posición era casi divertida. Parecía un gato ahogado con su cabello oscuro pegado a la cabeza y su vestido aferrado a su cuerpo tembloroso.

Su estómago retumbó.—Ojalá supiera el nombre del club, pero solo estaba prestando atención a los bares en los que podía trabajar y eso definitivamente no era uno de ellos,—dijo rápidamente.

—¿Trabajar?—Repetí, cauteloso de nuevo.—¿Qué tipo de trabajo?

—Como camarera. Necesito ganar dinero para la universidad,—dijo, pero se calló después de eso, mordiéndose el labio.

La consideré de nuevo.—A una milla de aquí hay un bar llamado la Arena de Roger. Conozco al dueño. Él está buscando una nueva camarera. Las propinas son buenas por lo que escucho.

—La arena de Roger, repitió ella.—Extraño nombre para un bar.

—Es un lugar extraño,—le dije. Era una subestimación por supuesto.—Pero no tienen altos estándares cuando se trata de su personal.

Sus ojos se agrandaron, luego se sonrojó de vergüenza.—¿Me veo tan mal?

La miré de nuevo. Ella no se veía mal, todo lo contrario, pero su ropa y su cabello mojado y esas sandalias gastadas, realmente no ayudaban las cosas.—No.

Ella no parecía creerme. Su agarre en su mochila se apretó. Me pregunté por qué se aferraba tan fuerte a ella. Tal vez ella tenía un arma dentro. Eso explicaría por qué se había arriesgado a subirse al auto de

un extraño. Ella pensó que sería capaz de defenderse. Su estómago volvió a gruñir.

—Tienes hambre.

Ella se tensó más que por una simple pregunta.—Estoy bien.—Sus ojos estaban pegados al parabrisas, decididos y tercos.

—¿Cuándo has comido por última vez?

Dio una rápida mirada hacia mí, luego a su mochila.

—¿Cuándo?—Presioné.

Ella miró por la ventana.—Ayer.

Le eché un vistazo a su figura.—Deberías considerar comer todos los días.

—No teníamos comida en la nevera.

¿No había dicho ella que vivía con su padre? ¿Qué clase de padre era? Probablemente tan preocupado como mi propio padre había estado por la forma en que se veía.

Dirigí el coche hacia una unidad de KFC.

Ella sacudió su cabeza.—No, no lo hagas. Me olvidé de traer dinero conmigo.

Ella estaba mintiendo.

Pedí una caja de alas y papas fritas, y se la entregué.

—No puedo aceptar eso,—dijo en voz baja.

—Es pollo y papas fritas, no un Rolex.

Sus ojos se dirigieron al reloj en mi muñeca. No era un Rolex, pero tampoco menos caro.

Su resolución no duró mucho. Rápidamente se sumergió en la comida como si su última comida decente hubiera sido más lejos que ayer. La

observé por el rabillo del ojo mientras mi auto se deslizaba entre el tráfico. Sus uñas estaban cortas, no las largas uñas rojas falsas a las que estaba acostumbrado.

—Que estás haciendo? Pareces un hombre de negocios o un abogado,—dijo cuando terminó de comer.

—¿Empresario? ¿Abogado?

Ella se encogió de hombros.—Por el traje y el coche.

—Nada de eso, no.

Sus ojos se detuvieron en las cicatrices de mis nudillos y ya no dijo nada. Ella se sentó de repente.—Reconozco la calle. Gira a la izquierda aquí.

Lo hice, y me detuve cuando ella señaló un complejo de apartamentos. El lugar parecía distantemente familiar. Abrió la puerta, luego se volvió hacia mí. —Gracias por el viaje. Dudo que alguien más me hubiera recogido como me veo. Probablemente habrían pensado que quería robarles. Menos mal que no te asustan las chicas en chancas.

Mis labios se contrajeron ante su broma.—No, no tengo miedo de nada.

Ella se echó a reír, luego se calmó, los ojos azules recorrieron mi rostro.—Debería irme.

Ella salió y cerró la puerta. Entonces rápidamente corrió para cubrirse. La observé hurgar por las llaves un rato antes de que desapareciera de la vista. Niña extraña.

LEONA

Miré por la ventana cuando el Mercedes se marchó. No podía creer que dejara que un extraño me llevara a casa. Y no podía creer que le hubiera dejado que me comprara comida. Pensé que había superado ese tipo de cosas. Cuando era niña, los extraños me compraban comida de vez en cuando porque sentían pena por mí, pero este tipo no había mostrado signos de compasión. Y el traje, de alguna manera, se veía equivocado en él.

No había revelado lo que estaba haciendo. No era un abogado o un hombre de negocios. ¿Entonces qué? Tal vez tenía padres ricos, pero no parecía el tipo de niño rico.

No es que importara. No lo vería de nuevo. Un hombre como él con un auto así pasaba sus días en campos de golf y en restaurantes de lujo, no en los lugares donde podía trabajar.

Papá no estaba en casa. Teniendo en cuenta la fuerza de la lluvia, estaría atrapada en el apartamento por un tiempo. Entré en la cocina, revisé el refrigerador, pero lo encontré tan vacío como en la mañana, luego me hundí en una silla. Tenía frío y estaba cansada. Tendría que colgar la ropa para secarla pronto para poder usarla mañana otra vez. El vestido era la mejor pieza de ropa que tenía. Si quería tener alguna oportunidad de conseguir un trabajo en este lugar, necesitaba usarlo.

Este nuevo comienzo no era muy prometedor hasta ahora.

Al día siguiente fui a buscar la Arena de Roger, me tomó un tiempo y, eventualmente, tuve que preguntarles a los transeúntes en el camino. Me miraron como si hubiera perdido la cabeza por preguntar por un lugar como ese. ¿Qué tipo de lugar me había sugerido el chico?

Cuando finalmente encontré la Arena de Roger, vi un edificio anodino con un pequeño letrero rojo neón con su nombre al lado de la puerta de

entrada de acero, y entré, comencé a comprender por qué las personas habían reaccionado de esa manera.

El bar no era exactamente un bar de copas o un club nocturno. Era una gran sala que podría haber sido una instalación de almacenamiento una vez. Había una barra de bar en el lado derecho, pero mis ojos se dirigieron a la enorme jaula de combate en el centro de la gran sala. Las mesas estaban dispuestas a su alrededor, y también había algunas cabinas de cuero rojo contra las paredes para los clientes acomodados, supongo.

El suelo era de piedra desnuda. Las paredes también lo estaban, pero estaban cubiertas con una cerca de malla de alambre y tejidas en él estaban tubos de neón rojos que formaban palabras como Honor, Dolor, Sangre, Victoria, Fuerza.

Dudé en la parte delantera, medio pensando en dar media vuelta y marcharme, pero luego una mujer de pelo negro se dirigió hacia mí. ¿Ella debía de tener treinta, treinta y uno tal vez? Sus ojos estaban fuertemente alineados y sus labios eran de un rosa brillante que chocó con el brillo rojo de las luces de neón. Ella no sonrió, pero tampoco se veía exactamente hostil.

—¿Eres nueva? Llegas tarde. En treinta minutos llegarán los primeros clientes y ni siquiera he limpiado las mesas o los vestuarios.

–Realmente no estoy trabajando aquí, –dije lentamente. Y no estaba segura de que fuera un lugar donde debería considerar trabajar.

–¿No lo haces?–Sus hombros se desplomaron, una de las finas correas de espagueti se deslizó y permitió un vistazo al sujetador rosa sin tirantes debajo de su parte superior.–Oh demonios. No puedo hacer esto sola esta noche. Mel llamó enferma y yo...–Ella se calló.–Podrías trabajar aquí, ¿sabes?

–Es por eso por lo que estoy aquí,–le dije, a pesar de que la jaula de combate me asustaba. *Los mendigos no pueden elegir, Leona.*

– Perfecto. Entonces vamos. Encontremos a Roger. Soy Cheryl, por cierto.

Ella agarró mi antebrazo y me arrastró.–¿El pago es muy malo o por qué tienen problemas para encontrar personal? –Pregunté mientras corría tras ella, mis sandalias chocaban con el piso de piedra.

– Oh, es por la lucha. Muchas chicas son aprensivas, –dijo con brusquedad, pero tuve la sensación de que había más cosas que no me estaba contando.

Caminamos por una puerta batiente negra detrás de la barra del bar, a lo largo de un estrecho pasillo de paredes desnudas con más puertas, y hacia otra puerta de madera maciza al final. Ella golpeo.

—Entra,—dijo una voz profunda. Cheryl abrió la puerta de una oficina grande que estaba empañada por el humo del cigarrillo. Adentro estaba un hombre de mediana edad, construido como un toro, estaba sentado detrás de un escritorio. Mostró sus dientes a Cheryl, su barbilla doble se hizo más prominente. Entonces sus ojos se posaron en mí.

—Nos conseguí una nueva camarera,—dijo Cheryl, con un toque de flirteo en su voz.—¿De Verdad? Tal vez era una cuestión de jefe.

—Roger,—se presentó el hombre, aplastando un cigarrillo quemado en el plato con salsa de tomate frente a él.—Puedes empezar a trabajar de inmediato.

Abrí la boca con sorpresa.

—Es por eso por lo que estás aquí ¿verdad? Cinco dólares por hora más todo lo que hagas de propinas.

—¿De acuerdo?—Dije incierta.

—Vestida así no ganarás muchas propinas, chica.—Tomó su móvil y nos indicó que nos fuéramos.—Obtén algo que muestre tu culo o tetas. Esto no es un convento.

Cuando la puerta se cerró, le di a Cheryl una mirada inquisitiva.—¿Siempre es así?

Ella se encogió de hombros, pero nuevamente tuve la impresión de que ella estaba ocultándome algo.—Él está realmente desesperado en este momento. Esta noche hay una pelea importante y no quiere que las cosas se compliquen porque no tenemos suficiente personal.

—¿Por qué importa cómo estoy vestida?—La preocupación venció.—No tenemos que hacer nada con los invitados, ¿verdad?

Ella sacudió su cabeza.—No tenemos que hacerlo, no. Pero tenemos unos pocos clientes ricos que significan buen dinero. Especialmente si les prestas una atención especial.

Negué con la cabeza.—No, no. Eso no va a suceder.

Ella asintió.—Depende de ti.—Ella me llevó de vuelta.—Puedes dejar tu mochila aquí.—Señaló hacia el suelo detrás de la barra. De mala gana la

dejo. No podía sostenerla mientras trabajaba. Rebuscó en una pequeña cámara a la izquierda de la barra y apareció con un trapeador y un cubo.— Puedes empezar por limpiar el vestuario. Los primeros luchadores llegarán en unas dos horas. Para entonces todo debería estar limpio.

Yo dudé. Ella frunció el ceño.—¿Qué? ¿Demasiado buena para limpiar?

—No,—le dije rápidamente. No era demasiado buena para nada. Y había limpiado todas las posibles cosas desagradables en mi vida.—Es solo que no he comido nada desde la noche anterior y me siento un poco mareada.

Odiaba admitirlo, pero la nevera todavía estaba vacía y aun no tenía dinero. Y papá no parecía preocupado por la comida en absoluto. O comía fuera adonde iba por la noche o vivía solo del aire. Lástima cruzó su rostro, haciéndolo lamentar mis palabras. La pena había sido algo a lo que me habían sometido con demasiada frecuencia. Siempre me había hecho sentir pequeña y sin valor. Con una madre que vendía su cuerpo en la calle, mis maestros y los trabajadores sociales siempre habían sido muy abiertos con su compasión, pero nunca con una salida del desorden. El tipo de ayer, cuando me había comprado comida, no se había sentido como un acto de caridad por alguna razón.

Cheryl dejó el trapeador y el cubo, y agarró algo de una nevera detrás de la barra. Puso una coca cola frente a mí, dio media vuelta y salió por la puerta giratoria, solo para aparecer con un sándwich de queso a la parrilla y papas fritas, ambas frías, un par de minutos más tarde.—Son de anoche, pero la cocina aún no está abierta.

No me importaba. Devoré todo en un tiempo récord y lo limpié con la coca cola fría.—Gracias,—le dije con una gran sonrisa.

Ella buscó en mi cara, luego negó con la cabeza.—Probablemente no debería preguntar, pero ¿cuántos años tienes?

—Tengo edad suficiente para trabajar aquí,—le dije. Sabía que tenía que tener veintiún años para trabajar en un lugar como este, así que no mencioné que había terminado la escuela secundaria este año.

Ella parecía dudosa.—Ten cuidado, polluela, —dijo simplemente y empujó el trapeador en mis brazos. Lo tomé, recogí el cubo y me dirigí a la puerta con el letrero de neón rojo que decía vestuario. La abrí con mi codo y me deslicé.

Había varios puestos de duchas abiertas, una pared de casilleros y algunos bancos dentro. El suelo de baldosas blancas estaba cubierto de manchas de sangre y algunas toallas sucias. Genial. Probablemente

habían estado acostados aquí durante días. El olor a cerveza y sudor flotaba en el aire. Menos mal que aprendí a lidiar con cosas así gracias a mi madre. Comencé a limpiar y todavía estaba en eso cuando la puerta se abrió de nuevo, y dos hombres, entre los treinta y cinco, quizás cuarenta, tatuados de pies a cabeza. Me detuve.

Sus ojos vagaron sobre mí, descansando en mis chanclas y mi vestido. Yo sonreí de todos modos. Aprendí rápidamente que era más fácil desarmar a las personas con una sonrisa que con ira o miedo, especialmente si eras una mujer pequeña. Ellos asintieron hacia mí, desinteresados. Cuando el primer chico comenzó a tirar de su camisa, rápidamente me excusé y salí. No quería verlos desvestirse. Podrían tener la idea equivocada.

Unos pocos invitados ya se estaban mezclándose alrededor del ahora iluminado bar rojo, obviamente impacientes por las bebidas. Cheryl no estaba a la vista. Dejé el cubo y el trapeador, y corrí hacia el mostrador. Una vez detrás, me enfrenté al grupo de hombres sedientos, sonriendo.—Entonces, ¿qué puedo conseguirles?

La cerveza era el camino que seguir, obviamente. El alivio me inundó. Esa petición era una que podía manejar. Si hubieran pedido cócteles o tragos largos, me habría perdido. La mitad de ellos tomó lo que estaba disponible y les entregué los vasos llenos, la otra mitad eligió botellas. Rápidamente escaneé la nevera. Solo quedaban tres

botellas de cerveza. Dudé que duraran mucho tiempo. Parecía que estos tipos consideraban que un cajón de cerveza era un buen aperitivo.

¿Dónde estaba Cheryl?

Cuando estaba empezando a ponerme nerviosa, finalmente entró por la puerta, viéndome un poco desaliñada. Su falda estaba torcida, su parte superior puesta en el camino equivocado y su lápiz de labios se había ido. No dije nada ¿Ya había ganado algo de dinero extra con un cliente? Miré a los pocos hombres reunidos en las mesas y el bar. Algunos de ellos me lanzaban miradas curiosas, pero ninguno de ellos parecía estar a punto de ofrecerme dinero por tener relaciones sexuales. Me relajé un poco. Sabía que estaba particularmente preocupada por el tema, pero estaría fuera de este bar, desesperada por el dinero o no, en el momento en que uno de ellos pusiera dinero delante de mí por sexo.

Había una atmósfera extraña en el bar de todos modos. La gente intercambiaba dinero y hablaba en voz baja. Había alguien en la esquina al que se acercaban todos los clientes y anotaba algo en su iPad una vez que le habían dado dinero. Era un hombre muy redondo, muy pequeño, con una cara pícara. Asumí que él estaba tomando sus apuestas. No sabía nada sobre las leyes en Nevada, pero esto no podría ser legal.

No es de mi incumbencia.

–¿Muñeca? Dame una cerveza, ¿lo harías?–Dijo un hombre de unos sesenta años.

Me sonrojé, luego rápidamente tomé un vaso. Estaba empezando a sentir que este lugar podría ser propenso a problemas.

CAPITULO 5

FABIANO

Me detuve en el estacionamiento de La Arena de Roger's, apagando el motor. Mis músculos ya estaban tensos por el entusiasmo. La emoción de pelear todavía me atrapaba después de todos estos años. En la jaula no importaba si tu padre era el Consigliere o un trabajador de la construcción. No importaba lo que la gente pensara de ti. Todo lo que importaba era el momento, tus habilidades de lucha, tu habilidad para leer al enemigo. Era uno contra uno. La vida rara vez era tan justa como eso.

Entré en la Arena de Roger, que ya estaba lleno. El hedor del viejo sudor y el humo flotaba en el aire. No era un lugar acogedor. La gente no venía aquí por el ambiente o la buena comida. Venían por el dinero y la sangre.

La primera pelea estaba por comenzar. Los dos oponentes ya estaban enfrentados en la jaula en el centro. No eran la atracción principal. Los ojos se volvieron hacia mí, luego desaparecieron rápidamente, mientras pasaba por delante de las filas de mesas con espectadores. Mi pelea era la última. Lucharía contra el pobre tonto que había

demostrado ser el mejor en las últimas semanas. Remo pensó que era bueno que yo derrotara a los luchadores más fuertes en una jaula sangrienta en una jaula para mostrarles a todos qué tipo de Enforcer la Camorra tenía. Y no me importaba. Me ayudaba a recordar mis comienzos, me ayudaba a mantenerme firme y cruel. Una vez que te permitías que te mimaran, te preparabas para el ataque y para el fracaso.

Mis ojos fueron atraídos a la barra. Me tomó un momento reconocerla, no temblando y goteando como ayer. Tenía largos rizos ámbar, rasgos afilados y elegantes. Ella estaba sirviendo bebidas a los hombres reunidos en el bar; hombres con ojos como lobos hambrientos. Estaba concentrada en la tarea, ajena a su mirada fija. Era obvio que ella no tenía mucha experiencia trabajando en un bar. Tomaba demasiado tiempo sirviendo una cerveza simple. Para ser honesto, no esperaba que ella empezara a trabajar aquí. El hecho de que ella hubiera aceptado el trabajo después de ver la jaula me dijo dos cosas: estaba desesperada y había visto cosas peores en su vida.

Ella levantó la vista, notando mi atención. Seguí esperando la inevitable reacción. No vino. Ella sonrió tímidamente, sus ojos registrando mi ropa. No había traje hoy. Los jeans negros y una camisa negra de manga larga, mi estilo preferido, pero a veces el traje era necesario. Ella dudó, luego rápidamente volvió a la tarea de servir cerveza a un viejo cabrón.

¿Quién era esta chica? ¿Y por qué no estaba asustada?

Alejando mis ojos de ella, me dirigí hacia Roger, quien estaba hablando con nuestro corredor de apuestas Griffin. Me estreché la mano con ambos hombres. Luego asentí hacia la barra.—¿Nueva chica?

Roger se encogió de hombros.— Ella apareció en mi oficina hoy, buscando un trabajo. Necesito personal nuevo.— Me miró inseguro.— ¿Quieres que avise a Stefano?

Stefano era nuestro bailarín. Se aprovechaba de las mujeres, fingía estar enamorado de ellas y, finalmente, las obligaba a trabajar en uno de los prostíbulos de la Camorra.

No me llevaba bien con él. Negué con la cabeza—Ella no encaja en el perfil.

No sabía cómo Stefano escogía a las chicas que perseguía, y no me importaba.

—Entonces, ¿cómo te va?—Asentí con la cabeza hacia el iPad de Griffin, donde lograba que todas las apuestas entraran.

—Bueno. Los pocos idiotas que han apostado en tu contra nos traerán mucho dinero.

Asentí, pero mis ojos se dirigieron hacia la barra de nuevo. Ni siquiera estaba seguro de por qué. Anoche llevé a la chica a casa por un capricho, y eso era todo.—Voy a tomar algo para beber.

Sin esperar a que respondieran, me dirigí hacia el bar. La gente me miró como si siempre lo hacía antes de apartar la mirada. Era molesto como la mierda. Pero había trabajado duro para ganar su miedo.

Me detuve frente al mostrador y coloqué mi bolso del gimnasio a mi lado, luego me senté en un taburete. Los hombres en el otro extremo de la barra lanzaron miradas inquietas hacia mí. Reconocí a uno de ellos como alguien a quien había hecho una visita debido a tres mil grandes recientemente. Su brazo todavía estaba enyesado.

La niña se acercó a mí. Su piel estaba ligeramente bronceada pero no tenía el matiz de bronce antinatural de alguien que iba a las tumbonas como la mayoría de las mujeres que trabajaban en nuestros lugares.

—No esperaba verte tan pronto otra vez,—dijo. Ella sonrió con esa sonrisa tímida que me recordaba días pasados. Días que quería olvidar la mayor parte del tiempo. Tenía una pizca ligera de pecas en la nariz y

las mejillas, y ojos azul aciano con un anillo más oscuro alrededor de ellos. Ahora que su cabello no estaba empapado, era de color castaño oscuro con reflejos dorados naturales.

Apoyé mis antebrazos en el mostrador, contento de que mis mangas largas cubrieran mi tatuaje. Habría tiempo para la revelación más tarde. –Te dije que frecuentaba este lugar.

–No hay traje, pero todo negro. Te gusta la oscuridad, supongo,–bromeó ella.

Yo sonreí.–No tienes idea.

Sus cejas se juntaron, luego la sonrisa volvió.–¿Qué puedo hacer por ti?

–Un vaso de agua.

–Agua,–repitió dudosa, las comisuras de su boca temblaban.–Ese es el primero.–Ella dejó escapar una risa suave.

No me había cambiado a mis boxeadores de pelea todavía. No le dije que tenía una pelea programada para esa noche, que era una de las

razones por las que no podía beber, y que tenía que romper algunas piernas por la mañana, lo que era la otra.

Ella me dio un vaso de agua.— Ahí tienes, — dijo ella, caminando alrededor de la barra y limpiando una mesa a mi lado. Dejé que mis ojos recorrieran su cuerpo. Ayer no había prestado suficiente atención a los detalles. Era delgada y pequeña, como alguien que nunca sabría si habría comida en la mesa, pero logró tener un cierto aire de gracia a pesar de su ropa desgastada que no permitía ver bien la forma de su cuerpo. Ella llevaba el mismo vestido de ayer, y esas horrendas chancas, todavía completamente equivocadas para las temperaturas.

—¿Quién te trajo aquí?—Le pregunté. Su padre vivía en una parte mala de la ciudad. No podía creer que ella no tuviera otro lugar donde pudiera quedarse. En cualquier otro lugar hubiera sido mejor. Con sus pecas, su sonrisa tímida y sus rasgos elegantes, pertenecía a un suburbio agradable, no a un barrio jodido y definitivamente no en un club de lucha en el territorio de la mafia. Pero esto último era mi culpa, por supuesto.

—Tuve que mudarme con mi padre porque mi madre está de nuevo en rehabilitación,—dijo sin dudar. No había reserva, ni cautela. Presa fácil en este mundo.

—¿Conozco a tu padre?—Pregunté.

Sus cejas se fruncieron.—¿Porque lo harías?

— Conozco a mucha gente. Y aún más gente me conoce, — dije encogiéndome de hombros.

—Si eres famoso, deberías decírmelo para que no me avergüence con mi ignorancia,—bromeó con facilidad.

—No soy famoso,—le dije a ella. Notorio era más como eso.

Ella agitó una mano hacia mí.—Hoy no pareces un abogado o un hombre de negocios, por cierto.

—¿Cómo me veo entonces?

Una luz sonrojada viajó por su garganta. Ella se encogió de hombros con delicadeza antes de que se dirigiera hacia detrás de la barra, donde ella se detuvo otra vez, empujando mis brazos ya que los había apoyado en la barra.— Tal vez puedas ayudarme a conseguir unas cuantas cajas de cerveza del sótano. Dudo que Roger quiera hacerlo, y no creo que sea lo suficientemente fuerte. Parece que puedes llevar dos o tres sin romper en sudor.

Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta giratoria, que conducía a la parte de atrás, y luego miró por encima del hombro para ver si la estaba siguiendo.

Dejé mi vaso en el mostrador y me levanté, curioso. Ella parecía completamente inconsciente de *lo que* yo era. Y no me refería a mi rango en la mafia. La gente normalmente estaba incómoda a mi alrededor, incluso sin ver mi tatuaje. Ella no era una buena actriz y habría sentido miedo si ella albergara alguno. La seguí hasta la parte de atrás y luego a la larga escalera hacia el depósito. Yo conocía el lugar. Lo usé para un par de conversaciones muy intensas con unos deudores. La puerta se cerró detrás de nosotros. Un destello de sospecha se disparó a través de mí. Nadie podría ser tan confiada. ¿Era esto un montaje? Pero eso hubiera sido igualmente estúpido.

Ella buscó en el fondo de la habitación. Ella nunca miró por encima del hombro para ver lo que estaba haciendo. Demasiado confiada. Demasiado inocente.

— Ah, aquí están, — dijo, señalando un par de cajas de cerveza. Ella me miró, frunciendo el ceño.—¿Hay algo mal?

Ella sonaba preocupada. Por el amor de Dios. Ella sonaba preocupada *por mí*. Todas las demás chicas de Las Vegas, y también

todos los hombres, se habrían cagado si estuvieran en un sótano a prueba de sonido a solas conmigo. Quería meterle algún sentido a ella.

Caminé hacia ella y recogí tres cajas, y mientras me enderezaba, percibí un olor a su dulce aroma. *Mierda.*

Ella me sonrió. Vestía casi sin maquillaje, solo lo suficiente para resaltar su belleza natural. Tocó tímidamente el suave polvo de las pecas en su mejilla. – ¿Tengo algo en mi cara? – Preguntó con una risa avergonzada. Podía decir que ella estaba cohibida por sus pecas. Pero jódeme, me gustaban.

–No.–yo dije.

–Oh, está bien,–dijo ella. Ella buscó en mis ojos, frunciendo las cejas. No trates de mirar detrás de esa máscara, chica. No te gustará.– Probablemente deberíamos volver arriba. Se supone que no debo dejar el bar desatendido durante tanto tiempo.

¿Había visto algo en mi mirada que finalmente había puesto una buena dosis de miedo en ella? La forma en que mantuvo la puerta abierta para mí con esa misma expresión despreocupada me decía que no.

Asentí con la cabeza hacia las escaleras.— Adelante.— Después de un momento de vacilación, ella caminó delante de mí. Tal vez ella pensó que quería echarle un buen vistazo a su trasero, pero no solo su vestido lo hacía imposible, sino que odiaba tener gente detrás de mí.

Caminamos por el estrecho corredor cuando la puerta del área principal se abrió y Roger y Stefano entraron.

Ambos parecían consternados al verme con la chica. Su rostro se convirtió en uno de inquietud al ver a Stefano, lo que me hizo sentir curiosidad. Se parecía al sueño de cualquier suegra y su encanto era la mejor arma de la Camorra cuando se trataba de atraer a las mujeres a nuestras casas de putas, después de todo.

— Fabiano, ¿puedo hablar contigo? — Preguntó Roger's, sus ojos escaneando a la chica, probablemente buscando una señal de que la había asaltado en el almacén. Pero Stefano, también, me estaba dando una mirada contemplativa.— Vuelve al trabajo, Leona.

Leona. Así que ese era su nombre. Ella no me había parecido una leona. Quizás había más en ella.

Ella no se había movido a pesar de la orden de Roger. Sus ojos estaban sobre mí. Asentí.— Adelante,— le dije a ella.— Estaré allí en un minuto.

Ella se fue y para mi total disgusto, Stefano decidió ir tras ella. *Retrocede, hijo de puta.*

Definitivamente él habría puesto su vista en ella. ¿Por qué la estaba considerando para una de nuestras casas de putas? Ella realmente no parecía el tipo.

—Sé que manejas las cosas como quieres, pero recientemente he perdido demasiadas camareras en los prostíbulos de la Camorra o en accidentes desafortunados.

Esos acuerdos se relacionaban principalmente con los soldados de Remo actuando.

—Me alegro de tener esta nueva chica. A los clientes parece gustarles y ella realmente sabe cómo comportarse. Te agradecería que permaneciera a mi servicio durante más de un par de semanas.

—Manejamos las cosas como queramos, tú lo dijiste, Roger's,—dije en advertencia.—Si decidimos ponerla en uso en uno de nuestros otros establecimientos, no te preguntaremos.

Él asintió, pero no le gustó. Eso nos hizo a dos de nosotros.

Pasé junto a él y abrí la puerta con el codo, luego retrocedí detrás de la barra.

Leona estaba ocupada conversando con dos clientes antiguos, riéndose de algo que habían dicho. Stefano estaba sentado en el otro extremo de la barra, observándola como un halcón. Su cabello castaño estaba peinado hacia atrás inmaculadamente. Apuesto a que el imbécil pasaba horas frente al espejo.

Leona parecía decidida a ignorarlo, sin embargo. Deje las cajas. Leona me lanzó una mirada agradecida. Los hombres detrás de la barra se enfocaron rápidamente en su cerveza.

Caminé alrededor de la barra y recogí mi bolsa del gimnasio de donde la había dejado en el taburete antes de detenerme junto a Stefano. Él me miró desde su posición sentada. Estaba debajo de mí en filas, así que el brillo desafiante en sus ojos me hizo considerar poner mi cuchillo en ellos.—¿Piensas hacer un movimiento en ella?

—Lo estoy considerando,—dijo.—Parece que respondería bien a la menor señal de amabilidad, la hace fácil de manipular.—Tan enfermo como una jodida mueca, ¿todavía estaría en su cara si le cortara la garganta?

—Ella no parece interesada en tus avances.

—Eso va a cambiar,—dijo con aire de suficiencia.

—¿Remo la ha visto?—Eso era lo único que importaba, la verdad.

—No. Sólo la encontré. Pero estoy seguro de que lo aprobará.

Tenía la sensación de que Stefano tenía razón. — No pierdas tu tiempo. Ella ya está ocupada.

—¿Por quién?

—Yo,—gruñí.

Me frunció el ceño, pero luego se encogió de hombros, vació su cerveza y se fue. Observé su espalda mientras él desaparecía por la puerta trasera. Stefano era alguien a quien mirar. Él y yo nunca nos habíamos llevado bien. Tenía la sensación de que eso no cambiaría pronto, pero él sabía que no debía hacer un movimiento hacia alguien que yo quería.

Mis ojos encontraron a Leona de nuevo. Ella había estado observando mi intercambio con Stefano con una expresión confusa, pero con el ruido de fondo de la barra no podía haber escuchado nada. Era tan diferente de las mujeres que solían frecuentar los lugares en los que

pasaba el tiempo. Las que no podían ocultar su miedo y las que esperaban obtener algo al estar cerca de mí. Pero ella no sabía quién era yo. Era extraño ser tratado como alguien...normal. Luché duro para recibir el respeto y el miedo que todos me mostraban, pero no me molestó que ella no hubiera sido consciente de mi estado. Me pregunté cuándo alguien le diría y cómo me miraría entonces.

—Conozco esa mirada,—dijo Remo, acurrucándose a mi lado. Debería haberme dado cuenta de que había entrado en escena. La gente se veía aún más incómoda que conmigo solo en la habitación.

Él asintió con la cabeza hacia Leona.—Tomalá si quieres. Ella es tuya. Ella no es nadie. No es que la necesitemos de todos modos. Aunque ella no me parece mucho entretenimiento.

Miré a Leona. Estaba limpiando el mostrador, sin darse cuenta de las miradas lascivas que estaba recibiendo de algunos de los hombres a su alrededor.

—No quiero tomarla,—le dije. Luego enmendó cuando vi la expresión de Remo.—No lo haré.

—¿Por qué no?—Remo preguntó con curiosidad.

Peligro.—Tú mismo lo dijiste, ella no parece mucho entretenimiento.

—Tal vez ella es más entretenimiento cuando está tratando de luchar contra ti. Podría valer la pena intentarlo. Algunas mujeres se convierten en gatos salvajes cuando están acorraladas.—Me dio una palmada en el hombro.

No dije nada.

Remo se encogió de hombros.—Pero si no la quieres...

—Lo hago,—le dije rápidamente.—Apreciaría si se corriera la voz de que tengo mis ojos puestos en ella. Por si acaso. No quiero que Stefano se meta con ella.

Remo se ríó entre dientes.—Por supuesto. Pon tu derecho sobre ella, Fabiano.

Esa era la ventaja de estar de su lado bueno. Remo me permitía cosas con las que sus otros soldados ni siquiera podían soñar. Me dejó con eso y se fue a una mesa con algunos de los grandes apostadores de uno de nuestros casinos premium. Regresé al bar. Habría tiempo de cambiarme a mis cortos de lucha más tarde.

Los otros hombres se excusaron, y Leona se acercó a mí, desconcertada.—
¿Me estoy perdiendo de algo?

Me encogí de hombros.—Yo soy la razón por la que algunos de ellos perdieron dinero. *Y las extremidades.*

Abrió la boca para decir algo más, pero el sonido de un cuerpo golpeando contra la jaula la silenció, seguida de una ronda de aplausos extáticos. Ella se tapó los labios con la mano, con los ojos muy abiertos. Miré por encima de mi hombro. Uno de los luchadores yacía en el suelo, inconsciente. El otro estaba parado sobre él, con los brazos en alto, haciendo una especie de baile de victoria de culo débil. Quizás sea mi próximo oponente en un par de semanas, si gana unas cuantas veces más. Tendría que romperle las rodillas para evitar futuras aventuras de baile.

—Es horrible,—susurró Leona, con la voz obstruida por la compasión, como si pudiera sentir su dolor.

Me volví hacia ella.

—¿Por qué alguien quiere ver algo tan brutal?

¿Brutal? Ella no había visto lo brutal todavía. Si tenía suerte, nunca lo haría.—Está en nuestra naturaleza,—le dije.—La supervivencia del más apto. Luchas por poder. Sed de sangre Eso está todo arraigado aún en nuestro ADN.

—No creo que eso sea cierto,—argumentó ella.—Creo que hemos avanzado, pero a veces volvemos a los viejos hábitos.

—Entonces, ¿por qué la gente sigue admirando a los fuertes? ¿Por qué las mujeres prefieren a los machos alfa?

Ella resopló.—Eso es un mito.

Levanté una ceja y me incliné más cerca. Eché un vistazo por su vestido. Algodón blanco. Por supuesto.—¿Lo es?—Pregunté. Ella escaneó mi cara, el rojo se deslizó por su garganta y mejillas.

Ahogué una risa. Me levanté antes de que ella pudiera decir algo. Necesitaba cambiarme.—Volveré en un momento,—le dije.

Cuando entré en el vestuario, los otros combatientes se callaron. Un par de ellos me devolvieron la mirada, solo uno me desafió abiertamente con sus ojos. Asumí que él sería mi oponente esta noche. Tenía

alrededor de 6'4. Una pulgada más alto que yo. Bueno. Tal vez esta sería una pelea más larga.

Me desvestí, luego saqué mi bóxer. Esperaba que hubieran visto todas las cicatrices. No sabían nada de dolor. Le envié una sonrisa a mi oponente. Tal vez viviría para ver la mañana.

Salí del vestuario y volví al bar. Leona estaba congelada mientras sus ojos se arrastraban desde mis pies descalzos hasta mis pantalones cortos y mi pecho desnudo. Ella dejó caer el vaso que había estado limpiando de nuevo en el agua de lavado. Una miríada de emociones cruzó su rostro. Shock. Confusión. Fascinación. Apreciación. Eso último lo pude sentir en mi polla. He trabajado duro por mi cuerpo.

Agarré mi vaso y bebí el resto de mi agua. Luego saqué la cinta de mi bolsa y comencé a envolver mis manos, sintiendo su mirada curiosa en mí todo el tiempo.

—¿Tú eres uno de ellos?

Incliné la cabeza, sin estar seguro de a qué se refería. ¿Un luchador? ¿Un miembro de la camorra? ¿Un asesino? Si. Si. Si.

No había miedo en sus ojos, así que dije:—¿Un luchador de jaula? Sí.

Ella se lamió los labios. Esos malditos labios rosados dieron ideas a mi polla que no necesitaba antes de una pelea.

—Espero no haberte ofendido antes.

—¿Porque crees que es demasiado brutal? No. Es lo que es.

Sus ojos seguían trazando mi tatuaje y las cicatrices, y de vez en cuando mi six pack. Me incliné sobre la barra, acercando nuestros rostros. Sabía que todos nos estaban mirando, incluso si intentaban hacerlo en secreto.

—¿Todavía estás segura de que a las mujeres no les gustan los machos alfa?—Murmuré. Ella tragó, pero no dijo nada.

Di un paso atrás. Todos en la sala deberían haber recibido el mensaje.

La mirada que me dio apretó mis bolas. Algo sobre esa chica me atraía. No podía decir qué era, pero lo resolvería.

—Es mi turno,—le dije cuando terminé de puntear mis manos.

—No lo hagas,—dijo simplemente. Los hombres que estaban cerca del bar intercambiaron miradas, riéndose, pero Leona no se percató de su reacción.

—No lo haré,—dije, luego me giré y me abrí paso por las mesas hacia la jaula de combate.

Entré en la jaula bajo el aullido y estruendoso aplauso de la multitud. Me pregunté cuántos habrían apostado contra mí. Serían ricos si se tratara de eso. Por supuesto, nunca ganarían.

Cogí a Leona mirándome desde detrás de la barra, con los ojos aún abiertos por la sorpresa. Sí, era un luchador, y esa era todavía la parte menos peligrosa de mí.

Dejó lo que estaba haciendo y se acercó al mostrador. Se subió a un taburete, se sacudió las chanclas y levantó las piernas hasta que se sentó con las piernas cruzadas, con la falda de su vestido cuidadosamente colocada sobre los muslos. Esta chica. Ella no pertenecía aquí.

Mi oponente entró en la jaula. Se hacía llamar Snake. Incluso tenía serpientes tatuadas en su garganta; se levantaban sobre sus orejas y descubrían sus colmillos a ambos lados de su cabeza. Snake. Que maldito nombre estúpido para darte. No sabía por qué la gente pensaba que un nombre aterrador los haría parecer asustados a su vez. Nunca tuve que llamarme nada más que Fabiano, y eso fue suficiente.

El árbitro cerró la puerta y nos explicó las reglas. No había ninguna, excepto que esto no era una pelea a muerte, por lo que Snake probablemente viviría.

Snake golpeó su pecho con sus manos planas, dejando escapar un grito de batalla. Lo que sea que impulsara su coraje...

Levanté una mano y lo invité a avanzar. Quería poner en marcha esta pelea. Con un estruendo cargó como un toro. Lo esquivé, lo agarré del hombro y golpeé mi rodilla contra su lado izquierdo tres veces en rápida sucesión. El aire salió de sus pulmones, pero no se cayó. Me lanzó un puño. Y esquivando mi barbilla. Salté hacia atrás, le di una fuerte patada en la cabeza y, a pesar de su rápida reacción, mi talón le atrapó la oreja. Se tambaleó en la jaula, sacudió la cabeza y atacó de nuevo. Esto sería divertido.

Duró más que el anterior. Pero eventualmente las patadas en su cabeza lo atraparon. Sus ojos se desenfocaron más y más. Lo agarré por la parte

de atrás de su cabeza, levanté mi rodilla al mismo tiempo que empujaba su cara. Su nariz y pómulo se rompieron contra mi rodilla. Aulló con voz ronca y cayó hacia atrás. Yo fui tras él. Le di una patada en la jaula, y cuando golpeó el suelo con un golpe resonante, me agaché sobre él y le golpeé el codo en el estómago. Una vez. Dos veces. Dio una pequeña palmadita en el suelo, con la cara hinchada, respirando con dificultad. Renunciando.

—¡Ríndete!—Gritaba el árbitro.

Nunca entendí a los hombres como él. Moriría antes de rendirme. Había honor en la muerte, pero no en pedir misericordia. Me puse de pie. La multitud aplaudió.

Remo levanto su pulgar hacia arriba desde su lugar en la mesa con los grandes apostadores. Podía decir por el brillo de entusiasmo en sus ojos que quería volver a entrar en la jaula pronto. Pero estaba entreteniendo a los grandes apostadores, lo que estaba en lo alto de su lista de odio. Pero alguien tenía que hacerlo. Nino era elocuente y sofisticado, pero después de un tiempo se olvidaba de esconder las emociones en su rostro, y una vez que las personas se daban cuenta de que no tenía ninguna, corrían lo más rápido que podían. Savio era un adolescente caprichoso, y Adamo. Adamo era un niño.

Me di la vuelta. Leona todavía estaba sentada en el taburete frente a la barra, mirándome horrorizada. Esa era una mirada que se acercaba más a la que estaba acostumbrado por parte de las personas. Al verme así, cubierto de sangre y sudor, tal vez ella entendió por qué debería estar aterrorizada de mí.

Se quitó de las piernas el vestido, saltó del taburete y desapareció por la puerta giratoria.

Salí de la jaula, goteando sangre y sudando en el suelo. Tendría que coserme a mí mismo.

—Buena pelea.—Escuché decir de vez en cuando.

Sacudí algunas manos felicitándome, luego me retiré al vestuario. Estaba vacío ya que la mía había sido la última pelea y mi oponente se dirigía al hospital. Abrí mi casillero cuando sonó un golpe. Agarré una de mis armas y la sostuve detrás de mi espalda mientras giraba.—Adelante.

La puerta se abrió un poco antes de que Leona asomara la cabeza, con los ojos cerrados.—¿Estás decente?

Puse mi arma de nuevo en mi bolsa de gimnasio.—Soy el tipo menos decente de esta ciudad.—Excepto Remo y sus hermanos, tal vez.

Abrió los ojos con cautela, buscando en la habitación hasta que se acomodaron en mí. El alivio inundó su rostro y se deslizó en la habitación antes de cerrar la puerta detrás de ella.

Mis cejas se dispararon hacia arriba.—¿Estás aquí para darme un regalo de victoria?—Le pregunté, apoyándome en los casilleros. Mi polla tenía todo tipo de regalos en mente. Todos ellos involucraron su boca perfecta, y su vagina sin duda perfecta.

—Oh, solo tengo una botella de agua y toallas limpias.—Me mostró lo que sostenía en sus manos, sonriendo como disculpándose.

Negué con la cabeza, riendo. Dios, esta chica.

La realización inundó su rostro.—Oh, quisiste decir...—Ella hizo un gesto en la dirección general de su cuerpo.—Oh no. no. Lo siento.

Cerré los ojos, luchando contra las ganas de reír. Había pasado un tiempo desde que una mujer me había hecho reír. Sobre todo, que me hiciera querer joder sin sentido.

–Espero que puedas vivir con una botella de agua fría,–dijo con voz burlona. Cuando abrí los ojos, ella estaba delante de mí, sosteniendo la botella. Ella era más que una cabeza más pequeña que yo y estaba a menos de un brazo de distancia. Estúpida. Necesitaba aprender la autoconservación. Tomé la botella y la vacié en unos pocos tragos.

Ella escaneó mi cuerpo. –Hay tanta sangre.

Me arriesgué a mirar hacia abajo. Había un pequeño corte en mis costillas donde un borde afilado de la jaula me había rozado, y se formaban moretones en mi riñón izquierdo y en mi muslo derecho. La mayoría de la sangre no era mía.–No es nada. Lo he tenido peor.

Sus ojos se detuvieron en mi frente.–Tienes un corte que necesita ser tratado. ¿Hay algún médico cerca que deba llamar?

–No. No necesito un médico.

Abrió la boca como para discutir, pero luego pareció pensárselo mejor. Ella hizo una pausa.

–Te veías tan...–Ella negó con la cabeza, arrugando la nariz de la manera más jodidamente adorable posible. Joder, esas malditas pecas.–... No sé cómo describirlo. Feroz.

Me enderecé, sorprendido. Sonaba casi fascinada.– ¿No estas disgustada? Pensé que era demasiado brutal.

Ella se encogió de hombros, con un movimiento delicado.– Estaba disgustada. Es un deporte tan belicoso. Ni siquiera sé si puedes llamarlo así. Se trata de ganar el uno sobre el otro.

–También se trata de leer a tu oponente, de ver sus debilidades y usarlas contra él. Se trata de velocidad y control.–La escaneé otra vez, leyéndola como hacía con mis oponentes. No era difícil adivinar por qué Stefano la habría elegido si lo hubiera permitido. Era obvio que ella había tenido una vida difícil, que tenía poco, que no había nadie para cuidarla, que nunca lo había existido. Era obvio que ella quería más, que quería que alguien la cuidara, alguien que fuera amable con ella, alguien que la amara. Stefano era bueno en fingir que era alguien así. Ella eventualmente aprendería que era mejor confiar solo en ella misma. El amor y la bondad eran raros, no solo en el mundo de la mafia.

– No entiendo por qué la gente ve a otros lastimarse entre sí a propósito. ¿Por qué a la gente le gusta infligir dolor a alguien?

Yo era la última persona a la que debería preguntar. Ella nunca me había visto lastimar a la gente. Esa pelea era una broma en comparación con mis trabajos como Enforcer de la Camorra. Me gustaba lastimar a la gente. Yo era bueno en eso, había aprendido a ser bueno en eso.

CAPITULO 6

Sus ojos eran ilegibles. ¿En qué estaba pensando? Tal vez estaba empezando a molestarlo con mi constante charla sobre la brutalidad de los combates.

La lucha de la jaula era obviamente importante para él. Todavía estaba tratando de reunir los tres lados de él que había visto hasta ahora: el hombre de negocios, el tipo de al lado y el luchador. Aunque ahora me di cuenta de que solo este último había parecido natural, como si fuera el único en el que no se sentía disfrazado.

—Probablemente debería irme,—le dije. No era la mejor idea estar en el vestuario con él. La gente podría tener ideas y comenzar a hablar, y eso era algo que realmente no quería.

El asintió. La forma en que me estaba mirando me hizo estremecer la espalda. Sus ojos, siempre tan agudos y cautelosos, y azules como el cielo sobre Texas en primavera, me mantenían congelada. Sosteniéndome en un agarre. Me di la vuelta y caminé hacia la puerta. Antes de salir, me arriesgué a echar un vistazo más por encima de mi hombro.—Ni siquiera sé tu nombre,—le dije.

–Fabiano,–dijo. El nombre parecía demasiado normal, demasiado suave para un hombre como él, especialmente ahora, cubierto de sangre.

–Soy Leona,–le dije. Ni siquiera estaba segura de por qué, pero por alguna razón me hizo sentir curiosidad. Enganchó sus dedos en sus pantalones cortos y rápidamente me fui, pero antes de cerrar la puerta, pude ver su trasero mientras se dirigía a la ducha. Con cada paso sus músculos se flexionaban. Oh diablos. Arranqué mi mirada de su trasero. Había cicatrices en toda su espalda, pero no parecían defectos en él. El calor se disparó en mi cabeza y rápidamente me di la vuelta, solo para mirar a la cara de Cheryl.

– Cariño, no juegues con los grandes. No juegan muy bien, – dijo crípticamente.

–No estoy jugando con nadie,–le dije, avergonzada de que ella me hubiera atrapado espiando a Fabiano.

Ella me dio unas palmaditas en el hombro.–Solo mantente alejada de gente como él.

No tuve la oportunidad de preguntarle qué quería decir. Roger's le gritó que entrara en su oficina. Ella empujó la fregona hacia mí.–Aquí, tienes que limpiar la jaula.–Luego ella se apresuró.

Ya eran las dos de la mañana y estaba increíblemente cansada. Sólo unos pocos invitados estaban desperdigados alrededor de las mesas, bebiendo su última cerveza. Pero la mayoría de la gente se había ido después de la lucha de Fabiano. Me estremecí cuando mis ojos captaron el sangriento lío que era la jaula de combate. Nunca había tenido problemas con la sangre, pero esto era más de lo que había visto en mucho tiempo. La última vez que tuve que limpiar un desastre fue cuando mi madre se golpeó la cabeza en la bañera con su cristal estupor.

Suspiré. No servía de nada posponer lo inevitable. Subí por las puertas de la jaula y empecé a fregar. A mi alrededor los últimos asistentes recogieron sus cosas, a punto de irse. Los saludé con la mano cuando me dieron las buenas noches.

Mantuve mis ojos abiertos por Roger, esperando que me diera algo de dinero por el trabajo de hoy. Realmente necesitaba un par de dólares para comprar comida y tal vez otro par de zapatos. Hice una mueca cuando vi que unas pocas manchas de sangre habían llegado a mis pies desnudos. Las sandalias definitivamente no eran una buena elección para un trabajo como este.

De vez en cuando también me permití echar un vistazo en dirección a la puerta del vestuario, pero Fabiano parecía tomarse su tiempo para ducharse. Una imagen de él desnudo bajo un chorro de agua apareció, y rápidamente limpié la última mancha de sangre y salí de la

jaula. Estaba demasiado cansada para pensar con claridad. Necesitaba llegar a casa, aunque la idea de caminar a casa en la oscuridad durante más de una milla no me sentó bien. No me asustaba fácilmente, pero tenía un sano sentido de autoconservación.

Después de dejar la fregona y el cubo, continué por el pasillo que conducía a la oficina de Roger, pero dudé a mitad de camino. Una mujer gritaba. Me estremecí. Entonces oí la voz de Roger.—Sí, te gusta por el culo, puta. Sí, así de simple.

Cheryl fue la que gritó, pero aparentemente de placer. Esto era demasiado perturbador. Necesitaba desesperadamente el dinero que Roger me debía, pero no había forma de interrumpir lo que fuera que estuvieran haciendo. Retrocedí y fui directo a un cuerpo fuerte. Abrí la boca para dar un grito de sorpresa cuando una mano se cerró sobre mis labios. El miedo se disparó a través de mí, y el instinto se hizo cargo. Empujé mi codo hacia atrás tan fuerte como pude, y colisioné con un estómago parecido a una roca. Mi oponente ni siquiera hizo una mueca de dolor, pero apretó sus dedos en mi cintura, que ni siquiera había notado antes.—Shhh. Soy yo.

Me relajé, y él soltó su mano de mis labios. Me retorcí en su agarre, inclinando mi cabeza hacia atrás. Fabiano. Estaba vestido con su camisa negra y pantalones vaqueros, y estaba limpio. La herida en la línea de su cabello estaba cosida. Así que por eso fue por lo que había tardado tanto. No podía imaginármelo usando una aguja, pero como

un luchador de jaula probablemente tenías que sufrir más dolor que unas cuantas pinchadas.

–Me asustaste.

Había un toque de diversión en sus ojos. ¿Qué era tan gracioso al respecto?

¿La asusté? Si esta era la primera vez que mis acciones la habían asustado, estaba tan loca como lo era de hermosa.

–No quería que interrumpieras a Roger con tu grito, –le dije. Nadie quería ver a Roger con los pantalones bajados.

Sus ojos se deslizaron hacia la puerta, y se estremeció. –No sabía que eran una pareja. Ellos no actúan como una.

–No lo son, –le dije. –Ellos follan.

–Oh. –Un rubor tentador coloreó sus mejillas. –Debería irme.

–¿Quieres que te lleve?–No estaba seguro de por qué diablos le estaba ofreciendo un paseo, otra vez. Después de todo, ella no vivía exactamente a la vuelta de la esquina de mi apartamento.

Hizo una pausa, el conflicto bailando en sus ojos. Finalmente, algo de desconfianza. Quizás verme pelear la había hecho darse cuenta de que ella nunca debería haberse subido a mi auto en primer lugar. Es gracioso cómo las personas reaccionan de manera diferente, dependiendo del atuendo de la persona. ¿Traje? Digno de confianza.

–No puedo dejar que vuelvas a hacer eso.

–Entonces llama a un taxi. No deberías caminar sola por la noche en esta área.–Conocía todas las razones por las que ella no debería por su nombre.

–No tengo dinero,–dijo, y luego pareció que quería tragarse la lengua.

Metí la mano en mi bolso y saqué un rollo de billetes de cincuenta dólares.

Los ojos de Leona se agrandaron.–¿De dónde sacas tanto dinero?

Ella no parecía impresionada, solo cautelosa. Bueno. No había nada peor que las mujeres que decidían que merecías su atención después de ver que tenías dinero.

–Dinero por ganar mi lucha.–Lo cual era casi la verdad.

Desenredé un billete de cincuenta dólares y se lo ofrecí.

Ella negó con la cabeza con vehemencia.–No. Realmente no puedo aceptarlo.

–Puedes devolvérmelo cuando Roger te haya pagado.

Ella volvió a negar con la cabeza, pero esta vez con menos convicción. Estaba cansada por lo que podía decir. –Tómalo,–le ordené.

Ella parpadeó hacia mí, aturdida por la orden, pero incapaz de resistirse, por lo que finalmente tomó la nota. –Gracias. Te lo devolveré pronto.

La gente siempre me decía eso.

Ella levantó su mochila en su hombro.—Tengo que irme,—dijo en tono de disculpa.

La acompañé afuera. Mi auto estaba justo enfrente de la puerta. Ella lo miró.—¿Ganas tanto dinero con peleas en jaula?

—No es mi trabajo. Es un hobby.

Sin curiosidad por su parte. Sin preguntas. Una niña que había aprendido que la curiosidad mató al gato.

—Llama a un taxi,—le dije.

Ella sonrió. —No te preocupes lo haré. No tienes que esperar.

Ella no llamaría un taxi. Podría decirlo. Esperé pacientemente. Si pensaba que podía irse así, se había equivocado.

—No tengo teléfono,—admitió a regañadientes.

No hay dinero, no hay teléfono. Alcané el mío del bolsillo de mis vaqueros cuando ella suspiró y sacudió la cabeza.

– No, no lo hagas. Tengo muchas ganas de caminar. No puedo permitirme el lujo de gastar dinero en un taxi, –dijo con una evidente incomodidad.

Era obvio que ella era pobre, por lo que era inútil tratar de ocultármelo. Stefano no la habría acosado si ella no pareciera un objetivo fácil. Y demonios, con este vestido gastado, sandalias más destartaladas y la jodida mochila más destartalada de este planeta, no era necesario que un jodido genio viera lo pobre que era.

–Entonces déjame al menos caminar contigo, –le dije para mi propia sorpresa.

No quería que Stefano le diera otra oportunidad, o que uno de los matones le pusiera una mano encima. Algo sobre su inocente confianza me atraía como una polilla a la llama. Era la emoción de la caza, sin duda. Nunca había cazado a alguien así.

–Pero tu podrías conducir. No tienes que caminar.

—No puedes caminar sola por la noche, créeme.

Sus hombros se desplomaron y sus ojos se lanzaron a mi coche.—
Entonces yo iré contigo. No puedo dejar que camines conmigo y luego vuelvas al bar a buscar tu auto.

Mantuve la puerta abierta para ella y se deslizó dentro. Demasiado confiada. Me deslicé en el asiento a su lado. Se hundió en el asiento de cuero, bostezando, pero sus brazos se apretaron alrededor de su vieja mochila.

Dudo que ella tuviera algún tesoro escondido en su profundidad. Tal vez ella realmente tenía algún tipo de arma dentro para defenderse. ¿Cuchillo? ¿Aerosol de pimienta? ¿Pistola?

Nada la habría salvado si hubiera tenido la intención de hacer lo que quería con ella. Arranqué el motor, que cobró vida con un rugido, y salí del estacionamiento. En un espacio cerrado como este, no podría conseguir un buen disparo. No tendría problemas para desarmarla y entonces estaría indefensa. Las mujeres a menudo llevaban armas porque pensaban que las protegerían, pero sin el conocimiento de cómo usarlas, eran solo un riesgo adicional.

Ella me dijo su dirección de nuevo.

–La recuerdo, no te preocupes.

Pasó las yemas de los dedos por el cuero negro de su asiento.–¿Eres de una familia rica?

Lo era, pero no era por eso por lo que tenía el auto y todo lo demás.–No,–le dije a ella.

Ella se quedó en silencio. Ella estaba llena de más preguntas. Estaba escrito en toda su cara.

Cuando me detuve frente al complejo de apartamentos, la puerta del segundo piso se abrió. Y de inmediato reconocí al hombre, moderadamente alto, medio calvo, con el estómago que se inclinaba sobre su cinturón, todo patético, como uno de los adictos al juego que frecuentaba uno de nuestros casinos. No lo había manejado todavía. Él no era lo suficientemente importante, y nunca nos debía el dinero suficiente para justificar mi atención. Soto había tratado con él una vez. Él se encargaba de la escoria baja. Después de eso, siempre había estado a tiempo con sus tarifas. Era un perdedor que siempre perseguía el siguiente dólar para gastarlo en el juego.

– Ese es mi papá, – dijo Leona. Había un toque de ternura en su voz. Ternura que seguro no merecía.–Gracias por el aventón.

Su padre se dirigía por el camino hacia nosotros, luego se quedó helado cuando me reconoció detrás del volante. Lo seguí cuando salió Leona.

—¡Leona!—Gruñó. Sus ojos hicieron una rápida exploración de su cuerpo.— ¿Estás bien? ¿Él...?—Se aclaró la garganta ante la mirada que le di. No había esperado ese tipo de preocupación de él. Por lo que había visto de él hasta ahora, solo le importaba un carajo. La gente como él siempre lo hacía. Es por eso por lo que disfrutaba tratar con ellos.

Leona parpadeó.— ¿Qué está pasando? Estoy bien. ¿Por qué estás actuando tan extraño?

—¿Estás bien?—Preguntó de nuevo.

Me acerqué a ellos. Inmediatamente el olor de un espíritu pobre entró en mi nariz. El juego y el alcohol eran una combinación atronadora. Una que finalmente llevaba a una tumba temprana. Ya sea por la camorra, o por la madre naturaleza.

Ella asintió, luego hizo un gesto hacia mí.—Fabiano fue lo bastante agradable como para traerme a casa.

Yo era muchas cosas, pero agradable no era una de ellas. Su padre parecía que iba a hacer explotar una vena.—¿No te he dicho que tengas cuidado por aquí? No puedes andar por ahí hablando... —Se calló, salvando su propio y lamentable trasero.

Le di una sonrisa fría.—Realmente disfruté hablando con tu hija.

Frotó sus palmas sobre sus vaqueros desteñidos nerviosamente.

—Leona, puedes seguir adelante. Necesito hablar con tu padre,—le dije.

Los ojos de Leona se lanzaron entre su padre y yo.—¿Se conocen entre sí?

—Tenemos un amigo mutuo.

—Está bien.—Ella me dio una sonrisa incierta.—¿Nos vemos pronto?—Era media pregunta, mitad afirmación.

—Tú puedes apostararlo,—le dije en voz baja.

Su padre agarró mi brazo en el momento en que ella se fue.

–Por favor, –me rogó.– ¿Es esto por el dinero que no he pagado? Lo pagaré pronto. Simplemente no...

Dejé que mi mirada cayera a sus dedos agarrando mi brazo y me soltó como si se hubiera quemado.–¿No qué?–Le pregunté peligrosamente.

Dio un paso atrás, sacudiendo la cabeza. Estaba preocupado por sí mismo. Él había pensado que yo había venido a tratar con él.

–Me entristecería verla partir, –le dije casualmente.–¿Supongo que se va a quedar por un tiempo?

El me miró fijamente.

–Realmente odiaría que ella escuchara las cosas equivocadas sobre mí. ¿Entendido?

Lentamente asintió.

Regresé a mi carro. Su mirada temerosa me siguió mientras me marchaba. Ni siquiera estaba seguro de qué era exactamente lo que me hacía querer hacerla mía. Su padre sabía que no había nada que pudiera

hacer para detenerme, no que él fuera el tipo de persona que lo intentara. Lo único que podría haberme impedido perseguirla ahora que había despertado mi interés era Remo, y él no tenía ninguna razón para interferir.

CAPITULO 7

Dormí hasta tarde al día siguiente. No tendría que trabajar hasta las tres de la tarde y necesitaba descansar un poco. Cuando entré en la cocina, una caja de donas estaba sobre la mesa y papá estaba agarrando una taza de café.

–Buenos días,–dije a pesar de que eran casi las doce en punto. Me serví un poco de café antes de hundirme en la silla frente a él.

– Nos conseguiste el desayuno, – dije sorprendida y me serví una dona. Sabía que era mejor esperar sorpresas agradables como las que se producían a diario.

–Le pedí dinero a un vecino hasta que me paguen mañana. –Era una especie de mensajero de lo que había reunido, y me pregunté cómo podría mantener el trabajo considerando que su aliento siempre apestaba a alcohol.

–Podría darte cincuenta dólares,–le dije, sacando el dinero de la cintura de mis pantalones cortos. Aprendí a esconder dinero cerca de mi cuerpo. –Entonces podrías devolverle el dinero y conseguir comida para los próximos días.

Miró el billete de cincuenta dólares como si fuera algo sucio.—¿Dónde lo obtuviste?

—Encontré un trabajo,—dije con una sonrisa.

No se veía feliz.—¿Y te pagaron cincuenta dólares en tu primer día?

Hizo que pareciera que había estado haciendo algo prohibido, algo sucio.

—No aún no. Me pagarán hoy.—Eso es lo que esperaba al menos. No estaba seguro de cómo manejaba Roger las cosas, pero como no me pidió mi número de seguro social ni ninguna otra información relevante, asumí que no seguiría exactamente un plan de pago regular.

—Entonces, ¿de dónde sacaste ese dinero?

Parecía enojado. ¿Qué le pasó a él? Él y mamá definitivamente nunca habían hecho muchas preguntas cuando se trataba de dinero.—Fabiano me lo dio.

Se levantó de un salto. Su silla cayó al suelo con un golpe. Me estremecí en mi asiento. Recuerdos lejanos se levantaron, de él peleando con mi madre, de él levantando su puño y ella arañándolo a su vez.

–¿Recibiste dinero de...él?

–¿Qué está pasando aquí?–Le pregunté.

–No se puede ir prestando dinero de gente como él. No necesitamos atención de gente como él.

–De gente como él,–repetí.–¿De qué clase de gente exactamente?

Parecía desgarrado. No estaba seguro de a quién o qué intentaba proteger, pero ciertamente no era yo. Él nunca había sido el padre protector.

–Sé que es un luchador de jaula, papá. Lo vi pelear, ¿de acuerdo? Así que, por favor, cuida de tu propio negocio. Como has hecho los últimos cinco años.

–¿Lo hiciste? ¿Por qué?–Entonces, algo pareció hacer clic en su mente y cerró los ojos.–No me digas que estás trabajando en la Arena de Roger.

–Lo hago.

Se levantó de la silla y la enderezó antes de hundirse como si sus piernas estuvieran demasiado débiles para sostenerlo. –Nunca deberías haber venido aquí. No debería haberte dejado hacerlo. Nos meterás a los dos en problemas. Realmente no puedo usar ese tipo de equipaje en este momento.

Fruncí el ceño ante mi café. –Soy un adulto. Yo puedo apañármelas sola. No puedo ser exigente con los trabajos que hago. No es que tenga mucha opción.

–Dale ese dinero de vuelta hoy. No lo uses para nada. Y...

–¿Mantente alejada de él? –Interrumpí. Era demasiado tarde para una charla protectora de papá.

–No, –dijo en voz baja.– Ten cuidado. No necesito que arruines las cosas. Es demasiado tarde para que te diga que te mantengas alejada.

Me dio la sensación de que lo decía de una manera diferente a la que yo creía. –Podría mantenerme alejada. No es como si estuviera atada a él.

Papá negó con la cabeza.—No, no puedes alejarte. Porque eso ya no depende de ti. Él decidirá de ahora en adelante, y no te dejará alejarte hasta que obtenga lo que quiere de ti.—Sus labios se curvaron, como si supiera exactamente qué era eso.

Odiaba cómo podía hacerme sentir sucia con esa expresión. Como si él tuviera el derecho de juzgarme cuando con gusto le permitió a mi mamá vender su cuerpo para poder pagar sus cuentas de juego.

—No estamos viviendo en la edad media, papá. No es como si tuviera algún poder sobre mí.—Ni siquiera estaba segura de por qué estábamos discutiendo esto. Fabiano y yo no habíamos hecho nada más que hablar y hasta ahora había sido el perfecto caballero. Quizás, después de todo, papá tenía un problema con la bebida o consumía drogas más fuertes. Mamá también había sido paranoica.

Sacó un cigarrillo, el último, de un paquete maltratado, antes de encender la colilla y dar un tirón profundo.—La camorra es dueña de la ciudad y de su gente. Y ahora él te posee. — Él soltó el humo, encerrándonos en él. Tosí.

—¿La Camorra?—Había escuchado el término en un informe sobre Italia en la televisión hace un tiempo. Eran una rama de la mafia, pero esto era Las Vegas y no Nápoles.—¿Te refieres a la mafia?

Papa se levantó. –Ya dije demasiado,—dijo con pesar, tomando otro tirón del cigarrillo. Los dedos que lo sostenían temblaban.— No puedo ayudarte. Ya estás demasiado profundo.

¿En lo profundo? Estuve en Las Vegas por tres días y trabajé en el bar de Roger por solo un día. ¿Cómo podría estar demasiado profundo? ¿Y qué significa eso exactamente?

Papá no me dio la oportunidad de hacer más preguntas, salió corriendo de la cocina y unos segundos después escuché que la puerta de entrada se cerraba de golpe.

Si él insistía en andarse por las ramas, tendría que salpicar a Cheryl con preguntas. Parecía saber más si sus advertencias crípticas de ayer eran alguna indicación. No iba a preguntarle a Fabiano directamente a menos que no tuviera otra opción. Probablemente se reiría en mi cara si le preguntara sobre la mafia.

Cuando entré a la barra, Cheryl ya estaba allí, colocando vasos en los estantes pegados a la pared detrás de la barra. Las lámparas de neón rojas aún estaban apagadas, y sin su brillo, el área se veía opaca. También había otra mujer limpiando el cuero de las cabinas. Ella asintió en mi dirección cuando me sorprendió mirando. Su cabello era de un bonito tono marrón claro, pero su cara se veía muy pintada y agotada. Drogas duras. Lo que hacía difícil adivinar su edad. Ella podría haber tenido cuarenta o treinta años. No había forma de decirlo.

Me dirigí directamente hacia Cheryl y coloqué mi mochila detrás de la barra. Cuando nuestros ojos se encontraron, mis mejillas se calentaron al recordar lo que la había oído hacer con Roger la noche anterior. Por suerte ella no pareció darse cuenta.—Llegas tarde,—dijo ella, un poco nerviosa.

Miré el reloj en la pared al otro lado de la habitación. De hecho, llegué justo a tiempo, pero decidí no decir nada. Después de todo, quería obtener información de Cheryl.

—Lo siento,—le dije mientras tomaba dos vasos y la ayudaba a llenar los estantes.

—Podrías limpiar el vestuario o la oficina de Roger. Tengo esto.

La oficina de Roger era el último lugar que quería limpiar.—Limpiaré los vestuarios,—le dije, luego me volví hacia ella.

Ella me devolvió la mirada interrogativamente.—¿Qué pasa?

—Sabes que soy nueva en la ciudad, así que no estoy al tanto de lo que está pasando aquí,—comencé y pude ver cómo subían sus defensas. Tal vez obtener respuestas de ella no sería tan fácil como esperaba.

–Pero la gente está actuando de manera extraña alrededor de Fabiano, ¿conoces al tipo que luchó en la última pelea?

Ella se río con amargura.–Oh, lo conozco.

Fui sorprendida.– Ah, vale. Entonces, ¿qué le pasa a él? Mi padre se asustó cuando Fabiano me dio un paseo a casa anoche.

–¿Te llevó a casa?

Bueno. Esto estaba empezando a enojar mis nervios. ¿Por qué no podía ella simplemente soltarlo?

– Él lo hizo. Era tarde y él no quería que caminara sola. Parecía preocupada.–Decidí no mencionar que él también me había recogido la noche anterior.

Cheryl me miró como si hubiera perdido la cabeza por completo.– Confía en mí, no lo estaba. No sé por qué te llevó a casa, pero seguro que no fue por la amabilidad de su corazón. Tienes suerte de que no haya pasado nada.

Me acerqué a ella hasta que casi nos tocamos.—Cheryl, solo dime que está pasando. Este bar, Fabiano, todo está apagado.

—Este es el territorio de la Camorra, polluela. Todo les pertenece hasta cierto punto. Y tu fabiano.

Él no era mi Fabiano, pero no quería interrumpirla por temor a que pudiera cambiar de opinión sobre darme una respuesta honesta.

—Es la mano derecha de Falcone.

—¿Falcone?

El nombre no me sonaba, pero sonaba a italiano. Ella maldijo en voz baja.—No es de mi incumbencia. No quiero meterme en problemas.

—Entonces, ¿es Falcone una especie de mafioso?—Había visto películas sobre la mafia y sabía que eran los malos, pero ¿era eso incluso la realidad de las cosas? Este era el siglo XXI. La mafia parecía sacada de los años veinte, hombres viejos fumando puros en películas en blanco y negro. Fabiano era alguien que inculcaba respeto en los demás, lo pude ver, pero ¿se debía a que él era un mafioso o al hecho de que era simplemente impresionante de ver? Cualquiera que lo haya visto en

las jaulas de combate pensaría dos veces entrar en una confrontación con él.

–Una especie de mafioso, –murmuró ella como si hubiera cometido una blasfemia.–Lo dices como si fuera un trabajo normal, polluela. No lo es, confía en mí. Las cosas que hace la Camorra, las cosas que hace tu Fabiano, ellas...–Sus ojos se fijaron en algo detrás de mí y se quedó en silencio.

–Ahora ve a limpiar los vestuarios, –murmuró. Me di la vuelta y vi a Roger a unos metros de nosotros, con una expresión de desaprobación. Él no me estaba mirando, solo a Cheryl, y una conversación silenciosa de la que no estaba al tanto pareció pasar entre ellos.

Tomé el trapeador y el cubo, y me apresuré a pasar junto a él. Estaba acostumbrada a ser la nueva chica en la ciudad. Me había mudado una docena de veces en los últimos diez años, y siempre me había sentido al margen de la vida por eso. Nunca sabía los chistes internos.

Sabía que ser un mafioso no era un trabajo normal. Estas personas eran malas noticias. Pero Fabiano no había parecido malo. Algo en él me hizo sentir curiosidad, me dio ganas de echar un vistazo detrás de esa máscara cautelosa que llevaba. ¿Quién sabía por qué se había

convertido en un mafioso? A veces la vida te deja con poca o ninguna opción.

Me alegró que la limpieza del vestuario no requiriera ninguna concentración, porque mi mente estaba ocupada procesando las noticias. No estaba segura de qué pensar porque no sabía lo suficiente. La Camorra, Falcone, mafiosos, las palabras no tenían ningún significado para mí. Pero para mi padre y Cheryl, lo hacían. Para ellos, infundían miedo.

Mi tren de pensamientos se interrumpió cuando los primeros combatientes entraron en el vestuario. Al parecer, había peleas programadas todas las noches. Me pregunté dónde encontraría Roger a todos estos tipos ansiosos por pegarse el uno al otro. Supongo que muchos de ellos tenían pocas opciones en cuanto a los trabajos que tenían.

Uno de ellos, el más joven de todos, de mi edad, se acercó. Levanté el cubo del suelo de baldosas blancas, lista para dejarlos solos. Él me dio una sonrisa coqueta, que murió cuando uno de los otros chicos le susurró algo al oído. Después de eso podría haber sido invisible. Confundida, salí de la habitación. ¿Era yo una especie de paria? ¿La señora de la limpieza intocable?

No es que tuviera ningún interés en coquetear con ese chico, pero su cambio de actitud fue un ligero golpe para mi confianza. No me

engañaba pensando que era una maravilla como otras chicas, definitivamente no llevaba el mismo vestido de flores que ayer y al menos no olía. Todavía.

Vacilé en mis pasos cuando vi una cara familiar entrar en el bar. Fabiano estaba vestido con pantalones negros y una camisa blanca con las mangas enrolladas. El blanco contrastaba muy bien con su bronceado. Él era un espectáculo para la vista. Alto y guapo, distante y fresco. Él exudaba poder y control. Se manejaba con una gracia natural que me hipnotizó. Era como mirar a un león al acecho. Había casi demasiado de él para asimilarlo. Sus palabras sobre los machos alfa pasaron por mi mente, seguidas por el hecho de que era miembro de la Camorra. La gente me advirtió que me mantuviera alejada de él.

Mi madre siempre había dicho que yo era un reparador. Que necesitaba algo roto para poder ver si era capaz de repararlo. Animales heridos, enfermos, carros averiados, ella. Ella había dicho que un día me metería en problemas. Debido a que la gente no podía ser reparada, y que algún día encontraría a alguien tan roto, que él me rompería antes de que pudiera repararlo.

¿Fue eso lo que me atrajo a él desde el primer segundo? ¿Había sentido que algo sobre él estaba dañado y quería arreglarlo?

* * *

Algo en su expresión era diferente. Ella estaba un poco más indecisa que antes. La observé llevar el cubo y fregar detrás de la barra, luego se ocupó de hacer un inventario de la nevera, de espaldas a mí.

Tenía la sensación de que no quería que le viera la cara. Quizás ella pensó que podría disimular sus emociones de mí de esa manera. Como si eso fuera a funcionar. Una mirada a su cuerpo me dijo todo lo que necesitaba saber. Estaba tensa y su respiración era demasiado controlada, como si tratara de no verse afectada, pero fallaba.

Apoyé los codos en el mostrador, observándola en silencio. Ella llevaba el mismo vestido otra vez y las mismas sandalias. Estaba empezando a volverme loco. ¿No podía su padre dejar de jugar por un jodido día para poder comprarle algo de ropa decente? La rabia se alzó en mí ante el obvio abandono que ella probablemente había estado sufriendo toda su vida. La negligencia era algo que conocía muy bien. Venía en diferentes formas y formas.

Esperé pacientemente hasta que ella ya no pudiera fingir que había algo remotamente interesante en la nevera. Ella cuadró sus hombros y se volvió hacia mí.

Su sonrisa estaba mal. Tensa e insegura. A punto de ser falsa. Y hubo un parpadeo de precaución, pero todavía no había miedo.—¿Agua?—Adivinó, ya alcanzando un vaso.

Negué con la cabeza. —No hay pelea esta noche. Dame un whisky.

—Correcto,—dijo ella.—¿Vas a salir? Estas guapo.

—Guapo, ¿hm?—Repetí. Ella no necesitaba saber que Remo y yo íbamos a ver uno de nuestros clubes de striptease esta noche. Había algunas inconsistencias con los libros, que necesitábamos investigar. Y después de eso tendríamos una larga conversación con las putas que trabajaban allí.

Un rubor se extendió por sus mejillas, por lo que me dieron ganas de llegar sobre la barra y pasar mis dedos sobre ella, sentir su piel caliente y esas malditas pecas. El acto inocente por lo general no era algo que me afectara, porque por lo general era solo eso, un acto. Pero con Leona me di cuenta de que no se requería ninguna actuación.— Todo es negocios, nada divertido,—le dije.

Su sonrisa vaciló de nuevo. Cogió la botella de whisky más barata. Negué con la cabeza.— Ésa no. Dame la de etiqueta azul de Johnnie Walker allí.—Era el Scotch más caro que se ofrecía en la Arena

de Roger. No era realmente un establecimiento para gustos finos. A los muchachos de aquí les gustaban sus bebidas como les gustaban sus mujeres: baratos.

—Eso es treinta dólares por vaso,—dijo.

—Lo sé,—le dije cuando ella deslizó el vaso hacia mí. Tomé un largo sorbo del líquido ámbar, disfrutando de la quemadura. No bebía a menudo, solo había estado borracho dos veces en mi vida. Había otras formas de obtener un alto, jodiendo y peleando, mis favoritos.

Le entregué un billete de cincuenta dólares.—Mantén el resto.

Sus ojos se agrandaron, y ella sacudió ligeramente la cabeza.—Eso es demasiado.

Rebuscó en la caja registradora y empujó los veinte dólares de cambio hacia mí, luego se agachó por un momento, para recuperar otro billete de cincuenta dólares y poner eso delante de mí también.

—Te dije que no quiero que me devuelvas ese dinero, y los veinte dólares son tu propina.

–No puedo aceptar tampoco. No está bien.

–¿Quién te dijo?–Le pregunté.

Ella parpadeó, luego apartó los ojos.–¿Quién me dijo qué?–Era una mentirosa horrible, y una actriz peor.

–No me mientas,–dije, un toque de impaciencia arrastrándose en mi tono.

Sus ojos azules se encontraron con los míos. Ella vaciló.–Escuché a algunas personas hablando.

No creí esa mierda por un segundo. Ella escaneó mi cara.–Entonces, ¿es cierto?

–¿Qué sí que es verdad?–Desafié.

–¿Que eres parte de la Camorra?

Ella lo dijo como si la palabra no significara nada para ella. Ella no sabía qué era exactamente lo que representábamos, no sabía cuán poderosos éramos. Para la mayoría de las personas, la mera palabra estaba

asociada con el miedo, no para ella. Esperaba que siguiera siendo así, pero sabía que no podía. Viviendo en esta parte de la ciudad, trabajando para Roger, pronto vería o escucharía cosas que la harían darse cuenta de lo que hacia la Camorra.

–Lo soy,–dije, vaciando el resto de mi escocés.

Sus ojos se abrieron con sorpresa.–¿No se supone que debes mantenerlo en secreto?

–Es difícil mantener un secreto que no lo es.–La Camorra eran Las Vegas. Controlábamos los clubes nocturnos y bares, restaurantes y casinos. Organizábamos las peleas de jaula y las carreras callejeras. Les dábamos a los pobres cabrones pan y juegos, y aceptaban cualquier distracción de sus miserables vidas con avidez. La gente sabía de nosotros nos reconocía. No tenía sentido intentar fingir que éramos algo más.

–Pero ¿qué pasa con la policía? –Preguntó. Algunos otros clientes lanzaban miradas hacia ella, con los ojos vacías, pero ninguno de ellos se atrevería a interrumpirnos.

—No te preocupes,—le dije simplemente. No podía contarle sobre nuestra asociación con el Sheriff del Condado de Clark y nuestra conexión con algunos de los jueces. Eso no era algo que ella necesitara saber.

Los setenta dólares seguían tirados en el bar entre nosotros. Los recogí y caminé alrededor de la barra. La mirada de Leona era una mezcla de precaución y curiosidad. Tomé su muñeca. Ella no se resistió, solo me miró fijamente. Luché contra el impulso de apoyarla contra la pared y probarla. Joder, pero realmente quería ese sabor.

Giré su mano y puse el dinero en su palma. Ella abrió la boca, pero yo negué con la cabeza.—No quiero ese dinero de vuelta. Te comprarás un vestido bonito y lo usarás mañana. Y hazme un favor y deshazte de esas malditas sandalias. Entonces nuestra deuda estará liquidada.

La vergüenza llenó su rostro cuando se miró a sí misma.—¿Me veo tan mal que sientes la necesidad de comprarme ropa?

—No te voy a comprar nada. Solo te estoy dando el dinero.

—Estoy segura de que es un gran problema tomar dinero de alguien como tú,—dijo en voz baja. Todavía sostenía su mano y podía sentir su pulso acelerándose bajo mis dedos.

Me incliné hacia su oreja.—Es aún más difícil rechazar un regalo de alguien como yo.

Ella se estremeció, pero todavía no se retiró. Cuando la solté, ella se quedó cerca de mí.—Entonces no tendré otra opción, supongo,—dijo ella.

—Tu no la tienes,—estuve de acuerdo.

La gente miraba nuestro intercambio con curiosidad oculta. Una mirada al reloj reveló que necesitaba irme. No quería que Remo esperara.

—Mañana espero verte en tu ropa nueva,—le dije.

Ella asintió, y finalmente dio un paso atrás. Su expresión estaba desgarrada.

—Entonces, ¿volverás mañana?—Preguntó ella.

Volví a caminar por la barra y luego me volví hacia ella una vez más.—Sí.

* * *

Observé la retirada de Fabiano. Ahora que ya no estaba allí para distraerme, me di cuenta de cuántos clientes estaban sentados frente a vasos vacíos. Cheryl y la camarera de edad no identificable estaban en el otro extremo de la habitación, y solo ahora empezaron a acercarse a mí. Rápidamente escondí el dinero en mi mochila antes de correr hacia la primera mesa para tomar órdenes. Podía decir que la gente me estaba mirando con curiosidad. Esta conversación con Fabiano había atraído más atención de la que disfrutaba.

Todavía podía sentir los remanentes de vergüenza cuando pensé en su pedido de comprarme un vestido nuevo. Sabía que mi ropa había visto días mejores. Y mis chanclas...ahogué un suspiro.

Tal vez debería haber defendido mi posición y rechazado el dinero. Debido a que el dinero de la mafia era una mala noticia, pero Fabiano me había regalado el dinero no como un mafioso sino como... ¿qué era exactamente? No éramos amigos. Apenas nos conocíamos. ¿Estaba yo en deuda con él, o peor, con la Camorra? ¿Esperaba algo a cambio?

La idea era aterradora y emocionante al mismo tiempo. No es que alguna vez le diera ningún tipo de cercanía física a cambio de dinero,

pero la idea de que él pudiera estar interesado en mí me llenó de una emoción vertiginosa.

– Así que alejarse de él no va tan bien, ¿eh? – Dijo Cheryl cuando se detuvo a mi lado, cargando una tabla llena de botellas de cerveza.

– No puedo evitar que tomé una copa en el bar, – le dije con un pequeño encogimiento de hombros.

– Él no viene por las bebidas. Antes de que empezaras a trabajar aquí, él casi no estaba cerca, y para ser honesta, lo prefería de esa manera. – Ella se alejó, sus caderas se balanceaban de lado a lado mientras maniobraba de manera experta más allá de las mesas sobre sus tacones altos.

Suspiré. La habilidad de mi madre para los hombres problemáticos obviamente me había sido transmitida. Quizás había alguna manera de perder la atención de Fabiano. El problema era que una parte de mí no quería que él perdiera interés en mí. Alguna parte torcida e idiota estaba ansiosa por su atención. Que un hombre como él tuviera un poco de interés en mí aumentó mi escasa confianza en mí mismo. De vuelta en la escuela, los chicos solo me habían mostrado atención porque pensaban que lo daría fácilmente por ser la hija de una puta. No estaban interesados en mí porque era bonita o inteligente, sino porque pensaban que era barata. Pero Fabiano no sabía nada de mi madre y, por su aspecto, no tenía problemas para encontrar mujeres dispuestas.

Cheryl me lanzó una mirada furiosa a través de la habitación. Me había perdido en mis pensamientos y había dejado de trabajar de nuevo. Empujé a Fabiano fuera de mi cabeza. Si no quería perder este trabajo, tendría que controlarme.

Esa noche después del trabajo, Fabiano no estaba allí para llevarme a casa. Y me di cuenta de que había estado esperando secretamente que él entrara después de haber manejado los negocios, sin importar lo que eso significara.

Coloqué mi mochila sobre mi hombro y agarré las correas con fuerza cuando comencé a caminar a casa. Pocas personas concurrían en este momento, y la mayoría me hizo querer correr. Aceleré mi paso, comprobando mi entorno. Nadie me seguía y, sin embargo, me sentía como si me estuvieran cazando. Toda esta charla sobre la Camorra había sido combustible para mi imaginación.

Era ridículo. Estaba acostumbrada a caminar por mi cuenta. De vuelta en casa con mi madre, definitivamente nunca me había aislado en ningún lado. Yo había sido la que tenía que ir a buscarla más de una vez cuando no regresaba a casa. Y a menudo la había encontrado desmayada en uno de sus bares favoritos, o en una calle secundaria.

Cuando finalmente llegué a casa, solté un suspiro de alivio. Las luces seguían encendidas en la sala de estar.

—¿Leona? ¿Eres tú?

Papá sonaba borracho. Yo dudé. Recordé la última vez que lo vi borracho cuando tenía doce años. Él había tenido una gran pelea con mi madre y la había golpeado tan fuerte que ella perdió el conocimiento. Después de eso ella lo dejó. No es que los hombres hayan mejorado después de eso. Para mi mamá la vida era una espiral descendente que nunca se detenía. Tal vez ella hubiera puesto fin a eso ahora, probablemente su última oportunidad de rehabilitación.

Me detuve en la puerta de la sala de estar. Papá estaba sentado en el sofá, la mesa frente a él cubierta con botellas de cerveza y papeles. Parecían boletas de apuestas. Dudé que estuviera celebrando su suerte apostando.

—Llegas tarde,—dijo, con un ligero insulto en su voz.

—Tenía que trabajar. El bar está abierto hasta tarde,—dije, deseando nada más que entrar en mi habitación y dejar que él durmiera su intoxicación. Se levantó del sofá, y se me acercó.

—Pensé que ya no estabas bebiendo.

—No lo estoy haciendo,—dijo.—La mayor parte del tiempo. Hoy no fue un buen día.

Tenía la sensación de que los días buenos eran pocos y distantes entre sí. —Lo siento,—le dije automáticamente.

Él lo despidió. Dio otro paso en mi dirección y casi perdió el equilibrio. Los recuerdos de todas las peleas entre él y mi madre que había presenciado resurgieron una tras otra. No tenía la energía para ellos ahora.—Probablemente debería ir a la cama. Mañana será otro día largo.

Me giré cuando escuché sus pasos descoordinados y luego su mano se cerró sobre mi muñeca. Salté en sorpresa.

—Espera,—se arrastraba. —Tienes que darme algo de dinero, Leona. Roger ya te habrá pagado.

Intenté escaparme de su agarre, pero era demasiado apretado y doloroso.—Me estás haciendo daño,—le dije con los dientes apretados.

Él no parecía escuchar.—Necesito dinero. Necesito pagar mis deudas de apuestas o estaremos en problemas.

¿Por qué estaríamos en problemas si él no cubriera sus deudas de apuestas?

—¿Cuánto necesitas?—Pregunté.

—Solo dame todo lo que tienes,—dijo, sus dedos en mi muñeca como una manera de evitar que me fuera, como una manera de mantenerme en posición vertical.

Sabía cómo iba a ser. Mamá era igual con su adicción. Ella robaba cada centavo que encontraba en mi habitación, hasta que no tuve más remedio que cargarlo en mi cuerpo en todo momento. No es que eso la haya detenido en sus días más desesperados.

—Necesito ahorrar el dinero para la universidad y necesitamos comida.— No tenía muchas esperanzas de que usara gran parte de su dinero para ir al supermercado. Las donas habían sido una exención única.

—Deja de pensar en la universidad. Las chicas como tú no van a la universidad.

Finalmente logré liberarme de su aplastante apretón. Frotándome la muñeca, retrocedí un paso.

—Leona, esto es serio. Necesito dinero,—dijo.

La desesperación en su rostro me hizo llegar a mi mochila. Tomé el billete de cincuenta dólares y se lo entregué. Eso me dejó con poco más de cien dólares después de que Roger me hubiera pagado hoy. Las propinas eran decentes en la arena.

—¿Eso es todo?

No tuve la oportunidad de responder. Se tambaleó hacia adelante, atrapándome por sorpresa. Arrancó mi mochila de mi mano, empujó su brazo dentro y comenzó a hurgar. Traté de recuperarla, pero él me apartó. Choqué con la pared. Cuando encontró el resto del dinero, dejó caer la mochila y se metió el dinero en el bolsillo de los vaqueros.

—Una buena hija no le mentiría a su padre,—dijo enojado.

Y un buen padre no robaría a su hija. Cogí mi mochila del suelo. Una de las correas ahora tenía un rasgón. Luchando contra las lágrimas, corrí a la habitación y cerré la puerta.

Cansada y agitada, me hundí en el colchón. Por supuesto, nada había cambiado. Había perdido la cuenta de las veces que mi madre me había

prometido que comenzaría de nuevo. Las drogas habían sido más fuertes que su fuerza de voluntad y su amor por mí. Y aquí estaba con mi padre, que luchaba contra su propia adicción, y me quedé atrapada con él. ¿Por qué las personas en mi vida siempre rompían sus promesas?

No tenía dinero para irme de Las Vegas e incluso si lo hiciera, ¿a dónde iría? No podía pagar un apartamento en ningún lugar, y no tenía amigos ni familiares a los que pudiera acudir.

Me desnudé, poniendo el vestido con cuidado en el suelo. Sin dinero, no podría comprar ropa nueva, pero no había manera de que pudiera usar mi vestido de nuevo. Olía a sudor y tenía una mancha de ketchup en la falda. Saqué unos pantalones cortos de jeans y una camisa blanca lisa de mi mochila. Estaban arrugados por las manos de papá, pero tenían que servir.

Cansada, lo recordé de vuelta.

La universidad no es para chicas como tú.

Quizás era tonta por soñar con eso, pero mis sueños eran lo único que me mantenía en marcha. Quería obtener un título de abogado. Ayudar a las personas que no podían pagar un buen abogado. Cerré mis

ojos. Una imagen de Fabiano apareció en mi cabeza. Nadie le quitaría dinero. Él era fuerte. Sabía cómo conseguir lo que quería. Deseé ser así. Fuerte. Respetado.

A la mañana siguiente, temprano, lavé mi vestido de verano y luego lo colgué sobre la cabina de la ducha para que se secara. A pesar de que todavía tenía algunas horas hasta el trabajo, dejé el apartamento. No me sentí cómoda allí después del incidente con papá ayer. Él no me había asustado. Con demasiada frecuencia me había enfrentado a la misma desesperación flagrante con mi madre.

Afortunadamente, encontré unos cuantos dólares en monedas que recibí como propina ayer en la parte inferior de la mochila y quería comprar el desayuno para mí.

Con mi café para llevar y un danés, caminé por las calles sin un propósito real. Cuando noté el autobús, que se dirigía hacia el Strip, usé mi último dinero para comprar un boleto. Ni siquiera estaba segura de por qué. No era como si pudiera pedir un trabajo en cualquier lugar. Se reirían en mi cara.

Me bajé cerca del Venetian y seguí caminando, maravillándome del esplendor de los hoteles, de la alegría de los turistas. Esta era una Vegas diferente a la que había experimentado hasta ahora. Finalmente me detuve frente a las fuentes del Bellagio. Cerré mis ojos. ¿Cómo iba a

conseguir un buen trabajo por aquí cuando ni siquiera podía comprarme un vestido decente?

Había visto a los guardias de seguridad vigilarme cuando paseaba por los hoteles. Me habían creído una ladrona de un solo vistazo.

Sabía que papá seguiría tomando mi dinero a menos que de repente dejara de perder sus apuestas, lo cual era altamente improbable. El banco siempre ganaba.

Le pregunté la hora a un transeúnte ya que en el momento no tenía reloj ni móvil. Tenía solo treinta minutos hasta que tuviera que estar en el trabajo. No había manera de que llegara a tiempo, considerando que había dado mi último dinero para el boleto de autobús a la Franja y que tendría que regresar caminando. Eso llevaría al menos una hora, probablemente más. Con mi suerte, incluso volvería a llover.

Comencé a alejarme del lujo del Bellagio, sintiéndome cada vez más fuera de lugar en el Strip con mi arrugada camisa blanca y mis shorts de segunda mano. Para colmo, estaba congelando mi trasero. Quizás papá había tenido razón. Tal vez todavía trabajaría en el bar de Roger cuando fuera vieja y amargada. Casi me reí, luego negué con la cabeza. Si dejaba de creer en mi futuro, me perdería, pero días como el de ayer me dificultaban mantener la esperanza.

Vi a Leona en el momento en que salí del Bellagio. El portero me entregó la llave de mi auto y me deslicé sin apartar los ojos de la chica. El motor cobró vida con su rugido familiar y salí de la calzada en dirección a Leona.

Ella no se fijó en mí hasta que me detuve a su lado y bajé la ventana. Mis ojos viajaron a sus putas chanclas.— ¿No deberías estar usando tu vestido nuevo hoy?—Grité por el ruido del motor y el tráfico que pasaba cuando me incliné sobre el asiento del pasajero para verla bien. Estaba vestida con una camisa blanca arrugada que se metía en unos pantalones cortos de jeans viejos. Aunque aprecié el primer atisbo de sus muslos de tonos magros, me molestó que no se hubiera comprado un vestido nuevo. No estaba acostumbrado a que la gente ignorara mis deseos de esa manera.

Ella se encogió de hombros. Ella parecía obviamente incómoda. Abrí la puerta del pasajero.— Entra, — le ordené, tratando de controlar mi molestia.

Por un momento, estuve seguro de que diría que no, pero luego dejó caer su mochila de su hombro y se dejó caer en el asiento. Cerró la puerta y se puso el cinturón antes de finalmente encontrarme con la mirada, casi desafiante.

Dejé que mis ojos vagaran por su cuerpo, descansando sobre las débiles contusiones en su muñeca izquierda. Tomé su mano e inspeccioné el moretón. Ella se apartó y escondió su muñeca bajo su otra mano.

—Perdí el equilibrio en la ducha esta mañana,—mintió con facilidad.

—¿Estás segura de que no te caíste por las escaleras?—Pregunté en voz baja. La ira comenzó a hervir bajo mi piel. Yo conocía de moretones. Y supe las mentiras que las mujeres decían para ocultar que estaban siendo abusadas. Papá nos había golpeado a mí y a mis hermanas casi todos los días, especialmente a Gianna y a mí. Éramos los que él no podía controlar, los que siempre lo hacían mal ante sus ojos. Y había perdido la cuenta de las veces que había visto a mi madre cubrir sus moretones con maquillaje.

La contusión alrededor de la muñeca de Leona era de un apretón demasiado fuerte.

Ella me miró, pero su expresión vaciló y sacudió la cabeza. —No es nada.

—¿Quién hizo esto?

—No es nada. No duele, ni nada.

–Tu padre.

–¿Qué te hace pensar eso?–Preguntó ella, su voz un poco más alta que antes.

–Porque él es el único por el que tienes motivos para proteger.

Ella se lamió los labios. –Él no quería lastimarme. Estaba borracho No se dio cuenta de lo fuerte que me estaba agarrando.

¿Realmente ella creía eso? ¿O estaba asustada de lo que le haría? Y por Dios quería desgarrarlo como un sabueso hambriento.

No era como si fuera asunto mío lo que su padre le hiciera. No debería serlo. Pero la mera idea de que la estuviera lastimando me hizo querer visitarlo y darle una idea de lo que era capaz de hacerle.

–¿Es por eso por lo que estás vestida así?–Le pregunté con un gesto a su ropa. Alejé el auto del bordillo, crucé cuatro carriles para llegar al carril de giro, luego di una vuelta en U, seguida de una cacofonía de bocinas y levanté los dedos a los conductores a ambos lados de la calle.

– ¿Qué estás haciendo? – Leona preguntó, agarrando los lados del asiento.–Ese es el camino equivocado.

–No lo es. Te estamos comprando un vestido, y unos putos zapatos nuevos. Si tengo que verte en esas putas chancletas una vez más, voy a enloquecer.

– ¿Qué? – Sus ojos se ensancharon. – No seas ridículo. Necesito ir a trabajar. No tengo tiempo para ir de compras.

–No te preocupes. Roger lo entenderá.

–Fabiano,–dijo suplicante.–¿Por qué estás haciendo esto? Si esperas algo a cambio, no soy ese tipo de chica. Soy pobre, pero eso no significa que puedas comprarme.

–No tengo intención de comprarte, –le dije. Y era cierto. Algo sobre Leona me hacía querer protegerla. Era una nueva experiencia para mí. No es que no la quisiera en mi cama, pero quería que ella también lo quisiera. Nunca había tenido que pagar por el sexo, y nunca lo haría. Las putas en Las Vegas estaban en la nómina de la Camorra de todos modos.

Ella me miró por un largo tiempo.–¿Entonces por qué?

–Porque puedo y porque quiero.

La respuesta no pareció satisfacerla, pero me concentré en la calle y ella no me hizo más preguntas, lo cual fue algo muy bueno, porque realmente no quería analizar los detalles de mi fascinación por ella. Ella me recordaba a mis hermanas. No de una manera perversa. Más bien me recordaba un anhelo que había enterrado profundamente en mi pecho. Carajo.

–¿Así que tu padre robó el dinero que te di?–Le pregunté con el tiempo, con los dedos apoyados en el volante, y deseando que fuera su puta garganta.

Ella asintió.–Parece que está en problemas.

Si él estuviera en un verdadero problema, lo sabría. El dinero que nos debía no podía ser mucho todavía. Si Soto todavía lo manejaba, era un hombre afortunado.

–Los hombres como él siempre están en problemas,–le dije.–Deberías alejarte de él.

–Él es mi padre.

–A veces tenemos que dejar ir a nuestra familia si queremos sumarnos a algo en la vida.

Sorpresa y curiosidad registrada en su rostro. Apreté los dientes, molesto conmigo mismo por mis palabras.

Aparqué en la acera frente a una de las boutiques de clase alta. Conocía algunas chicas de la sociedad que la frecuentaban. De vez en cuando las follaba cuando sentían ganas de agregarle emoción a sus putas vidas mimadas.

Leona miró hacia el escaparate y luego me miró, sus labios se separaron con incredulidad. Un pequeño pliegue se formó entre sus cejas.–No me digas que quieres que entre allí. Ni siquiera me dejen entrar estando vestida como lo hago. Solo pensarán que he venido a robarles la ropa.

¿Lo harían? Ya lo veríamos. Salí del auto, rodeé el capó y le abrí la puerta. Salió, luego alcanzó su mochila. La detuve–Puedes dejarlo en mi coche.

Ella vaciló, luego dio un paso atrás para que yo pudiera cerrar la puerta. Miró a su alrededor con nerviosismo. Se sentía jodidamente incómoda. Extendí mi mano por ella.—Ven,—dije con firmeza.

Ella puso su palma en la mía, y cerré mis dedos alrededor de su mano. Que Leona confiara en mí a pesar de lo que sabía, me hizo querer ser bueno con ella, lo cual era sorprendente. Rara vez quería ser bueno con alguien. Pero tenía suficiente dinero, así que un vestido no iba a matarme. Y los zapatos nuevos eran realmente más para mi propia cordura que cualquier otra cosa. Estos flip-flops tenían que irse.

La guie hacia la tienda. El escaparate estaba decorado con burbujas navideñas plateadas y doradas. El guardia de seguridad, un hombre alto y de piel oscura, le echó una ojeada, pero nos dejó entrar mientras él registraba mi cara. La vendedora no pudo ocultar su desdén ante la apariencia de Leona. Sus labios pintados de rojo se torcieron y la mano de Leona en la mía se tensó. Mis ojos se inclinaron hacia ella. Su mano libre jugueteaba con su arrugada camisa blanca; la vergüenza se apoderó de su cara y sus pecas desaparecieron entre su rubor.

Ella se movió más cerca de mí, buscando refugio. Ella buscó jodido refugio en un hombre como yo. Dudé que ella se diera cuenta. Pero me tenía. Y puse mis ojos en la cara de la vendedora, dejándola ver detrás de la máscara que usaba cuando no estaba manejando los negocios, y le hice ver por qué era el Ejecutor de la Camorra. Por qué algunas

personas me rogaban antes de que incluso pusiera mi cuchillo contra su piel. Ella se puso rígida y retrocedió.

Sonreí fríamente. –Supongo que puedes ayudarnos.

Ella asintió rápidamente. – ¿Qué es lo que estás buscando? – Me preguntó.

–Deberías preguntarle a ella,–le dije en voz baja, señalando a Leona.

–Un vestido,–dijo Leona rápidamente, luego agregó,–Y unos zapatos.

La vendedora miró las chanclas de Leona. Pero esta vez su expresión no traicionó su desdén. Bien por ella.

–¿Qué tipo de vestido?

Leona buscó mi mirada, indefensa. Le hice un gesto a la vendedora para que nos diera un momento. Se escabulló hacia la parte trasera de la tienda donde había otra vendedora parada detrás del mostrador de la caja.

– Nunca he tenido que elegir. No sé nada de vestidos o zapatos. Conseguí lo que me convenía de Buena Voluntad.

–¿Nunca tuviste ropa nueva?–Le pregunté.

Ella miró hacia otro lado. –La ropa no era mi prioridad. Tenía que poner comida en la mesa. –Sus ojos se vieron atraídos por la línea de vestidos a nuestra derecha.

–Pruébate lo que te llame la atención.

Rápidamente se hizo evidente que no iba a tocar ninguno de los vestidos, así que saqué un vestido verde oscuro con mangas largas y se lo tendí. Ella lo tomó y siguió a la vendedora hacia los vestuarios en la parte de atrás. Me apoyé contra la pared, manteniendo mis ojos en la cortina que ocultaba a Leona de la vista. Tomó más tiempo de lo que debería cambiarse. –¿Estás bien ahí dentro?

Ella salió haciendo una mueca. Me enderecé. El vestido abrazaba su cuerpo en todos los lugares correctos y se ensanchaba hasta que llegó a sus rodillas. Y la parte posterior, se sumergía abajo, dejando al descubierto sus hombros delicados y la columna vertebral. Ella se veía completamente diferente. Se miró en el espejo y negó con la cabeza,

apretando los labios. –Esto se siente como un disfraz,–dijo en voz baja.–
Como si estuviera fingiendo que soy alguien que no soy.

Me acerqué más.–¿Y quién es el que pretendes ser?

Ella me fulminó con la mirada.–Más que basura blanca.

–Basura blanca,–repetí con voz tan tranquila mientras mi ira lo permitía.–
¿Quién te llamó así?

– Soy la hija de una drogadicta y un adicto al juego. Soy basura
blanca. No soy esto. –Ella hizo un gesto hacia su reflejo.

–Nadie te volverá a llamar basura blanca, ¿me escuchas? Y si lo hacen,
me lo dirás y les arrancaré las gargantas, ¿qué te parece?

Ella inclinó la cabeza, otra vez tratando de leerme, de entenderme.–No
puedes cambiar mi pasado. No puedes cambiar quien soy.

–No,–le dije con un encogimiento de hombros, mi dedo se arrastró por
su garganta. Ella no estaba respirando, y yo tampoco, contuve la
respiración al sentir su suave piel. –Pero tú puedes. Solo puedo obligar
a las personas a que te traten como quieres que lo hagan.

Apartó su mirada de la mía y retrocedió un paso. Dejé caer la mano, luego volví a salir y seleccioné otro vestido. Ella lo tomó sin una palabra y se deslizó de nuevo en la cabina.

Me hundí en uno de los sillones demasiado blandos. Se veía jodidamente bien en cada vestido que se probaba. Nadie la tomaría por basura blanca vestida así. Nadie debería llamarla basura blanca vestida con su puta ropa de segunda mano tampoco. –Cómpralos todos,–le dije, pero ella negó con la cabeza firmemente.

–Uno,–dijo ella, levantando un solo dedo. –Voy a aceptar uno porque te lo prometí. Pero nada más. –Levantó la barbilla y enderezó la columna vertebral. Terca y valiente, a pesar de lo que ella sabía de mí.

–Entonces toma ese,– señalé el vestido verde oscuro que ella se había puesto primero.

–¿No es demasiado revelador?–Susurró ella.

–Tienes el cuerpo para ello.

Un rubor complacido se extendió por sus mejillas llenas de pecas, pero todavía había vacilación.—No quiero que la gente tenga la impresión equivocada.

Incliné la cabeza. —¿Qué tipo de impresión?

Ella apartó la mirada, buscando a tientas la tela del vestido. Cuando la vendedora se perdió de vista, dijo en voz baja: —Que estoy vendiendo más que bebidas. Cheryl mencionó que algunos clientes le pagan por hacer otras cosas.

Me levanté del sillón y me acerqué. Ella me miró.—Nadie intentará nada, Leona. Saben que estás fuera de los límites.

Sus cejas se juntaron.—¿Por qué?

—Toma el vestido,—le ordené.

Ella endureció su espina de nuevo. Obstinada. Ablandé mis siguientes palabras.—Lo prometiste.

Ella asintió lentamente.—Bueno.

Me dirigí a la vendedora, que estaba flotando fuera de los vestuarios. – Ella se lo va a poner de inmediato. Todavía necesitamos los zapatos.

Se apresuró y regresó con los zapatos a juego en cuero verde oscuro. Esperaba estiletes, pero dudaba que Leona pudiera caminar en ellos de todos modos. Asentí mi aprobación y ella se los dio a Leona. Sus ojos se encontraron con los míos, y de nuevo la pregunta, luego desapareció detrás de la cortina una vez más.

Leona regresó del vestuario, vestida con su nuevo vestido y zapatos, y se veía jodidamente increíble. Dejé que mis ojos vagaran sobre sus hombros delgados, su cintura estrecha y sus piernas delgadas. El vestido terminó un par de pulgadas por encima de sus rodillas y se hundía sobre su espalda, revelando pulgada por pulgada de piel inmaculada.

Ella llevaba su ropa vieja. Quería decirle que la tirara, pero tuve la sensación de que no tenía ropa de sobra. En cambio, fui al cajero y pagué por el vestido y los zapatos.

Los ojos de Leona se agrandaron cuando vio la suma.

—¡No puedo creer cuánto pagaste! Podría haber comprado diez vestidos en Walmart por todo ese dinero,—susurró ella mientras la llevaba fuera de la tienda.

Pegué la palma de la mano contra la piel desnuda entre sus omoplatos, disfrutando de su pequeño escalofrío y la piel de gallina que se alzó sobre su piel. El rubor familiar se extendió por sus mejillas. Antes de abrir la puerta, me incliné hacia ella, mis labios rozaron su oreja.—Vale la pena cada centavo, confía en mí.

Soltó un pequeño suspiro tembloroso y rápidamente se metió en mi Mercedes como si necesitara tener algo de espacio entre nosotros. Pero no había manera de que la dejara alejarse de mí.

CAPITULO 8

Alisé mis dedos por el suave material del vestido. Estaba hecho de seda y algodón, algo que nunca había usado antes. Me sentí casi demasiado bien para mí. Nunca hubiera podido pagar ese tipo de vestido, ni habría dado tanto dinero por una prenda de vestir. Y unos zapatos. No sabía que existía un cuero tan suave. Para Fabiano no fue nada.

—Gracias,—dije finalmente cuando había estado conduciendo en silencio por un tiempo. Nuestro entorno se estaba volviendo más cutre. No pasó mucho tiempo antes de que estuviéramos en la Arena de Roger.

Fabiano asintió. Deseé saber lo que estaba pasando en su cabeza. Ojalá supiera por qué él realmente estaba haciendo esto.

Mis ojos se detuvieron en su fuerte mandíbula, el rastrojo rubio oscuro, la forma en que su boca estaba colocada en una línea determinada. Parecía siempre en control. ¿Habría un tiempo en el que alguna vez lo perdió? Incluso durante su lucha, nunca había perdido el control. Había dominado a su oponente con poco esfuerzo.

Mientras lo observaba conducir, pude ver por primera vez el tatuaje en el interior de su antebrazo derecho. Era un cuchillo largo con un ojo en

la parte superior de la hoja, cerca de la empuñadura. Las palabras estaban escritas en letras intrincadas en la empuñadura. Eran italianas y demasiado pequeñas para leerlas.

Fabiano se detuvo en el estacionamiento de la Arena de Roger y apagó el motor. Me tendió su antebrazo para que pudiera echar un vistazo más de cerca. ¿Lo había estado mirando abiertamente?

—¿Qué dice?—Coloqué la punta de mi dedo sobre su piel, rastreando cada letra y maravillándome de lo suave que se sentía su piel. Era todo líneas duras y músculos, poder y peligro, pero su piel revelaba que una vez que todas esas capas se hubieran desprendido, solo sería humano.

—Temere me, perché sono l'occhio e la spada, —dijo Fabiano en un impecable italiano por lo que pude ver. Él acarició las palabras con su lengua, casi como si ellas fueran su amante. Un escalofrío corrió por mi espalda. No pude evitar preguntarme cómo se sentiría si me susurrara palabras de pasión en mi oído con esa misma voz.

—Qué...—Me aclaré la garganta, con la esperanza de que él no pudiera decir cómo su cercanía y su voz me estaban afectando.—¿Qué significa eso?

– Témenme porque soy el ojo y la hoja. – La voz de un amante pronunciando palabras tan duras.

–¿Todos los mafiosos tienen este tatuaje?–Pregunté.

Él sonrió–Nos gusta llamarnos Made Men o Camorrista, pero sí, todos los miembros de la Camorra tienen el mismo tatuaje como una forma de reconocerse.

–El ojo y la cuchilla,–repetí.–¿Qué significa eso? ¿Qué tienes que hacer para llevar ese tatuaje?

Se inclinó y por un momento estuve segura de que me besaría, y peor aún, me di cuenta de que lo habría dejado. En su lugar, pasó un dedo por la longitud de mi brazo, una mirada oscura en sus ojos.–Eso es algo que no quieres saber,–murmuró.

Asentí. Con él tan cerca, era difícil concentrarse. Necesitaba salir de este coche.

–Sal conmigo.

–Tengo que trabajar,–fue mi tonta respuesta.

Él sonrió con una sonrisa de complicidad. –No todos los días. ¿Cuándo es tu próximo día libre?

Yo no lo sabía. No había hablado con Roger sobre eso, y como estaba progresando mi situación financiera, probablemente nunca podría tomarme un día libre.

–No importa. Digamos que el miércoles.

Sólo faltaban dos días para el. No había ido a Las Vegas para salir en una cita. Me había jurado mantener la cabeza baja y no meterme en problemas. ¿Cómo iba a ir a una cita con un miembro de la mafia?

–No puedo. Yo...–me detuve. No pude encontrar una excusa útil y los ojos de Fabiano hablaban un lenguaje claro. No, era inaceptable.

–No sé si puedo tener ese día libre.

–Vas a hacerlo.

¿Perteneecía el bar a la camorra? ¿O estaría Roger demasiado intimidado para rechazar una solicitud de Fabiano?

Toda mi vida la gente me había pisoteado. Nada me había resultado fácil. Tuve que luchar por todo y, de repente, estaba Fabiano, quien conseguía lo que quería y podía manejar las cosas con unas pocas palabras. No debería haberme sentido bien, pero siempre había estado sola. Mi madre no había estado en ningún estado para cuidarme, y mi padre había estado a cientos de millas de distancia, e igual de incapacitado, y ahora había alguien cuidándome. Me gustó, me gustó entregar algo de la presión de tener que valirme por mí misma, de tomar cada decisión. Me gustaba demasiado.

Necesitaba tener cuidado. Los hombres como Fabiano estaban acostumbrados a controlar a los demás. Si lo dejara, tomaría el control total de mi vida, de mí: cuerpo y alma.

Aparté mi mirada de su rostro. El aire estaba demasiado cargado. Un chorrito de sudor se arrastraba por mi espalda. Salí del auto, contenta de tener más espacio entre Fabiano y yo.

Él me siguió por supuesto, merodeando detrás de mí.

—¿Vienes a tomar algo?—Le pregunté, dividida entre querer que lo hiciera y querer que se fuera.

—Hoy no, pero tendré una breve conversación con Roger sobre el miércoles.

Su mano tocó mi espalda, mientras me guiaba hacia adentro. La sensación de la palma de su mano sobre mi piel fue mucho más molesta de lo que debería haber sido.

En el momento en que entramos en el bar, los ojos enojados de Cheryl se enfocaron en mí, luego en Fabiano, antes de girarse y dirigirse hacia la puerta detrás de la barra. La mayoría de las mesas seguían vacías. La primera pelea aún no había comenzado, pero un vistazo al reloj reveló que llegaba casi una hora tarde. La culpa me venció. Odiaba a las personas decepcionantes que confiaban en mí. Roger estaba ciertamente furioso.

Su cara enrojecida cuando entró en el bar confirmó mi preocupación. Se detuvo en seco cuando me vio de pie junto a Fabiano.

Fabiano me acarició la piel ligeramente con el pulgar. Tuve que resistirme a apoyarme en su toque. En vez de eso, le di una sonrisa rápida, luego corrí hacia la barra. Roger no me echó ni un vistazo, pero

me di cuenta de que estaba hirviendo. Caminó hacia Fabiano y lo escuchó. Finalmente, él asintió, pero no parecía feliz por eso.

Cheryl se deslizó hasta mi lado.— ¿Vestido nuevo? – Preguntó sugestivamente.

Me sonrojé, aunque no tenía nada de qué avergonzarme. Saqué algunas de las botellas vacías alineadas al lado del fregadero y las guardé en las cajas debajo de la barra.

—Polluela, sé que eres nueva aquí. Pero no creas que te está comprando cosas porque siente lástima por ti. Ese hombre no es capaz de sentir lástima.

La molestia me inundó. Ella fingió que sabía todo sobre él. ¿Cómo podía ella decir que él no tenía sentimientos? Solo porque no los mostraba, no quería decir que no los tenía. —Cheryl, sé lo que estoy haciendo. No hay nada de qué preocuparse, confía en mí.

Señaló mi muñeca magullada.—Eso es sólo el comienzo.

–Él no hizo eso,–le dije de inmediato, pero me di cuenta de que ella no me creía. Fui a una mesa con hombres tratando de llamar nuestra atención. La conversación con Cheryl no llevaba a ninguna parte.

Fabiano se acercó a mí. Los hombres en la mesa se callaron cuando se detuvo a mi lado. Volvió a tocar mi espalda desnuda y vi la mirada que dio a los otros hombres. ¿Estaba siendo posesivo? Se inclinó hacia abajo.–El miércoles, te recogeré a las seis en tu casa.–Se enderezó y se marchó, dejándome con la huella de su toque en mi espalda.

–Entonces, ¿dos Lager y tres Pale Ales?–Repetí su orden.

Ellos asintieron, pero no dijeron nada más.

Cuando volví a casa esa noche, el apartamento estaba oscuro y tranquilo. La puerta de la habitación de papá estaba entreabierta. Él no estaba allí. Realmente esperaba que no se hubiera ido a jugar otra vez.

Me quité el vestido y lo coloqué con cuidado sobre una de las cajas móviles. Mañana lo lavaría para poder usarlo de nuevo para mi cita con Fabiano el miércoles. Mi estómago se tensó con nervios y excitación. Cuando me acosté y cerré los ojos, pude sentir su mano en mi espalda otra vez, podía oler su aroma a almizcle. Mi mano encontró su camino entre mis piernas cuando recordé la forma en que se veía

medio desnudo, la forma ágil en que se había movido durante su lucha, la fuerza que rezumaba tan fácilmente. Nunca me había sentido tan atraída por alguien. Moví mis dedos más rápido, imaginando que era Fabiano.

Después, me sentí aún más nerviosa por nuestra cita. Nunca había tenido problemas para rechazar a los chicos. Nunca habían sido lo suficiente o remotamente interesantes como para arriesgar mi reputación. Pero con Fabiano, sabía que sería más difícil.

Remo estaba recostado en el sofá, viendo la última carrera en su enorme televisor. Las carreras se hacían más y más populares cada día. Si pudiéramos operar las carreras en todos los estados y Canadá, estaríamos nadando en dinero. Pero con el Outfit y la Famiglia en los EE. UU. Y la jodida Unión de Córcega en Canadá a nuestra manera, eso no iba a suceder pronto. Sin mencionar la Bratva y el Cartel. Todos querían tener un pedazo gordo de la torta.

—¿Qué está pasando entre tú y esa nueva chica en lo de Roger?—Preguntó Remo, enviando a mi cuerpo al modo de peligro.

Mi cara quedó en blanco. Tomé un sorbo de mi bebida, luego me eché hacia atrás de nuevo.

Remo parecía concentrado en la carrera, pero esa podría haber sido una manera de hacerme bajar mi guardia.

–Nada está pasando,–le dije con brusquedad.

Sus ojos se encontraron con los míos. –Tu le estás comprando cosas y las está sacando. ¿Eso no es nada?

Deje escapar una risa oscura. – ¿Me estás espiando, Remo? ¿Desde cuándo te importan las chicas con las que estoy follando?

–A mi no. Ella parece un blanco extraño. No es tu estilo habitual. Y no necesito espiarte. Tú sabes cómo es.

Oh, lo sabía. La gente siempre estaba ansiosa por hablar una mierda de mí a mis espaldas, con la esperanza de lograr que Remo me echara y ganar una recompensa. No sabían nada sobre él si pensaban que él estaba impresionado de que actuaran como una rata apestosa. Remo recordaría sus nombres, pero definitivamente no de una manera que apreciarían. –Ella es una distracción bienvenida. Las otras chicas, todas son iguales. Están empezando a aburrirme.

Se reían porque tenían que hacerlo. Ellas sonreían sus sonrisas falsas. Me consideran una oportunidad. Y nunca me había importado. Eran buenos para follar y chupar.

–La emoción de la persecución,–reflexionó Remo.

Yo sonreí.–Quizás. Déjame divertirme un poco. No interferirá con mis deberes.

Remo asintió, pero había una mirada atenta en sus ojos que no me gustaba.–Diviértete.–Volvió su atención a la barra.–Ella podría ser más hábil de lo que parece. Su madre es una prostituta barata en Austin.

Que carajo. Me tensé. ¿Su madre era una puta? ¿Me estaba jodiendo? Y que Remo hubiera hecho una verificación de antecedentes sobre Leona me inquietó aún más. Si algo le llamaba la atención eso nunca era bueno. Me encogí de hombros, aunque tenía la sensación de que Remo había notado mi sorpresa. Él era demasiado malditamente atento. Por eso era capo.

–Me importa un carajo quién es su madre.

Los ojos de Remo perforaron un agujero en mi maldito cráneo.

Me levanté del sofá. –Voy a hacer ejercicio por un tiempo.–Remo no detuvo la mirada desconcertante.

Necesitaba desahogarme antes de ir a buscar a Leona. Yo estaba en el borde. Tendría que pasar la siguiente hora pateando el infierno de un saco de boxeo si quería mantener la calma con ella.

Papá me había evitado desde el incidente. Lo había oído volver a casa temprano en la mañana, chocando con las paredes y rompiendo la puerta, borracho, y todavía estaba escondido en su habitación cuando salí para el trabajo. Pero el miércoles tuve mi día libre, y evitarme era algo que no podía hacer. Cuando salió de su habitación y se metió en la cocina, vestido solo con boxers grises lavados y una camiseta amarillenta, se congeló en la puerta cuando me vio. Obviamente había esperado que yo estuviera en el trabajo.

—¿Te despidieron?—Preguntó incierto. No estaba segura de si era culpa lo que vi en su cara. Los moretones en mi muñeca ya habían desaparecido y probablemente también el dinero que papá me había quitado.

Sacudí mi cabeza mientras tomaba mi café. Casi no había comido nada hasta ahora, a pesar de que la nevera estaba escondida con comida una vez que salí de compras por la mañana.—No, es mi día libre.

—¿En un día de una gran pelea?—Preguntó. —Uno de los hermanos Falcone está en la jaula esta noche.

La sorpresa me llenó. –No puedo trabajar todo el tiempo.

Papá se sentó frente a mí. Los círculos oscuros se extendían bajo sus ojos, y parecía que podía usar una larga ducha.

Esperé a que me pidiera dinero. Sabía que él estaba pensando en eso. Se miró las manos y luego suspiró. –Nunca quise este tipo de vida para ti. Cuando naciste pensé que todo cambiaría. Pensé que podría darte una buena vida.

Yo le creí.–Lo sé,–le dije simplemente. Sabía que mamá y papá habían querido ser buenos padres. Durante un tiempo lo habían intentado.

–¿Estás en casa esta noche?–Preguntó. –Podrías ver la pelea de la jaula conmigo. La están mostrando en la pantalla grande en un bar a la vuelta de la esquina.

Realmente no estaba de humor para ver pelear en otra jaula, pero me conmovió que quisiera pasar tiempo conmigo, incluso si una parte de mí no podía evitar ser cautelosa. Y lo odiaba, odiaba haber aprendido a ser cautelosa cuando mis padres mostraban interés en mí.

–Voy a salir,–le dije con cuidado.

—¿Lo harás?—La curiosidad brilló en sus ojos.

Asentí y me puse de pie rápidamente. Puse mi taza en el fregadero y decidí limpiarla más tarde, cuando papá no estuviera respirando en mi cuello. —Probablemente debería comenzar a prepararme.—Aún faltaban dos horas para que Fabiano me recogiera, pero quería evitar una confrontación con mi padre.

Me inquietaría aún más. Y ya estaba al borde por mi cita con Fabiano. Parecía cada vez menos una buena idea, pero no podía retroceder ahora. Tal vez perdería el interés después de esta noche. No era como si tuviera algo remotamente interesante que decir, y definitivamente no iba a hablar de mi madre. Si él supiera de ella, me miraría de otra manera. Siempre era lo mismo.

Me vestí con el vestido verde oscuro otra vez. No debería haber dejado que Fabiano me comprara cosas. Toda mi vida había tenido que trabajar duro por lo que quería. Tener por una vez algo que me fue regalado así, me había parecido increíble. Ahora no pude evitar pensar en las intenciones de Fabiano. Nada en la vida era gratis. Esa era una lección que aprendí temprano.

Miré mi reflejo en el espejo. Finalmente fue posible verlo bien después de que limpié la cosa y el resto del apartamento ayer. Nunca había tenido mucho maquillaje e incluso para la fecha, decidí mantenerlo al

mínimo. No quería parecer como si hubiera hecho un gran esfuerzo. Me puse un poco de base y un toque de rubor, luego me cepillé las pestañas con rímel. Alcancé mi único lápiz de labios, un tono de baya que complementaba a la perfección el color y la tez de mi cabello. Hice una pausa con eso casi tocando mis labios. ¿Y si Fabiano intentara besarme esta noche? ¿No iba a estar el lápiz labial en el camino?

Me sonroje. No habría besos. No tenía intención de besar a nadie en este momento, y menos a Fabiano. Pero una parte traicionera de mi cuerpo se estremeció de emoción ante la idea. Suspirando, bajé el pintalabios.

Cuando rodaron las seis, estaba casi temblando de nervios. Por suerte, papá había dejado el apartamento hace diez minutos, así que no tenía que preocuparme por una confrontación entre Fabiano y él.

El sonido de un auto al detenerse me hizo arriesgarme a mirar por la ventana. Fabiano ya estaba saliendo, y se formó un bulto al verlo. Se veía maravilloso, no como alguien que saldría con basura blanca como yo. No me engañé pensando que era otra cosa. Un vestido y unos zapatos bonitos no cambiarían eso.

Agarré mi mochila y rápidamente salí del apartamento. No quería que él echara un vistazo al interior y viera lo poco que teníamos. Yo cerré la

puerta. Fabiano ya estaba esperando al pie de la escalera, los intensos ojos azules exploraban mi cuerpo.

Bajé las escaleras lentamente, mi mano en la barandilla como un ancla. Estaba vestido con una camisa blanca de botones que abrazaba su forma muscular. Sus mangas estaban enrolladas de nuevo, revelando sus fuertes antebrazos bronceados y el tatuaje de la Camorra. Había dejado los dos botones superiores de su camisa desabotonados mostrando la insinuación de su pecho perfecto. De alguna manera, saber lo que había debajo de su camisa, cómo se veía con solo su equipo de combate, lo hacía aún más difícil. Cuando llegué al segundo y último paso y estaba a la altura de él, un escalofrío recorrió mi cuerpo. Parecía que quería devorarme. Pensé en algo sofisticado que decir, cualquier cosa que pudiera evitar que me diera esa mirada hambrienta.

—Hola,—fue todo lo que salió, e incluso esa palabra sonó en silencio.

Su boca se torció y deslizó su mano detrás de mi espalda, su palma encontró el mismo punto de piel desnuda donde había descansado la última vez. Mi cuerpo cobró vida con un cosquilleo, pero no lo dejé ver. Necesitaba mantener el control esta noche y, sobre todo, de mí misma.

Me guio hacia su auto y luego nos fuimos.

Era difícil no inquietarme mientras conducíamos en silencio. Se veía perfectamente a gusto, como de costumbre, con los dedos largos y rizados alrededor del volante. Su mano era de un tono más oscuro de rubio de lo normal, ¿todavía mojado de una ducha? No vayas allí, Leona.

Mis nervios aumentaron a medida que las luces de la ciudad se atenuaron y finalmente las dejamos completamente atrás.—¿A dónde vamos?

Esperaba que él no pudiera oír mi tensión. Las estúpidas historias que había leído sobre la mafia no eran invitadas y casi podía verme enterrada bajo la arena del desierto. Y no es que la mafia tuviera algún interés en mí.

Dirigió el automóvil por un camino empinado, luego lo detuvo en una meseta.—Aquí.

Yo seguí su mirada a través del parabrisas, y solté un suspiro de sorpresa, luego me inclinó hacia adelante para una mejor visión. Estábamos mirando a Las Vegas desde nuestro lugar. Era una vista increíble. Contra el cielo nocturno, las luces destellantes de colores parecían aún más brillantes, la promesa de emoción y dinero. A pesar de las millas entre la franja y yo, casi podía saborear la emoción, las

infinitas oportunidades. Deseé que por solo una vez en mi vida se me ofrecieran las oportunidades que tantas personas tenían.

Parecía un lugar tan romántico para una primera cita. No había considerado a Fabiano como el tipo romántico y quizás él no lo era. Tal vez él había querido llevarme a algún lugar remoto, para que pudiéramos estar solos. Mi corazón latía en mi garganta ante la idea. Su aroma cálido y almizclado llenó el auto, y mi cuerpo reaccionó a él de una manera que nunca había experimentado. Él me observaba atentamente mientras yo observaba el horizonte de Las Vegas. Deseé que hubiera algo que pudiera decir para romper la tensión, pero mi mente estaba en blanco. Levantó la mano y pasó un dedo por mi cuello y más abajo a lo largo de mi columna, dejando la piel de gallina en su camino. Podía sentir la sensación hasta los dedos de los pies. Me maravillé de la suavidad de su toque cuando aún podía recordar cómo esas mismas manos habían roto los huesos de su oponente con poco esfuerzo. Me pregunté cómo se sentirían las mismas manos en otras partes de mi cuerpo. Basta, leona.

Si empezara a pensar así, solo habría un pequeño paso para actuar en consecuencia.

—Salgamos,—dijo en voz baja que dejó mi boca seca y mis nervios de punta. Cuando salió del auto y cerró la puerta, me quedé sin aliento. Traté de tratar de controlarme a mí misma por su cercanía, pero

supe que en el momento en que me volviera a acercarme a él, mi cuerpo sería un crisol de sentimientos conflictivos.

CAPITULO 9

El aire fresco de la noche llenaba mis pulmones. Me alegré por el alivio del aroma tentador de Leona. Quería inclinarla sobre el capó de mi auto y enterrarme hasta la empuñadura. Joder, quería hacerlo una y otra vez. No estaba seguro de por qué esas malditas pecas y ojos de aciano me afectaban, pero lo hacían. Tal vez ella pudiera verlo en mi expresión. Nunca la había visto más incómoda en mi compañía que en ese auto.

Pasé una mano por mi cabello, todavía húmedo por mi ducha anterior. Golpeé la puta bolsa de boxeo durante demasiado tiempo y casi llegué tarde a la cita. En los últimos años he tratado principalmente con putas o bailarinas de pole, y con alguna chica de sociedad ocasional. Siempre estuvo claro desde el principio lo que querían: dinero, drogas o atención de la prensa. No eran tímidas. Querían algo de mí, así que me mostraban lo que podían ofrecer. El sexo con ellas había sido un viaje de placer satisfactorio sin contenerse. Leona era diferente.

Su timidez me irritaba y fascinaba al mismo tiempo. Ella era un desafío que nunca había tenido, y mi cuerpo estaba ansioso por conquistarlo. Demasiado jodidamente ansioso.

Salió del coche, pareciendo casi nerviosa. Mantuvo sus ojos fijos en la vista debajo de nosotros mientras rodeaba el auto. Sus manos estaban agarrando la vieja mochila pegajosa.

—Estás obsesionada con esa cosa,—le dije, sintiendo la urgencia irritante de aligerar el estado de ánimo y tranquilizarla.

Ella soltó una pequeña risa, con los ojos arrugados.—Pensé que iba bien con mis zapatos.—Levantó el pie unos centímetros.

Mi mirada se dirigió a sus zapatos de cuero verde oscuro, luego a la mochila de color no identificable. Tal vez había sido de color beige hace mucho tiempo. Ella era definitivamente la primera mujer que venía a una cita conmigo, sosteniendo una puta mochila. Me reí.—Recuérdame que la próxima vez que vayamos de compras, te compré una de esas carteras elegantes por las que se vuelven locas.

Sus cejas se alzaron, luego se unieron. —No puedes seguir comprando cosas para mí.

Giré mi cuerpo alrededor, por lo que estábamos de pie cerca mientras nivelaba mi mirada en ella. Ella no retrocedió, pero pude ver los pelos de gallina a lo largo de sus brazos. —¿Quién me va a detener?

A Remo no le podía importar menos si gastaba mi dinero en mujeres, automóviles o propiedades, siempre y cuando no empezara a apostar o desafiar, o, peor aún, a descuidar mis obligaciones.

—¿Lo haré?—Expresó más una pregunta que una declaración.

—¿Me estás preguntando o diciéndome?

Su ceño fruncido se profundizó y suspiró. —No soy buena para jugar estos juegos de poder. No quiero serlo.

—¿Quién dijo que este es un juego de poder?

—¿No lo es siempre? Con los hombres siempre se trata de ejercer el dominio. Y tú...—Ella negó con la cabeza.

—¿Y yo?—Le pedí.

—Todo lo que haces es un signo de dominio. Cuando te vi en la jaula de combate, tal vez fue la vez más relajada que has actuado. Pero fuera de eso, eres como un cazador, siempre buscando a alguien que se atreva a desafiar tu estado.

Sonreí. Ella parecía pensar que me conocía. Ella había visto mucho en su vida. Lo entendía, pero el mundo en el que había crecido era un tipo de tanque de tiburones muy diferente.—En nuestro mundo, eres cazador o presa, Leona. Yo sé lo que soy. ¿Que eres tú?

Presioné mis palmas contra sus hombros desnudos, luego las deslicé hacia abajo, observando su reacción. Ella se estremeció. Sin embargo, ella no me apartó, pero me di cuenta de que estaba pensando en eso.

—Presa,—admitió a regañadientes.—Siempre lo seré.—Miró más allá de mí hacia Las Vegas, viéndose perdida y resignada.

Mis manos se detuvieron en su espalda. Esta admisión sin cautela me hizo algo extraño. Desencadenó un lado protector y feroz que no había experimentado hacia una mujer desde que era un niño escuálido y trataba de defender a mis hermanas. La suave brisa tiraba de sus rizos marrones mientras se perdía en la vista de la ciudad.

Me agaché y le besé la oreja. Ella soltó un aliento estremecedor.—Tal vez necesitas un protector, así dejaras de ser una presa fácil.

—¿Soy presa fácil?—Preguntó en voz baja.

No me molesté en contestar. Ambos sabíamos lo que era. Y en una ciudad como esta, una ciudad gobernada por nosotros, una chica como ella se perdía. —¿Quieres un protector?

Cerró los ojos mientras besaba la piel debajo de su oreja. Por una vez hizo difícil leerla. —¿Y crees que puedes ser mi protector?

Podría protegerla contra casi cualquier amenaza. No contra la camorra. Y no contra mí mismo. Pero no era algo que debiera considerar. —Me viste pelear. ¿Lo dudas?

Abrió los ojos e inclinó la cabeza hacia mí, con los ojos azules suaves y sondeando. —No, —dijo ella. —Pero creo que tú y tu forma de vida también son amenazas.

No lo negué.

—¿Por qué incluso quieres protegerme?

Para ser honesto, no lo sabía. Tal vez Aria se las había arreglado para comunicarse conmigo, y eso me puso furioso al pensar en eso. Esa puta pulsera. No debería haberla aceptado.

—No hay nada que pueda darte a cambio.—Su expresión se volvió más decidida.— No tengo dinero de sobra y no creo que lo quieras. Ciertamente no lo necesitas. Y si quieres algo más, no soy ese tipo de chica.

No ese tipo de chica. Las palabras de Remo sobre su madre pasaron por mi mente. ¿Era esto un acto después de todo?

Había una forma fácil de averiguarlo, por supuesto. Agarré sus caderas. Sus labios se separaron de sorpresa, pero no le di la oportunidad de expresar una protesta.

La besé y después de un momento de vacilación ella me devolvió el beso.

Supe de inmediato que ella no tenía mucha experiencia besando. Mierda. Ese conocimiento fue la última gota. Yo tenía que tenerla. Cada centímetro de ella. Cada pelo. Cada peca. Cada puta sonrisa tímida. Para mí.

Y tenía que protegerla de todos los lobos que consideraba ovejas. Mis dedos se enredaron en sus rizos, inclinando su cabeza hacia un lado para darme un mejor acceso a esa dulce boca suya.

Deslicé mis manos de su cintura a su espalda desnuda otra vez, luego bajé. Sus manos subieron contra mi pecho. Saboreé el sabor de ella unos segundos más antes de permitir que me alejara.

Sus pestañas oscuras revolotearon cuando su mirada encontró la mía. A la luz de los focos, no podía ver si sus mejillas estaban tan enrojecidas como esperaba que estuvieran. Traje mi mano y rocé mis nudillos a lo largo de sus pómulos altos. Su piel estaba prácticamente quemándose de vergüenza y deseo. Mi polla se movió en mis pantalones.

Se apartó de mí, caminó hasta el borde de la colina donde estábamos y miró hacia las brillantes luces de la ciudad.

Dejé que mis ojos se fijaran en su silueta durante un par de minutos, permitiéndole que se recobrara, antes de acercarme y detenerme justo detrás de ella. Ella no reconoció mi presencia a excepción de la ligera tensión de sus hombros. Su dulce perfume floral se derramó en mi nariz. Tracé la línea de su columna vertebral con mis nudillos, necesitando sentir su piel sedosa.

Ese toque encendió los deseos que había suprimido durante mucho tiempo. Fabiano siempre me tocaba como si no quisiera que le encontrara un indulto. ¿Sabía el efecto que tenía sobre mí?

—¿Por qué me trajiste aquí?—Le pregunté.

—Porque pensé que apreciarías la vista. No llevas mucho tiempo en Las Vegas.

—¿No sería el Strip el mejor lugar para mostrarle a alguien la ciudad?

Fabiano se acercó a mí y me alegré de poder volver a verlo. Tenerlo tan cerca detrás de mí, dejar que pasara sus dedos por mi espina dorsal, era demasiado molesto.

Se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones, sus ojos azules se desviaron sobre la ciudad debajo de nosotros. Y por primera vez vislumbré brevemente detrás de su máscara. Este era un lugar al que venía a menudo. Podría decirlo. Esta ciudad, era importante para él. Era su casa.

Nunca había tenido un lugar al que llamar hogar. ¿Cómo sería mirar algo o alguien y sentirse como en casa?

— Hay demasiadas personas alrededor que no consiguen ver la ciudad. Vengo aquí y tengo la ciudad para mí solo.

–¿Así que no te gusta compartir?–Dije burlonamente.

Él volvió su mirada hacia mí. –Nunca. Ni siquiera mi ciudad.

Me estremecí. Asintiendo, rápidamente miré hacia el horizonte. –
¿Naciste aquí?

No era muy perceptiva, pero me di cuenta de que no le gustaba adónde iba nuestra conversación.

–No. No en el sentido que te refieres,–dijo en voz baja. –Pero yo renací aquí.

Busqué en su rostro, pero él no estaba regalando nada. Su rostro era todo líneas duras. El silencio se extendía entre nosotros.

–También pensé que esto podría ser un nuevo comienzo para mí,–dije finalmente.

–¿Por qué necesitarías un nuevo comienzo?

–Toda mi vida he sido juzgada por las faltas de mi madre. Quiero ser juzgada por mi propio hacer.

–Estar a la sombra de tu familia no es fácil, –dijo, mirándome a los ojos. Otra pequeña grieta en su máscara. –Pero ser juzgado por tus propios errores también puede ser difícil.

–¿Crees que voy a hacer muchas cosas mal?

Él sonrió. –Tu estás aquí conmigo. Yo diría que tienes una fuerte inclinación por las cosas equivocadas.

Temía que tuviera razón. –Porque estás en la mafia.

–Porque soy parte de la Camorra. –Me encantó la forma en que hizo rodar las letras cuando dijo la palabra. Casi podía sentir las vibraciones hasta el fondo de mi estómago. Pero me pregunté por qué insistía en que había una diferencia entre la Camorra y la mafia.

–Porque yo soy su Enforcer.

–Enforcer,–le pregunte con incertidumbre. Nunca había escuchado ese término antes.–Así que estás haciendo cumplir sus leyes como un tipo de policía de la mafia.

Él se rio. –Algo así,–dijo sombríamente. Mi estómago se tensó ante la oscura corriente oculta en su voz.

Esperé a que se explicara, pero parecía contento con dejarme ignorante. Decidí preguntárselo a Cheryl más tarde. Si tuviera un teléfono móvil, o si mi papá tuviera una computadora que funcionara, habría buscado en Google el término, pero como era, necesitaba confiar en los canales antiguos para obtener información. Fabiano obviamente no estaba dispuesto a revelar más sobre lo que estaba haciendo.

–Pensé que estarías ansioso por ver la pelea de esta noche. He oído que es una grande.

Fabiano se encogió de hombros. –Lo es, pero he visto miles de peleas en mi vida, he peleado cientos. No me importa si me la pierdo. Sus ojos se posaron en mí. –Y te quería para mí.

¿Estaba avergonzado de ser visto conmigo? La pobre pequeña camarera y él, el gran mafioso.

Me froté los brazos, el frío de la noche me alcanzó. Fabiano se presionó detrás de mí y comenzó a acariciar mis brazos a través de la delgada tela de mi vestido. Siempre cerca, siempre tocándome. Su picante aftershave me envolvió como lo hicieron sus brazos. –¿Qué quieres de mí?–Susurré.

–Todo.

Todo.

Esa palabra aún me hacía respirar con dificultad cuando me quedé despierta esa noche después de nuestra cita. No había manera de que pudiera dormirme.

No me gusta compartir.

Todo.

Tenía curiosidad por Fabiano. Me sentía atraída por él. Pero la curiosidad mató al gato. Y temía que estar cerca de Fabiano pudiera poner fin a todos los planes que tan cuidadosamente había planeado. Quería verlo de nuevo. Quería besarlo de nuevo, pero sabía que no era una buena idea. No estaba segura de qué hacer.

Solo deja que suceda.

Estar con él me hizo sentir bien. Muy pocas cosas en mi vida lo hacían. ¿Por qué no permitirme ese pequeño pecado? Porque eso es lo que era: un pecado.

Al día siguiente, me aseguré de estar en el trabajo temprano para tener tiempo para conversar con Cheryl. La otra camarera de edad desconocida también estaba allí. Mel - era su nombre. Tuve que esperar hasta que ella finalmente estuviera limpiando los vestidores antes de que pudiera confrontar a Cheryl. Algunos de nuestros clientes habituales ya estaban sentados en su mesa favorita, pero podían esperar un par de minutos. Oficialmente el bar ni siquiera estaba abierto todavía. No era como si vinieran aquí por el servicio extraordinario de todos modos.

–Tuviste la tarde libre,–fue lo primero que salió de la boca de Cheryl cuando Mel desapareció por la puerta trasera. –En el día de una gran pelea.

–Tenía una cita con Fabiano.

Ella negó con la cabeza, apretando la boca.–Dios, pollelua. ¿No sabes lo que es bueno para ti?

–¿Qué es un Enforcer?

Ella suspiró. Ella asintió hacia la mesa con los hombres.–¿Ves a Eddie allá?

Asentí.

–Su brazo está enyesado por tu Fabiano. Primera advertencia como la llaman.

Mis ojos se ensancharon. ¿Fabiano estaba golpeando a la gente? "Primera advertencia",–le dije con cuidado.–¿Cuál es la segunda y tercera advertencia?

Ella sonrió con simpatía. –Eso depende de cuánto dinero deba y en qué estado de ánimo se encuentren Falcone y Fabiano. ¿Puede ser una rodilla aplastada? ¿Cortar un dedo? Tener la luz del día viva fuera de ti.–Hizo una pausa para el efecto, evaluando mi reacción.–La tercera advertencia te hará desear la muerte.

– ¿Y si la gente todavía no paga? – A veces la gente no podría pagar. Podría ocurrir. Había perdido la cuenta de las veces que mi madre había estado arruinada. Incluso una paliza no habría cambiado

eso. E incluso si hubiera llegado al dinero, probablemente lo habría usado para el cristal.

Cheryl se pasó un dedo por la garganta.

Miré mis manos, que estaban agarrando la barra del mostrador. Habría estado mintiendo si hubiera dicho que no podía imaginarme a Fabiano siendo capaz de algo así. Lo había visto pelear, había visto la oscuridad en sus ojos.

–Ahora tienes dudas,–dijo.–Tal vez tengas suerte y él pierda el interés en ti pronto. No es que estos hombres consideren alguna vez tener una relación seria con alguien como nosotros.

Me puse rígida. –¿Qué quieres decir?

–Son mafiosos italianos. Les gusta jugar con mujeres normales como nosotros, pero se casarán con vírgenes italianas de noble educación. Siempre ha sido así. No creo que un nuevo Capo cambie eso.

–Este es el siglo XXI y no estamos en Italia.

–También podría ser porque sus tradiciones y reglas son de allí.

Todo.

En mi tonta mente, había interpretado que la palabra significaba cuerpo y mente, pero ahora me preguntaba si Fabiano estaría vigilando durante algunas noches antes de pasar a la siguiente mujer. Esto era demasiado equipaje para mí. Él, siendo un Enforcer, y la mafia con sus reglas pasadas de moda. Mi vida siempre había sido un desastre y todavía estaba lo suficientemente mal como para que él agregara combustible al fuego. Incluso si mi cuerpo dolía por su toque, e incluso si alguna parte estúpida de mí quería conocerlo, al verdadero él, tenía que mantenerme alejada de él. Quizás era un reparador, pero tenía que arreglar mi propia vida antes de que pudiera considerar arreglar la de alguien más.

El negocio estuvo lento esa noche. La mayoría de los clientes habían perdido una cantidad considerable de dinero la noche anterior durante la gran pelea, y se mantuvieron alejados del bar. No me hubiera importado un día ocupado, ya que me habría distraído de mis pensamientos errantes. Cuando pasé por delante de una mesa ocupada por dos hombres mayores que habían estado bebiendo la misma cerveza durante casi una hora, escuché un fragmento de su conversación que me llamó la atención.

—lo mato. Así. Le torció la cabeza, rompiéndole cuello. Pero el viejo sabía lo que venía. No debería haber intentado huir sin pagar su deuda. A Falcone no le gusta eso. Yo siempre pago, incluso si eso significa que no hay comida por días. Mejor hambriento que muerto.

–Lo tienes,–dijo el otro hombre con voz ronca, y luego tuvo un ataque de tos. Me ocupé de limpiar la mesa junto a ellos, con la esperanza de descubrir quién había roto el cuello de alguien. La mera idea me hizo estremecer la espalda. Lamentablemente, los hombres parecían haber captado mi presencia y cambiaron su conversación a las próximas peleas. ¿Habría matado Fabiano a un hombre?

Cuando salí del bar a las dos y cuarto de la noche, el auto de Fabiano estaba estacionado frente a la entrada.

Me congelé a mitad del paso, medio esperando que fuera una coincidencia. Abrió la puerta del pasajero.–Entra. No puedo dejarte caminar sola por la noche.

Al ver su hermoso rostro, no estaba segura de poder terminar las cosas entre nosotros. No estaba segura de querer hacerlo. La gente rara vez había cumplido las promesas que me habían hecho. Aprendí a esperar decepciones, pero aquí él estaba cumpliendo su promesa de protegerme. La primera vez en mi vida que había alguien que podía protegerme. Mi madre nunca había sido capaz de hacerlo. No en contra de su propio cambio de humor, no en contra de las palizas de sus repugnantes novios, no en contra de los insultos que me lanzaban otros niños.

Fabiano era peligroso. Él no era alguien del cual quedarse cerca. Pero la idea de que por primera vez en mi vida hubiera alguien que pudiera mantenerme a salvo era demasiado atractiva.

Cogí su vacilación cuando me vio. Era como un ratón frente a la trampa, desgarrado entre probar el queso y salir corriendo.

– ¿Qué estás haciendo aquí? – Preguntó, con los brazos envueltos alrededor de su vieja mochila como si necesitara otra barrera entre nosotros.

–Te dije que te protegería, y eso es lo que estoy haciendo. No quiero que camines por la noche sola.

Miró por la ventanilla del pasajero, ocultando su rostro en las sombras. Mi agarre en el volante se apretó. –No me puedes llevar a casa todas las noches. Estoy segura de que tienes trabajo que hacer.

Sus labios se apretaron, y sus dedos se clavaron en su mochila. ¿Qué había oído ella? Siempre había rumores sobre mí. Lo peor era usualmente cierto.

–No te preocupes. Puedo hacer tiempo para cosas importantes.

La camorra era importante. Remo y sus hermanos eran importantes. Ella no se suponía que lo fuera.

Ella se volvió, frunciendo el ceño.—¿Importante? ¿yo?

Ella no estaba... Ella estaba... no estaba segura de lo que era para mí. Seguía pensando en ella cuando no estaba cerca. Sobre esas malditas pecas, y esas sonrisas tímidas. Acerca de cómo estaba sola, había estado sola incluso cuando todavía vivía con su madre. Sabía cómo era estar solo mientras estaba en una casa con otras personas. Mi padre. Su segunda esposa. Las criadas.

Ignoré su pregunta. —Si no estoy en el estacionamiento después del trabajo, entonces espérame en el bar hasta que te recoja.

—No estoy en el jardín de infantes. No necesito a alguien que me recoja. Ni siquiera a tí, fabiano. No hay razón para que hagas esto. Puedo protegerme a mí misma.

Me detuve en su calle.

Una vez que apagué el motor, me volví hacia ella.—¿Cómo?

–Simplemente puedo,–dijo a la defensiva.

Asentí hacia su mochila.–Con lo que hay ahí dentro.

–¿Cómo...?–Sus ojos se abrieron una fracción antes de que ella misma se contuviera.–Es mi problema, ¿no?

–Lo fue antes. Ahora es mío. No me gusta la idea de que alguien te ponga las manos sucias.

Ella sacudió su cabeza. –No estamos juntos, ¿verdad? Así que no puedo ver cómo es tu asunto.

Me incliné, pero ella retrocedió contra la puerta del pasajero. ¿Así era como iba a ser? –El beso que compartimos significa que es asunto mío.

–No nos volveremos a besar,–dijo con firmeza y determinación.

Yo sonreí. –Ya veremos.–Sabía que ella se sentía atraída por mí. Percibí la fuerza con que el beso la había afectado, cómo sus ojos se habían dilatado con lujuria. Quizás su mente le estaba diciendo que se mantuviera alejada, pero su cuerpo quería estar mucho más cerca, y yo

haría que ella cediera a ese deseo. Incluso ahora, cuando me acerqué a ella, pude ver el conflicto en su lenguaje corporal. La forma en que sus ojos se lanzaron a mis labios y sus dedos aferraron su mochila al mismo tiempo.

–No puedes forzarme,–dijo, luego se mordió el labio, reconsiderando.

–Podría,– dije encogiéndome de hombros, luego me recosté en mi asiento, dándole espacio.–Pero no lo haré.–No era divertido usar mi poder o fuerza para obtener lo que quería. No con Leona. Yo quería conquistarla. Quería muchas cosas.

Ella agarró la manija de la puerta, pero yo puse una mano sobre su rodilla. Ella se estremeció bajo mi toque, pero no se apartó. Su piel era cálida y suave, y tuve que reprimir el impulso de arrastrar mi mano debajo de su falda y entre sus piernas. – ¿Qué es lo que tienes para defenderte?

Ella vaciló.

–Créeme, Leona, no importa si es un cuchillo, una pistola o un Taser. No servirá de nada contra mí.

–Es un cuchillo. Un cuchillo de mariposa.

Habría pensado que era un Taser. Las mujeres generalmente los preferían o el spray de pimienta porque era menos personal que tener que clavar una cuchilla en la carne de alguien. –¿Alguna vez lo has usado?

–¿Te refieres en alguien?

–Por supuesto. No me importa si puedes hacer un sándwich con él.

La ira se encendió en sus ojos azules, y tuve que admitir que disfruté viendo ese tipo de fuego en ellos, cuando parecía tan dócil y dulce la primera vez que había hablado con ella. Prometía más diversión en otras áreas.

–Por supuesto que no. A diferencia de ti y tus amigos de la mafia, no disfruto matando gente.

¿Amigos? La mafia no se trataba de amistad. Se trataba de dedicación y lealtad. Se trataba de honor y compromiso. Yo no tenía amigos. Remo y sus hermanos eran lo más cercano a un amigo que tenía, pero lo que nos conectaba era más fuerte. Eran como

familia. Mi familia elegida. No me molesté en explicarle todo esto a Leona. Ella no habría entendido. Para un forastero, este mundo no era comprensible.

—No tienes que disfrutar matando para ser bueno en eso. Pero dudo que alguna vez tengas la oportunidad de considerar matar a alguien. Creo que estarás desarmada en poco tiempo y probablemente probarás tu propia hoja. Tienes que aprender a manejar un cuchillo, a sostenerlo y a saber dónde apuntar.

—No lo negaste,—susurró ella.

—¿Negar qué?

—Que matas a la gente, que lo disfrutas.—No dije que con algunas personas había habido un poco de alegría al terminar con sus jodidas vidas. Y sabía que matar a mi padre algún día superaría cualquier otra matanza hasta el momento. Leona parecía sinceramente desconcertada por mi reacción. ¿Todavía no había captado el concepto de ser un Hombre Hecho?

En lugar de una respuesta, golpee suavemente el tatuaje en mi antebrazo.

Extendió la mano, con las puntas de los dedos recorriendo las líneas negras del tatuaje. Su toque siempre era muy cuidadoso. Nunca me había tocado así una mujer. Por lo general, pasaban sus uñas por mi espalda, agarrando y apretando. No había nada cuidadoso en estos encuentros. Los disfrutaba, pero esto... Joder, esto lo disfrute más.

—¿Podrías quitarlo? ¿Podrías dejar de ser lo que eres?

No conocía ninguna otra vida. Los pocos días en que no formé parte del Outfit y todavía no formaba parte de la Camorra, antes de encontrar a Remo o, más bien, antes de que me encontrara, había sido como una madera flotante, atrapada en la marea, sin destino. Esos días de mi viaje se habían sentido como la eternidad. Yo estaba a la deriva. —Yo podría. Pero no lo haré. — Remo, por supuesto, no me permitiría renunciar. Este no era un maldito trabajo al que podrías darle tu aviso de dos semanas. Esto era para toda la vida.—Lo dijiste, es quien soy.

Ella asintió. Tal vez finalmente se había hundido.

—Te enseñaré cómo usar ese cuchillo y cómo defenderte.

Ella se veía cansada. Quizás fue por eso por lo que ella no trató de discutir, incluso si pudiera decir que quería hacerlo. Abrió la puerta y

salió. Ella se volvió hacia mí. –Duerme bien, Fabiano. Si tu conciencia te lo permite. – Cerró la puerta y se dirigió hacia el edificio de apartamentos.

Cuando comencé mi proceso de inducción en el Outfit, me sentía culpable por lo que había visto hacer a otros. E incluso más tarde, cuando comencé a pelear al lado de Remo, me sentía mal por algunas de las cosas que había hecho, ¿pero ahora? Ya no. Después de años de ser un Enforcer, ya no sentía nada. Sin arrepentimiento, ni culpa. La gente sabía en qué se metían cuando nos daban dinero. Nadie se metió en esto sin una falta propia. Y la mayoría de estos tipos venderían a su propia madre si eso significaba dinero para apostar o apostar o comprar mierda.

Nunca había tenido que matar a un inocente. No había inocentes en nuestros bares y casinos. Eran almas perdidas. Estúpidos cabrones que perdían la casa de su familia porque pasaban las noches jugando.

Leona era inocente. La desesperación la había llevado a trabajar en el bar de Roger. Esperaba que ella nunca entrara en el fuego cruzado. No me gustaba la idea de tener que lastimarla.

CAPITULO 10

Hubo muchas noches sin dormir debido al ruido que venía de la habitación de mi madre. Ya sea porque estaba en un problema con John o porque estaba teniendo un ataque de llanto inducido por las drogas. Pero ahora el ruido en mi cabeza me mantuvo despierta.

Los ojos azules de Fabiano brillaron ante mi ojo interior. Frío y calculador. Atentos y alertas. Rara vez cualquier otra cosa. Excepto cuando nos habíamos besado. Había habido una emoción más cálida en ellos. Quizás solo deseo o lujuria, pero también quería pensar en otra cosa.

Presioné mis palmas contra mi cara. Para.

Necesitaba dejar de ver algo en él. Necesitaba dejar de querer su toque cuando las mismas manos hacían cosas horribles a los demás, cosas que ni siquiera podía imaginar, cosas que ni siquiera quería saber.

Había una fascinación enfermiza que no podía negar ni reprimir. Siempre había sabido de la mafia por las películas, algo misterioso para mí. Sabía que esto era la vida real, no una película de

Hollywood con un buen final. Los mafiosos en la vida real no eran mal interpretados antihéroes. Eran los malos, los que no querías encontrar.

Malo. Era un término tan duro. Que era malo.

Estaba tratando de endulzar esto. Era algo en lo que tenía mucha práctica haciendo. Me giré y giré, luego, finalmente, me senté en mi colchón y alcancé mi mochila en la oscuridad.

Metí mi mano y encontré el cuchillo. Lo saqué y luego presioné el botón que hizo que la hoja saliera disparada con un suave clic. El acero de la hoja brillaba a la luz tenue de la luna que entraba por las ventanas cubiertas de polvo. Nunca lo había usado, en realidad no. Lo había apuntado a alguien una vez. El mismo chico al que se lo robe. Él había sido uno de los hombres de mi madre. El peor tipo. El tipo al que le gustaba golpear e insultar a las mujeres como mi madre, el tipo que disfrutaba haciéndolas sentir más como una mierda de lo que ya lo hacían. A quién le gustaba negociar el precio después de la firma y con frecuencia no pagaba casi nada. Si mi madre no hubiera estado desesperada, probablemente no lo habría tenido más de una vez, no después de que él apenas le hubiera pagado nada por chuparle la verga repugnante y hacer otras cosas igual de asquerosas.

Me habían encerrado en mi habitación cuando los oí discutir, y a pesar de las advertencias de mi madre de que mantuviera mi habitación

cerrada en todo momento cuando ella tenía clientes, la pelea me había alejado.

Encontré sus pantalones en el sofá. Y decidí revisarlos por dinero. En su lugar había encontrado el cuchillo. Lo había escondido detrás de mi espalda cuando él y su madre salieron de su habitación. Mamá había estado medio desnuda, y él también había usado solo calcetines y calzoncillos.

—Tú no vales treinta dólares.

—Idiota, te dejo entrar en mi boca sin condón.

—Como si tu boca sucia valiera algo.

Se detuvo cuando me vio. Una sonrisa enferma curvó sus labios.—Por ella si pagaría treinta.

Yo tenía quince años entonces.

Él había dado un paso en mi dirección. Los ojos de mi madre habían pasado de mí hacia él. Habían sido nebulosos y desenfocados. Ella necesitaba cristal.

Tiré el cuchillo hacia adelante y solté la hoja.

—Esa pequeña mierda robó mi cuchillo,—gruñó.

—No te muevas. O te apuñalaré.

Quería hacerlo, y probablemente lo habría hecho sin remordimientos, si mi madre no hubiera empezado a golpearlo con sus puños, chillando.—¡Sal! ¡Fuera, maldito enfermo! ¡Aléjate de nosotras!

Se había ido sin sus pantalones, murmurando maldiciones y dejándonos con sesenta dólares y un cuchillo.

Moví el cuchillo de lado a lado, considerándolo a la luz de la luna. Sabía que era capaz de usarlo si era necesario. No era tan inocente como Fabiano tal vez pensaba que era. Sabía que había gente por ahí que merecía morir. Volví a deslizar la hoja y lo metí debajo de mi almohada. Fabiano me hizo una seña a un lado que no me gustaba, un lado que había prosperado durante los duros años de crecer con una

puta como madre y un adicto al juego como padre. Quizás por eso me asustó la cercanía de Fabiano.

Tal vez me preocupaba que sacara mis partes oscuras. Después de todo, yo era la hija de mis padres, y los dos no eran buenas personas. Siempre me aseguré de esforzarme el doble para ser amable, sin sospechar lo peor de la gente. Aprendí a sonreír incluso cuando era difícil.

No estaba segura de a dónde iba esto entre Fabiano y yo. Pero luchar contra eso era algo que costaba demasiada energía y espacio para la cabeza, algo que necesitaba si quería construir una nueva vida. Si mantenía mi enfoque en el trabajo y tal vez encontrara uno nuevo, me iría de Las Vegas en un par de meses. Fabiano sería cosa del pasado entonces.

Alguien golpeó a mi puerta. Miré a mi alrededor con sueño. El sol estaba bajo en el cielo. La puerta se abrió y papá entró tropezando.

Me senté adormilada. —¿Qué pasa? ¿Qué hora es?

—Necesitas darme algo de dinero. Sé que debes haber conseguido dinero en el trabajo esta semana.

Había conseguido dinero, pero aparte de conseguir comida, lo reservé para finalmente comprar otro vestido (menos caro). Me froté los ojos, tratando de deshacerme de la niebla del cerebro.—Pensé que estabas trabajando también.

Él no dijo nada por un tiempo.—Me despidieron.

—¿Antes de que viniera aquí?

Suspiró, luego asintió. Así que me había mentido. —Leona, realmente necesito ese dinero.

—¿A quién le debes dinero? ¿A la camorra?

—No importa.

—Lo hace. Podría hablar con Fabiano...

—¿Eres estúpida? Solo porque te está jodiendo, no significa que vaya a escuchar lo que digas.

Cerré mis labios, repentinamente despierta. ¿Realmente había dicho eso?

–No me mires así. La gente está hablando. Te han visto dando vueltas en su coche. Te llaman su puta.

Mi estómago se apretó por el insulto. Luché tan duro por nunca haberme puesto esa etiqueta, y ahora, lejos de mi madre, en Las Vegas, la gente realmente me llamaba puta.

– Eso no es asunto tuyo. – grité, enfadándome. No quería arremeter contra él, incluso si se lo merecía por mentirme constantemente. –No tengo dinero para ti.

–Te dejo vivir aquí, ¿y eso es lo que obtengo por ello?

Estaba borracho. Se hizo más y más obvio. – Yo pago por nuestra comida. Limpio el apartamento y ya me quitaste el dinero.

A pesar de que me había lastimado con sus insultos, todavía me sentía culpable por rechazarlo.

Sin una palabra, irrumpió y agarró mi mochila. La revolvió, pero había aprendido de la última vez. Me hizo saltar cuando me agarró de la muñeca, arrastrándome a mis pies. –Dime dónde está.

Olí el tequila en su aliento. Siempre había sido su favorito, y el de mi madre.

Su agarre fue incluso más duro que la última vez. Las lágrimas quemaron mis ojos cuando dije:—Déjame ir. Estas hiriéndome.

—Dime. Dónde. Esta. —Me sacudió con cada palabra que dijo.

La ira, caliente y cegadora, me quemó. —Es por eso por lo que mamá te dejó. Porque siempre perdías y la golpeabas. No has cambiado ni un poco. Me das asco.

Me empujó lejos, así que me recosté en el colchón, antes de girarme. Entonces oí otra voz masculina. Me puse rígida cuando los pasos se acercaron. Rápidamente me puse de pie y me puse mis jeans cortos sobre mis bragas. Papá entró y dijo:—Es agradable de ver. Tienes una oportunidad con ella. Eso debería pagar mi deuda.

Tomé aliento La adicción convertía incluso a las personas más amables en criminales despiadados, y mi padre ni siquiera era de ese tipo. Aun así, nunca hubiera pensado que me haría algo así. Que él era la razón por la que mi madre había vendido su cuerpo era algo que había sospechado todo el tiempo.

Papá señaló en mi dirección. Entró un hombre de pelo oscuro con rayas grises. Parecía distantemente familiar, y una mirada a su antebrazo me mostró que era parte de la Camorra. Mi pecho se contrajo de terror. Cuadré mis hombros, mis ojos se lanzaron a mi mochila en el suelo entre ellos y yo. Deseé que Fabiano estuviera aquí, y esa realización, también, me asustó una y otra vez.

Los ojos oscuros del hombre escanearon mi cara, luego él negó con la cabeza.—No se puede hacer, Greg. Ella pertenece a Scuderi.

¿Qué? Me detuve de contradecirlo. Si ser de Fabiano significaba algo, que estuviera a salvo de que mi padre me vendiera como ganado, entonces, con mucho gusto, era suya, por el momento.

Mi papá balbuceó, y abrió la boca para discutir, pero el mafioso se volvió hacia él y le golpeó con el puño en la cara. La sangre salió de su nariz y cayó de rodillas.—Soto,—papá jadeó. Pero Soto lo golpeó una y otra vez. Salté sobre el colchón y agarré el brazo del hombre, tratando de sacarlo de mi padre. Tal vez papá se lo merecía, pero no podía soportar verlo. No podía retroceder y verlo ser golpeado hasta morir.

Soto me empujó a un lado, así que tropecé hacia atrás y aterricé con mi trasero en el colchón, pero finalmente dejó a papá. —Dos horas,—le dijo.—Entonces volveré.

–No, espera,–lo llamé cuando estaba a mitad de la puerta. Papá estaba sentado con la cabeza entre las rodillas, la sangre goteaba al suelo por su nariz y sus labios. Fui a las cajas móviles apiladas contra la pared y alcancé la que estaba en el suelo, sacando todo el dinero. Doscientos dólares. Se los entregué a Soto. Contó el dinero sin una palabra. Él asintió y simplemente desapareció.

–¿Cuánto le debes?–Le pregunté.

–150,–papá graznó.

–Pero él tomó doscientos.

– Eso es por su problema para hacerme una visita, – dijo papá con amargura. Se puso de pie, con una palma ensangrentada contra la pared. –Si me hubieras dado el dinero de inmediato, esto no habría sucedido. Es tu culpa.

Salió de mi habitación, dejando solo la sangrienta huella de su palma en la pared gris. Me hundí en el colchón, drenada.

Pateé la bolsa de arena una vez más. Realmente necesitaba otra pelea pronto.

Soto se dirigió hacia mí a través de la sala de entrenamiento. Su expresión era un poco demasiado triunfante para mi gusto. Eso nunca era algo bueno con el idiota.—Hall me ofreció a su hija como una forma de pagar su deuda,—dijo Soto mientras se detenía a mi lado.

—¿Hall?—Pregunté, el nombre estaba sonando una campana en algún lugar. No era alguien que nos debiera mucho dinero, o me habrían enviado para que me encargara. No era alguien importante.

—Leona Hall.

No tuvo la oportunidad de decir otra palabra. Lo empujé contra la pared y clavé mi codo en su garganta. Su cabeza se estaba poniendo roja, luego púrpura, antes de que cediera un poco.—Si le tocaste aunque fuera un pelo de su cuerpo, te haré pedazos.

Él tosió, fulminándome con las dagas.—¿Qué carajo? No hice nada.

Remo entró, mirando entre Soto y yo, todavía presionado contra la pared. Solté a Soto y di un paso atrás. Se frotó la garganta. —La próxima vez no te diré una mierda sobre esa chica tuya.—Metió la mano en el bolsillo y tiró un montón de billetes al suelo.—Ahí. Eso es lo que ella me dio.—Con un gesto de la cabeza hacia Remo, él se tambaleó.

Remo se posó en el borde del ring de boxeo, los codos en los muslos, los ojos oscuros vigilantes. –¿Qué fue eso?

–Nada importante.

Remo inclinó la cabeza hacia un lado, estudiándome. Odiaba cuando hacía eso.–Supongo que no tiene nada que ver con esa chica tuya.

¿Cuánto tiempo había estado escuchando la conversación? Maldición.

–No me gusta compartir mi botín,–le dije enojado.

–¿Quién lo hace?–Dijo Remo. –Si ella está consiguiendo tu sangre así, tal vez debería haberlo intentado antes de que te permitiera reclamarla por ti mismo.

Mi sangre hirvió, pero mantuve una máscara apacible en su lugar. Remo me estaba molestando. Nunca me arrebataría a una mujer, ni yo a él. Esa sería la traición definitiva.

–Te perdiste una pelea espectacular. Savio destruyó a su oponente.

–Bien por él. La gente dejará de pensar que lo favoreces porque él es tu hermano. Verán que puede manejarse solo.

Remo asintió. –Tú trabajaste mucho con él.

Me alegré de que no presionara el asunto con Leona.

Seguimos discutiendo las próximas peleas, así como los planes de Remo para una expansión de las carreras ilegales, pero mi mente seguía volviendo a lo que Soto había dicho. Necesitaba hablar con el padre de Leona.

Me recordó a mi propio hijo de puta de padre, que también me habría vendido si hubiera significado obtener una ventaja. Al fin y al cabo, él había vendido a mis hermanas a sus esposos. La vieja, larga y enterrada ira resurgió. Me pillo desprevenido.

Después de dejar el casino abandonado, fui al apartamento de Leona, pero no había nadie en casa. Nunca había tratado con su padre. Después de interrogar a algunos de mis contactos, descubrí dónde solía pasar el día, perdiendo dinero y bebiendo hasta el estupor.

Era uno de los casinos más pequeños y, sin duda, más desaliñados que poseíamos. La alfombra azul marino se había desvanecido a un azul grisáceo desgastado en muchos lugares, y las quemaduras de cigarrillos y las manchas no identificables se añadían a la imagen general. Dejé que mi mirada se desviara a través de la larga sala de techos bajos llena de máquinas tragamonedas, así como de máquinas para el Black Jack, Póker y ruleta. Este lugar no era lo suficientemente rentable como para invertir en mesas reales de ruleta o póker. Los muchachos que frecuentaban este casino no tenían altos estándares de todos modos. En las pantallas en la parte de atrás, a la izquierda del bar, se mostraba la lucha de Savio y la última carrera callejera. Tenía que admitir que Savio se había formado bien. Con sus dieciséis años, había sacado a un oponente mucho mayor y más experimentado. Por arrogante que era, no rehuía el trabajo duro.

Dick, el gerente del casino, corrió hacia mí en el momento en que me vio. No había estado aquí antes. Esto solía ser un casino que manejaba uno de los soldados bajos si había algún problema.

—Señor Scuderi,—dijo con una pequeña inclinación de su cuerpo.—¿Qué puedo hacer por ti?

Ese nombre siempre me recordaba a mi padre, y compararme con él era lo último que quería. Mi estado de ánimo bajó aún más, pero mantuve mi ira bajo control. Dick no era a quien la dirigiría.

–Puedes decirme dónde está Greg Hall,–le dije.

No preguntó por qué. Señaló a la extrema derecha.

El padre de Leona estaba sentado en una máquina de black jack. Acababa de obligar a su hija a pagar sus deudas y ya estaba apostando el dinero que probablemente le había prestado a uno de nuestros tiburones de crédito. Si lo matara ahora, le haría un favor a Leona. Ella probablemente no lo vería de esa manera.

Incliné mi cabeza en reconocimiento, luego lo dejé parado allí y me dirigí hacia el despreciable cobarde.

Todavía estaba a unos pocos pasos cuando el padre de Leona me vio. Dejó caer el vaso de plástico con monedas y saltó del taburete, luego se dirigió directamente a la salida. Le di una señal al guardia de seguridad en la puerta, quien tumbó el cuerpo de Hall. Yo no estaría corriendo tras ese cabrón. Ni siquiera valía tanto esfuerzo. Hall intentó ponerse de pie, pero el guardia lo empujó hacia abajo y lo mantuvo en su lugar hasta que llegué a su lado.

–Lo tomaré desde aquí,–le dije, luego agarré a Hall por el cuello de su camisa y lo arrastré afuera hacia el estacionamiento, luego hacia la esquina de los contenedores de basura. Estaba haciendo sonidos ahogados, que disfruté muchísimo.

Lo solté y él retrocedió.—¡Ya pagué!

—¿Crees que me estoy dirigiendo hacia este agujero de olor debido a unos pocos cientos de dólares?

Eso lo silenció. Sus opacos ojos azules no eran como los de Leona. Que alguien como él pudiera haber engendrado a alguien como ella, no parecía posible.

—Y su deuda no está resuelta. Soto puede haber aceptado el dinero de tu hija, pero yo no lo haré. Ese dinero, me lo debes a mí ahora, y no seré muy paciente contigo.

—Pero,—farfulló.

—¿Pero?—Gruñí, y le di un puñetazo en el estómago. —¿Y cómo te atreves a tratar de vender algo que es mío?

Los ojos de Hall eran como platillos.

—Tu hija. Ella me pertenece. Entonces, ¿crees que puedes ofrecerla a otros hombres, ¿sí?

Sacudió la cabeza.— Eso fue un malentendido. No sabía que ella era tuya.

Mi labio se curvó de disgusto ante su jodida cobardía. Lo agarré y lo volteé, por lo que estaba tendido boca abajo. Luego levanté su camisa sudorosa y saqué mi cuchillo del soporte en mi pierna. Él comenzó a luchar contra mi agarre, pero no me relaje. Metí la punta del cuchillo en su piel. La sangre brotó. Una puta vista maravillosa. Gritó como una niña pequeña mientras cortaba una 'C' en su piel. – C significa cobarde. La próxima vez terminaré la palabra. ¿Lo tienes?

Él asintió débilmente contra el asfalto, jadeando.

Me puse de pie. Se había meado en sus jodidos pantalones. Puto desperdicio de aire y espacio. Con una última mirada al hombre asqueroso en el suelo, subí a mi auto. Necesitaba ver a Leona.

CAPITULO 11

A pesar de mi falta de sueño debido al rudo despertar de mi padre, estuve llena de energía todo el día. Mi pulso todavía latía con rabia y decepción por lo que había sucedido. No estaba segura de por qué todavía me desconcertaba cuando uno de mis padres se equivocaba. Tenían la costumbre de hacerlo, pero ¿ofrecerme a su deudor como una puta? Eso fue bajo incluso para mi padre. La desesperación no era una explicación para todo.

–Has estado limpiando el mismo vaso durante quince minutos. Creo que es lo más limpio que se puede obtener,–dijo Fabiano.

Salté, mis ojos se enfocaron en él. Se apoyó contra la barra, con los codos apoyados en la madera lisa y una mirada penetrante en su rostro. Eran las ocho en punto. Todavía tenía casi seis horas de trabajo por delante, así que, ¿qué estaba haciendo aquí?

Dejé el vaso a un lado y Fabiano tomó mi antebrazo para acercarme más. Escaneaba las nuevas marcas en forma de huellas dactilares en mi muñeca. Me había olvidado de ellas.

Sus ojos se estrecharon, su boca formó una línea dura. Él acarició su pulgar ligeramente sobre el moretón antes de soltarlo. – Mañana te recogeré en tu casa a las diez en punto. Te enseñaré cómo defenderte.

Me sorprendió que no preguntara quién me había herido. A menos que, por supuesto, hubiera descubierto lo que había sucedido de alguna manera. Confirmó mis sospechas cuando deslizó doscientos dólares hacia mí. Rápidamente miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie estuviera mirando. No necesitaba especulaciones sobre el motivo del intercambio de dinero. –Aquí está tu dinero de vuelta.

– Mi padre... – tragué. – ¿Está bien? – No podía creer que tuviera que preguntar.

– Él está bien.

Asentí y miré el dinero. – Pero pagué su deuda. Si me devuelves el dinero, estará en problemas.

– Esa no es tu pelea, Leona, – murmuró Fabiano. – Tu padre seguirá perdiendo dinero y eventualmente morirá por eso. No dejes que te arrastre hacia abajo con él. No lo permitiré.

Yo sabía que él tenía razón. Papá probablemente ya estaba perdiendo dinero que no tenía mientras hablábamos. No podía actuar de otra manera. Dejó que su adicción gobernara su vida. Dudaba que aún considerara ir a rehabilitación. Había visto con mamá que la rehabilitación no iba a salvarte si no tenías la fuerza de voluntad para hacerlo.

–Toma tu dinero,–Fabiano empujó los billetes más en mi dirección.–Y úsalo para ti, joder.

Recogí el dinero y lo escondí en mi mochila. –¿Quieres algo de beber mientras estás aquí? –Agarré la etiqueta azul de Johnie Walker del estante.

–Recuerdas,–dijo con una sonrisa.

– Por supuesto, – dije simplemente. Recordaría cada momento de nuestros encuentros. Eran la luz brillante de mi tiempo en Las Vegas hasta ahora, por ridículo que pudiera parecer. Le vertí una cantidad generosa. No era como si a Roger le importara. La Camorra era propietaria de todo de todos modos.

Fabiano tomó un gran trago, luego sostuvo el vaso en mi dirección.–
¿Quieres una prueba?

Sonaba sucio como lo dijo.—No. Yo no bebo nunca.

Él asintió como si entendiera, luego bajó el resto de su whisky y se apartó de la barra. —Todavía tengo que hacer algunos negocios. Nos vemos en unas pocas horas.

Así que realmente tenía la intención de llevarme a casa todas las noches. Observé su espalda ancha mientras caminaba por el pasillo, su andar elegante y ágil como el de un depredador.

A veces me preguntaba si era su presa, si esto era una persecución divertida para él, o pronto se aburriría. No estaba segura de si era algo que debería esperar.

No intentó besarme otra vez cuando me llevó a casa esa noche, no desde nuestro primer beso. Quizás había sentido que lo habría empujado lejos.

—Mañana por la mañana, te recogeré. Vístete con algo con lo que puedas trabajar.

Sali. Fabiano esperó hasta que estuve en nuestro apartamento antes de marcharse.

La luz estaba apagada en el apartamento cuando entré. La encendí y me dirigí a mi habitación cuando noté un movimiento en el sofá de la sala de estar. Papá estaba sentado con la cabeza gacha, gimiendo. Me acerque a él lentamente.

Primero noté las botellas de cerveza vacías en la mesa. Si dejara de tirar dinero en el alcohol, estaría mejor. Entonces mis ojos fueron atraídos por su espalda desnuda y una marca roja deslumbrante.

Encendí las luces en la sala de estar. Alguien había cortado una 'C' en su espalda. La sangre se había secado alrededor de la herida. Parecía que papá no lo había tratado de ninguna manera, excepto para adormecer el dolor con alcohol, por supuesto.

Papá no reconoció mi presencia. Mantuvo su rostro enterrado en sus palmas y dejó escapar un gemido.

—¿Papá?

Él gruñó.

—¿Quién hizo esto?—Sabía la respuesta, por supuesto.

Papá no respondió. Probablemente estaba demasiado borracho considerando la cantidad de botellas vacías que cubrían el suelo. Me di la vuelta y me dirigí al baño para agarrar una toalla. La empapé con agua fría, luego busqué en los gabinetes algo para poner en la herida. Excepto por el Tylenol caducado y unas cuantas tiritas sucias, estaban vacío.

Regresé a la sala y toqué el hombro de papá para alertarlo de mi presencia.—Voy a limpiar tu herida,—le advertí. Cuando no reaccionó, presioné suavemente el paño frío sobre el corte.

Soltó un siseo y me atacó. Evité ser golpeado por su codo por centímetros.—Shh. Estoy tratando de ayudarte, papá.

—Ya has hecho suficiente. ¡Déjame solo!

Sus ojos inyectados de sangre brillaron de ira cuando me miró.

—Deberías ir a un médico,—le dije en voz baja, luego puse la toalla húmeda en la mesa frente a él en caso de que decidiera limpiar su herida.

Volvió a su posición inclinada e ignorándome.

Fui a mi habitación y cerré la puerta, cansada de un largo día de trabajo y de lo que había visto. Fabiano había cortado a mi padre como castigo por lo que había hecho. No me engañé pensando que esta pequeña herida era todo lo que Fabiano le haría a mi padre si se equivocaba de nuevo.

No estaba segura de poder detener a Fabiano. No estaba segura de tener la energía para intentarlo. Estaba harta de resolver los problemas de otras personas, cuando ya tenía suficientes.

Estaba vestida con mis shorts vaqueros y una camiseta holgada cuando Fabiano me recogió a las diez.

Sus cejas subieron a su frente cuando vio mi ropa.—No me refería a eso cuando te dije que te pusieras ropa cómoda.

—No tengo ropa de entrenamiento. Y, para ser honesta, este es uno de los tres trajes que tengo en total, incluido el vestido que me compraste, —dije con sorna.

Fabiano me miró por un largo tiempo, luego puso el auto en movimiento.

—Vi lo que le hiciste a mi padre,—le dije.

No había signos de culpa en su rostro. –Él obtuvo lo que merecía. Si él no fuera tu padre, habría sido peor.

–¿Este eres tú siendo indulgente?–Pregunté incrédula.

–Si así es como quieres llamarlo.

No fue la primera vez que mi padre se metía en problemas así. Cuando tenía unos diez años y vivía con mis padres en Dallas, le debía dinero a un grupo de motociclistas. Los muchachos casi lo habían matado a golpes a él y a mi madre por eso. No impidió que mi padre volviera a pedir dinero prestado.

Me recosté contra el asiento, con la cabeza inclinada hacia Fabiano. Dirigía el automóvil con una mano, la otra descansaba relajadamente en la consola central. Me pregunté si su frialdad exterior reflejaba su lado interno. ¿Podría realmente estar tan a gusto con su vida?

Mis ojos se detuvieron en la sombra oscura de las cinco en punto. Era la primera vez que lo vi con algo más que una cara perfectamente afeitada y me hizo querer arrastrar mis dedos sobre el rastrojo corto.

Pecado. Eso era lo que era.

Me miró, sus labios se curvaron hacia arriba y yo aparté la mirada. Jugar con fuego nunca había sido parte de mi plan de vida. Entonces, ¿por qué no podía dejar de pensar en el hombre a mi lado?

Se detuvo frente a un opulento edificio de hormigón blanco, de al menos diez pisos de altura con un camino curvo, protegido por un techo largo con miles de bombillas de varios colores, la mayoría de ellas rotas. Un edificio de Casino abandonado, me di cuenta cuando entramos por la puerta giratoria de vidrio en la sala de juegos. El silencio había reemplazado el sonido de las ruedas de la ruleta y las máquinas tragamonedas. La araña roja y dorada estaba cubierta de polvo, y un aire de tristeza cubría las mesas de póquer vacías y el bar Champagne. Botellas de champán rotas cubrían la barra negra. ¿Aquí era donde entrenaríamos? –Vamos,–dijo Fabiano, y continuó más allá de la cabina del cajero desierta. La alfombra roja y azul estaba desgastada de miles de pies. Yo lo seguí a Él, respirando el viejo olor. Fabiano no estaba impresionado por nuestro entorno. Estaba en su zona. Ya podía ver un cambio en su comportamiento, como si estuviera ansioso por la pelea. Tal vez la emoción era su adicción. Tal vez todos tuvieran una adicción.

Salimos de la primera sala de juegos y entramos en la siguiente; ésta era aún más espléndida que la primera. Candelabros de cristal colgaban de

techos altos y arqueados sobre nuestras cabezas y la alfombra mullida suavizó nuestros pasos mientras mis ojos observaban las columnas de mármol negro y el papel tapiz adornado con oro. La mayoría de las mesas de ruleta habían sido removidas, pero algunas permanecían. Ya no eran la atracción principal.

Una jaula de combate y un ring de boxeo dominaban el centro de la habitación. Su cruda brutalidad contrasta con el lujo del pasado. Y al azar entre las mesas de ruleta restantes se encontraban las prensas de banco, los sacos de boxeo y otros equipos de levantamiento de pesas. Pesadas cortinas color burdeos cubrían las ventanas en forma de concha. El sol brillaba a través de la brecha entre ellas. Fabiano giró un interruptor y los candelabros nos arrojaron su resplandor dorado y astillado. Esto no era lo que había esperado.

—¿Así que aquí es adonde vienes a pelear?

Fabiano sonrió. —Aquí es adonde vengo a entrenar, y de vez en cuando peleo, sí.

—¿Esta siempre así de vacío?

—Depende. Es principalmente para mi jefe, sus hermanos y yo. Pocas otras personas han venido aquí.

–¿Y estoy permitida?–Pregunté.

No dijo nada, solo me llevó a una puerta de caoba oscura, luego a lo largo de un pasillo con pintura rizada y alfombras rasgadas, doblamos una esquina y atravesamos otra puerta y de repente estábamos en el área de la piscina. Esta habitación ha sido renovada recientemente. No tuve la oportunidad de registrar más que la gran piscina hecha de acero inoxidable y el jacuzzi en una plataforma elevada a la derecha.–Necesitamos encontrarte unos pantalones cortos de entrenamiento decente, –dijo Fabiano mientras me llevaba al vestuario contiguo.

Era funcional como el área de la piscina, nada lujoso o espléndido.

–¿Por qué este lugar?

Fabiano se encogió de hombros mientras rebuscaba en una cesta con ropa. –Remo lo quería, así que lo consiguió.

–¿Pero no es caro evitar que el lugar se desmorone? Es un edificio enorme.

–Partes de ella se están desmoronando. Pero nos cuesta más dinero de lo que costaría un gimnasio estándar. ¿Aun así, qué es la vida sin la ocasional decisión irracional?

Sus ojos azules sostuvieron los míos, y los nervios que había logrado calmar con mi curiosidad sobre el edificio volvieron con toda su fuerza. Fabiano sacó unos shorts rojos de la cesta.–El hermano más joven de mi Capo usa estos. Tal vez te queden bien.

Los tomé de él.–¿Capo?–Pregunté con curiosidad. Había escuchado el término, por supuesto, pero Fabiano lo había dicho con mucho respeto, lo que me sorprendió.

–Remo Falcone, él es mi capo. Mi jefe, si quieres.

–Piensas muy bien de él.

Él asintió una vez. –Por supuesto.

Tenía la sensación de que no solo lo estaba diciendo porque tenía que hacerlo. Cheryl había sonado aterrorizada cuando pronunció el nombre de Falcone, pero no había miedo en la voz de Fabiano.

–No vinimos aquí para charlar, ¿recuerdas? –Dijo con una sonrisa.–
Ahora vamos a cambiarnos.

Sin previo aviso se desabrochó el cinturón.

Me di la vuelta con un grito de sorpresa.–Podrías haberme advertido.

–Podría haberlo hecho, pero no quería. Tengo la intención de que veas mucho más de mí.

Miré a mi alrededor en busca de alguna manera de obtener algo de privacidad, pero la habitación no tenía ninguna. No había puestos, solo casilleros y un área de ducha abierta. Oh maldita sea. Bajé mis pantalones cortos de jeans y rápidamente me puse los pantalones cortos de boxeo, luego me di la vuelta. La atención plena de Fabiano estaba en mí cuando se apoyó contra la pared con los brazos cruzados sobre su pecho desnudo. Me había olvidado de ese pequeño detalle de pelear con él. No llevaba camisa cuando estaba en la jaula. Mis ojos se perdieron en su bóxer azul oscuro que abrazaban sus estrechas caderas con la deliciosa V desapareciendo en su cintura.

–¿Y?–Preguntó él.

Parpadeé hacia él, apartando mis ojos de su pecho. —¿Y?— Repetí.

—¿Encaja?

¿Cómo podría algo no encajar en ese cuerpo?

Me di cuenta de que se refería a mí. —¿Oh, los pantalones cortos, quieres decir? Están un poco sueltos, pero debería estar bien.

—Te ves sexy en ellos,—dijo en voz baja.

Mi cara ardía de calor.

No olvides tu cuchillo. Quiero verte usarlo.

Me incliné sobre mi mochila, contenta de que mi cabello ocultara mi sonrojo, pero probablemente ya lo había visto. Agarré el cuchillo y me enderecé. Abrió la puerta y esperó a que pasara. Su cálido aroma flotó en mi nariz cuando pasé junto a él. Tenía que controlarme. Regresamos a la hermosa sala de juegos y continué hacia el ring de boxeo, contenta de concentrarme en algo más que el peligroso y musculoso hombre detrás de mí.

—No de esa manera,—dijo Fabiano, con una sonrisa en su voz. Me di vuelta y él señaló la jaula de combate a la derecha.

—¿En la jaula?—Pregunté, horrorizada.

Saltó sobre la plataforma elevada de la jaula, sonriendo como un tiburón.—Por supuesto. Quiero ver cómo lidias con el estrés.

—Genial,—murmuré. —Como si pelear contigo no fuera lo suficientemente estresante.

Me tendió una mano. Metí mi mano en la suya, y sus dedos se cerraron alrededor de la mía, cálidos y fuertes, y me levantó. Me golpeé contra su pecho y él me mantuvo allí por un momento. Lo miré a la cara. El brillo del candelabro sobre nuestras cabezas hacía que su cabello pareciera dorado.

¿Pero un niño de oro? No, eso no es lo que era.

—Pensé que íbamos a pelear,—susurré.

Su labio se curvó. –Solo viendo cuánto más incómoda puedo ponerte,– dijo.

Yo lo fulminé con la mirada–¿Qué te hace pensar que esto me hace sentir incómodo?

Su sonrisa se ensanchó.–¿Así que no?

Me desenredé de su agarre y señalé la puerta de la jaula. –¿Cómo se abre esta cosa?

Apretó el mango, pareciendo demasiado lleno de sí mismo.

Entré y la piel de gallina se levantó. Pensé que podía oler la sangre vieja bajo el prominente olor a desinfectante y acero. Fabiano cerró la jaula con un clic tranquilo.

–No encuentro el atractivo,–dije mientras miraba alrededor de la jaula.–
¿Por qué la gente disfruta estar encerrada en una jaula como animales?

–Es la emoción añadida de no tener un escape. La jaula es implacable.

Asentí, buscando el cuchillo en mi mano. La araña más grande que colgaba del techo, justo encima de mi cabeza, parecía más desalentadora que decorativa.

–Quiero verte manejarlo.

Presioné el botón que soltó la cuchilla. Brillaba en la luz dorada.

Le tendí el cuchillo.

Fabiano torció sus dedos invitadoramente. –Haz lo que le harías a un atacante.

Sostuve el cuchillo un poco más alto y mi palma se cerró con fuerza alrededor del mango.

Fabiano estaba sofocando una sonrisa, me di cuenta. Para él esto era probablemente más que un poco entretenido.

–Ataca.

Di un paso adelante, pero él superó la distancia restante entre nosotros y fingió un ataque.–Intenta no perder tu cuchillo.

Apreté aún más mi agarre, aunque parecía casi imposible. Pero antes de darme cuenta, Fabiano estaba allí, delante de mí, alto e imponente y musculoso, y muy a gusto con lo que estaba haciendo. Había una pequeña presión dolorosa en mi muñeca, y el cuchillo cayó al suelo. Lo alcancé, pero Fabiano fue más rápido. Retorció el cuchillo en su mano, admirando la hoja.

Yo lo fulminé con la mirada. –No es justo. Eres mucho más fuerte y más experimentado. –Me froté la muñeca. Ni siquiera había visto lo que Fabiano había hecho.

Fabiano negó con la cabeza. –La vida no es justa, Leona. Ya debes saberlo. Su atacante no será una mujer de cien libras con sentimientos delicados. A él le gustará herir a las hembras con sentimientos delicados. –Y luego se inclinó sobre mí de nuevo, todo músculo, fuerza y poder, y quería besarlo, no pelear con él.

–Ese cuchillo,–dijo en voz baja y amenazadora mientras sostenía la hoja entre nosotros. –Puede ser tu salvación o tu caída. –Agarró mi brazo y me dio la vuelta. Mi espalda chocó con su pecho mientras me presionaba contra él. Estaba congelada por el shock. Tocó con la punta de la hoja la piel entre mis pechos, luego la arrastró lentamente hasta mi estómago. La presión no fue suficiente para dejar una marca, pero mi estómago se revolvió ante la idea de cómo se sentiría si lo fuera. –Ese cuchillo puede darle a tu oponente otra ventaja sobre ti. Si no puedes manejar el cuchillo, no deberías usarlo. –Me soltó y me tambaleé hacia adelante, fuera de su abrazo. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho

cuando me miraba. Todavía podía sentir el toque de la hoja en mi piel. Cerré los ojos, tratando de detener mi creciente pánico, y peor aún, la excitación.

Fabiano tenía razón. Si mi atacante tomara mi cuchillo, lo usaría contra mí. El cuchillo me había dado una sensación de seguridad, pero ahora incluso eso había desaparecido. Me giré hacia Fabiano quien me estaba mirando fijamente. Me tendió el cuchillo. Me acerqué a él lentamente y lo tomé.

–Córtame,–dijo.

–¿Disculpa?–Pregunté.

– Córtame. Quiero ver si tienes lo que se necesita para lastimar a alguien. Córtame.

Negué con la cabeza, retrocediendo un paso. –No lo haré. Esto es estúpido.

Fabiano sacudió la cabeza con evidente molestia, luego me quitó el cuchillo de la mano. Sus ojos sostuvieron los míos mientras presionaba la hoja contra su palma y cortaba. Me tambaleé hacia atrás, no por la

sangre que brotaba, sino por sus acciones. Dejó caer el cuchillo al suelo. La sangre goteaba sobre el suelo gris. Apretó su mano sangrante en un puño, y más sangre cubrió sus nudillos.

—Puedo ver que tienes miedo. El miedo nunca es un buen compañero en una pelea,—dijo Fabiano, viéndose completamente a gusto en la jaula de combate. No había signos de dolor tampoco.

Para él, este era un terreno familiar, un lugar en el que se sentía como en casa. Para mí, la alta jaula parecía inclinarse sobre mí de manera amenazadora. Incluso su entorno lujoso no podía cambiar eso. Y no estaba realmente ayudando como se suponía que debía el pelear contra Fabiano. Con su estómago duro como una roca, brazos musculosos y ojos entusiastas, ya parecía un luchador. Y lo había visto pelear. No había nada con qué compararlo. Su velocidad. Su fuerza. Su determinación.

Yo, sin embargo, me sentía fuera de lugar.

Fabiano abrió los brazos, con las palmas hacia afuera. Mis ojos se detuvieron en la herida en la palma de la mano que parecía ignorar. —Pégame. Eso es algo que puedes hacer, ¿verdad?

Di un paso hacia él.

–Enrosca tus manos en puños. Ni siquiera pienses en golpearme con tu palma abierta. No estás aplastando a una mosca.

Se estaba burlando de mí. Apreté los puños como me ordenó y di otro paso hacia él. Ni siquiera estaba segura de dónde golpearlo. Dio un repentino paso hacia mí, sobresaltándome, y retrocedí.

–Pégame,–ordenó de nuevo.

Impulsé mi puño hacia adelante y lo estrellé contra su estómago. Un segundo, antes del impacto, pude ver que su paquete de seis se convirtió en un paquete de ocho mientras apretaba sus músculos.

Mis nudillos chocaron con su duro estómago y me estremecí. Me retiré de inmediato.

–¿Fue ese tu golpe más duro?–Preguntó.

Yo fruncí el ceño.–Sí. ¿Por qué? ¿Fue tan malo?

Su expresión me dio una respuesta inequívoca. – Ahora dame una patada tan fuerte como puedas y apunta lo más alto posible.

Golpear ya se había sentido extraño, pero patear a alguien estaba completamente fuera de mi zona de confort.

Agité mi pierna y lancé una patada contra sus costillas. Sacudió la cabeza. También podría haberle golpeado con una boa de plumas. –Eso no es bueno. Ni siquiera me estoy moviendo y tu puntería y tu fuerza ya son malas.

¿Tenía algo bueno que decir? Estaba empezando a enojarme.

Se puso en una posición de lucha y se apartó de mí. Luego hizo una patada alta contra la jaula. El choque me hizo saltar y el suelo vibraba bajo mis pies descalzos por la fuerza de la patada de Fabiano. Todavía era difícil creer qué tan alto podía levantar su pierna y qué tan fuerte podía patear con ella. Mi pierna se habría caído si hubiera tratado de moverla tan alto.

–Tal vez tu no tienes el incentivo adecuado. La mayoría de las mujeres solo se atreven a golpear fuerte cuando están acorraladas. Finjamos que te estoy atacando.

El pensamiento me emocionó y me aterrorizó a la vez. Asentí, tratando de parecer que estaba lista para esto.

Sus ojos azules se deslizaron sobre mi cuerpo sin reparos.—Haz lo que debas para escapar de mi agarre. Lastímame.

Como si hubiera la menor posibilidad de que pudiera. Y sin previo aviso, se lanzó hacia adelante, me agarró por los hombros y me apretó contra la jaula. Atrapada entre el frío metal y su cálido pecho musculoso, no había manera de que pudiera golpearlo. Me retorcí, pero su agarre sobre mí no vaciló. — Pelea, Leona. Imagina que estoy dispuesto a lastimarte, a violarte, a matarte, — dijo en un susurro oscuro que levantó los pelos de mi cuello.

Intenté apartarme de la jaula de nuevo, pero no había forma de que Fabiano se estuviera moviendo. Era tan inamovible como la jaula.

—Tienes que hacerlo mejor que eso,—murmuró contra mi oído, luego lamió un hilo de sudor de mi garganta que envió un cosquilleo por mi columna vertebral. Sin previo aviso, me soltó y rápidamente lo enfrenté, esperando que no pudiera ver lo que el gesto había hecho a mi cuerpo.

Se echó el pelo hacia atrás, con una sonrisa satisfecha en su rostro.—Prepárate. Espero que lo hagas mejor esta vez.

Estaba a punto de protestar cuando él saltó hacia adelante. Antes de que supiera lo que estaba pasando, había pateado las piernas debajo de mí. Jadeé cuando caí hacia atrás y me preparé para el impacto. Pero nunca llegó. En cambio, el brazo de Fabiano se enroscó alrededor de mi cintura y él me bajó al suelo. Por supuesto que no fue el final. Se arrodilló sobre mí y presionó mis muñecas en el suelo sobre mi cabeza. Su palma estaba resbaladiza contra mi piel - sangre. Una de sus rodillas se metió entre mis piernas, forzándolas a separarse.

Mi corazón galopaba en mi pecho mientras miraba su cara. ¿Esto era todavía un juego? Se veía tan concentrado y....ansioso. Pero entonces una sonrisa lenta se extendió en su rostro y la respiración se hizo más fácil. –Espero que esto no signifique que estabas realmente tratando,– dijo.–Un atacante podría tener su camino contigo ahora. No sería muy difícil arrancarte la ropa y forzarme contigo.

–Matarías a cualquiera que lo hiciera,–le dije. Era una cosa horrible de decir. Y no sabía por qué lo había dicho. No sabía si Fabiano iría tan lejos.

Se agachó completamente encima de mí, y de alguna manera su peso cálido se sentía perfecto.–¿Eso piensas?–Murmuró.–¿Por qué haría una cosa así?

Sus ojos me inmovilizaron. No pude decir nada por un tiempo.

De repente me sentí tontamente atrevida. – Porque no te gusta compartir conmigo.

La posesividad llenó su rostro. Apretó sus caderas contra mi entrepierna, y mis ojos se abrieron de par en par. Él estaba duro El calor me inundó. Debería haberlo empujado, pero estaba demasiado sorprendida y fascinada.

Se agachó y me lamió la clavícula. –No quiero nada más que follarte aquí mismo, en medio de esta jaula.

Mis músculos se tensaron. Esto iba demasiado rápido. Todavía no estaba segura de si debería seguir con esto con Fabiano. Y definitivamente no quería ser follada en una jaula como un animal, incluso si una pequeña parte de mi cuerpo no estaba de acuerdo.

Sin embargo, no tuve la oportunidad de empujarlo lejos porque él se empujó a sí mismo del suelo y aterrizó de pie en un movimiento gracioso.

Me agaché delante de ella, observando sus ojos ensangrentados y sus rizos desaliñados. Se apoyó sobre sus codos, pero no hizo ningún movimiento para ponerse de pie.

Sus ojos se dirigieron a mi bóxer antes de apartar rápidamente la mirada. Sabía que ella se ruborizaría si su cara no estuviera roja por el esfuerzo. Una emoción me atravesó, como siempre lo hacía cuando brillaba su inocencia. Me enderecé y lentamente ella también se puso de pie.

Ella era una luchadora horrible. No estaba en su naturaleza lastimar a la gente. Tal vez podría haberla empujado a golpear más fuerte si la hubiera lastimado. El dolor era un fuerte catalizador, pero lastimarla no era algo que tuviera en mente. Quería hacerla gritar, pero no por agonía.

Ella apretó sus manos en puños. Sus muñecas estaban cubiertas de huellas dactilares sangrientas, pero la herida en la palma de mi mano era solo un leve latido.

—¿Vamos a intentarlo de nuevo?

Yo sonreí. Ella estaba tratando de escapar de la situación. Incliné mi cabeza, luego fingí un ataque. Levantó los brazos protectoramente y cerró los ojos. —Nunca cierras los ojos frente a un enemigo.

Ella me fulminó con la mirada y trató de golpear contra mi estómago. Dejé de lado su inútil intento y la agarré por detrás. Cerré

sus brazos debajo de los míos y presioné mis caderas contra su trasero. La moví hacia adelante hasta que estuvo presionada contra la jaula y mi erección presionaba contra su firme trasero. Ella hizo un sonido de protesta. –Fabiano,–ella jadeó, la ira se filtraba.–Para.

–Oblígame,–desafié, luego mordí ligeramente el hueco de su cuello y succioné la piel en mi boca. Ella dejó escapar un gemido, se calmó y comenzó a retorcerse en serio. Cuando solté su suave piel, dejé mi marca. Ella intentó una patada hacia atrás pero solo rozó ligeramente mi espinilla. –Puedes hacerlo mejor,–le dije.

Ella trató de empujar hacia atrás, pero de nuevo no tuvo oportunidad contra mí. Quizás fue injusto. Incluso los mejores luchadores no duraban mucho en una pelea contra mí. Pero lo que estaba haciendo con Leona ni siquiera estaba cerca de pelear. Jugar era más como eso.

De repente, se aflojó con mi toque y presionó su trasero contra mi erección. Si ella pensaba que eso me distraería, estaba muy equivocada. A diferencia de ella, tenía más que suficiente experiencia y no estaba molesto por un trasero contra mi polla. Lo único molesto era la ropa que separaba su trasero de ella.

–¿Jugando con fuego?–Pregunté en voz baja.

–Tu empezaste,–murmuró ella, con la indignación brillando en sus ojos. Finalmente, había un poco de lucha en ellos.

–Y estoy dispuesto a jugar hasta el final,–dije sugerentemente. –¿Tu lo estas?–Clavé mi erección contra su trasero una vez más.

Ella se quedó quieta. –No. No lo estoy.–Su voz ya no era juguetona ni enojada. Miré las suaves pecas de su nariz y mejilla. Sus ojos se encontraron con los míos. Estaba inquieta y nerviosa, pero no asustada. Ella confiaba en que yo respetara sus límites. Leona podría ser mi perdición. Aflojé mi agarre en sus brazos, permitiéndole que se diera la vuelta. Ella inclinó la cabeza hacia arriba, buscando en mi cara. Me pregunté cuándo dejaría de buscar algo que no estaba allí. Presioné mis palmas en la jaula junto a su cabeza, dejando caer mi cabeza hacia adelante hasta que nuestros labios estuvieran a menos de una pulgada de distancia. Sus ojos se lanzaron hacia abajo y me sorprendió cuando se puso de puntillas y cerró la brecha. Su beso fue suave y sobrio. Mi cuerpo estaba gritando por otra cosa. Profundicé el beso, luego la agarré por el trasero y la levanté hasta que sus piernas rodearon mi cintura. Su espalda presionada contra la jaula, le saquee la boca. Se aferró a mis hombros, sus uñas se clavaron en mi piel y sus talones en mi trasero. Cuando se retiró, estaba sin aliento y aturdida.

–No eres buena para establecer límites,–le dije.

Ella apoyó la cabeza contra la jaula. –Lo sé,–dijo ella culpable.

– ¿Así que eso es lo que llamas pelear? – Nino se acurrucó mientras caminaba, con una bolsa de deporte colgada sobre su hombro. Su atenta mirada se detuvo en Leona. Cada músculo en mí se tensó.

Bajé a Leona, luego puse mi mano en su espalda.

Nino siguió el gesto. Su expresión no cambió. A diferencia de Remo, él no era propenso a los arrebatos emocionales. Lo hacía más difícil de leer, definitivamente no menos peligroso. Alto, delgado, barba inmaculada y cabello oscuro recogido en una corta cola de caballo, Nino parecía un modelo de pasarela. Las mujeres se enamoraban de él hasta que se daban cuenta de que su expresión sin emociones no era una máscara. Nino no tenía que ocultar sus emociones. Él no tenía ninguna.

– Hemos terminado aquí, – le dije. Dirigí a Leona hacia la puerta de la jaula, la abrí y salí primero antes de que bajara a Leona. Ella se paró a mi lado. Ella estaba cautelosa de Nino, como debería ser. Su instinto no podía estar completamente apagado si lo reconocía como un peligro.

Lo saludé con un breve abrazo y una palmada en el hombro. – ¿Con quién estás entrenando?

– Adamo, si decide presentarse.

Rodé mis ojos. – Buena suerte. – Sus ojos se deslizaron detrás de mí hacia Leona otra vez. Y algo protector y feroz se hinchó en mi pecho. Él no dijo más. Dudé que él estuviera realmente interesado en ella. Tenía curiosidad porque yo mostraba interés en ella.

Conduje a Leona hacia el vestuario, pero solo agarré nuestras bolsas.

– ¿No vamos a cambiarnos? – Preguntó ella.

Negué con la cabeza. Quería alejarla de Nino. Era más seguro si Remo y sus hermanos no veían a Leona con demasiada frecuencia. La conduje afuera y hacia mi carro. Algo de la tensión se desvaneció cuando tuvimos cierta distancia entre Nino y nosotros. Remo y sus hermanos eran como una familia para mí, pero yo sabía que no debía confiar con Leona.

Leona me dio una mirada de reojo. – ¿Quién era él?

–Nino. Uno de los hermanos de Remo.

–No te gusta estar cerca de él,–dijo ella.

Si ella lo hubiera notado, Nino también lo habría hecho. Eso no era bueno.–Prácticamente crecí con él. Es como mi hermano, pero no me gustas tú a su alrededor. Es mejor si no te involucras en esa parte de mi vida.

–Está bien,–dijo ella simplemente.

Cuando llegamos frente a su casa, me volví hacia ella, con ganas de besarla otra vez. Lo había jugado bien desde nuestro primer beso, pero estaba cansada de contenerme, especialmente después de lo que pasó en la jaula.

–¿Estás celebrando la Navidad con Remo y sus hermanos?–Preguntó ella.

Me puse rígido. No había esperado esa pregunta. – Realmente no celebro la Navidad.–No lo había hecho en varios años. No desde que mis hermanas se fueron a Nueva York. No me importaban las vacaciones, pero ahora que lo había mencionado, me di cuenta de que faltaba solo una semana para la Navidad.

–Yo tampoco. Probablemente trabaje,–dijo encogiéndose de hombros.

–¿No celebrarás con tu padre o tu madre?

Miró por el parabrisas, moviéndose nerviosamente con sus pantalones cortos.–Solía. Hace mucho tiempo. Cuando era pequeña conseguimos dos o tres agradables veladas navideñas. El resto fue un desastre.–Ella suspiró. –Después de que mi padre nos abandonó, mi madre estaba ocupada trabajando todo el tiempo para conseguir dinero para el cristal. Olvidó cosas como la navidad o mi cumpleaños. No eran importantes para ella. Y mi papá...–Ella se encogió de hombros. –Supongo que se alegró de estar lejos de nosotros y de la responsabilidad.

Todavía no había mencionado a su madre como una puta, pero le permití ese pequeño indulto. –Es por eso que no debes sentirte responsable por tu padre. Él no es un hombre honorable. Debes proteger tu propia carne y sangre y no ofrecérsela a alguien a cambio de una deuda.

Ella se sonrojó. –¿Sabe acerca de eso?

–Soto me lo dijo.

–No es fácil abandonarlo. Todavía lo amo a pesar de sus defectos, no puedo evitarlo.

Hice una mueca. –El amor es una debilidad, una enfermedad. Verás adónde te lleva.

Sus ojos azules buscaron los míos, todavía mirando, todavía esperando. –No puedes decir eso. El amor es lo que nos hace humanos, lo que hace que la vida valga la pena. El amor es incondicional.

Ella lo dijo con tanto fervor que supe que ella estaba tratando de convencerse tanto como a mí. –¿Realmente crees eso? ¿Crees que te convirtió en la persona que eres hoy? Porque el amor definitivamente no me hizo quien soy. Sangre, odio y sed de venganza me hicieron seguir. Todavía lo hacen, y también lo hacen el honor, el orgullo y la lealtad. Entonces, dime, Leona, ¿el amor te formó?

Leona apretó su mochila contra su pecho.–A mi no. Porque nadie me amó de esa manera,–dijo en voz baja. –Mis padres siempre amaron su adicción más que a mí, y nunca hubo nadie más. Así que supongo que el amor no me formó. – Me miró directamente a los ojos, desafiante. ¿Esperaba lástima? Ella no debería haberse preocupado. La lástima era una emoción que me había abandonado hace mucho tiempo. Estaba furioso. Furioso en su nombre.

–Entonces, ¿qué lo hizo?–Le pregunté.

CAPITULO 12

–Entonces, ¿qué lo hizo?

Esa pregunta amenazaba con desenredarme. –No lo sé, –admití. Miré las cicatrices en el pecho de Fabiano, el tatuaje en su muñeca, aprecié la confianza en la forma en que se sostenía. Orgullo y honor. Él lo exudó. Su cuerpo era un testimonio de sus convicciones, de lo lejos que había llegado. ¿Y yo?

Dejo escapar una pequeña risa vacía. –La esperanza en el futuro me mantuvo en marcha. Fui una buena estudiante y trabajé duro. Pensé que tendría un futuro brillante después de la secundaria. Pensé que iría a la universidad, obtendría un título de abogada y me convertiría en algo más que la hija de un... –Me tragué la palabra 'puta', sin poder admitirle la verdad a Fabiano. –... Drogadicta. Pero estoy fallando.

La cara de Fabiano aún no tenía piedad y me alegré por ello. Había algo oscuro y feroz en sus ojos. –Si no peleas por lo que quieres, no lo conseguirás. A las personas como nosotros no nos entregan nuestros deseos en una bandeja de plata.

¿Cómo podría él compararnos? Él era fuerte y exitoso, ciertamente no en el sentido convencional. Pero tenía lo que anhelaba. La camorra era su pasión. –Eres un luchador nato. Yo no lo soy.

–No nací siendo un luchador. Me formé en uno por la mierda que me tiraron a lo largo de los años, Leona.

Quería preguntarle sobre su pasado, pero siempre era muy cauteloso cuando mencionaba algo relacionado con él. Dejo escapar un suspiro. Se inclinó, tomó la parte de atrás de mi cabeza y me besó. Me hundí en el beso. Lo necesitaba ahora, necesitaba sentir algo más que desesperación. Su lengua bailaba con la mía y su olor me envolvía. Cerré los ojos, permitiendo que mi cuerpo se relajara. Él se retiró. –Voy a pelear tus batallas por ti ahora, Leona. Te dije que te protegería.

Y asentí, como si mi aprobación significara algo. La abrumadora presencia de Fabiano, su implacable posesividad, eran algo que nunca había encontrado. Mis padres nunca habían mostrado ningún tipo de emoción excesiva hacia mí. Yo había sido una idea de último momento para ellos. A veces útil, a veces molesta, nunca algo en lo que desperdiciar demasiada energía.

En el fondo sabía que la atención de Fabiano vendría con un precio. Yo pagaría por rendirme a él de una manera u otra. Pero justo en este momento no podría importarme menos.

Salí del auto, mis piernas temblorosas. Podía sentir la mirada de Fabiano sobre mí hasta que desaparecí en el apartamento. Me recosté contra la puerta y solté un suspiro. Sentí como si me hubiera dejado desnuda sin tocarme, como si conociera mis deseos más profundos, mis miedos más oscuros.

Ese día funcioné en modo automático. Cheryl no dijo nada, pero me di cuenta de que quería hacerlo.

Fabiano me estaba esperando cuando salí a las dos y media. No arrancó el auto de inmediato como siempre. Sus ojos se dirigieron hacia los modestos tacones negros que llevaba puestos, luego sobre el vestido azul. Ambos no eran nada especial y habían estado a la venta, pero eran nuevos. Los había comprado esta tarde antes del trabajo para animarme.

—Quiero mostrarte donde vivo,—dijo Fabiano simplemente.

El cansancio se me pasó.—Bueno.

No estaba segura de qué más decir. Esto parecía algo muy personal, como otro nivel en nuestro... ¿qué? ¿Relación? Era difícil ponerle una etiqueta. Pero tenía la sensación de que Fabiano no había llevado a muchas personas a su apartamento. Parecía alguien que mantenía su espacio privado bien protegido. Como había dicho, no le gustaba compartir, y que quisiera compartir su apartamento conmigo, aunque solo por unas horas me hizo feliz. Al mismo tiempo, sin embargo, sabía que estar sola en su apartamento, con un dormitorio a nuestra disposición, abría nuevas posibilidades en nuestra relación física. No estaba segura de estar preparada para ello en mi mente. Mi cuerpo era un asunto diferente de todos modos.

Sus ojos azules me miraron durante unos segundos, tal vez reconsiderando su decisión.

Mientras conducíamos, pasamos por sitios conocidos como el Venetian y el Bellagio, y me pregunté si alguna vez lograría conseguir un trabajo en un lugar que fuera la mitad de bueno. Quizás Fabiano podría haberme ayudado. Conocía a gente más que suficiente en Las Vegas, y ni siquiera quería saber cuántos buenos hoteles y restaurantes eran propiedad o estaban controlados por la Camorra. Pero no quería pedirle ese tipo de favor. Solo podía imaginar cuántas personas intentaron ganar algo al conocerlo. No quería ser así.

El silencio llenó el espacio entre nosotros. El suave zumbido del motor me indicó que me quedaría dormida y me pregunté si aceptar ir a su

apartamento a esa noche sería un error. Quizás Fabiano esperaba que pasara la noche con él.

Mis pensamientos se interrumpieron cuando nos detuvimos frente a un elegante rascacielos y nos dirigimos hacia un estacionamiento subterráneo.

—¿No hay una villa en los suburbios con un jardín similar a un parque para ti?—Pregunté, esperando que mi voz no delatara mis nervios.

Él hizo una mueca. —Prefiero vivir en el centro de la vida. Los suburbios son para las familias.

Salimos de su coche. El olor limpio y nuevo del estacionamiento con docenas de autos de lujo ya me hizo sentir fuera de lugar. Incluso la ropa nueva no podía cambiar eso. Mis tacones hicieron clic en el mármol blanco del ascensor cuando entramos. La mano de Fabiano en mi espalda baja ya era extrañamente familiar. Presionó el botón del piso superior y el ascensor comenzó su ascenso silencioso. Fabiano no dijo nada. Tal vez estaba pensando en llevarme a su casa.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron silenciosamente. Un largo pasillo con una alfombra de color beige de felpa y paredes de color crema con adornos dorados se extendía ante nosotros. Fabiano

me condujo hacia una puerta de madera oscura al final, que parecía ser la única puerta en este piso, excepto una salida de emergencia.

Mi estómago se agitó de nervios cuando abrió la puerta de par en par para mí. Pasé junto a él a su apartamento y en el momento en que se encendió la luz, me quedé inmóvil.

Nunca había visto un lujo así antes. Nos quedamos en el área de la entrada, que estaba en un nivel más alto que la sala de estar, los techos altos estaban apoyados por columnas de mármol. Bajé los tres escalones, mis tacones sonoros sobre el suave mármol. Deseaba haber usado los zapatos que Fabiano me había comprado, y no los que había comprado a mitad de precio en Target hoy.

El suelo de mármol se mantuvo en blanco y negro, y se distribuía en un diseño geométrico. Cuatro sofás blancos rodeaban una enorme mesa baja de mármol negro. Y encima de la zona de asientos, una enorme lámpara que parecía una enorme bola de lana plateada colgaba del techo alto de dos pisos. A la izquierda había una mesa de comedor con capacidad para al menos dieciséis personas. Al igual que el suelo, estaba hecho de mármol negro. Más a la izquierda estaba la cocina abierta con sus frentes blancos. Pero mis ojos volvieron a la sala de estar y las ventanas del piso al techo. Una enorme terraza con columnas blancas estaba afuera, y daba a la Franja con sus rascacielos iluminados y luces intermitentes.

Dudé, no estaba segura de si se me permitía deambular.

Fabiano hizo un gesto de invitación, caminé hacia las ventanas y miré hacia afuera. Ahora podía ver que las columnas blancas rodeaban un largo estanque cuadrado que brillaba con una luz turquesa en la oscuridad.

Fabiano me abrió la puerta de la terraza y salí. Pasando junto a la piscina, me detuve en la balaustrada. Abajo, podía ver el Strip con la Torre Eiffel. Respiré profundamente, aturdida por la vista y el apartamento. No me atreví a preguntar cuánto había costado. El crimen daba sus frutos, si se hacía bien. Sin embargo, mis padres nunca habían descubierto la manera correcta de hacerlo.

Fabiano apareció detrás de mí, sus brazos se envolvieron alrededor de mi cintura. Besó mi hombro, luego subió hasta mi oreja. El hormigueo familiar llenó mi cuerpo cuando me apoyé en él. No quería rechazarlo, no quería pensar en cómo podría hacerme ver si estuviera sola en un apartamento con él por la noche. Solo quería ser, quería disfrutar de la vista más hermosa que jamás había visto.

– Esto es increíble, – le susurré. Podría imaginar vivir aquí, podría fácilmente imaginar disfrutarlo. Nunca me consideré una chica que anhelaba este tipo de cosas, pero nunca me había rodeado de ellas.

Él tarareó su aprobación, luego apartó mi cabello de mi garganta. Besó la piel sobre mi punto de pulso, luego la mordió suavemente. Me estremecí ante el gesto posesivo. Su boca se movió más abajo y lamió mi clavícula. Sus manos se movieron desde mi cintura hasta mi caja torácica, la presión ligera y, sin embargo, casi abrumadora. Su presencia, nuestro entorno, las posibilidades de lo que podría suceder a continuación eran una ola de marea jugando conmigo. –Fabiano,–dije con incertidumbre, pero mi voz se apagó cuando sus manos ahuecaron mis pechos a través de la tela de mi vestido. Solo una vez un chico me tocó a tientas en el pecho, y había sido doloroso y repugnante, y lo había empujado y vomitado después.

El toque de Fabiano era suave y, sin embargo, enviaba picos de sensación a través del resto de mi cuerpo. Podía sentir mis pezones endurecerse, y sabía que lo sentiría contra sus palmas. La vergüenza luchó con la necesidad en mi cuerpo. Nunca quise tener intimidad con alguien. La cercanía física siempre había estado asociada con cosas malas para mí. Ver a mi madre vender su cuerpo me había hecho dudar de permitir que un hombre se acercara. Había soñado caer en el amor y, finalmente, hacer el amor. Pero Fabiano no creía en el amor, y tampoco estaba segura de sí yo lo hacía. Tal vez tendría que conformarme con menos. No sería la primera vez en mi vida. Estar con Fabiano me hacía sentir vista y protegida. Eso era más de lo que había tenido en mucho tiempo. Dios, y eso me asustó, porque sabía lo fácil que podía conseguirme.

Sus palmas se deslizaron hasta mis hombros y comenzó a empujar mi vestido hacia abajo. Mi estómago se tensó con anticipación y miedo

cuando la tela cedió y se agrupó alrededor de mi cintura. La brisa fresca tocó mi piel y mi delgado sujetador no me protegió, ni del frío de la noche, ni de la mirada hambrienta de Fabiano. Nunca nadie me había mirado así. Cerré mis ojos.

Las protuberancias de carne de gallina cruzaron la suave piel de Leona y el contorno de sus pezones erectos se tensaron contra la fina tela de su sostén. Mi polla se endureció ante la tentadora vista. Mierda. La deseaba, quería poseerla. Pasé mis dedos sobre su caja torácica, luego hasta el borde de su sostén. No era espectacular, nada caro hecho con encaje o seda, y, sin embargo, lo hacía parecer la prenda más sexy del mundo. Su cuerpo se tensó bajo mi toque, no con avidez. Observé su cara, sus ojos cerrados, la forma en que se estaba mordiendo el labio inferior y sus pestañas se agitaban. Estaba nerviosa y asustada. Me pregunté qué la había hecho sentir así. Yo definitivamente no le había dado razón para tener miedo de mí, lo cual resultaba sorprendente en sí mismo. Me incliné hacia su oreja. –¿Alguna vez has estado con un hombre?

Sabía la respuesta. Era demasiado bueno para leer el lenguaje corporal y la gente en general no lo sabía, pero quería escucharlo. Estaba jodidamente ansioso de que ella lo admitiera.

Ella se estremeció y sacudió ligeramente la cabeza.

–Dilo,–ordené.

Sus pestañas se abrieron.–No. No he estado con un hombre.

Besé su garganta. –Así que seré tu primero.–Mi polla se contrajo de entusiasmo.

–No dormiré contigo esta noche, Fabiano,–susurró ella.

Me enderecé, aturdido por las palabras. Su expresión se mostró mayoritariamente resuelta, pero también hubo un parpadeo de incertidumbre. –No estoy acostumbrado a esperar. Por nada.

Ella no se alejó de mí, su espalda todavía presionada contra mi pecho, mis dedos aún en su caja torácica. Se levantó bajo mi toque. Una respiración profunda y su columna vertebral se enderezó. –Algunas cosas valen la pena la espera.

–¿Y tú eres una de ellas?–Pregunté.

Ella miró hacia otro lado, hacia las luces de la ciudad. Sus pestañas se agitaron de nuevo, pero esta vez para mantener las lágrimas contenidas en sus ojos. –No lo sé.

Las palabras eran tan silenciosas que el viento casi las arrastraba antes de que llegaran a mis oídos.

Por un momento tuve ganas de destrozar el mundo, de quemar todo. Quería ir tras su padre y ver cómo la vida se escurría de sus venas lentamente. Quería encontrar a su madre, y cortarle la garganta, ver su chisporroteo en su propia sangre. Estas emociones eran extrañas, no por su brutalidad o ferocidad, sino porque estaban en nombre de una mujer. Tuve ataques de protección cuando era más joven, hacia mis hermanas; antes de que me dejaran y antes de convertirme en el hombre que era hoy.

Pasé mis dedos por sus costillas, luego deslicé mis brazos alrededor de su estómago. Ella se estremeció—Vamos adentro, tienes frío.

Sus ojos buscaron los míos, con curiosidad, esperanzados. Cuando no encontró lo que estaba buscando, ella asintió lentamente y me dejó llevarla dentro. La maravilla volvió a su expresión cuando vio la sala de estar. Pasé la mayor parte de mi vida en el lujo, lo había dado por sentado la mayor parte del tiempo, hasta que me lo habían arrebatado. Pero ella nunca había tenido nada cerca de eso. La apreté contra mí, sus pezones apretados contra mis costillas. —Quédate conmigo esta noche.

Sus ojos se ensancharon, luego dio una sacudida frenética de su cabeza. –Te lo dije, no dormiré contigo.

No esta noche, pero pronto. Leona todavía podría creer que podría evadirme, pero era mía. –Lo sé,–dije en voz baja, luego deslicé mis manos sobre su espalda.

Se relajó, luego se tensó como si se recordara a sí misma.–¿Entonces por qué? ¿Por qué tengo que pasar la noche si no hay nada para ti?

Joder, si lo supiera.

–Quédate,–dije una vez más, una orden esta vez. Ella me miró, temerosa por todas las razones equivocadas.

–Está bien,–ella respiró, resignada y cansada. Ella había tenido un largo día. Trabajar en la Arena de Roger no podía ser fácil. La levanté en mis brazos. Ella no protestó, como si se hubiera dado cuenta de que era una batalla perdida. La llevé hacia las escaleras. Ella apoyó su mejilla contra mi pecho, susurrando. –Por favor no me hagas daño. No creo que pueda manejarlo.

Me detuve con el pie en el primer paso, mirando hacia abajo a su corona de rizos ámbar. No se refería a la forma en que la gente normalmente me rogaba que no los lastimara, podía decirlo. Habría sido más fácil si lo fuera. No estaba seguro de no poder lastimarla. La estaba arrastrando a un mundo donde las cosas que anhelaba eran incluso menos alcanzables que en la vida desesperada a la que estaba acostumbrada.

Su respiración se había aplanado. ¿Se había quedado dormida?

Ella no debería haberlo hecho, no en los brazos de un hombre como yo. Su confianza era insensata y completamente infundada. Subí las escaleras y entré en mi dormitorio. Nunca traje a nadie aquí. Puse a Leona en mi cama y ella no se despertó. Me permití mirarla. Sus caderas estrechas, sus pechos redondos apenas ocultos a la vista por la tela transparente de su sujetador, el contorno de su coño debajo de sus bragas. Me pasé una mano por el pelo. Las mujeres debían ser entretenimiento y distracción agradable. Hasta el momento, Leona no era ninguna de esas cosas, pero no podía permitir que ella fuera otra cosa. Mi vida estaba dedicada a la Camorra, mis lealtades solo les pertenecían. No podría ser de otra manera.

Me quité la ropa y me tendí junto a Leona en mi cama. La observé mientras dormía tranquilamente a mi lado. Nunca tuve una mujer dormida en mi cama. Nunca había visto la necesidad. Y aún podía pensar en muchas más cosas entretenidas para hacer con Leona que

dormir, pero al ver su expresión pacífica me dio una sensación de calma que no había sentido en mucho tiempo, tal vez nunca.

Acurruqué mi brazo sobre su cadera protectoramente y me permití cerrar los ojos. Mientras escuchaba su respiración rítmica, comencé a dejarme llevar.

Me desperté con el cuerpo de Leona acurrucado en mí, una de sus piernas entrelazadas con las mías, su respiración revoloteando contra mi pecho desnudo. Nunca me había despertado al lado de una mujer, nunca me había importado ese tipo de cercanía física. La cercanía se reservaba para el sexo, y luego era un tipo de cercanía muy diferente.

Con cuidado me desenredé de ella, y ella se volvió de espaldas, con las mantas agrupadas en sus caderas. Su rostro estaba relajado, no había señal de que fuera a despertar.

Se suponía que ella era divertida.

Eso era todo lo que Remo permitiría.

Diversión.

Pasé mi pulgar sobre la pequeña protuberancia que se tensaba contra su sostén. Creció bajo mi toque. Los labios de Leona se separaron, pero ella no se despertó. No era un buen hombre, nada parecido, y era hora de que dejara de actuar como si lo fuera, como si pudiera serlo. La pulsera que Aria me había dado estaba metida en el cajón de mis calcetines, y se quedaría allí.

Atrapé su pezón entre el pulgar y el índice y comencé a moverlo hacia adelante y hacia atrás lentamente, sintiéndolo endurecerse aún más. Leona movió las piernas. ¿Lo estaba sintiendo ella entre sus perfectos muslos? Tiré, y ella dejó escapar un gemido bajo. Sus párpados revolotearon, luego se abrieron soñolientos y me encontraron. Sorpresa y conmoción cruzaron su rostro. Tiré de su pezón una vez más y sus labios se abrieron con un jadeo. Con los ojos fijos en su rostro, desafiando a que me detuviera, bajé la boca hasta su pecho, acuné su pezón con mis labios y lo succioné ligeramente a través de la tela. Eso detuvo cualquier protesta que pudiera haber tenido en mente. Observé sus ojos encapuchados mientras chupaba más fuerte.

Deslicé un dedo sobre el borde de su sostén y lo tiré hacia abajo, revelando la protuberancia rosada. –Fabiano,–dijo vacilante, pero no le di tiempo para más palabras. Giré mi lengua alrededor de su pezón, luego me aparté para ver a Leona apretar sus piernas juntas. Ella sabía increíble, como el sudor limpio y algo más dulce. Bajé la boca otra vez, tracé la punta de mi lengua alrededor del borde de su pezón, luego me deslicé hacia el centro y lo empujé, luego lamí su nudillo con lánguidos golpes de lengua. Succioné el pequeño pezón rosado en mi boca, saboreando el sabor y los escalofríos de Leona. Ella gimió de nuevo.

Si jugar con sus tetas la hacía deshacerse, no podía esperar para meter mi lengua entre sus pliegues sedosos.

Me tomé mi tiempo con su pezón, deseando que me suplicara que le liberara. Ella apoyó sus caderas en el colchón por evidente necesidad, pero no dijo las palabras que quería escuchar. Mi erección estaba frotando dolorosamente contra la tela de mis calzoncillos, volviéndome casi loco.

Terminando de ser paciente, pasé mi palma por su muslo interno. Sus músculos se tensaron bajo mi toque, pero no me detuvo. Sostuve su mirada mientras mis dedos rozaban el hueco entre su muslo y su coño. Todavía no había señales de protesta. En cambio, abrió sus piernas un poco más amplias, confiando en sus ojos.

Maldita sea, Leona.

Reclamé su boca para un beso feroz y metí mis dedos debajo de sus bragas, y sobre sus suaves pliegues. Estaba tan jodidamente excitada, tan jodidamente lista para que la tomara. Su cuerpo prácticamente lo suplicaba, pero esa puta mirada confiada en sus ojos lo arruinó todo. Subí mi pulgar lentamente hasta que le acaricié el clítoris. Se mordió el labio, levantando las caderas de la cama. Mantuve mis ojos en su cara, disfrutando de las contracciones de placer, la maravilla de cómo podía hacerla sentir con el simple toque de mi pulgar. La

confianza en sus ojos me ancló, y lo necesitaba, porque mi cuerpo quería más de lo que ella estaba dispuesta a dar, y las partes más oscuras de mí sabían que nada me detendría. Y estas partes eran casi todo lo que quedaba de mí. Habían pasado años desde que esa parte de mí no había dirigido el programa. Mi pulgar se movió en círculos lentos sobre su carne mojada, y sus jadeos y gemidos se hicieron menos controlados. Ella me agarró del brazo y la besé con fuerza, tragándome el llanto mientras caía por el borde. Sus ojos se cerraron mientras se estremecía, y por un breve momento, consideré romper mi promesa y romper cualquier lazo peligroso que se estaba construyéndose entre nosotros. Luego me miró, tímida, avergonzada y culpable, y supe que era demasiado tarde para eso.

CAPITULO 13

Los latidos de mi corazón se aceleraron en mi pecho cuando las últimas leguas de placer desaparecieron. La vergüenza desterró lentamente la emocionante euforia. Fabiano no dijo nada, y tampoco estaba muy segura de qué decir. No había querido que las cosas progresaran tan rápido. Dormir en la cama de Fabiano, que me tocara. Las sensaciones habían sido maravillosas, a diferencia de todo lo que alguna vez había sido capaz de provocar con mis propios dedos.

Me miró con una expresión oscura en su rostro, como si lo que acababa de suceder fuera un error. Me sentí cohibida bajo su escrutinio. No tenía sentido que se sintiera infeliz al respecto. No había ido en contra de sus propias convicciones. Pero quizás se había dado cuenta de que no merecía su atención. Tal vez había hecho algo mal, aunque realmente no podía ver cómo eso era posible ya que no había hecho nada, pero dejé que me tocara.

La preocupación me llenó. Quizás ese era el problema.

Me senté. La luz del sol se filtraba a través de la abertura de las cortinas blancas y, más allá, podía echar un vistazo a la Franja. Yo no pertenecía aquí. No era una niña italiana de educación noble.

—Debería irme,—le dije a la ligera.

Fabiano no dijo nada, pero detrás de sus ojos azules había una especie de conflicto interno en el que no estaba enfocado.

Estaba a punto de salir de la cama, cuando su mano en mi hombro me detuvo. Se inclinó hacia mí para un suave beso que me dejó sin aliento, luego se echó hacia atrás. —Este es sólo el comienzo.

Este es sólo el comienzo. No pude decidir si era promesa o amenaza.

Me deslicé en el apartamento de papá, cerrando la puerta con un suave clic, sin querer despertarlo. Pero segundos después de que el rugido del motor de Fabiano se hubiera desvanecido, papá salió de la cocina. Se veía peor que la última vez que lo había visto, como si necesitara una larga ducha y unos días de sueño.

Sus ojos inyectados de sangre me miraron con juicio silencioso. Se detuvieron en un punto por encima de mi punto de pulso, y el recuerdo de Fabiano dejando su marca allí resurgió. Coloqué mi palma sobre el punto sensible.

Papá negó con la cabeza. –Deberías haberte quedado con tu madre.–No discutí. Una parte de mí sabía que él tenía razón. Caminé junto a él hacia mi habitación. El espacio cercano se sentía aún menos como en casa después de mi noche en el apartamento de Fabiano. Sabía que no podía permitirme acostumbrarme al lujo que él tenía a su disposición. No era algo que pudiera esperar tener. Y hasta ahora nunca lo había sido, pero era difícil no querer algo tan hermoso una vez que lo experimentabas de primera mano. Y su ternura, su cercanía, eso era lo más hermoso de todo. Algo que necesitaba, algo que tenía miedo de perder.

El recuerdo de la boca y las manos de Fabiano sobre mí envió un agradable escalofrío a través de mi cuerpo. Esa también fue una experiencia que nunca pensé que desearía, y ahora me preocupaba no poder dejar de desearla.

Me quité la ropa de ayer y me puse unos pantalones cortos y una camisa, luego coloqué mi mochila sobre mi hombro y me fui. Hasta que tuviera que empezar a trabajar, me quedaría en otro lado. Y ya tenía una idea de dónde. Ahora que las cosas con Fabiano se estaban poniendo más serias, necesitaba descubrir más sobre su pasado.

La biblioteca estaba en silencio cuando me senté en una de las computadoras. Introduje Fabiano Scuderi en el motor de búsqueda y presioné Enter. Hubo algunas entradas sobre Remo Falcone de los últimos años, especialmente con respecto a sus luchas que incluyó la

foto ocasional de Fabiano con hermosas chicas de la sociedad que hicieron que mi estómago cayera en picado, pero sobre todo parecía mantenerse al margen del público. Pero luego encontré artículos más antiguos de hace más de ocho años, lo que me sorprendió.

Los artículos no eran de Las Vegas. Eran de Chicago. Algunos de ellos mencionaban a un hombre llamado Rocco Scuderi, que era el padre de Fabiano y supuestamente el Consigliere del Outfit de Chicago. Todavía no estaba muy bien informada sobre la mafia y sus términos, pero incluso sabía que el padre de Fabiano era un gran problema en la familia de la mafia de Chicago. Por lo que había recogido, la Camorra de Las Vegas no se llevaba bien con las otras familias de mafiosos en el país, ¿por qué estaba Fabiano aquí y no en Chicago? Una foto de él y su familia me llamó la atención. Mostraba a Fabiano con sus padres y tres hermanas mayores, las tres tan hermosas y elegantes que dolía al mirarlas. A esto se refería Cheryl cuando dijo vírgenes italianas de noble educación.

Yo no era nada como ellos.

Solo una de ellas, la más joven compartía su cabello rubio oscuro, mientras que el de la mayor era casi dorado y la del centro era una cabeza roja. Eran una familia llamativa. Seguí desplazándome para obtener más resultados y pronto encontré artículos sobre sus hermanas, especialmente la hermana mayor Aria con su esposo, el jefe de la mafia de Nueva York, que llenaba varias páginas.

Me pregunté por qué nunca hablaba de ellos. Por supuesto que yo tampoco hablaba de mi madre, pero ella era una adicta a la metanfetamina y una puta. Lo único que era vergonzoso de su familia era que eran mafiosos, y esa no era la razón por la que Fabiano los había mantenido en secreto hasta el momento. Si tuviera hermanos, me gustaría estar en contacto con ellos. Siempre quise tener un hermano a mi lado para que me apoyara durante las muchas noches que me quedaba sola en casa cuando mi madre salía a buscar a John u otras formas de obtener dinero.

Por fin, hubo un artículo de un pequeño periódico de Las Vegas sobre Fabiano titulado 'el hijo renegado' que especulaba sobre su incorporación a la Camorra de Las Vegas para convertirse en Capo. Aparentemente, hubo una disputa con su padre que lo hizo abandonar Chicago y ayudar a Remo Falcone. Pero la información general era escasa. No me dio lo que realmente quería, un vistazo detrás de la máscara que Fabiano mostraba al público.

El día siguiente fue el 24 de diciembre y fui a trabajar como si fuera un día como cualquier otro. Intenté llamar al centro de rehabilitación, pero no había contactado a nadie. Y papá no había salido de su habitación antes de que yo tuviera que salir del bar. Feliz navidad para mí. No es que tuviera alguna intención de celebrarla. El bar estaba desierto, solo unas pocas almas solitarias se agachaban sobre sus bebidas. —¿Por qué no te vas temprano?—Preguntó Cheryl alrededor de las ocho.—Puedo manejar a nuestros dos clientes.

Negué con la cabeza—¿No tienes familia con quien celebrar?

Sus labios se apretaron. — No. Sin embargo, Roger me recogerá alrededor de la medianoche para un rápido de Navidad.

Intenté esconder mi pena. Sabía cómo me enfurecía cuando las personas me enviaban miradas compasivas. Y no era como si mi Navidad fuera mucho mejor. —¿Dónde está el de todos modos? Esta es la primera vez que no está en el bar.

—Está en casa, celebrando la Navidad con su hija.

—¿Hija?—Repetí con incredulidad.

Cheryl asintió. —Su esposa murió hace unos años y la está criando solo.

—Oh.—Por alguna razón pensé que Roger no tenía una vida aparte del bar.

—Sólo vete, polluela.

Suspiré. Papá probablemente no estaba en casa. Había mencionado una carrera importante que tenía que ver. Agarré mi mochila, luego saqué el móvil que Fabiano me había dado ayer para poder contactarlo. La única persona que podría pensar en llamar era Fabiano, pero ¿querría pasar la Nochebuena conmigo? Él había estado ocupado ayer y solo me dejó en casa después del trabajo sin mencionar la Navidad en absoluto. Hice clic en su nombre y rápidamente escribí un mensaje.

Sali temprano. No tienes que recogerme si estás ocupado. No es demasiado tarde para que camine a casa.

Ni siquiera estaba fuera del bar cuando Fabiano respondió.

Espérame.

No pude evitar la sonrisa.

Cheryl me miró desde el otro lado de la habitación, sacudiendo la cabeza, y rápidamente salí al estacionamiento. Sabía que ella no estaría feliz si supiera cuánto tiempo pasaba con Fabiano. Pero yo estaba feliz, a pesar de todo.

Diez minutos después, su Mercedes se detuvo a mi lado.

Entré y me senté junto a él como si siempre hubiera sido así. No se movió para besarme, nunca lo había hecho mientras pudiéramos ser observados, pero puso una mano en mi rodilla.

—No pensé que realmente pasarías por mí para llevarme a casa todas las noches, — dije, tratando de ignorar la forma en que mi cuerpo se calentaba con su toque.

Fabiano dirigió el coche con una mano. — Soy un hombre de honor. Mantengo mis promesas.

Honor. Una palabra que había jugado poco o ningún papel en mi vida hasta ahora. Mis padres no estaban familiarizados con el concepto. El honor se habría metido en el camino de su adicción.

Mis ojos viajaron hasta el tatuaje de la camorra de nuevo. Asustaba a la gente. Fabiano asustaba a la gente. Al principio no me había dado cuenta, pero ahora que buscaba los pequeños detalles del comportamiento de las personas que lo rodeaban, era imposible pasarlo por alto.

Tal vez no sabía lo suficiente acerca de la Camorra y de Fabiano para tener miedo, tal vez era una tonta no tener miedo.

–Pensé que tal vez esta noche querías celebrar la Nochebuena con los Falcone.–Eran como su familia después de todo.

Sus dedos en mi rodilla se apretaron. – Remo y sus hermanos no celebran la Nochebuena.

–Pero ¿qué hay de tu verdadera familia? Nunca los mencionas.

Los labios de Fabiano se adelgazaron por un breve instante antes de que su expresión se convirtiera en una de calma habitual.– La camorra es mi familia. Remo es como mi hermano. No necesito otra familia que no sea eso.

Esperaba que me contara más sobre su verdadera familia. Dudé, sin saber si debería mencionar que había encontrado artículos sobre ellos. No quería parecer como si lo hubiera acechado, a pesar de que ese era el caso.

–Pregunta,–dijo Fabiano con un encogimiento de hombros, como de costumbre pudo leer mi cara y las preguntas allí.

– Encontré algo sobre tu familia en internet. Había una foto tuya con ellos, y algunos artículos sobre tus hermanas. Uno de ellos te llamó hijo renegado.

Sus labios se curvaron en una sonrisa sardónica. – Interesante giro en los eventos que interpretaron en ese artículo, – dijo.

– Entonces, ¿no te fuiste a Las Vegas porque querías convertirte en Capo aquí?

– Me hubiera gustado convertirme en Consigliere para Dante Cavallaro y el Outfit. Cuando no sabía nada, pensé que sería el mayor honor seguir los pasos de mi padre. Ahora sé que no hay honor en heredar tu posición. La única forma de merecer una posición de poder es si has luchado por ella, si has sangrado y sufrido por ello.

– Y lo hiciste, – le dije. Había visto las cicatrices. E incluso sin ellas. No te volvías como Fabiano si la vida no te hubiera forjado.

Lo hice, y también Remo. Golpeo su posición de Capo de las manos sangrantes del hombre que se consideraba capaz de hacer el trabajo.

– ¿Y sus hermanos? ¿Qué hay de ellos? ¿Es por eso por lo que todos tienen que luchar? Para demostrar su valía.

–Esa es una razón, sí.

Era extraño que la humanidad pensara que había llegado tan lejos, que los humanos se consideraran superiores a los animales, cuando nosotros también seguíamos nuestros instintos básicos. Mirábamos a los más fuertes, ansiosos por un verdadero líder, un alfa, que guiara nuestro camino, para eliminar las decisiones difíciles. La emoción de las luchas por el poder todavía nos cautivaba: ¿por qué más eran tan populares los deportes como la lucha en las jaulas o el boxeo?

Me di cuenta de que no nos dirigíamos al apartamento de mi padre ni a la casa de Fabiano.

–¿Hambrienta?–Preguntó, asintiendo con la cabeza hacia el servicio para automóviles del KFC, con el rabillo de la boca moviéndose.

Asentí, preguntándome qué estaba tramando.

–¿Qué hay de pollo para la cena y Las Vegas para nosotros?– Preguntó.

Sonreí. –Se escucha perfecto.

El auto olía a pollo frito y papas fritas cuando Fabiano nos condujo hasta la colina que me había llevado para nuestra primera cita. Probablemente éramos las únicas personas que celebraban la Nochebuena con una comida de KFC, pero no me importaba. No era como si hubiera tenido muchas mejores cenas de Navidad en los años anteriores. Me alegré de que Fabiano no intentara imitar una celebración tradicional. Aparcamos en el borde de la colina y observamos las brillantes luces de la ciudad mientras comíamos. –Creo que esta es la mejor Navidad de mi vida,–dije entre bocados de pollo.

–Desearía que no fuera así,–murmuró Fabiano.

Me encogí de hombros. –¿Así que tuviste buenas navidades con tu familia?

Las paredes se levantaron, pero él me dio una respuesta. –Cuando era joven, cinco o seis años, antes de que mi hermana mayor se fuera. Después de eso, las cosas rápidamente fueron cuesta abajo.

Se calló, y dejó el pollo medio comido.

Me lamí la salsa de los dedos y los dejé caer conscientemente cuando me di cuenta de que Fabiano me estaba mirando. Alcanzó mi garganta

y rozó el punto de mi pulso donde había dejado una marca hace dos días, sus ojos azules posesivos y....algo más suave.

–Salgamos un rato. Tengo una manta en el maletero.

Fabiano bajó del auto y recogió la manta. Caminé hasta el capó del auto y dejé que mis ojos se fijaran en el horizonte. Las Vegas parecía que siempre lo hacía. Era llamativa, colorida y brillante. Podría haber sido cualquier otra noche que no fuera Navidad, y me alegré por ello. Fabiano se acercó a mi lado y me entregó la manta de lana contra el frío. La envolví a mi alrededor. Era suave y olía a lavanda. El cuerpo de Fabiano estaba rígido por la tensión, y estaba mirando, no, mirando un pequeño paquete en sus manos.

Un paquete de color azul oscuro con una cinta de plata. Oh no. ¿Eso era para mí? Mi estómago se desplomó. No tenía nada para él. Ni siquiera lo había pensado. Había pasado tanto tiempo desde que celebré la Navidad de alguna manera que ni siquiera había considerado comprarle un regalo. ¿Y qué podría haberle conseguido de todos modos? Tenía todos los lujos posibles.

Levanté la vista del paquete para encontrar a Fabiano ahora mirándome como si estuviera tratando de decidirse. Finalmente, me tendió la mano con el presente.

No lo tomé. –No tienes que darme nada.

Su agarre en el paquete se apretó. –Quiero que se vaya.

Bueno. Yo parpadee.

Tomé el paquete vacilante. –No tengo nada para ti.

Él no parecía sorprendido. –No tenías que hacerlo, Leona. No es nada.

–No, no lo es. Nadie me ha dado un regalo de Navidad en años, –admití, y me sentí enojada por eso.

La expresión de Fabiano se suavizó por un breve momento. Abrí el paquete con dedos temblorosos. Dentro había una pulsera que parecía sospechosamente de oro. Pequeñas piedras azules la decoraban. –Es bonita.

–Póntela, –dijo mientras se hundía en el capó de su auto. Tenía una mirada muy extraña en sus ojos mientras miraba el brazalete como si hubiera venido a atormentarlo.

Le tendí el brazo y él me sujetó el brazalete alrededor de la muñeca. Las piedras brillaron a la luz del coche. Tendría que ocultárselo a mi padre y también en la barra. Era patético pensar que rara vez tendría la oportunidad de usarlo abiertamente.

Busqué los ojos de Fabiano. No regalaron nada. Parte de mí tenía miedo de lo que quería. Una parte de mí tenía miedo de que se cansara de mí en el momento en que le diera lo que quería. Sabía cómo podían salir las cosas.

Su mano encontró la mía, uniendo nuestros dedos y me miró fijamente, luego retrocedí lentamente porque no estaba segura de si estaba haciendo esto porque sabía cómo me afectaba o si era real. Si esto, fuera lo que fuera, era real.

Tomó mi cara y me atrajo hacia él. Mis rodillas golpearon el parachoques entre sus piernas mientras nuestros cuerpos se moldeaban juntos. Me besó, lento y lánguido. Presioné mis palmas contra su pecho firme, sintiendo el ritmo de su corazón. Sus labios se arrastraron por mi mejilla, luego rozaron mi oreja. –Puedo pensar en algo que podrías darme como regalo.

Me detuve contra él, mi mirada buscaba la suya. En la oscuridad cercana era difícil leerlo. A veces se sentía como si lo estuviera haciendo a propósito, diciendo algo para romper el momento, para destruir lo que podría ser algo hermoso.

¿Por qué? Me aclaré la garganta.—Te dije...

—No vas a dormir conmigo, lo sé.

Levanté la muñeca con la pulsera. —¿Es por eso por lo que compraste esto?

Sus ojos se estrecharon. —¿Así dormirías conmigo? —Dejó escapar una risa oscura.—Para ser honesto, esperaba que quisieras hacerlo sin la ayuda de joyas de fantasía.

Me sonroje—Lo hago.

Sus ojos se pusieron ansiosos, su cuerpo alerta. —¿Lo haces?—Preguntó en voz baja.

—Pero no hoy, y no mañana. Necesito conocerte mejor.

Su cara estaba muy cerca y negó con la cabeza. —Sabes todo lo que hay que saber. Y todo lo que aún no sabes, es por tu propio bien.

–Quiero saber todo, no solo las cosas buenas.

–No hay cosas buenas, Leona. Sabes las cosas malas, y solo hay cosas peores detrás de ellas.

–No lo creo,–le susurré, acercándome y besándolo ligeramente.

–Debieras. Soy de todo lo que la gente te advierte. Soy cada cosa despreciable que te dicen y peor.

–Entonces, ¿por qué me siento segura cuando estoy contigo?

Sacudió la cabeza, con la cara casi enojada. –Porque no sabes lo que es bueno para ti, y porque solo ves lo que quieres ver.

–Eres amable conmigo.

Esa parecía ser la última gota. Se puso de pie, sus manos agarrando mis brazos. –No soy amable, Leona. Nunca lo he sido. Con nadie.

–Para mí lo eres,–dije tercamente. ¿Por qué no podía verlo?

Me miró y luego levantó la vista hacia la ciudad detrás de mi espalda. Su agarre en mis brazos se aflojó. ¿En qué estaba pensando?

Se hundió en el capó, antes de darme la vuelta y tirarme hacia él, así mi espalda estaba presionada contra su pecho. –Dime algo sobre tu familia, –le susurré. –Cualquier cosa.

Durante mucho tiempo no reaccionó. –Mis hermanas me criaron más que mi madre o mi padre.

Contuve la respiración, esperando que él dijera más. Eventualmente, me arriesgué a otra pregunta. –¿Cómo eran?

Fabiano apoyó su cabeza ligeramente sobre la parte superior de mi cabeza. –Aria era protectora y cariñosa. Gianna leal y feroz. Lily esperanzada y alegre. –Traté de imaginármelos juntos, tratando de reunir la descripción de Fabiano con la foto de la prensa que encontré y sus sonrisas falsas.

–¿Y tú? ¿Cómo eras de chico?

Su agarre en mis caderas se volvió doloroso, y supe que se estaba escapando. –Yo era débil.

–Eras un niño.–Lo sentí sacudir la cabeza, luego se echó hacia atrás. No quería que lo hiciera y puse mis manos sobre las tuyas para mantenerlas en su lugar. –¿Qué pasó?

–Se fueron. Porque lo hicieron, mi padre me quería muerto. Y el niño que quería muerto, murió.

¿Qué? ¿Su padre lo había querido muerto?

Su aliento estaba caliente contra mi garganta cuando murmuró. – Quiero verte desnuda.

Me tensé, luego traté de girarme hacia él para mirarlo, pero no me dejó ver su cara. Sus manos en mi cintura me mantuvieron en su lugar. Su repentino cambio de tema y estado de ánimo me inquietó. –Dijiste que te sentías segura conmigo. Entonces, pruébalo. Quiero ver cada centímetro de ti.

–No es justo que lo estés usando en mi contra, –dije en voz baja. Mi mente estaba zumbando con lo que me había dicho.

Si te sientes segura, entonces confías en mí.

¿Confiar en él? No estaba segura. No había confiado en nadie en mucho tiempo, si es que alguna vez lo había hecho. Ni siquiera confiaba en si misma la mitad del tiempo.

—O tal vez en el fondo sabes que no puedes confiar en un hombre como yo. Quizás en el fondo sabes que no estas a salvo.—Sonó triunfante.

Alcancé la cremallera en el lado de mi vestido y lentamente comencé a moverla hacia abajo. Fabiano me soltó para que pudiera pararme y bajar la cremallera completamente. Alcancé el dobladillo del vestido, pero las manos de Fabiano estaban allí, deteniéndome. —Permíteme.

Levanté mis brazos a pesar de mis nervios y él tiró la prenda sobre mi cabeza. Me estremecí contra el frío. Él me había visto en mi ropa interior antes y, sin embargo, esto se sentía diferente, más expuesto. Me encontré con su mirada. Se sentó en el borde de la cubierta del carro, con el cuerpo tenso con anticipación, como un jaguar a punto de saltar. —Ven,—dijo en voz baja, y me puse entre sus piernas. Me desabrochó el sujetador y lo dejó caer al suelo entre nosotros. Luego sus dedos se engancharon en el dobladillo de mis bragas. Lentamente las bajó por mis caderas hasta que cayeron a mis pies. Sus ojos se fijaron en mi cuerpo sin reparos. Su mirada se detuvo en mi parte más privada y tuve que luchar contra las ganas de cubrirme. La forma en que me consideraba como si yo fuera especial hizo que mi aliento quedara atrapado en mi garganta.

—Mira,—dije eventualmente.—Me siento a salvo contigo.

Él envolvió sus brazos alrededor de mí, acercándose. Mis pezones se frotaron contra su camisa de vestir y un dulce cosquilleo en mi vientre. —No deberías.—Su voz era áspera y profunda. Sus manos bajaron a mis caderas, luego una de ellas comenzó a ascender lentamente hasta que tomó mi pecho. El frío de mi entorno se convirtió en un recuerdo lejano cuando tiró de mi pezón y lo hizo rodar entre el pulgar y el índice. Podía sentirme mojándome por su toque en segundos. Lentamente su otra mano se deslizó desde mi cintura hasta mi trasero. Tomó mi mejilla y la apretó, luego se movió hacia abajo, hacia la parte posterior de mi muslo antes de deslizar sus dedos entre mis piernas. Sus dedos rozaron sobre mí y solté un largo suspiro estremecedor. En la penumbra, pude ver su erección presionando contra sus pantalones.

¿Qué estaba haciendo?

Cada vez que me despertaba en la noche, escuchando a mi madre con sus clientes, me imaginaba mi futuro con un marido de cordura recta. Un hombre que trabajara de nueve a cinco, un hombre que fuera seguro y aburrido, y aquí estaba con Fabiano, un hombre que no era nada de eso. No encajaba con el futuro que imaginaba, no encajaba en la vida que tan cuidadosamente había planeado para mí.

Pero ¿quién dijo que sería parte de mi futuro? Él definitivamente no había dado ninguna indicación de que quería un para siempre, que incluso quería una relación. ¿Y qué era lo que quería? Ya no estaba segura. Y mientras sus dedos trabajaban mi carne caliente y me aferraba a él, decidí dejar de lado mis preocupaciones por ahora. Mi cuerpo se rindió a los sentimientos que se enroscaron en la boca de mi estómago y jadeé cuando sus dedos me acariciaron. Fue emocionante. Viva. Me sentí viva. Se movió más rápido, y grité, mi cabeza cayó hacia atrás cuando las corrientes de placer se dispararon a través de mí.

El cielo sobre nosotros era infinito, lleno de posibilidades y esperanza. Esperanza tonta.

Oh Dios. Me estaba enamorando de él.

Presioné mi frente contra el hombro de Fabiano, tratando de recuperar el aliento. Tomó mi mano y la apoyó contra el bulto en sus pantalones. – Esto es lo que me haces, Leona, –gruñó.

¿Eso era todo lo que le hacía?

Una mezcla de triunfo y necesidad me llenó. Necesitaba más de lo que mi cuerpo podía darme, por lo que alcancé su cremallera y la bajé. *Confórmate con lo que puedes conseguir, Leona.*

Mis dedos se detuvieron antes de mi siguiente movimiento. Levanté mis ojos a los de él, y hubo un parpadeo de la misma necesidad. ¿Lo sentía él también? Fabiano se levantó de la cubierta, rompiendo el momento, y liberó su erección de sus pantalones. Sus ojos me hicieron temblar, fría y hambrienta.—Te quiero de rodillas, Leona. Quiero mi polla en tu boca.

Me quedé inmóvil, mis defensas se dispararon. Otro momento arruinado. Él era tan bueno en eso.

¿Yo de rodillas? Eso era algo que jure que nunca haría. Con nadie. Los clientes de mi madre siempre habían querido su boca sobre ellos, se había sentido poderosa cuando se había arrodillado ante ellos, habían disfrutado degradándola así. A veces, cuando estaba drogada, me contaba sobre eso, sobre su repulsión, sobre el asqueroso sabor, sobre la asfixia porque le follaban la boca sin piedad. Nunca permitiría que eso me pasara. Menos que nada como esto. No estaba segura de lo que Fabiano veía en mí, si él se preocupaba por mí, o si él que quisiera estar en mi boca era su forma de poseerme un poco más.

Di un paso atrás, sacudiendo la cabeza.—No.—dije. Los ojos de Fabiano brillaron, pero no tuve oportunidad de leer la emoción.—No soy tu puta, fabiano. No me gusta que me ordenes alrededor.

Él sonrió oscuramente.—Eso no fue una orden, Leona. Créeme, suena muy diferente cuando doy una orden.

Peligroso. Eso era lo que era. A veces vislumbraba algo bajo su máscara, y siempre lo trataba de olvidar.

—Y no me gusta que te burles. ¿Sigues coqueteando conmigo, dejándome tocarte y crees que no querré más? Incluso un chico normal querría meterse en tus pantalones, y yo soy un maldito asesino. Y esperas que me recueste y espere pacientemente a que me levantes la cabeza.

Un asesino. Él nunca lo había admitido. Nunca le pregunté, porque en el fondo prefería no saberlo, e incluso el concepto de que él terminara la vida de alguien era demasiado abstracto como para comprenderlo. Parecía algo distante, algo fuera de este mundo.

Un comentario agudo murió en mis labios cuando capté el indicio de cautela en los ojos de Fabiano. Desconfiaba de mí, pensaba que estaba jugando con él, tal vez usándolo como las otras mujeres que siempre

habían visto su poder y las posibilidades que significaba para ellas. A Fabiano y a mí nos costaba mucho confiar en los demás.

—No me estoy burlando,—dije en voz baja. Toqué su pecho, sintiendo su calor incluso a través de la camisa. Sus músculos se flexionaron bajo mi toque, pero no se suavizó, ni el cuerpo, ni la expresión. Me miró como una serpiente a un ratón. Suspiré, no queriendo explicarle mi reacción porque no podía hablarle de mi madre, no sin que él me mirara de manera diferente. —Quiero tocarte,—dije, y era cierto.—Pero no voy a poner mi boca sobre ti. Creo que es degradante. Mi madre siempre tuvo mal gusto en los hombres y a todos ellos le gustaba tenerla en el suelo de esa manera.

Sus ojos eran demasiado firmes, como si supiera más de lo que yo estaba dispuesta a compartir. Aparté la vista, preocupada de que él supiera exactamente lo que estaba escondiendo, no solo de mi madre.

—No tengo intención de degradarte,—dijo. Lo alcancé tentativamente, mis dedos rozaron su sedosidad. Se endureció de inmediato hasta el final, pero ningún sonido salió de sus labios mientras me observaba. Por una vez no quería saber qué estaba pasando en su cabeza, demasiado asustada de que me dijera más sobre mí que sobre él. Su mano se cerró alrededor de mis dedos, mostrándome exactamente cómo le gustaba que lo tocaran.

Mi propia respiración se aceleró cuando lo acaricié con más fuerza y más rápido. Nunca quitó sus ojos de mí, y ahí estaba otra vez ese parpadeo de emoción. Apreté mi agarre aún más, lo hice gruñir bajo en su garganta, y reemplacé la tierna emoción en sus ojos con lujuria. Mejor. Más seguro. Yo también podría romper el momento. Tenía que romperlo, si quería salir ilesa de esto.

Fabiano se tensó, el control finalmente se resbaló, y se vino con un estremecimiento. La repulsión que esperaba nunca llegó. Quería tocarlo, y fue increíble verlo así. Quería más de eso, y más que eso.

Cuando nuestra respiración finalmente se calmó, Fabiano tomó la manta de lana del suelo y la envolvió alrededor de nosotros, su cuerpo caliente contra el mío. Me eché hacia atrás, cerrando los ojos. A pesar de la belleza de la ciudad a continuación, nada podría compararse con la sensación de nuestros cuerpos presionados uno contra el otro. Había estado sola tanto tiempo. Quizás toda mi vida. Y ahora había alguien cuya cercanía me daba un sentido de pertenencia que no había creído posible. Fabiano era un peligro para cualquiera que estuviera cerca, pero para mi corazón él representaba el mayor peligro de todos.

CAPITULO 14

La mañana de navidad, mi padre devoró la tostada francesa que preparé y luego me levanté.— En Navidad se corre una de las carreras más grandes del año. Necesito hacer mi apuesta.

Por supuesto que tenía que hacerla. Siempre se trataba de apostar y apostar. Sobre carreras y peleas. ¿Cómo podría esperar que mi padre quisiera pasar la Navidad conmigo? Asentí, tragando las palabras amargas que querían levantarse. Salió de la cocina, dejándome sola con los platos sucios. Esperé a que saliera del apartamento antes de tomar el papel doblado con el número del centro de rehabilitación de mi mochila y marcarlo con mi nuevo teléfono. Después de dos timbres, y un clip contestó una voz femenina.

—Estoy llamando a Melissa Hall, soy su hija.—La culpa me llenó. Esta era la segunda vez que intentaba llamar desde que estaba en Las Vegas, pero los médicos me habían dicho que era mejor darle a mi madre tiempo para acomodarse antes de que se enfrentara a influencias externas nuevamente. Y en secreto me sentí aliviada de estar lejos de sus problemas por un tiempo.

Hubo silencio en el otro extremo, excepto por el clic de alguien que toca algo en un teclado. —Ella se fue hace dos días.

–¿Se fue?–Repetí, mi estómago apretado fuertemente.

–Recayó.–La mujer estaba en silencio al otro lado, esperando que yo dijera algo. Cuando no lo hice, ella agregó:–¿Quieres que consiga a uno de los médicos que la atendio para que te explique los detalles?

–No, –dije enojada, luego colgué. Yo lo sabía todo. Mi madre había recaído de nuevo. No estaba segura de por qué había esperado algo más de ella. Y ahora ella estaba allí sola, sin mí. El miedo se apoderó de mis entrañas. Esta había sido su última oportunidad. Ella había tenido una sobredosis dos veces en el pasado, y yo había sido quien la había salvado, pero ahora estaba muy lejos. Ella no podía estar sola. Ella se olvidaba de comer, y se ponía triste, muy triste, especialmente después de que John la trataba como una mierda. Ella me necesitaba.

Me quedé mirando tristemente los platos frente a mí, escuché el silencio ensordecedor del apartamento. Las lágrimas empañaron mi visión. Necesitaba encontrarla antes de que fuera demasiado tarde. Siempre había sido el cuidador en nuestra relación. Mi madre era como una niña en muchos aspectos. Nunca debí haber escuchado a los médicos. Sabía desde el principio que mi madre era una causa perdida. Solo había una persona a la que podía recurrir.

Escribí–Necesito tu ayuda, Fabiano. Por favor.–en mi móvil y presione 'enviar'.

–Hoy nos va a traer millones,–dijo Nino.

Aparté mi mirada de la pantalla del televisor que mostraba la carrera de calentamiento. Nino estaba mirando fijamente el iPad en su regazo.

Remo negó con la cabeza a su hermano, molesto.–Mira la carrera por el amor de Dios. Tenemos un corredor de apuestas para los números. Diviértete por una vez. Deja de actuar como un maldito nerd de las matemáticas.

Nino se encogió de hombros.–No confío en que nuestros corredores de apuestas hagan un mejor trabajo que yo. ¿Por qué conformarse con una opción menor?

Savio resopló. –Estás tan jodidamente lleno de ti mismo.

Si Nino no fuera el hermano de Remo, habría estudiado matemáticas o algo así. Era un genio, lo que lo hacía dos veces más letal.

Remo sacó su cuchillo del soporte sobre su pecho, luego lo lanzó con un movimiento de muñeca. La hoja afilada perforó el suave cuero marrón al lado del muslo izquierdo de Nino. Nino levantó la vista del iPad y luego miró el cuchillo que sobresalía del sofá.–Menos mal que

las carreras nos traen tanto dinero si sigues destruyendo nuestros muebles,—dijo arrastrando las palabras.

Remo lo despidió con un gesto.

Nino dejó el iPad sobre la mesa junto a él, luego sacó el cuchillo. Y empezó a torcerlo entre sus dedos.

—Entonces, ¿cómo te va con tu camarera?—Preguntó Remo. —¿No te aburres de ella todavía?

Me encogí de hombros. —Ella es lo suficientemente entretenida.

Los ojos asertivos de Nino me miraron por encima de su juego con el cuchillo. No estaba seguro de qué era exactamente lo que su retorcido cerebro había reunido la única vez que me había visto con Leona. No entendía las emociones. Esa era mi salvación.

—¿Joder?—Preguntó Savio, sonriendo.

No estaba feliz por el giro que había tomado nuestra conversación.

–Qué demonios,–exclamó Savio, señalando a la televisión. –Adamo está conduciendo uno de los autos de carreras.

Todos nos dirigimos a la pantalla. Adamo estaba adelantando a dos autos a la vez; sus conductores no lo habían visto dispararse detrás de ellos. –Buenas habilidades de conducción para un niño de trece años,– le dije.

Remo frunció el ceño. –Uno de estos días lo voy a matar, hermano o no.

Mi móvil vibro en el bolsillo de mis vaqueros. Lo saqué, luego eché un vistazo a la pantalla. Leona

Necesito tu ayuda, fabiano. Por favor.

Al sentir los ojos de Remo en mí, deslicé el móvil en mi bolsillo.

–Tu camarera,–dijo.

Crucé mis brazos detrás de mi cabeza. –Ella puede esperar.

–¿Por qué perderías tu día con nosotros si puedes tener una buena cogida?–Preguntó Savio, luego se puso de pie. –En realidad, ¿por qué no organizaste algún tipo de entretenimiento, Remo?

Remo alcanzó su móvil. –Obviamente, el tiempo familiar ha terminado. –Luego se río de su propia broma antes de que sus ojos se deslizaran hacia mí. –Ve a ella. Así no tendremos que compartir las chicas contigo.

Me levanté de hombros, como si no me importara menos si me iba o me quedaba, pero mi mente se tambaleaba. ¿Qué está pasando? Leona sonaba desesperada.

–No te esfuerces demasiado con esa chica tuya, –dijo Remo con una sonrisa de tiburón. –No se vería bien si mi Enforcer perdiera una pelea.

Rodé mis ojos. Mi próxima pelea sería en seis días en la víspera de Año Nuevo. –No te preocupes.

Las calles estaban desiertas mientras conducía hacia Leona. La gente celebraba la Navidad con sus familias. Atrapé de vez en cuando las ventanas donde las personas intercambiaban regalos o compartían una comida familiar. Sabía que la mayor parte era una fachada. Mi familia siempre había hecho un gran espectáculo al celebrar la Navidad juntos, pero a puerta cerrada habíamos estado tan lejos de

la familia feliz como se podía conseguir. Nuestro padre siempre se había asegurado de que fuésemos miserables.

Anoche fue la primera Nochebuena que había disfrutado en mucho tiempo. Por culpa de Leona. Mis manos se apretaron. No debería haberle dado el brazalete. No estaba seguro de lo que se me había metido.

Nada. Quería deshacerme de la puta cosa. Eso fue todo. ¿Y por qué no dárselo a Leona?

Aparqué en la calle de Leona y salí del coche. No me había molestado en enviarle un mensaje de texto.

Llamé al timbre, y momentos después, Leona abrió la puerta, sorprendida y aliviada. Sus ojos estaban rojos de llorar. Elegí no comentarlo. Controlar a los demás no era mi fuerte y tuve la sensación de que prefería que ignorara su emotividad.

Detrás de ella vi el pequeño apartamento que ella y su padre compartían, con la alfombra desgastada y el papel tapiz amarillo humo. Ella siguió mi mirada y se sonrojó. –No pensé que vendrías,–dijo en voz baja.

–Estoy aquí.

Ella asintió lentamente, luego abrió la puerta de par en par.–¿Quieres entrar?

El apartamento estaba muy lejos de ser atractivo, pero entré. Leona cerró la puerta y luego sus brazos me rodearon de la cintura con fuerza y se estremeció. Vacilé, luego levanté mi mano hacia su cabeza y la toqué ligeramente. –Leona, ¿qué está pasando? –¿Alguien la había lastimado? ¿Cuándo pudo haber pasado eso? La había traído a casa a las cuatro de la mañana. Sólo eran las doce.

Ella levantó la cabeza. –Por favor ayúdame a encontrar a mi madre.

–¿Tu madre?

–Ella se fue de rehabilitación. Ella no puede cuidar de sí misma sin mí. Siempre he sido la que se aseguró de que ella comiera y no tomara una sobredosis. Nunca debí haberla dejado, pero pensé que estaba a salvo en rehabilitación.

–Shhh,–le dije, tocando su mejilla. Ella estaba temblando–Estoy seguro de que tu madre está bien.

–No, ella no lo está. Ella no puede lidiar con la vida.–Cerró los ojos y supe lo que venía.–Ella vende su cuerpo por cristal. Y a veces eso la hace sentir tan sucia y horrible que solo quiere darse por vencida. No estoy allí para detenerla la próxima vez que eso suceda.

Después de todo el abandono, Leona había sufrido, no debería haberse preocupado por su madre de esa manera. Que ella lo hiciera agitó alguna parte de mí que había creído muerta.–La encontraré para ti,–le dije. –¿Dónde fue vista por última vez?

–Austin.

Eso era un pequeño problema. Los carteles mexicanos y los MC locales tenían el control de Texas. Remo quería cambiarlo eventualmente, pero en este momento ya que la Camorra tenía poco poder allí. Remo tenía sus contactos, por supuesto. Gente que preferiría vernos en el poder que a los mexicanos. Quizás uno de ellos podría ayudar. Pero eso requeriría que le pidiera ayuda a Remo.

–¿Estás segura de que tu madre no vendrá a buscarte?

Leona se encogió de hombros miserable. –No lo sé. Ella podría. Si ella recuerda a dónde fui. Ella no siempre recuerda correctamente. Su

cerebro es un desastre debido a todas las drogas.—Ella cerró los ojos.—Si algo le sucede a ella, nunca me lo perdonaré.

—Nada le pasará a ella,—le dije con firmeza. Le acaricié la mejilla y ella me dio una sonrisa llorosa. —Gracias, Fabiano.—Bajé la cabeza y besé sus labios. El beso fue dulce. Nunca había tenido un beso dulce en mi vida.

Cuando regresé a la mansión de los Falcone, escuché los gemidos. Me abrí paso a la sala de entretenimiento con las mesas de billar, los sofás, los televisores y el ring de boxeo. Savio estaba inclinado sobre una mujer desnuda tendida en la mesa de billar, empujándola. Otra mujer se excitaba con la mano en la misma mesa.

Ella se incorporó cuando me vio, luego saltó. La había follado antes, pero no recordaba su nombre. Se acercó a mí, pero negué con la cabeza, estrechando mis ojos hacia ella. Se quedó inmóvil, los ojos parpadeando con inquietud.

—¿Dónde está él?—Pregunté.

Remo nunca llevaba a estas mujeres a su habitación.

—Afuera,—murmuró Savio, luego siguió follando a la puta.

Salí, hacia la sala de estar y de ahí a la terraza con el paisaje de la piscina. Remo estaba allí, desnudo, su mano apretada en el cabello de una mujer y follando su boca con fuerza. Él la estaba mirando como si prefiriera cortarla para abrirla antes que dispararle el semen en la garganta.

Sus ojos se alzaron para encontrarse con los míos, y dejó de empujar, pero mantuvo a la mujer en su lugar con el puño, su polla profundamente dentro de su boca.

—Necesito tu ayuda,—le dije. Él ya había reunido información sobre la madre de Leona, así que sabía que la encontraría.

Las negras cejas de Remo se unieron. Él empujó a la mujer lejos y ella aterrizó en su culo, luego rápidamente se escabulló. No se molestó en cubrirse.

—Necesito encontrar a alguien. La madre de Leona.

—¿Lo haces?—Dijo en voz baja, con la sospecha comprimiendo sus ojos.—
¿Por qué necesitas encontrar a la jodida puta?

Si él pensaba que Leona se estaba volviendo demasiado importante para mí, lo que no era así, él podría tomar medidas en sus manos y deshacerse de ella.—Debido a que a Leona tuvo se le metio en su cabeza que la jodida zorra morirá sin su ayuda.

Remo se acercó. No pude distinguir su estado de ánimo. Estaba... tenso. —¿Y la estás ayudando, por qué?

Esa era la puta pregunta, ¿no?

—Porque quiero.—Fue una admisión peligrosa. Tenía que esperar que los años que habíamos pasado como hermanos me protegieran.

—¿Eso tiene algo que ver con tus hermanas y cómo fuiste abandonado y esa mierda?

—Me salvaste cuando necesitaba ayuda.

—No estaba siendo heroico, Fabiano. Lo hice porque sabía que eras digno de convertirte en lo que eres hoy.

—Yo tampoco estoy siendo heroico. ¿Me ayudarás?

Remo negó con la cabeza. –No empieces a ablandarte, Fabiano.–No sonaba enojado o amenazante.

Relajé mi postura.–No lo hago, confía en mí.

Remo se pasó una mano por el pelo. –Eres un fanfarrón, gilipollas.

– Probablemente la hubieras matado antes de que pudieras haber disparado tu semen en su garganta.

–La habría matado mientras disparaba mi semen en su garganta,–dijo Remo con una sonrisa torcida. Agarró sus pantalones y se los puso. – ¿Asumo que la puta está en algún lugar de Texas, vendiendo su coño desgastado a cualquier gilipollas con unos cuantos dólares?

–Probablemente.

– Buena oportunidad para enojar a los mexicanos, supongo. Tal vez pueda ganarme un favor con el MC Tartarus.

No le di las gracias. Él no lo apreciaría.

CAPITULO 15

Algo había emocionado a Remo. Miré su cara de vez en cuando, sabiendo que las cosas que excitaban a Remo usualmente involucraban sangre y destrucción.

Soto entró, arrastrando a una mujer por su brazo.

Ahugué un suspiro. Las mujeres no eran mi campo de trabajo. Remo sabía que prefería manejar a los hombres, y en los últimos años, me había dado esa indulgencia. Dudé que él entendiera, ni aprobara mi renuencia a tratar con mujeres, pero lastimarlas nunca me había dado la emoción que cuando castigaba a los hombres. En el otro extremo, Soto comenzó a degradar el sexo débil en algo más que el sentido literal.

Degradante. La expresión de Leona cuando le pedí que me hiciera una mamada apareció en mi mente, pero desterré cualquier pensamiento de ella.

Le lancé a Remo una mirada inquisitiva. ¿Por qué se suponía que iba a verlo repartir el castigo a una puta vieja?

Soto empujó a la mujer en nuestra dirección. Se tambaleó sobre sus demasiado altos zapatos rojos de charol, y finalmente cayó de rodillas. Se levantó, revelando medias de red desgarradas y un vestido ajustado de charol rojo que colgaba de su cuerpo demacrado. Cuando levantó la cara para mirarnos con temor, una sacudida de reconocimiento me atravesó. Enmascaré mi sorpresa antes de que Remo pudiera detectarla. Me había estado observando atentamente en los últimos días desde que le pedí ayuda.

Ojos aturcidos, azul aciano como los de Leona, miraron de mí a Remo y a Soto. Había un parecido lejano. Quizás en los años más jóvenes, la madre de Leona se parecía aún más a su hija. Antes de las drogas y el alcohol y las palizas constantes de Johns.

Ella se tambaleó sobre sus tacones altos. Sus dedos temblaban y había un fino brillo de sudor en su piel desgastada. Necesitaba su siguiente disparo.

—La encontré,—dijo Remo, con un brillo de emoción en sus ojos que me dijo que se trataba de algo más que solo ayudarme. Más de una vez me arrepentí de mi decisión de acercarme a él. Leona ya no era una entre muchas para él. Ella era alguien con un nombre y una cara, alguien de quien desconfiar.

– Tuve que entregar unos pocos miles de dólares en efectivo al presidente del jodido MC por la puta sin valor porque ella trabajaba en sus calles. Me pregunto qué parte de ella se suponía que valía cinco mil dólares. Mírala.

No tuve que hacerlo. Ella no valía tanto dinero.

Cinco mil dólares.

Mierda.

El MC Tartarus nos había estafado. Y Remo los había dejado. Eso no estaba bien.

– ¿Qué dices puta? ¿Vales tanto dinero? – Su voz era peligrosamente agradable. La gente que no lo conocía podría haberlo confundido con una buena señal.

Ella rápidamente negó con la cabeza. Ella sabía manejar hombres peligrosos. Con un pasado como el de ella, no debería haber sido una sorpresa. – ¿Dónde estoy?

–En las Vegas, mi propiedad, y ahora tú también lo eres.

Ella asintió lentamente, aturdida, luego su expresión cambió. –Mi hija Leona está aquí.

Cállate, joder. No quería el nombre de Leona en esta habitación. Necesitaba encontrar una manera de sacarla de la cabeza de Remo.

–Claro que ella lo está,–dijo Remo, con los ojos deslizándose hacia mí, apretando los labios. –Ahora vuelvo a esos cinco mil dólares que me debes.

Maldición. Hubiera sido fácil para mí pagar el dinero, pero no estaba loco.

Ella sonrió torcidamente. –Gano buen dinero. Sé lo que quieren los hombres.

Los ojos oscuros de Remo viajaron sobre su cuerpo. –Dudo que algún hombre quiera ensuciar su polla de esa manera.

Ella ni siquiera se inmutó ante sus palabras. Ella había escuchado cosas peores. Cualquiera que fuera el orgullo que alguna vez había tenido, se había ido. Ella no tenía honor, no tenía nada. Por eso Leona se aferraba a su virginidad como si fuera su única salvación. E incluso sabiendo eso, todavía quería quitársela a ella.

Remo sacó una pequeña bolsa transparente con dos cubos de metanfetamina del bolsillo y la dejó colgar de las yemas de los dedos. La madre de Leona contuvo el aliento, un sonido agudo y áspero. Su cuerpo se puso tenso, ojos agudos y ansiosos. Para él no era nada. Nuestro almacenamiento estaba lleno de metanfetamina, heroína y éxtasis, también lleno de dinero.

Dio un paso hacia él, se lamió los labios agrietados.

—¿Quieres esto, hm?—Preguntó en voz baja. Ella asintió bruscamente.

—¿Qué harías para conseguirlo?

—Cualquier cosa,—dijo ella rápidamente. —Te chuparé la polla y podrás tener mi culo. Sin condón.

Como si Remo tuviera que conformarse con alguien como ella. Él era el dueño de las Vegas. Él podría tener a cualquiera. La boca de Remo se apretó con disgusto. –No hay suficiente detergente en el mundo para limpiarte.

–¿Entonces tal vez él?–Ella asintió hacia mí.

Los ojos de Remo se volvieron hacia mí. –Creo que él prefiere una versión más joven de ti. Menos agotada.

Leona no estaba acostumbrada a ello de ninguna manera. Ella era pura e inocente. Ella era mía.

La madre de Leona miró a Soto por fin. Incluso Soto no parecía estar muy emocionado por la posibilidad de follarla. Por lo general, no era selectivo donde ponía su fea polla, pero esa mujer estaba demasiado malgastada incluso para él.

–Estoy bien, jefe,–dijo, agitándose como una mosca molesta.

Remo cerró sus dedos alrededor de la bolsa. –Quizás tengas algo más que puedas ofrecernos. ¿O tal vez alguien más?–Él inclinó la cabeza con una sonrisa peligrosa. –Tal vez esa hija tuya la tome por el culo en tu lugar. Incluso podría valer los cinco mil dólares.

Mis dedos se movieron hacia mi arma, pero me quedé quieto. Esto era una locura. Juré lealtad a Remo y a la Camorra. Esto no era sobre esa mujer delante de nosotros. Remo me estaba probando, y sentía que la necesidad de hacerlo me inquietaba. Leona era una distracción. Ella no era una amenaza para la Camorra de ninguna manera.

—Ella no es así. No la toques,—dijo la madre de Leona con fiereza. La miré de nuevo. Poco quedaba de ella. No tenía orgullo, ni honor, nada, pero a pesar de su necesidad de la droga en las manos de Remo, la parte de ella que cuidaba a su hija no importaba lo poco que quedara de ella, ganaba. Eso era más de lo que uno podía decir sobre el padre de Leona.

Remo tiró la bolsa al suelo. —No vales mi tiempo.

Se apresuró hacia adelante y tomó la bolsa, acunándola como un niño.— Eres mi propiedad mientras me debas dinero. Sal a las calles. Estás muy mal para nuestros burdeles.— Ella no estaba escuchando. Ella estaba hurgando en su bolso. Finalmente, su mano emergió con una jeringa con costra de sangre vieja.

La cara de Remo se contorsionó con rabia.—¡Aquí no!

Ella se echó atrás. Me acerqué a ella, agarré su brazo y la levanté. La saqué, los ojos de Remo me quemaron la espalda mientras lo hacía. – Cinco mil más intereses, fabiano. Dile a Leona también.

Empujé a la madre de Leona en el asiento trasero de mi Mercedes, luego me puse al volante. –Ni siquiera pienses en dispararte en mi auto, –gruñí. Enojado con ella, con Leona, y sobre todo conmigo mismo.

La madre de Leona se encogió contra el asiento. Ella no se movió en todo el viaje, excepto por sus ojos que me miraban como si me fuera a abalanzar sobre ella. Ella ya estaba rota.

Suspiré y la dejé en el auto mientras salía hacia la arena de Roger.

En el momento en que Leona me vio, dejó caer todo y corrió hacia mí.

–La encontré. Ella está en mi coche.

Los ojos de Leona se agrandaron y me abrazó. Jodidamente me abrazó en medio de la Arena de Roger, bajo la mirada de docenas de clientes. Agarré sus brazos y la empujé lejos.

Dejé caer mis brazos, dándome cuenta de lo que había hecho. Fabiano se veía enojado. Y lo tengo. No solo tenía que mantener las apariencias, sino que se suponía que las personas no sabían de nosotros.

—¿Cómo está ella?—Le pregunté mientras lo seguía afuera. Apenas podía seguir su ritmo. Parecía desesperado por alejarse.

Él abrió la puerta de un tirón y mamá salió. Parecía un desastre, como si la hubieran encontrado con un John y no tuviera tiempo para limpiarse adecuadamente. La había visto en un estado peor, así que avancé y la envolví con mis brazos. Ella me devolvió el abrazo brevemente, luego dejó caer sus brazos, temblando. Cuando vi la jeringa y la bolsa de plástico en su mano izquierda, supe por qué.—Necesito...—susurró ella.

Asentí. Sabía que ella necesitaba un tiro. Di un paso atrás y ella cayó de rodillas, nerviosamente temblando con la bolsa de plástico.

Fabiano se paró detrás de mí. Podía sentir su presencia como una sombra de desaprobación. El olor a cristal derretido llenó mi nariz cuando mamá sostuvo la cuchara sobre su encendedor. Dejó escapar un pequeño gemido cuando finalmente la aguja le perforó la piel magullada.

Eché un vistazo por encima de mi hombro. La expresión de Fabiano era de piedra. Duro, implacable, frío.—Gracias.

Los ojos azules se estrecharon una fracción. —Cinco mil, eso es lo que Remo tuvo que pagar por ella. Hasta que pueda pagarlo, pertenece a la Camorra.

—Eso es demasiado dinero. Ella nunca podrá pagarlo. Antes apenas podía pagar por la metanfetamina y la comida.

Miró hacia otro lado y se dirigió al lado del conductor. —Ella ha vendido su cuerpo por años, tendrá que seguir haciéndolo. Le enviaremos a los clientes que no tienen dinero para las casas de putas y ella les dará lo que quieran.

Me quedé mirando su espalda porque no me mostraba su cara.—Pero esos hombres son siempre los peores. Les gusta golpear y humillar.

Con la mano en la puerta del coche se detuvo. Sus hombros se levantaron. Sus ojos eran fríos como un lago glacial cuando giró la cabeza. —No puedo hacer nada. Ya hice demasiado. No sabes cuánto estoy arriesgando por ti. Tu madre está perdida, Leona. Ella lo ha estado durante mucho tiempo. Sálvate y deja que ella maneje su mierda sola.

–No puedo,–le dije. Subió al auto y se fue sin otra palabra.

No sabes cuánto estoy arriesgando por ti.

¿Por qué? ¿Por qué te arriesgas tanto? Quería preguntarle, pero él se había ido y no respondería de todos modos.

Mamá estaba acurrucada en sí misma, con expresión de felicidad.

–¿Quién es esa?–La voz de Cheryl me hizo saltar. Ella apareció a mi lado.

–Mi madre,–admití.

Cheryl no dijo nada ya que ambos observamos a mi madre perdida en su bruma de drogas. –Ella no puede quedarse aquí. Roger perderá su mierda si ve esa basura en su estacionamiento.

–Lo sé,–le dije. –Pero no tengo un automóvil, y no hay forma de que un taxi nos lleve de esa manera.

Cheryl suspiró. –Odio decirlo, polluela, pero eres más problemática de lo que pareces. –Sacó las llaves del auto de su bolsillo trasero y luego señaló a un Toyota viejo y oxidado. – Entra. Te daré un paseo rápido. Mel puede manejar la barra.

–Gracias,–le susurré. Ella me despidió, luego me ayudó a llevar a mi madre a su auto y colocarla en el asiento trasero. También me ayudó a llevar a mi madre al apartamento, incluso cuando mi padre se enfurecía con nosotras. Había pagado por la comida y le había dado más que suficiente dinero en las últimas semanas. Tendría que lidiar con que mi mamá durmiera en el sofá por ahora.

– ¡Terminarás como ella! – Gritó mientras salía corriendo. Cheryl ya se había ido.

Me senté en el borde del sofá junto a mi madre que estaba murmurando en su bruma. Tener a mamá en Las Vegas significaban más problemas para mí. No quería que volviera a trabajar en las calles, pero no tenía suficiente dinero para pagar su deuda con la Camorra.

Mi móvil sonó. Lo saqué de mi mochila.

Era un mensaje de Fabiano.

¿Necesitas que te recoja del trabajo esta noche?

A pesar de que estaba molesto por la situación, cumplía con su promesa de protegerme. Le sonreí a mi teléfono.

No. Estoy en casa con mi madre. Gracias.

–Esa mirada,–mamá gruñó, sorprendiéndome.–¿Quién es él?

–Nadie. No hay nadie, mamá. Duerme.

Apenas podía mantener los ojos abiertos, la neblina de la droga llamándola.–Espero que sea bueno contigo.

– Él es bueno conmigo, – le dije. Bueno para mí, eso era un asunto diferente.

–¿Él te ama como tú a él?

Mi garganta se cerró.– Duerme, mamá. – Y finalmente sus ojos se cerraron.

El amor rompía a la gente. Había roto a mamá antes de que las drogas hubieran hecho el resto.

Yo no amaba a Fabiano. Yo...me estaba enamorando de él. Cayendo cada vez más profundo cada día. En su oscuridad, y lo que yacía debajo de ella.

Fabiano no quería el amor. Él no creía en ello.

No podía amarlo.

CAPITULO 16

Mi estómago se agitó con los nervios. Como si yo fuera la que tuviera que luchar en esa jaula. Eché un vistazo a las puertas del vestuario, esperando a que Fabiano emergiera. Esa era la segunda pelea que iba a ver, pero esta vez estaba preocupada. Preocupada por Fabiano, preocupada de que se hiciera daño o algo peor. En las últimas semanas de mi trabajo en la arena de Roger, había visto lo brutales que podían ser las peleas de jaula. Varios hombres habían muerto en el hospital después. ¿Y si algo le sucediera a fabiano?

No lo había visto desde que había dejado a mi madre en el estacionamiento ayer. Yo había estado en el almacén cuando él entró y me volvía loca por no poder decirle de nuevo lo mucho que apreciaba su ayuda. Mamá había estado durmiendo la mayor parte del día, y le había hecho prometer que no saldría del apartamento sola. Descubriríamos la manera de obtener el dinero que debía más tarde, hasta entonces mis ahorros tendrían que ser suficientes. Mi padre no iba a ayudar, eso estaba claro.

La puerta del vestuario se abrió y salió Fabiano, alto y musculoso. Sonreí. Parecía invencible. Fabiano era la gracia y la ferocidad y el poder mientras caminaba hacia el centro de la habitación bajo los vítores de la multitud. Sus ojos eran la cosa más aterradora que

jamás había visto. Estaba furioso. Esto era por mi culpa, por mi madre. Quizás su oponente, que lo esperaba, también lo vio, porque por un momento pareció que quería cancelar la pelea.

Fabiano saltó a la jaula, como un gato impresionante. Sus ojos buscaron los míos y por una fracción de segundo sentí paz.

Dejé de lavar los vasos, dejé de escuchar a los clientes. Solo estaba él. La multitud estalló con una nueva ola de vítores. Ese hombre. Él era mío.

Nunca había valido nada, pero una mirada de él me hacía sentir como el centro del mundo.

Su oponente saltando de un pie a otro, batía los puños en alto, tratando de incitar a Fabiano a la acción. Con una última mirada hacia mí, Fabiano saltó hacia su oponente.

Sus golpes fueron duros. No hubo vacilación en sus golpes y patadas. Sus ojos eran agudos y atentos, leyendo a su oponente y usando su debilidad. Todo sobre este deporte era brutal y duro. Implacable. Pero los movimientos de Fabiano hablaban de gracia y control. La multitud aullaba y aplaudía cada vez que daba un golpe. La sangre pronto cubrió las manos y los brazos de Fabiano. Era más duro y cruel con su oponente que la última vez.

Cheryl se acercó mientras ponía los vasos sucios en el agua de lavado. – Espero que eso te ponga un poco de sentido. Si eso no te asusta, nada lo hará.

El miedo era lo último que tenía en mente mientras miraba a Fabiano. Cheryl me miró y luego negó con la cabeza. –Oh, polluela, y pensé que Stefano era el bailarín de la Camorra. ¿Quién hubiera pensado que su monstruo te rompería el corazón?

–Él no es un monstruo. Y no está rompiendo nada,–murmuré.

Cargó su bandeja con botellas de cerveza para la siguiente mesa. –Él romperá algo. Si es solo tu corazón, tienes suerte. Y si no has visto a su monstruo hasta ahora, podrías estar en más problemas de lo que pensaba. No vengas por mi camino cuando lo encuentres.

Ella no sabía nada.–No te preocupes.

Pronto el hombre estaba tendido en el suelo, Fabiano se agachó sobre él, dándole un puñetazo una y otra vez.

Me estremecí, y me sentí aliviada cuando el hombre finalmente dio unas palmaditas en el suelo en señal de rendición. El árbitro entró en la

jaula y levantó el brazo de Fabiano en el aire. Fabiano me miró, el cuerpo cubierto de sangre.

Parecía magnífico. Sus palabras de nuestra primera reunión volvieron a mí, sobre los machos alfa y su atractivo, y tuve que admitir que él tenía razón en lo que a mí respectaba. Nunca me había fascinado ver pelear, pero ver a Fabiano era algo completamente distinto.

Salió de la jaula y aceptó las manos de felicitación de varios clientes, pero sus ojos seguían regresando a mí. Dejé el paño de cocina y tomé una botella de agua.

—¿A dónde vas, polluela? ¿Justo a la guarida del león?

Cheryl negó con la cabeza y tomó mi lugar detrás de la barra. — Adelante. Todo el mundo tiene que cavar su propia tumba, supongo.

Le envié una sonrisa agradecida a pesar de sus palabras molestas, y me escabullí hacia el vestuario. La gente todavía estaba demasiado concentrada en la jaula de combate, donde había aparecido el corredor de la Camorra.

No me molesté en llamar antes de entrar al vestuario. Él me había visto seguirlo. Dudé que alguien alguna vez lograra escabullirse de él. Mi ropa se pegaba a mi piel después de trabajar todo el día y debió hacerme sentir tímida. Necesitaba una ducha, pero mi necesidad de algo más era aún más fuerte. Fabiano borró los restos de sangre. Ahora su pecho solo brillaba con el sudor, el brillo acentuaba cada cresta dura de su cuerpo perfecto. Quería trazar mi lengua a lo largo de la inmersión entre sus pectorales, hasta el fino cabello que desaparecía en el dobladillo de su bóxer. Nunca había sentido una necesidad tan aguda como esta. Él estaba arriesgando su posición por mí, y yo también quería arriesgarme a algo.

Rápidamente aparté mi mirada de Fabiano y entré en el vestuario, luego cerré la puerta antes de que alguien me viera. Necesitaba dejar de pensar así en Fabiano. Tocarlo y hacer que me tocara estaba bien, pero si permitía más, dejaría de respetarme. Perdería el interés. Lo sabía. Sobre todo, ahora que sabía lo que era mi madre. La fría puerta bajo mis palmas me aplastó. No escuché su acercamiento, pero lo sentí cerca de mí, su calor apretado contra mi espalda. –Me distrajiste hoy,– murmuró cerca de mi oído. Me estremecí ante su proximidad. Al verlo pelear hoy, me había encendido. No tenía sentido negarlo. El deporte era brutal y duro, y Fabiano no tenía piedad cuando golpeaba a sus oponentes, pero mi cuerpo respondía a la vista de él. Parecía invencible. Poderoso.

La imagen de su mirada hambrienta después de que ganó, creo un dulce hormigueo en un lugar entre mis piernas. –No puedo quedarme aquí para siempre. La gente empezará a preguntarse qué estamos

haciendo.—No dudé de que varias personas se habían dado cuenta de que yo iba al vestuario con Fabiano. Me encogí ante lo que podrían pensar de mí ahora.

—Que se pregunten,—gruñó Fabiano, luego lamió mi omóplato.—Tú sabes perfecto.

Me estremecí. —Estoy sudada.

Agarró mis caderas y me giró hacia él, bajando su cabeza y sus labios reclamando los míos. Abrí, mi lengua salió disparada para encontrarse con la suya. Pasé mi mano sobre su pecho resbaladizo, mis dedos se arrastraban por las crestas. Perfección. Él siseó cuando me deslicé sobre un corte.

—Lo siento,—murmuré rápidamente, pero él me calló con su lengua.

Me apoyó hasta que mis espinillas chocaron con algo duro. Su brazo se envolvió alrededor de mi espalda baja y me bajó hasta que me recosté en el estrecho banco de madera. Una rodilla entre mis piernas, él estaba inclinado sobre mí, su boca conquistó la mía, me robó el aliento y me mareó de emociones y necesidades. No se rindió y pude sentir que me excitaba más y más con cada segundo. Su lengua era tan

maravillosamente hábil cuando acariciaba la mía. El olor del sudor fresco y la propia soberbia de Fabiano me envolvió.

Movió su rodilla hacia arriba hasta que presionó contra mi entrepierna y gemí en su boca por la sensación. Tuve que dejar de frotarme descaradamente contra su rodilla para un poco de liberación. –Quédate así,–ordenó, luego se movió hacia atrás y solo cuando se arrodilló en el suelo entre mis piernas, me di cuenta de lo que tenía en mente.

Mis ojos se dirigieron a la puerta.– Fabiano, por favor. ¿Y si entra alguien?

–No lo harán.

– Estoy sudada. No puedes. – Le empujé la cabeza, pero no se dejó disuadir de lo que estaba haciendo. Él deslizó mi falda hacia arriba, luego enganchó un dedo debajo de mis bragas y las movió hacia un lado. El aire fresco golpeó mi carne húmeda y mis músculos se tensaron con necesidad. –Oh, Leona,–susurró oscuramente. –Pensé que no te gustaba verme peleando.–Apoyó su cabeza contra mi muslo interno, sus ojos se alzaron desde mi área más privada, húmeda y palpitante para él, a mi cara. Me sonrojé de vergüenza, pero no dije nada.

–Pero tu coño parece disfrutarlo mucho.

¿Por qué tenía que usar esa palabra?

Él sopló contra mí y temblé. Necesitaba que me tocara. Empujarlo lejos estaba tomando un segundo plano en mi mente mientras lo observaba bajar su mirada hambrienta entre mis piernas otra vez.

Y luego se inclinó hacia adelante y contuve la respiración, cada músculo de mi cuerpo rígido con tensión. Su lengua salió disparada, lamiendo mi carne caliente, enviando un torrente de sensaciones a través de mi cuerpo inferior. Cerré los ojos con fuerza y me mordí el labio para evitar hacer un sonido. Fuera, la música seguía sonando a todo volumen, pero no quería arriesgarme a nada. Se tomó su tiempo, explorando con su lengua. Buen señor.

Jadeé y me arqueé del banco mientras mantenía sus cuidados, con la boca y la lengua segura de que cada contracción y giro que hacía, me conducía hacia un punto que nunca había imaginado.

—Eres perfecta,—retumbó contra mí, y el sonido de su voz era como una ducha caliente después de horas en el frío.

Enrosqué mis dedos alrededor del borde del banco, aferrándome desesperadamente cuando mis piernas empezaron a temblar. Mi aliento vino en ráfagas cortas.

Fabiano cerró su boca sobre mí y comenzó a chupar. Gemí, pero él siguió, con la lengua dando vueltas y sacudiéndose. Me estaba viniendo. Una forma diferente de venirme a la de antes. Dejé escapar un pequeño grito, con una mano lanzándose para agarrar su pelo rubio. Él tarareó su aprobación mientras lo mantenía en su lugar. Necesitaba esto. Él retrocedió unos centímetros y yo resoplé en protesta. Yo estaba tan cerca. – No te detengas, – le supliqué, sin importarme lo desesperada que sonaba. Estaba tan cerca del borde. Necesidad cruda. Una necesidad tan fuerte que dolía. Quería caer sobre este acantilado, y caer y caer. Necesitaba esa caída.

– Pero qué pasa si alguien entra, – preguntó en voz baja, su lengua deslizándose a lo largo de mi muslo interno. Él se estaba burlando de mí ahora.

– Fabiano, por favor. ¡No me importa!

Él se rio. Sostuvo mi mirada mientras bajaba su cabeza muy lentamente y cuando sus labios rozaron mi carne, casi grité de alivio. Pasó su lengua sobre mi clítoris, con los ojos poseyéndome, dándome cuenta de cada centímetro de mí, y jadeé cuando mi cuerpo explotó con calor. Me sacudí contra el banco y si las manos de Fabiano en mis caderas no me hubieran mantenido en mi lugar, me hubiera tirado al suelo en un montón. El negro se filtró en mi visión mientras las olas de placer corrían a través de mí.

Mis extremidades se sentían pesadas y lentas. Gradualmente, el latido entre mis piernas comenzó a desvanecerse. Fabiano se agachó sobre mí, con los ojos llenos de posesividad. Respiré pesadamente.

—Eso fue perfecto,—gemí.

Sacudió la cabeza. —Es sólo el principio.

Ahí estaba de nuevo. Esa promesa que sonaba como una amenaza. ¿A dónde me llevaba? Un camino que nunca había elegido para mí misma, un camino más alejado de la vida mundana y burguesa que me había imaginado. Besó mi garganta. —Y feliz Año Nuevo.

Año nuevo, casi lo había olvidado. ¿Sería este finalmente un buen año?

Fabiano se enderezó, todos los músculos flexionados y el hambre oscuro mientras se alzaba sobre mí. Incluso los boxeadores sueltos que luchaban no podían ocultar su excitación. Me puse en una posición sentada, sabiendo lo que quería, y queriéndolo también, pero sin saber si era prudente. Ya llevábamos demasiado tiempo en el vestuario. Pero había dejado de ser sabia hace mucho tiempo.

Lo miré, mis ojos fijos en los suyos. Extendí la mano y presioné mi palma contra el bulto en sus pantalones. Sus abdominales se flexionaron, pero no hizo ningún sonido. Todavía lleno de control. Quería verlo perderlo, quería que se derrumbara como yo. Tanto el cuerpo como el corazón.

Lo froté a través de la delgada tela, sintiéndolo crecer aún más grande. Tiré de su cintura, deseando verlo en toda su desnudez.

Y por primera vez no me importó cómo me haría ver que quisiera un hombre, que sintiera lujuria y actué en consecuencia. Enrosqué mis dedos alrededor de su eje, sintiéndolo latir. Se sentía duro y caliente, y sin embargo suave. Maravilloso. Cada centímetro de él.

Paseé los dedos hacia arriba y hacia abajo lentamente, pero Fabiano empujó sus caderas. Miré hacia arriba.

—Leona, no estoy en un estado mental para el enfoque suave.

Apreté mi agarre y me moví más rápido, pero finalmente lo dejé tomar el control cuando él cerró su mano sobre la mía y empujó sus caderas al ritmo de sus golpes. Nueva sangre goteaba de la herida sobre sus costillas, pero a él no parecía importarle. Levanté mi mirada de nuestras manos moviéndose juntas, a su cara. Hambre y necesidad. Y

esa emoción más gentil que me asustó de mierda, pero que lo asustaba a él aún más. Lo sabía ahora.

Cuando se tensó y su liberación se hizo cargo, observé su rostro con asombro, esperando una revelación, y se veía maravilloso, pero no desquiciado. Todavía en control, incluso ahora.

Creo que te amo.

Sus ojos se abrieron, y su máscara sin emociones se deslizó sobre sus rasgos mientras nos mirábamos el uno al otro. Tomó mi mano y me llevó hacia la ducha.

Lo seguí incluso cuando dije:—Fabiano, no podemos.

Él ignoró mi protesta y me sacó el vestido por encima de la cabeza, luego me quitó la ropa interior. —Dijiste que necesitabas una ducha.

Renuncié a protestar y me deslicé bajo el cálido chorro con él. Sus manos se deslizaron sobre mi piel resbaladiza, y sus labios encontraron los míos. La sangre teñía de rosa el suelo. Me miró, mientras el agua cubría su cabeza con su cabello. — ¿Todavía crees que quiero degradarte?

Me sonrojé, queriendo olvidar mis palabras de esa noche. Me había dado placer con su boca, pero era diferente. –No,–dije en voz baja.

–Bien.–Y luego sus labios volvieron a los míos y dejé que me sacara de la realidad mientras su calor me rodeaba. Coloqué mi palma sobre su corazón, sintiendo su latido. Quería que latiera solo para mí. Sus dedos se curvaron alrededor de mi mano y la retiró. Lejos de su corazón, y se la llevó a los labios para un beso. Presioné mi frente contra su hombro.

Esto fue suficiente.

CAPITULO 17

Ahugué un suspiro cuando sonó un golpe en mi puerta. Tenía que irme al trabajo en unos minutos y no me quedaba tiempo para hablar con mi padre. Desde que mamá se había mudado con nosotros hace dos días, nuestra ya tensa relación había caído en picada hacia lo peor. Él sólo quería dinero de mí de todos modos. Esa era la única razón por la que incluso permitía que mamá y yo nos quedáramos con él. Pero no tenía mucho dinero. Le había dado casi todos mis ahorros a mi madre, para que ella pudiera pagar parte de su deuda con la Camorra. Y aún no era suficiente, por lo que estaba en la calle vendiendo su cuerpo de nuevo.

Abrí la puerta.

Papá estaba mortalmente pálido, sudor recubrimiento su frente.

– ¿Qué pasa? – Le pregunté, a pesar de que tenía una sensación de hundimiento que sabía. Siempre era el mismo mal.

–Estoy en problemas, Leona.

–Siempre lo estás,–le dije, alcanzando mi mochila para salir, pero papá me agarró del brazo.–Leona, por favor. Ellos me mataran. Él lo hará.

Me quedé helada. –¿Por qué harían eso?

–Debo demasiado. No puedo pagarles. Soy un hombre muerto si no me ayudas, Leo, por favor.

León. Ese era un nombre que me había dado cuando era una niña, cuando en ocasiones aún era un padre decente.

Él no es tu problema. Eso es lo que me había dicho Fabiano, y después de los últimos días en que mi padre había tratado a mi madre como una mierda, quería estar de acuerdo con él.

–¿Cuánto les debes?

–No lo sé. Dos mil tal vez. ¡No lo sé! Perdí la pista.

¿Cómo podría perder la noción de sus deudas? –Cerré los ojos por un momento. Se suponía que el dinero restante me llevaría a la universidad, a comprarme un futuro, y otra vez mi padre lo

arruinaba. Me di la vuelta y saqué el dinero de su escondite debajo de la alfombra, y se lo ofrecí a mi padre. Él no lo tomó. –No puedo llevarles dinero. Me matarán antes de que pueda entregarlo. Leona, debes ir por mí.

Podría ir a Fabiano, y darle el dinero. Por supuesto que no lo tomaría. Con gusto mataría a mi padre. Ya había hecho suficiente por mí. –¿Dónde necesito llevarlo?

–Se llama el Sugartrap. Ahí es donde Falcone y sus Enforcer andan casi todos los días. Me dio la dirección y luego tomó mi mano. –Tienes que darte prisa. Tal vez ya hayan enviado a alguien por mí.

Agarré mi mochila y me dirigí al lugar que mi padre me había dicho. No solo les daría mi dinero ganado por él. También llegaría tarde al trabajo por eso. Si Roger me echaba, estaría condenada. Dudo que obtuviera un trabajo en el Strip, o en cualquier otro lugar, pronto. Sabía que necesitaríamos cada centavo que ganara con mi madre y mi padre en Las Vegas.

Cuando el letrero de neón rojo y amarillo del Sugartrap llamó mi atención, me detuve. La palabra estaba encajada entre dos piernas abiertas de tacón alto. Las ventanas estaban teñidas de negro para que no pudieras mirar dentro. Sabía qué tipo de lugar era este, y no era un lugar en el que alguna vez hubiera querido poner un pie.

Había un enorme hombre negro que custodiaba la puerta. Me acerque a él lentamente. Él no se movió.

–Estoy aquí para ver a Remo Falcone.–Incluso mientras lo decía, me di cuenta de lo tonto que debía haber sonado. Remo Falcone era el capo de la camorra. Poseía todo lo que importaba si le creía a Fabiano. ¿Por qué demonios perdería su tiempo conmigo?

El portero parecía pensar lo mismo porque él resopló.–El Señor Falcone no se echa a las chicas que trabajan aquí. Vete.

¿Echar las chicas? –No estoy aquí para trabajar en este lugar,–le dije indignada. –Estoy aquí porque tengo dinero para él.

El hombre inclinó la cabeza hacia un lado, pero todavía no me dejó pasar. Intenté echar un vistazo a su reloj para ver qué tan tarde llegaba al trabajo. Saqué el dinero de mi mochila y se lo tendí al Bouncer. Lo alcanzó, pero lo arrebaté. No confiaba en que se lo entregara a Falcone. –Vete,–murmuró.

–Déjala pasar,–dijo una voz fría detrás de mí. Me giré para mirar a un hombre alto. Nino Falcone. Él asintió con la cabeza para que entrara en la luz sombría de la Sugartrap. Lo hice, porque, realmente, dudaba que alguien pudiera rechazar esos ojos fríos.

—De frente,—dijo. Seguí caminando, aunque tenerlo detrás de mí me daba escalofríos.

El pasillo se abría a una zona de bar de terciopelo rojo y lacado negro. Había postes y cabinas con cortinas de terciopelo, y varias puertas que se ramificaban desde la sala principal.

—Adelante. Primera puerta a la derecha.

Lo miré por encima de mi hombro. Caminaba dos pasos detrás de mí, mirándome con esos ojos fríos e ilegibles. Le mostré el dinero.—Tal vez puedas darle el dinero a tu hermano. Es de mi padre. Su nombre es Greg Hall.

—Sé quién es él,—dijo Nino Falcone, sin ningún indicio de emoción en sus ojos.—Adelante.

Me estremecí y me dirigí hacia la puerta que me había indicado. Empujé hacia abajo el asa y entré en otro largo pasillo con paredes negras y una alfombra roja. Seguí caminando hasta el final donde esperaba otra puerta. Los pelos de mi cuello se alzaban ante la proximidad de Nino Falcone y ante su discreto escrutinio.

–Déjame,–dijo arrastrando las palabras y pasó a mi lado para abrir esa puerta. Entró en una habitación larga sin ventanas. Había un escritorio en el lado izquierdo que parecía intacto. A la izquierda había un saco de boxeo y sofás. Remo estaba sentado en uno de ellos, con el portátil en su regazo. Sus ojos se movieron hacia arriba cuando su hermano entró. Luego se deslizaron hacia mí y supe que había sido un gran error venir aquí. El hombre, Soto, que había atacado a mi padre se hizo a un lado como si estuviera informando a su Capo.

Remo Falcone dejó a un lado su portátil y se levantó del sofá. Donde Fabiano era la gracia y el control, este hombre tenía un poder desquiciado y apenas contenía la agresión. Mis dedos arrugaron el dinero.

–Ella está aquí para pagar las deudas de su padre,–dijo Nino. No estaba seguro de que estuviera hablando de dinero.

–¿Es ella?–Remo preguntó con curiosidad. Rodeó el sofá, se me acercó y deseé que no lo hiciera. Una sonrisa curvó sus labios y di un paso atrás, pero el brazo de Nino detuvo mi movimiento. No me estaba mirando, solo a su hermano. Alguna comprensión silenciosa pasó entre ellos que no entendí. –Te dejaré manejarlo entonces. Volveré más tarde. –dijo Nino, y se fue, cerrando la puerta en mi cara.

Me quedé allí, pequeña y temblando, tratando de parecer decidida y fuerte. Mis ojos se movieron hacia donde Remo estaba apoyado con su cadera contra el respaldo del sofá. Soto, detrás de él, tenía algo ansioso y alegre en su expresión.

Retuve el dinero con incertidumbre.—Tengo el dinero que mi padre te debe.

Remo me miró con inquietante intensidad.—Lo dudo.

Yo fruncí el ceño. No podía ver cuánto dinero tenía en mis manos. Era un paquete de billetes de diez y veinte dólares. —Son mil dólares.

—¿Mil?—Remo preguntó con una risa. —¿Cuánto crees que nos debe?

Me estremecí. Mis ojos se dirigieron a Soto de nuevo, luego de vuelta a Remo.

Me lamí los labios nerviosamente.—Dijo un par de miles.

Remo negó con la cabeza una vez y se apartó del sofá. Se acercó y tuve que luchar contra las ganas de correr. No había manera de que pudiera haberlo superado de todos modos. Me asustó más que nunca, y había

sido lo suficientemente estúpida para enfrentarlo porque mi padre no podía controlar su adicción.

–Diez mil, y eso es sin interés. En total nos debe cerca de catorce mil.

Mi estómago se desplomó. –¿Cuatro mil en intereses? ¡Eso es usura!

– Somos la mafia, Leona, – dijo Remo Falcone, divertido. ¿Sabía mi nombre? ¿Fabiano le había hablado de mí? Por mi madre.

–Cada día que él no nos paga, otros quinientos intereses ganan.

No me lo podía creer. Padre debe haberse dado cuenta de que debía mucho más que un par de miles. ¿Me había vendido? –Pero...pero no tengo tanto, y no hay forma de que pueda ganar suficiente dinero a menos que ya no tengas intereses.

Remo negó con la cabeza. –Esto no es una negociación, niña. Tu padre nos debe dinero, y quizás lo hayas olvidado, pero tu madre también lo hace. Se suponía que tu padre pagaría ayer a medianoche. Él no lo hizo. A estas alturas, Remo estaba a solo dos pasos de mí y eso puso a mi cuerpo en modo de vuelo.

–Tengo esto.–Levanté mi muñeca con el brazalete que Fabiano me había regalado para Navidad. La culpa me llenó. ¿Cómo podría siquiera considerar entregar su regalo?

Algo en los ojos de Remo se movió y superó la distancia restante entre nosotros. Me golpeé contra la puerta, tratando de evadirlo, pero él agarró mi brazo con fuerza y miró el brazalete. Un fuego hirvió en sus ojos cuando me miró. –Eso saldaría la deuda de tu padre. Una pieza de joyería costosa para alguien como tú.

¿Se liquidarían los catorce mil dólares? Me quedé mirando el brazalete. Remo soltó mi muñeca. Sus labios se torcieron cruelmente. –Lamentablemente, es demasiado tarde. Tu padre pagará su deuda con sangre.

–Por favor,–le rogué.–Nunca más te deberá dinero.

–¿Estás dispuesto a jurarlo?–Siseó Remo.

Sabía cuánto significaba un juramento para la camorra. Y sabía que habría sido una mentira. Aparté mis ojos de los crueles de Remo. –Por favor. Tiene que haber algo que pueda hacer. No lo mates.

Remo inclinó la cabeza. Mi mendicidad no le hizo nada. –No soy yo quien lo matará. Es Fabiano, pero debes saber eso, ¿no?–Su voz era baja y amenazadora.

–¿No hay algo que pueda hacer?–Susurré desesperadamente, y algo parpadeó en sus ojos oscuros. Dios, y quería tragarme todas las sílabas que había pronunciado. ¿Qué había dicho? Mi padre me había enviado aquí para pagar sus deudas y yo estaba arriesgando mi vida por él.

Durante mucho tiempo Remo no dijo nada.

Asentí bruscamente.–Bueno. Sólo voy a irme.

Remo puso una mano en la puerta. Me moví en una respiración y di marcha atrás lejos de él. Busqué a tientas mi móvil. Quizás Fabiano podría ayudarme. No llegué lejos. Remo tomó el móvil de mi mano y lo miró.

–Solo déjame ir.

Apagó mi móvil con una expresión atronadora. –Es demasiado tarde para eso, me temo.–Él asintió con la cabeza hacia Soto, quien se nos acercó de inmediato. –Creo que tenemos que dar un ejemplo.

Soto me agarró del brazo. El brillo emocionado en su expresión hizo que el terror se disparara por mis venas. –¿El sótano?–Preguntó con impaciencia apenas oculta.

La bilis viajó por mi garganta. Remo asintió, sus ojos se deslizaron hacia mi brazalete de nuevo como si lo hubiera visto antes. –Y Soto, esperarás hasta que te dé una orden antes de comenzar. Si le pones un dedo encima, lo cortaré.

Soto me llevó por un tramo de escaleras y me metió en una pequeña habitación con solo un colchón en la esquina y una silla en la otra.

–No puedo esperar para empezar, perra. Fabiano estará jodidamente furioso,–murmuró Soto, luego me soltó. Me tropecé de nuevo contra la pared. No había forma de escapar de él.

No estaba segura de cuánto tiempo pase con él, desnudándome con sus ojos, cuando un zumbido bajo me hizo saltar. Soto sacó su móvil, luego me miró, con una mueca. –Hora de jugar.

CAPITULO 18

Maldije cuando Griffin me entregó la lista con personas que no habían pagado sus deudas de apuestas. Greg Hall. Pero esta vez él debía más de lo que podría pagar. Estaba de tercero en la lista. Esperemos que Leona se haya ido para cuando le haga una visita.

¿Por qué este cabrón tenía que pedirnos prestado dinero?

Cuando finalmente fue su turno, aparqué en la acera, sintiéndome molesto. Salí, pero mi motor había llamado la atención de Hall.

Me vio a través de las ventanas. Probablemente había estado vigilando la calle todo el día. Conocía las reglas. Él sabía las consecuencias. Esta no era la primera vez después de todo. Pero hoy sufriría más que unos cuantos huesos rotos. Su vida terminaría hoy.

Desapareció de la vista, probablemente tratando de escapar. Como si eso fuera a suceder. Corrí por el edificio y lo vi salir corriendo por la puerta trasera del complejo de apartamentos. Suspirando, corrí tras él. Sus piernas eran más cortas y estaba demasiado fuera de forma para evadirme por mucho tiempo.

Cuando lo alcancé, lo agarré por el puño de su estúpida camisa de Hawaii y lo tiré al suelo. Gritó cuando aterrizó con fuerza sobre su espalda, con los ojos inyectados en sangre mirándome con inquietud. Si el impacto ya lo hacía gritar como un gatito, tendría que taparse la boca o alertaría a todo el vecindario con sus gritos. Le di un puñetazo fuerte en las costillas, haciéndole jadear por respirar. Eso lo callaría por un tiempo. Luego lo arrastré detrás de mí, escuchando sus intentos desesperados de hablar más allá de la falta de oxígeno en sus pulmones.—No lo hagas. Por favor,—logró cuando llegamos a la puerta del apartamento.

Yo lo ignoré. Si me detuviera cada vez que alguien me rogaba, la Camorra se rompería. Y una gran parte de mí estaba ansioso por torturarlo por su abandono hacia Leona. No le había causado más que problemas, y seguiría haciéndolo.

Lo empujé dentro del apartamento que no se había molestado en cerrar cuando corrió. Él golpeó el suelo, y yo saqué mi cuchillo. Quizás termine mi trabajo en su espalda primero.

Sus ojos se enfocaron en la hoja con terror. —¡Envíe a Leona a saldar mi deuda! No tienes que hacer esto.

Me quedé helado.—¿Qué acabas de decir?—Me acerqué hacia él. Si había accedido a dejar que su hija se encargara de esto, era la peor escoria de

la tierra. Él asintió, y el asco se apoderó de mí. Tenía muchas ganas de hundir mi cuchillo en sus ojos cobardes.

–Le envié a Leona...

Me agaché sobre él, levantándolo por su cuello.–¿A dónde la enviaste?

–A Falcone.

Empuje mi puño contra su cara, rompiéndole la nariz y la mandíbula. Lo habría golpeado hasta matarlo si hubiera pensado que había tiempo. Pero si Leona se dirigía a Remo, no podía desperdiciar ni un segundo. –¿Dónde exactamente?–Leona no entraría en la mansión de Remo después de todo.

–Le dije que fuera a Sugartrap, –soltó, con la sangre goteando de su boca. Volví a darle un puñetazo, luego me levanté bruscamente y agarré su collar. Lo arrastré hacia mi carro.

–¡Te dije que envié a Leona! ¡Mi deuda será liquidada!

–¡Cállate!–Gruñí.

Sabía cuánto nos debía, y él también lo sabía. No había manera de que Leona tuviera suficiente dinero.

El Sugartrap era el peor lugar que podría haber elegido, y sospechaba que lo sabía. Había sacrificado a su propia hija para salvar su lamentable trasero. Abrí el maletero y lo arrojé dentro, luego lo cerré en su cara aterrorizada.

Corrí por la Franja, solo disminuí la velocidad cuando me acerqué a Sugartrap, a uno de nuestros burdeles y al lugar donde Remo trataba con las mujeres que causaban problemas a la Camorra. No serviría de nada si alguien me viera con prisa. Remo se preguntaría por qué y pondría las cosas juntas. Tal vez ya lo había hecho.

Aparqué en mi lugar habitual. El Aston Martin de Remo ya estaba estacionado en el frente, y también el Buick de Soto. Saqué a Hall del maletero, luego lo arrastré detrás de mí cuando pasé junto al guardia sin saludar y crucé la parte pública de la casa de putas, hacia el ala trasera. Hall seguía suplicando y arrastrándose. Encontré a Remo en su oficina, como de costumbre, no detrás de su escritorio sino en el sofá, mirando a través de un prospecto de automóvil. No levantó la vista cuando entré, pero sabía que era yo. Él me había estado esperando. Lo conocía desde hacía años. Conocía los juegos que jugaba. Había sido uno de sus mejores jugadores durante mucho tiempo. Me tomó todo mi autocontrol no preguntarle sobre Leona de inmediato. Necesitaba jugar esto bien o sería en vano.

–Terminaste temprano,–dijo, y cuando se encontró con mi mirada, había algo de reptil en su expresión. Empujé a Hall al suelo. Aterrizó con fuerza, sus jodidos ojos de escarabajo se lanzaron entre Remo y yo.

–El imbécil me dijo que envió a su hija a manejar su deuda. Necesitaba consultar contigo antes de proceder con él.

–Por supuesto,–dijo Remo con una sonrisa fría. No miró a Hall ni una vez. Esto era sobre mí, sobre nosotros. –Es la tercera vez que Hall está detrás. Su hija se ofreció a pagar su deuda.

Sabía todo eso y me importaba un carajo. Todo lo que me importaba era que Leona no se le hiciera daño.

–¿Así que le quitaste el dinero?

– No le pedí dinero a ella. Ella no podría pagar tanto. Pero ella estaba decidida a salvar a su padre.

–¿Dónde está ella?–Le pregunté con cuidado. Todos los músculos de mi cuerpo estaban tensos porque sabía que, si algo le pasaba a Leona, lo perdería.

–Ella está en el sótano. Pagando su deuda de la única manera que ella puede.

Mi sangre corrió fría. –¿Soto?–Fue todo lo que logré decir.

Remo asintió, pero sus ojos se clavaron en mi cráneo. –Se fue con ella hace un par de minutos.

Dos minutos. No tenía mucho tiempo. Leona no tenía mucho tiempo.– Soy tu Enforcer. Déjame manejarla.

Remo se me acercó, pasos lentos y medidos. Y por primera vez, traté de imaginar lo que tendría que hacer para vencerlo, matarlo. Era como mi hermano, y odiaba haber llegado tan lejos. – Nunca tratas con mujeres. Me pediste que dejara que Soto se encargara de esa parte del negocio y te concedí tu deseo, Fabiano.

Él estaba en lo correcto. Nunca lo había entendido, pero como yo era como su hermano, había aceptado mi renuencia. Y Remo no era del tipo que aceptaba.

–Es diferente con ella,–dije, dejando que mi hambre se mostrara, pero no mi protección. Si Remo pensara que esto no era nada más que divertido, nada salvaría a Leona.

Hall todavía estaba agachado en el suelo, e hice una promesa silenciosa de dejarlo sufrir antes de concederle la muerte.

–No creo que el que la manejes tenga el efecto deseado,–dijo Remo.–La has estado viendo durante semanas. Follarla en mi mazmorra no enviará realmente un mensaje.

–No la he follado todavía. Ella me rechazó.

–¿Te rechazo?–Remo preguntó, como si la palabra no significara nada para él. Sus ojos se volvieron calculadores. –¿Y la dejaste?

Oh, Leona, espero que valga la pena. Remo estaba a la caza.

No dije nada. Tenía la sensación de que empeoraría las cosas. –Déjame manejarla,–le dije con calma. Puse mi mano en su hombro, y el que lo dejara pasar, me dio esperanza. Todavía como hermanos.– No te arrepentirás.

–Sé que no lo haré,–dijo.–Pero tú tal vez lo harás.–Hizo una pausa.–Entonces manéjala, Fabiano.–Estaba a punto de darme la vuelta y entrar en el sótano hacia Leona, pero su mano se cerró sobre mi antebrazo. Lo giró para que el tatuaje de la camorra estuviera arriba. –Tú eres mi Enforcer, Fabiano. Has estado a mi lado desde el principio. Nunca me decepcionaste. No empieces ahora.

–Y no lo haré,–le dije con fiereza. –Me encargaré de ella.

Remo me dio una mirada de advertencia. –No me decepciones, Fabiano. Ella es sólo una mujer. Recuerda dónde están tus lealtades.

Apenas escuché. Salí corriendo de la habitación y bajé las escaleras. Sabía que tenía que llegar a tiempo. Tomé las escaleras dos a la vez. No podía llegar tarde. Yo sabía adónde ir. Soto siempre elegía la misma habitación. No me molesté en tocar, sino que abrí la puerta de nuestra sala de interrogatorios. –No puedo esperar a que me chupes la polla,–dijo Soto. Maldita sea la maldita elección.

Leona estaba presionada contra la pared, pareciendo aterrorizada mientras Soto bajaba sus pantalones, revelando su culo peludo. El terror llenó el hermoso rostro de Leona, y por un momento consideré poner un cuchillo en la espalda de Soto.

–Sal,–gruñí.–Me estoy haciendo cargo.

Soto se giró, mostrándome su lastimosa polla. Me lanzó una mirada atónita.– Pensé que no te gustaba manejar a las mujeres, – dijo burlonamente.–Es por eso por lo que Remo me dio el trabajo.

– Cambié de opinión, – gruñí. – Ahora vete antes de que pierda mi paciencia.

Soto le lanzó a Leona otra mirada hambrienta, pero luego se subió los pantalones y pasó a mi lado, murmurando maldiciones.

La puerta se cerró. Sabía que la cámara nos apuntaba, grabando todo. Quizás Remo estaba mirando. Esto no tenía nada que ver con Greg Hall, y todo que ver conmigo. Remo me estaba probando. Remo confiaba en mí tanto como un hombre como él podía confiar en cualquiera, como confiaba en sus hermanos, y ahora sentía la necesidad de probarme.

Una pequeña parte de mí sentía furia hacia Leona por ser la razón de ello.

Remo nunca había dudado de mí. Nunca. Y juré con mi propia sangre que nunca le daría razones para hacerlo.

Leona se apartó de la pared, pareciendo confundida, esperanzada y asustada al mismo tiempo.—Oh, Fabiano,—susurró ella, aliviada. —Estoy tan contenta de que hayas venido. Estaba tan asustada.

No me acerqué a ella.

Yo no era el salvador que ella había esperado. Dio otro paso en mi dirección, luego se detuvo y me miró con ojos de esperanza. Lentamente la esperanza desapareció. —¿Fabiano?—Preguntó ella en el más mínimo susurro.

Apague mis jodidos sentimientos inútiles. Estaría muerto sin Remo. Todo lo que era hoy fue gracias a él. Él me había salvado. No podía intentar matarlo, ni siquiera por Leona. Y tratar sería todo lo que haría. Remo era tan fuerte como yo, y todavía tenía a sus hermanos a su lado.

Me acerqué a Leona, y por primera vez ella se echó atrás. Cuando su espalda golpeó la pared, yo estaba frente a ella. Presioné mi cuerpo contra el de ella, encerrándola y hundí mi nariz en su cabello. La cámara solo haría que pareciera que la estaba acorralando. Su dulce aroma floral llegó a mi nariz.

–¿Fabiano?–Murmuró ella. Vacilante, puso sus manos en mi cintura como si no estuviera segura de sí debería abrazarme. Esto habría sido el fin de todo. Joder, pero quería envolver mis brazos alrededor de ella. Nada más.

Joder. Carajo.

–Te dije que no soy bueno,–dije en voz baja.

Me miró a los ojos y supe lo que vería, exactamente lo que necesitaba que ella viera para ser convincente. Leona comenzó a temblar contra mí, el miedo acababa con la poca esperanza que quedaba. Alejé sus brazos de mi cintura, agarré sus muñecas y las puse encima de su cabeza contra la pared. La acorralé con mi cuerpo y ella lo permitió. Ella dejó escapar un gemido ahogado, su expresión sin comprender. Ella debería haber luchado para ahora. Esta rendición de corazón roto era algo que no podía manejar. Todavía quedaba esa estúpida y maldita esperanza. Era peor que mendigar y llorar. Peor de lo que nada antes había sido porque eso significaba que ella todavía creía que había más para mí que el asesino de corazón frío.

Tal vez ella todavía no entendía lo que se suponía que debía hacerle.

Presioné mis labios contra su oreja. –No puedo perdonarte. Estamos siendo observados. Si no lo hago, Soto lo hará y no puedo permitir eso.

Sus ojos ensanchados me miraron fijamente. –Porque no compartes, ¿verdad?–Susurró ella tristemente.

Ojalá fuera solo eso. –Porque Soto te romperá.

–¿Y tú no lo harás?

Habíamos estado hablando demasiado tiempo ya. Cada segundo que pasara podría sellar nuestro destino.

–Como mujer, se te otorga una opción diferente a los hombres. Puedes pagar con tu sangre como lo haría un hombre, o con tu cuerpo,–dije bruscamente. Solo había pronunciado esas malditas palabras una vez antes, y nunca más después de eso. Remo le había entregado la tarea a Soto porque no podía hacerlo. Me permitió esa maldita debilidad.

Levantó el mentón y supe que consideraba elegir la primera opción porque prefería sufrir por el dolor que convertirse en su madre. Maldición.–Leona,–susurré, inclinándome de nuevo en ella, sorprendida por la desesperación en mi voz.

Cuidado, fabiano. Tú eres mi Enforcer.

–Escoge bien. Puedo falsificar esto, pero no lo otro.

La confusión llenó su rostro.

–Elige la segunda opción,–murmuré de nuevo.

–La segunda,–dijo ella, resignada. Todavía no entendía lo que había ofrecido.

Ella comenzó a llorar suavemente. Observé cómo las lágrimas hacían su camino silencioso sobre sus suaves pecas. Sus ojos sostuvieron los míos, y entonces así, ella asintió. –Haz lo que tengas que hacer.

La había deseado desde el primer segundo que la había visto, había querido ser el que le robara la inocencia, quería poseerla de todas las formas posibles. Pero no de esta manera, no frente a una puta cámara, no fuerte, rápido, y brutal como Remo esperaba. ¿Valía la pena el riesgo?

La camorra era mi familia. Mi vida.

En mi hora más oscura Remo había estado allí para recogerme. Él me había mostrado mi valía. Él podría haberme matado. Era un monstruo, pero yo también.

Leona sostuvo mi mirada. Y tomé mi propia decisión. A la mierda— Trátame de no hacerte daño. Pelea conmigo y llora. Tiene que parecer real,—susurré ásperamente.

La confusión llenó sus ojos.

Sacudí sus muñecas y apreté mi agarre.—Haz tu parte o los dos estamos jodidos.

Le di una mirada de advertencia, luego la agarré por las caderas y la tiré sobre el colchón en la esquina. Ella dejó escapar un grito aterrorizado que rebotó en las paredes. No le di tiempo para recuperarse. Esto necesitaba ser convincente. Esperaba que la larga espera al principio no hubiera despertado las sospechas de Remo, porque sabía que él estaba observando. Me subí encima de ella, sujetándola con mi cuerpo más alto. Mi boca estaba de vuelta en sus oídos. —Créeme. Porque de ahora en adelante tendrás que mirar al monstruo que soy con todos los demás. Ahora pelea conmigo con todo lo que tienes.

No esperé su respuesta porque no importaba si ella estaba de acuerdo o no. Estábamos más allá de ese punto. Agarré sus muñecas con una mano y empecé a empujarlas hacia arriba cuando Leona finalmente entró en acción. Ella gritó, –No,– y luchó contra mi agarre, con las caderas moviéndose, pateándome con las piernas, pero no sirvió de nada. Empujé sus muñecas con fuerza contra el suelo. Ella jadeó de dolor. Maldición. Jugar duro era difícil sin lastimar. Aflojé mi agarre, sabiendo que no se notaría en la cámara. Apreté sus pechos a través de su vestido, luego me moví más abajo y puse mi mano debajo de su falda. Me alegré de que ella me hubiera permitido tocarla y verla antes, así que esta no sería su primera experiencia.

–¡No, por favor no! ¡Por favor!–Gritó ella, tan convincente que algo feo y pesado se asentó en mi estómago. Por eso Soto había sido responsable de esa parte del trabajo.

–¡Cállate, puta!–Gruñí.

Dolor se instaló en sus ojos. Respiré pesadamente. No podía apartar los ojos de su cara, de esos ojos azul aciano, de esas malditas pecas. Ella sostuvo mi mirada y yo la de ella. Un segundo. Dos segundos. No podía hacer esto, ni siquiera fingirlo. Me sentí jodidamente enfermo de mi estómago. Mierda. Cortaba a hombres en pedazos pequeños, había hecho tantas cosas horribles que nunca me habían molestado, pero esto... esto no podía hacerlo. No realmente. Ni para el espectáculo. Nunca.

Solté sus muñecas. Sus cejas se fruncieron. Bajé la cabeza hasta que mi frente descansó contra la de ella, y ella soltó un pequeño suspiro, luego levantó la mano y tocó mi mejilla.

No estaba seguro de cuánto grababa la cámara. No me importaba

—¿Fabiano?

No estaba seguro de si podría salvarla, salvarnos, después de esto. Me aparté y me enderecé antes de ayudarla a levantarse. Ella me apretó el brazo, todavía temblando.

—¿Qué va a pasar ahora?—Susurró ella.

Remo quería sangre. Quería la confirmación de que yo era su soldado, de que era capaz de hacer lo que debía hacerse. Quería ver a mi monstruo. Y él lo haría.

Leona me odiaría por eso.

CAPITULO 19

Nos dirigimos arriba. Remo nos estaba esperando. Nino también estaba allí, y a sus pies acurrucado estaba Hall, con cinta adhesiva en la boca, pero todavía muy vivo. Leona se puso rígida, pero mi agarre en su brazo la mantuvo a mi lado. No estaba seguro de si ella hubiera intentado correr hacia él de otra manera.

Remo miró a Leona de pies a cabeza. Él lo sabía. Lo había sabido antes de que él la hubiera visto. Leona tembló contra mí.

Que Nino estuviera aquí me dijo dos cosas. Uno: Remo pensó que necesitaba un refuerzo y ese refuerzo no iba a ser yo. Segundo: ese refuerzo no iba a ser yo porque él creía que necesitaba un refuerzo contra mí.

Solté a Leona, pero le di una mirada que dejaba claro que necesitaba quedarse donde estaba. Ella entendió.

Caminé hacia Remo. No se levantó de donde estaba sentado en el escritorio, pero la mirada que me dirigió fue una que solo dirigía a sus oponentes en la jaula.

–Entonces,–dijo con fuerza.–No la manejaste.

–No la manejé porque él es el que yo debería manejar.–Asentí con la cabeza hacia Hall.–¿Desde cuándo dejamos salir a los deudores con esta mierda? ¿Desde cuándo dejamos que sus hijas o esposas paguen por sus crímenes? ¿Desde cuándo, Remo?–Estaba muy cerca de él ahora, y finalmente él se puso de pie, enfrentándonos con la vista.

–Desde el momento en que decidí que ella iba a pagar por su padre. Mi palabra es ley.

–Es ley,–confirmé ferozmente.–Porque eres Capo. Mi Capo, y siempre he seguido tus órdenes, porque me enseñaste el verdadero significado del honor, la lealtad y el orgullo.–Di un paso más hacia él, así que casi nos tocamos. –Pero no hay nada honorable en hacer que una mujer inocente pague las deudas de su padre, Remo.

Sus ojos oscuros perforaron los míos. Sabía que Nino estaba mirando, probablemente con una mano en su arma. –No perdonamos a las mujeres.

–No, no perdonamos a las mujeres que están en deuda con nosotros, porque se las buscaron. Sabían en qué se estaban metiendo cuando pedían dinero. Pero esto es diferente y lo sabes. No sé por qué sientes

la necesidad de probar mi lealtad de esa manera, pero te pido que lo reconsideres. No hay razón para que dudes de mí. Leona es solo una mujer. Ella no significa nada para mí. Eres como mi hermano.

—¿Estás seguro de eso?—Preguntó en un murmullo bajo.—Porque cuando la miras, ella no es solo una mujer.

Mi pecho se contrajo. —Soy leal a ti, a la Camorra, a nuestra causa.

— Alguien tendrá que sangrar por esto, — dijo, y se acomodó en el escritorio. El alivio se apoderó de mí.

—Y le haré sangrar por ti.

—Sé que lo harás,—dijo en voz baja, desafiante.

Me volví hacia Hall. Sus ojos se agrandaron, luego se dirigió a Leona. Ella se quedó congelada. Quería que se fuera, pero eso no era lo que Remo quería, y no podía pedir más de lo que ya había dado. Asentí con la cabeza a Nino, y él entendió. Se trasladó a Leona quien dio un paso atrás. Cuando sus dedos se cerraron alrededor de la parte superior de su brazo para evitar que interfiriera, tomó toda mi fuerza de voluntad el no gruñirle.

Me acerqué a Hall, que trató de retroceder, pero golpeó el sofá. Le arranqué la cinta de la boca y él gritó de dolor.

–Fabiano, por favor.–Leona rogó.

O era su padre, o ella. Alguien tendría que pagar.

–Cuando enviaste tu hija a Remo para pagar tu deuda, ¿sabías qué pasaría con ella? ¿Sabías que ella sangraría por ti?

Sus ojos se dirigieron a Leona de nuevo, buscando ayuda.

Lo agarré por la camisa y lo levanté. –¿Sabías lo que le pasaría a Leona?

–¡Sí!–Gritó.

–¿Y no te importó?

–¡No quería morir!

—¿Así que la enviaste para que ella sangrara y muriera por ti?

Él me miró boquiabierto. Oh, lo haría sangrar.

Y disfrutaría cada segundo de ello. No me arriesgué a mirar a Leona. Quizás ella pudiera perdonarme.

Pero no pensé que alguna vez me mirara de la misma manera. No después de lo que tenía que hacer ahora. Después de lo que quería hacer.

Saqué mi cuchillo. Hall intentó correr, pero lo empujé hacia abajo y me subí encima de él. Luchó y le di un puñetazo. Su cabeza se echó hacia atrás, pero necesitaba tener cuidado de no dejarlo inconsciente. Eso simplemente no serviría.

Las piernas de Remo aparecieron a mi lado y luego sostuvo a Hall. Él me dio su sonrisa torcida, y sentí que mis propios labios se curvaban. Haríamos esto juntos. Juntos como en el principio. Bajé mi cuchillo y cuando la punta de la hoja se deslizó dentro del estómago de Hall, separando la carne y el músculo, todo lo demás se volvió negro.

Remo y yo hicimos lo que mejor hacíamos.

No estaba segura si había sido un monstruo antes de él, o si siempre lo había tenido en mí y él solo había despertado esa parte, o si me había convertido en uno. No importaba.

Cuando los gritos de Hall murieron y su corazón dejó de latir, volví a mí mismo. Remo y yo nos arrodillamos en el suelo junto al cuerpo, en su sangre. Mis manos estaban cubiertas de ella, y también el cuchillo todavía agarrado en mi mano.

Remo se inclinó hacia adelante, con voz tranquila. – Esto es lo que realmente eres. Lo que ambos somos. ¿Crees que ella puede aceptarlo?

No dije nada. Estaba jodidamente asustado de enfrentar a Leona, de ver el disgusto y el terror en su expresión.

Remo asintió. – Es lo que pensaba. Ella se irá. Todos lo hacen. Ella no vale la pena. La gente como nosotros siempre está sola. – Me tocó el hombro. – Somos como hermanos.

– Lo somos, – confirmé, y finalmente me atreví a mirar hacia atrás. Leona y Nino se habían ido. Me levanté bruscamente, el cuchillo cayó al suelo.

– ¿Dónde está ella?

–Nino la sacó cuando vomitó porque las cosas se pusieron demasiado difíciles.

Me quedé mirando el lugar donde había estado ella.

–Ve a limpiarte,–dijo Remo. –Haré que Nino tire el cuerpo en algún lugar donde lo encuentren rápidamente.

Asentí, pero no me moví.

–Y Fabiano. –Remo esperó hasta que encontré su mirada antes de continuar. –Esta vez te dejo rechazar mi pedido. Esta vez lo disfrute de sobra. Pero recuerda tu juramento. La camorra es nuestra familia.

Asentí de nuevo, luego fui a cambiarme de ropa antes de ir a buscar a Leona. La encontré en la sala principal del Sugartrap, encaramada en un taburete en la barra, agarrando un vaso con un líquido oscuro entre las manos. Nino se apoyaba en el mostrador como un centinela. Ella seguía mirando sus manos mientras me detenía a su lado. Nino se fue sin una palabra.

Alcancé el vaso y ella se apartó de mi mano. Allí estaba. Finalmente ella reaccionó a mi cercanía como debía. Yo lo odiaba. Tomé el vaso y bebí el líquido ardiente: Brandy.

—Pensé que no bebías,—dije en voz baja.

Ella levantó esos ojos azules acianos. Contra su piel pálida y mortal, sus pecas sobresalían aún más.—Creo que hoy es un buen día para empezar. — Ella tragó saliva. Y bajó la mirada como si no pudiera soportar mirarme. Ella todavía estaba en shock.

—No, no lo es. No dejes que suceda.

—¿Dejamos que pase?—Repitió ella.

—No dejes que mi oscuridad te arrastre hacia abajo.

Esos putos ojos azules se llenaron de lágrimas. Enrosqué mi mano alrededor de su muñeca, ignorando su temblor, y tiré ligeramente. — Vamos, Leona. Deberíamos irnos.

Durante mucho tiempo sus ojos se posaron en mis dedos. Luego finalmente se levantó del taburete y me siguió.

Era un hipócrita porque, incluso cuando le había advertido sobre mi oscuridad, sabía que nunca la dejaría ir.

Mis manos temblaban cuando las metí entre mis piernas. Fabiano se quedó en silencio a mi lado mientras conducía su Mercedes a través del tráfico. Estaba limpio ahora.

Sus dedos, sus manos, su ropa.

Se fue la sangre.

La sangre de mi padre.

Una nueva ola de enfermedad me inundó, pero no quedaba nada en mi estómago.

Las cosas habían dado un giro para peor que no había esperado.

No puedes elegir a la familia, eso es lo que la gente siempre decía. Y que no tenía que definir en quién te convertías. Pero mi madre y mi padre habían logrado alejarme del camino que quería seguir, no estaba segura de encontrar el camino de regreso.

Y ahora mi padre estaba muerto. Asesinado por el hombre que amaba.

Dios me ayude, yo todavía lo amaba.

¿Todavía?

Todavía. Después de lo que había visto, después de lo que había hecho.

Y eso era lo peor: que aún podía sentir algo por él después de haber visto lo que realmente era. Un monstruo.

Mi padre era un ser humano horrible, lo había sido. Había llevado a mi madre a vender su cuerpo, le había ofrecido mi dinero y mi cuerpo para pagar a Soto y me habría dejado morir para él poder vivir. Tal vez había merecido la muerte, pero no merecía lo que sucedió hoy. Nadie lo hacía.

Cerré los ojos contra las imágenes de Fabiano con el cuchillo, la mirada retorcida que compartía con Remo. Habían hecho esto antes. Ellos lo disfrutaban.

Nino me había arrastrado lejos después de que Fabiano había comenzado a cortar a mi padre. Pero los gritos nos siguieron, hasta que dejaron de existir. Me sentí aliviada porque todo había terminado. Por mi padre, por mi madre y por mí. No más deudas de apuestas o embriaguez. Y esa realización me había destrozado por completo. No extrañaba a mi propio padre.

Él me había puesto en marcha. Sabía que le tenía miedo a la Camorra, pero yo también.

Fabiano lo había matado.

Mis ojos fueron atraídos por el hombre a mi lado. Su mirada se centraba en el camino por delante. En las últimas semanas, nos conocimos. Pensé que había llegado a conocerlo, pensé que construiríamos una conexión. Ahora ya no estaba seguro de lo que era real.

Enforcer. La palabra no había tenido ningún significado para mí hasta ahora. Me estremecí cuando recordé el sótano. ¿Cuántos horrores

habían visto esos muros? ¿Y de cuántos de ellos era responsable Fabiano? ¿A cuántas personas había matado? ¿Había hecho sangrar?

Tanta sangre en sus manos.

Hice a un lado el pensamiento. Me llevaba por un camino oscuro que no podía soportar en este momento. Ya me había metido en un agujero profundo del que nunca podría salir. ¿Podría realmente amar a alguien como él? ¿Y podría alguien como él amar en lo absoluto?

El amor es una enfermedad, una debilidad.

Leona es solo una mujer. Ella no significa nada para mí.

Esas palabras habían amenazado con romperme, pero luego Remo había dicho:—*¿Estás seguro de eso? Porque cuando la miras, ella no es solo una mujer.*

Y esas palabras todavía me perseguían, después de todo. Las lágrimas picaban en mis ojos. Fabiano era un asesino.

Lo hizo por mí, así que no tendría que lastimarme. El me protegió. Y parte de mí se sintió consolada por ese hecho. ¿Qué decía eso de mí?

Cerré los ojos de nuevo. Tenía que terminar con esto, tenía que irme. No podía quedarme, aunque lo amara, o tal vez porque lo hacía. Tenía que romper este vínculo retorcido, tenía que hacerlo siempre y cuando los recuerdos de hoy estuvieran frescos.

—¿A dónde me llevas?—Le pregunté cuando me di cuenta de que nos dirigíamos hacia la mejor parte de Las Vegas.

—A mi apartamento.

Solo podía mirarlo fijamente. ¿Realmente pensaba que pasaría la noche en la misma cama con él después de lo que había hecho hoy?

Quieres su cercanía.

Todavía.

Después de todo.

El miedo llenó mis venas. No de él. Lo empujé, dejé que alimentara mis siguientes palabras. –¿Has perdido la cabeza? No iré a casa contigo después de lo que hiciste.

Fabiano tiró del auto hacia un lado y pisó los frenos, haciéndome jadear por el impacto del cinturón. Sin embargo, no tuve la oportunidad de recuperar el aliento. No estaba atado para poder inclinarse sobre mí, con los ojos furiosos. –¿No te das cuenta en qué tipo de problemas estamos? Fui contra las órdenes de Remo por ti. Mostré debilidad. Él mirará cada uno de mis movimientos ahora. Él nos vigilará.

–Mataste a mi padre.

–Lo hice para no tener que lastimarte, por lo que Remo no sintió la necesidad de lastimarte.

–Tal vez hubiera preferido si le hubieras hecho daño.

Fabiano río oscuramente, con los ojos azules buscando mi cara.– Todavía no puedes creer eso después de hoy. Remo ha hecho que los hombres adultos pidan misericordia, incluso la muerte.

–Tú también,–le susurré. –Tú y él, tú eres igual. Ambos disfrutaron eso. Lo vi en tus ojos.–Tragué saliva.

Sus ojos parpadearon con emoción, y mi corazón se rompió al verla.—Ni siquiera te das cuenta de lo que estoy arriesgando por ti. Me hiciste ir en contra de todo lo que alguna vez me importó. Todo lo que siempre me ha importado.

Cuidada. ¿Ya no?

En el fondo sabía la respuesta, y me aterrorizaba porque si él sentía lo que sentía, si era capaz de hacerlo, dejarlo no solo me destruiría a mí.

—Deberías haber dejado que Soto se saliera con la suya.

Su expresión estaba en blanco. Él era demasiado bueno en esto. Demasiado bueno en todas las cosas oscuras y peligrosas. —Tal vez debería haberlo hecho,—dijo simplemente.—Me habría ahorrado muchos problemas.—Él torció un mechón de mi cabello alrededor de su dedo con una expresión extraña.—Después de todo, ¿quién dice que vales la pena?

Sus palabras no me hicieron daño porque había visto la mirada en sus ojos en el sótano, incluso si no me hubiera atrevido a creerlo, pero Remo había confirmado que no era mi imaginación.

Fabiano necesitaba empujarme fuera del camino. Y sabía que tenía que dejarlo para poder hacer lo que tenía que hacer. –No finjas que actuaste fuera de la bondad de tu corazón. Me salvaste porque querías ser el primero en follarme.

La palabra dejó un sabor amargo en mi boca, pero recibió una reacción de Fabiano.

Sus labios se curvaron en una fría sonrisa. –Tienes razón. Seré el primero en follarte.

–No si tengo algo que decir en el asunto.

Dejó escapar una risa sin alegría antes de sacar el auto de regreso a la calle.

–Eres un monstruo,–le dije con dureza.

–Lo sé.

Quince minutos más tarde, entramos en el garaje subterráneo. Realmente me estaba llevando a su apartamento. Fabiano

abrió la puerta del coche y me tendió la mano. La miré, y luego le miré a la cara. –Vamos, Leona,–dijo en voz baja.–No me hagas llevarte.

Tomé su mano y dejé que me ayudara a levantarme. No me soltó mientras me arrastraba hacia el ascensor que nos llevaría a su apartamento.

Una vez que estuvimos dentro del ascensor, mis emociones comenzaron a desbordarse. Ira, terror y tristeza, y todo en el medio. –¿Por qué tuviste que elegirme?–Pregunté miserablemente. *¿Y por qué, por qué, por qué lo había elegido mi corazón?*

No dijo nada, solo me dio esa mirada impenetrable. Las puertas del ascensor se abrieron y él me llevó a su apartamento. Me atrajo contra él y me besó con fiereza, y por un segundo le devolví el beso, lo besé con cada parte torcida y horrible de mí que lo amaba.

Mis palmas subieron contra su pecho. –No,–dije con firmeza, y me arranqué de él. Mi pulso se aceleró en mis venas. Fabiano dio la vuelta, nunca permitiéndome apartarme de él. ¿Por qué no podía simplemente dejarme ser?

– Ya sabes, – dijo en voz baja. – Nunca quise que nada de esto sucediera. Eras solo una chica pobre y solitaria. No elegí esto, no te elegí a ti.

– Entonces deja esto. Lo que sea que esté sucediendo entre nosotros, deténlo. Ahora–susurré, mirando su fría y hermosa cara.

Él ahuecó mi cara. – ¿No crees que lo haría si pudiera? – Sus labios rozaron los míos. – Pero no puedo. No lo hare. Eres mía y te protegeré sin importar el precio.

–¿Protegerme?–Hice eco.

Fabiano era un destructor, no un protector. No era un caballero de armadura brillante.

–¿Y quién me protegerá de ti?

–No necesitas protección de mí. Hoy debería haber probado eso.

–Hoy demostraste que has cometido crímenes horrendos en tu pasado, que todavía estás haciendo cosas atroces todos los días, que disfrutas haciéndolas.

–Leona,–dijo sombríamente. –Nunca te he mentado. Soy el Enforcer de la Camorra. Soy el dolor y la muerte. Nunca pretendí ser otra cosa. No finjas que eras ignorante para sentirte mejor.

Bajé la mirada, sintiéndome culpable y furiosa al mismo tiempo porque tenía razón.

Muerte. Sangre. Dolor.

Eso es lo que significaba estar con Fabiano.

Y amor.

Pero no podías conseguir uno sin el otro.

Esa no era la vida que había imaginado. ¿Y me amaba? Lo que fuera que sentía, lo que había visto, lo que Remo había visto, no era amor.

–Vamos,–dijo Fabiano, tirando de mí hacia las escaleras.–Hablemos por la mañana. Has pasado por mucho hoy.

¿Qué quedaba para hablar por la mañana? Sin embargo, lo seguí.

Tomé una ducha y Fabiano no se unió a mí. Tal vez finalmente había entendido que su cercanía era demasiado ahora. Me puse la camiseta que me había tendido, y luego entré en el dormitorio.

Fabiano ya estaba en la cama, con las mantas levantadas hasta la cintura, revelando su pecho. Dormirme contra su pecho había sido lo mejor de haber estado con él en las últimas semanas. Una última vez. Me deslicé bajo las mantas con él y apoyé mi mejilla contra su pecho, justo sobre su corazón. Batía un ritmo tranquilo. Me pregunté qué podría aumentar su ritmo cardíaco si los eventos de hoy no pudieron. Sus dedos acariciaron mi brazo, y yo pasé las yemas de mis dedos sobre todas las cicatrices en su pecho y estómago. –Esto no puede terminar bien. Nos matará, lo sabes.

Fabiano me puso encima de su cuerpo. –¿Crees que alguna vez lo permitiría? Haré cualquier cosa para protegerte.

–¿Incluso matar a Remo?

Se puso tenso. –Remo es como mi hermano. Si él cae, yo también.

Busqué en sus ojos. Él hablaba en serio. – Podrías irte de Las Vegas. Comenzar en un lugar nuevo.

Leona, para esto. Terminar esto.

Sacudió la cabeza como si no pudiera entender. –La camorra está en mi sangre.

Sangre. Y Gritos.

Miré el tatuaje en su muñeca. La camorra era el amor de su vida. Nada podría competir con eso, y menos yo.

–Sangre,–murmuré.

Los ojos de Fabiano eran como un cielo tormentoso de verano. –Me encargaré de Remo. No te preocupes por eso. Ahora que tu padre se ha ido, las cosas se calmarán. Puedes continuar con tu vida.

Ido.

Muerto. Asesinado. Torturado

—¿Realmente crees eso?—Le pregunté. ¿Qué vida se suponía que debía continuar?

La mirada que me dio ahora era la que esperaba al principio. Era una mirada que odiaba ver ahora. Estaba arriesgando mi reputación, mi vida y la confianza de Remo por ella. Todo por ella.

Le di un beso fuerte a Leona. Por un momento se congeló, luego me devolvió el beso con la misma fuerza. Profundicé el beso, mis manos bajaron sobre sus caderas y nos rodé, extendiéndome sobre ella. Apoyé mi peso con mis codos mientras la besaba más fuerte. Ella devolvió el beso con igual necesidad. Deslicé mi mano debajo de su camisa, con los dedos recorriendo su suave muslo. La deseaba, nunca la había deseado tanto. Ella se apartó de mi boca, poniéndose tensa debajo de mí. —No, Fabiano,—ella saltó.—No puedo hacer esto ahora, no después de todo lo que ha sucedido.

Aspiré profundamente. ¿Quién dijo que habría otra oportunidad para nosotros? Mi polla estaba tan dura que amenazaba con romper mi bóxer. Tenía la mitad de la mente pensando en ignorar su "no" y

seguir adelante. Podía imaginarme lo apretada y cálida que estaría, lo apretado que su canal apretaría mi polla. Mierda. La deseaba. Quería tenerla antes de enfrentar a Remo mañana, antes de arriesgar mi vida otra vez. ¿Y si hubiera cambiado de opinión?

Sus ojos azules se encontraron con los míos. Odiaba que la inocencia de la confianza hubiera desaparecido de ellos, odiaba que yo fuera la razón de ello.

Mierda. ¿En qué me había convertido?

Presioné mi frente contra la de ella, respirando profundamente. –Tú serás mi final, Leona.

Ella no dijo nada. Me aparté, porque quedarme entre sus piernas me daba ideas que no necesitaba. La atraje a mis brazos. Ella no se resistió. Ella me abrazó igual de fuerte. –No lo seré,–murmuró ella adormilada.

–¿No?

–Sé tu propio fin.

Su cuerpo se ablandó. Me apoyé sobre mi codo. Puse mis dedos sobre su garganta, observándola dormir. Me alegré de que finalmente se hubiera dormido, contento de que sus ojos ya no me miraran con esa expresión quebrada.

Ella no entendía lo que me había arriesgado por ella hoy. Ella no podría entenderlo.

Lo haría de nuevo, la salvaría de nuevo, incluso si eso significara arriesgarme a la ira de Remo.

CAPITULO 20

Me desperté al silencio, y una cama vacía. Me di la vuelta, mirando las sábanas arrugadas a mi lado. Enterré mi nariz en la almohada, empapándome del aroma familiar de Fabiano, dejando que me llevara al tiempo en que había podido fingir que no sabía qué era.

El arrepentimiento vino sobre mí. Anoche, cuando me había querido, debería haberlo dejado. Debería habernos permitido una noche, ese momento para apreciar. Era muy tarde ahora.

Me permití acostarme en la suave cama de plumas durante unos minutos más antes de sentarme, con las piernas colgando sobre el borde de la cama. Todo olía a fresco y limpio, y la habitación estaba inundada de luz. Esto no era nada como los lugares en los que crecí y vivía ahora. A veces me había parecido un sueño. La atención de fabiano. Que alguien como él pudiera quererme. Debería haberme dado cuenta de que no estaba destinado a durar. Los sueños siempre venían con un precio para chicas como yo. Pero el tiempo para soñar había terminado ahora.

Rápidamente recogí mi ropa y me vestí. Me permití un par de segundos para admirar el Strip de Las Vegas que se extendía debajo del

apartamento. Este lujo era algo con lo que me sentía incómoda la primera vez que lo vi. Rara vez tenía más de unos pocos dólares y aquí estaba de pie en un apartamento que había costado más de lo que ganaría como camarera toda mi vida. Siempre te quitan cosas hermosas, eso solía decir mi madre. No había querido creerle, a pesar de que esto entre Fabiano y yo parecía demasiado bueno para ser verdad en una ciudad gobernada por alguien como Remo Falcone. Y ahora su advertencia se hizo realidad.

En el ascensor, cerré los ojos, reviviendo todo lo que había sucedido desde que puse un pie en el suelo de Las Vegas. Ya no era esa chica. Fabiano me había cambiado, pero no podía cambiarlo, no estaba segura de querer hacerlo.

Fabiano se dirigía de nuevo a Remo, a cumplir las órdenes del hombre. Estaba agradecida de que me hubiera protegido; que me hubiera salvado, pero la única razón por la que había necesitado salvarme era la única cosa por la que había jurado su vida: la Camorra.

Mi padre era responsable de sus deudas. Mi padre me había entregado. Yo sabía todo eso. Pero mi padre, al menos, tenía su adicción como excusa. Fabiano, sin embargo, estaba en control de sus acciones. Él elegía ser el Enforcer de Remo. Escogía la camorra cada día de nuevo. Escogía la oscuridad y la violencia. Él eligió esta vida. Y ahora me tocaba a mí hacer una elección.

Podía admitir que tenía miedo de mis emociones por él, había sido así desde el principio. A lo largo de los años, había visto a mi madre enamorarse de un chico horrible tras otro, arrastrándola cada vez más a su adicción a las drogas. Todo había comenzado con su primera mala elección: mi padre, que la había convertido en una puta.

Fabiano era un hombre del que la gente siempre me advertía y, sin embargo, no pude mantenerme alejada de él. Su familia lo había formado igual que la mía me había formado a mí. Éramos dos caras de la misma moneda. Tal vez por eso sabía que tenía que irme siempre y cuando aún fuera una posibilidad. Pero una parte de mí no quería irse. No había nada ahí fuera esperándome. Estaba dando la espalda a algo que había anhelado toda mi vida: el amor.

Tomé un autobús de regreso a casa a pesar de que Fabiano siempre me instaba a tomar un taxi, pero me quedé sin efectivo, excepto por las pocas monedas que encontré en el mostrador de la cocina en el apartamento de Fabiano. Le había entregado a Remo todo lo que tenía ayer. Ahora tenía que empezar desde cero. Si las cosas seguían progresando como lo habían hecho, nunca podría pagar la matrícula para la universidad.

Quizás quería demasiado de la vida.

Dudé frente a la puerta de nuestro apartamento. Él estaba muerto. Y de alguna manera era mi culpa.

Respiré hondo antes de moverme hacia adentro. El olor a café recién hecho me invadió y el alivio me llenó. Al menos, mamá estaba allí. Rápidamente corrí a la cocina para encontrar a mi madre encorvada con una taza de café. Ella me miro. Había un moretón oscuro en su mejilla. Toqué el lugar. –¿Qué pasó?

–Tu padre y yo tuvimos una discusión ayer por la mañana. Quería dinero, pero le dije que no tenía nada.

Dejé caer mi mano. Pensar que había arriesgado mi vida por él. Que a causa de él me vi obligada a ver el lado más oscuro de Fabiano.

Él pagó por sus crímenes. Fabiano le hizo pagar.

Sus ojos vidriosos me escudriñaron de arriba a abajo.–¿Dónde está tu Padre?

–Se fue,–dije con voz ronca.–Papá se ha ido.

—¿Ido?

—Lo mató por mi culpa,—admití, y se sintió bien expresar la verdad.

Puse una mano sobre el delgado hombro de mi madre. Ella no se veía triste. Había alivio.—Se mató a sí mismo. Apuestas. Siempre apuestas y apuestas. Le dije que lo matarían.

—Sí, pero al final Fabiano lo mató por mi culpa. Por mí. Para protegerme.

Los ojos inyectados de sangre de mamá eran demasiado sabios y, por una vez, la vi sobre su bruma de drogas. —¿Ese es el que amas? ¿El de los fríos ojos azules?

—Sí,—le susurré.

—Pensé que te trataba bien.

—Lo hace,—le dije.

—Los hombres como él generalmente no lo hacen.

–Tengo que irme.

–¿Por su culpa?

Porque lo amaba a pesar de lo que era.

–Porque si me quedo, no obtendré el futuro que he deseado toda mi vida,–le dije en su lugar.

–A veces, el futuro que pensamos que queríamos no es el futuro que necesitamos.

Sacudí la cabeza. –Él no es un hombre que debiera amar. Por eso necesito irme.

Mamá inclinó la cabeza. –No se puede escapar del amor.

No tenía sentido hablar con ella sobre esto. Cada elección de la vida de ella había sido un error. Ambas lo sabíamos. –Tienes que venir conmigo, mamá. No puedes quedarte aquí. Sola.

Ella sacudió su cabeza. –Tengo que pagar mis deudas con la camorra. Y me gusta aquí. Este apartamento es mejor que el último que teníamos.

–Es el apartamento de papá.

–Ahora es mío,–dijo mamá.

–Mamá,–la agarré por los hombros, tratando de hacerla ver la razón. – Si te quedas aquí, no puedo protegerte.

Ella sonrió. –No tienes por qué protegerme, Leona. Yo soy tú madre.

–Mamá...

Ella se puso de pie. –No, por una vez, déjame ser la madre. Si tienes que irte, entonces hazlo. Pero no puedo correr de nuevo.

– La camorra te hará daño si no les pagas. Deberías venir conmigo, mamá. Podemos empezar de nuevo.

– Leona, es demasiado tarde para que comience de nuevo. ¿Y qué pueden hacer para lastimarme que no se me haya hecho antes? Lo he vivido todo y todavía estoy aquí.

La miré fijamente. Ella todavía estaba aquí, pero solo porque había adormecido todo con drogas.

–¿Te ha lastimado?

Me tomó un momento antes de entender a quién se refería. – ¿Fabiano? Él no me ha hecho daño. Pero él hiere a otras personas.

–Si él es bueno contigo, ¿por qué te vas?

Fabiano había sido la primera persona que me había cuidado, pero también era el hombre que me estaba llevando por un camino que no debía seguir.

Alcancé la taza de café. Mis manos temblaron cuando me llevé la taza a la boca y tomé un largo sorbo.

Me tengo que ir. Cerré los ojos contra la sensación de desesperanza que me invadía. Realmente nunca pensé que Las Vegas fuera mi destino final, pero esperaba poder usarlo como punto de partida para algo nuevo y mejor.

Ahora estaba aún peor que cuando llegué a esta maldita ciudad con mi mochila y chancas. No tenía ningún ahorro y no solo eso, ahora incluso había perdido el corazón por un hombre cuyo corazón solo latía por la Camorra. Un hombre que era brutal y peligroso. Un hombre que eventualmente sería mi muerte porque posiblemente no podría mantenerme a salvo y no traicionar su juramento.

Todavía una pequeña y estúpida voz hizo la misma pregunta que mi madre: ¿por qué irme? Esa era probablemente la misma voz que mi madre había escuchado cada vez que regresaba a un chulo después de que él se hubiera disculpado por haberla golpeado con una sevicia sangrienta. Quizás Fabiano había tenido razón la noche de nuestro primer encuentro sobre que nuestro ADN era el que determinaba la mayoría de nuestras decisiones. Quizás los genes de mi madre siempre me impedirían llevar una vida normal.

Mis ojos volvieron a su forma retorcida, encorvada sobre la mesa otra vez. Ya no me miraba, sino que se estaba pelando más de su esmalte de uñas. Le temblaban las manos. Ella necesitaba un tiro. Ella levantó los ojos.

—¿No tienes dinero para mí antes de irte?

No. Este no era mi futuro. —Lo siento mama.

Ella asintió. —Está bien. Solo vete y se feliz.

Ser feliz.

No dije nada. Tomé una ducha rápida, sintiendo un cansancio que no tenía nada que ver con las noches de insomnio. Yo dejaría Las Vegas atrás. Dejaría atrás a Fabiano, y todo lo que él representaba: sangre, oscuridad y pecado.

Me apoyé en la puerta de la cocina. —Me voy,—le dije a mi madre.

Ella me miró. —¿Y no volverás?

—No puedo.

Ella asintió, como si entendiera, y tal vez lo hacía. Después de todo, nos mudamos después de cada una de sus rupturas y nunca regresábamos.

–Me tengo que ir ahora,–le dije. Me acerqué a ella y le di un beso en la mejilla. Olía a humo, y apenas a alcohol. No estaba segura de sí la volvería a ver.

* * *

Treinta minutos más tarde llegué a la arena de Roger. Me dirigí directamente a Cheryl, que estaba como siempre. Su relación con Roger la mantenía ocupada hasta la madrugada casi todos los días. A veces pensaba que ella vivía en el bar. En el momento en que me vio, un gran alivio llenó su rostro y corrió hacia mí, agarró mi brazo y me arrastró hacia una cabina. – ¿Estás bien, polluela? – Preguntó con tono preocupado. Me sorprendió su reacción.

Ella se retiró. –Escuché lo que le pasó a tu padre.

Me puse rígida. Dudo que ella hubiera escuchado lo que realmente sucedió.

–Fue Fabiano, ¿verdad?

Miré hacia otro lado.

–Te dije que era peligroso, polluela. Pero no te culpes por lo que le pasó a tu padre. Lo estuvo pidiendo por mucho tiempo. Es un milagro que durara tanto con todas esas apuestas y juegos de azar.

–¿Me puedes dar algo de dinero?

Ella entrecerró los ojos. –¿Qué pasó con el dinero que ganaste? ¿Tú no se lo diste al bastardo de tu padre para que lo gastase en apuestas?–Se hizo una cruz sobre sí misma como si eso la protegiera de insultar a un hombre muerto.

–Por favor, Cheryl.–No le dije que le devolvería el dinero porque no creía que pudiera. Nunca regresaría a Las Vegas, y si le enviaba dinero, corría el riesgo de que Fabiano me rastreara.

–Quieres correr, ¿verdad?

Asentí. –Tengo que hacerlo.

Ella apretó los labios. –Él no estará feliz por eso.

–Es mi vida. Mi elección.

Cheryl tocó mi mejilla en un gesto casi maternal. –Polluela, dejó de ser tu elección en el momento en que te vio por primera vez y decidió que quería tener una pieza. Él no te dejará ir a menos que pierda interés.

–Tengo que irme,–le dije de nuevo.

–¿Qué le pasó a tu padre que finalmente te hizo ver qué tipo de hombre es?

Ella debió haber visto algo en mi cara porque su expresión se suavizó. – ¿Él también te lastimó?

Me mordí el labio con un pequeño movimiento de cabeza. No podía divulgarle nada a ella. Lo que había sucedido entre Fabiano y yo tenía que seguir siendo mi secreto. ¿Cómo podría explicarle que me había enamorado de alguien como él?

–Si te doy dinero y él se entera...–Ella se calló.

Ni siquiera había considerado eso. Me aparté y asentí. – Tienes razón. No puedo arrastrarte a esto. Me avisaste desde el principio. No quise escuchar. Ahora tengo que lidiar con las consecuencias.

Ella suspiró, luego tomó su bolso y sacó unos billetes. – ¿Cien es suficiente para ti?

Busqué en su cara. ¿Realmente ella quería hacer esto?

Ella me arrojó el dinero. –No me mires con esa mirada de perrito, polluela. Solo toma el dinero y corre lo más rápido que puedas, y no te atrevas a regresar.

Lo tomé vacilante, luego tiré a Cheryl en un fuerte abrazo. Después de un momento de sorpresa, ella me devolvió el apretón. –¿Puedes vigilar a mi madre? ¿Justo ahora y entonces? Sé que es mucho pedir, pero...

–Lo haré,–dijo con firmeza, luego me apartó. –Ahora vete.

Y lo hice. Me di la vuelta y no miré hacia atrás.

CAPITULO 21

Le había enviado un mensaje de texto a Leona dos veces, pero ella no respondió. No quería nada más que ir a ella, pero no podía decepcionar a Remo de nuevo. Esta mañana había actuado como si todo estuviera bien entre nosotros, pero yo tenía mis dudas.

Aun así, necesitaba verla, necesitaba ver si esa mirada rota de ayer se había ido. No podía pensar en otra cosa. Me enderecé del hombre en el suelo. –Hoy es tu día de suerte. No puedo perder más tiempo en ti,–dije mientras envainaba mi cuchillo. Me acerqué al lavabo y comencé a limpiarme las manos. Tomó un tiempo antes de que el agua estuviera clara.

El hombre había levantado su cara ensangrentada del suelo. –Juro que pagaré mañana. Lo juro. Iré con mi hermano...

– No me importa un carajo donde consigues tu dinero. Mañana recibiremos nuestro dinero o pasarás más tiempo de calidad con mi cuchillo.

Él palideció.

Lo dejé en su estado lamentable y corrí a mi coche. Intenté llamar a Leona de nuevo, pero su correo de voz saltó. ¿Y si Remo había cambiado de opinión después de todo?

Lo llamé mientras me dirigía hacia la Arena de Roger.

Respondió después del segundo timbre. –¿Hecho?

–Si hecho. ¿Hay algo más que necesites que yo maneje?

Hubo una pausa. – Ven más tarde. Nino, Adamo y Savio estarán aquí. Pediré pizza y podremos ver viejas peleas.

–De Salami y pimientos para mí,–dije, luego colgué. Remo no tenía a Leona. Estaba dispuesto a olvidar el ayer. Entonces, ¿por qué me estaba ignorando?

Pero sabía por qué. Después de que se había quedado dormida en mis brazos la noche anterior, pensé que podría perdonarme por lo que había hecho, por lo que tuve que hacer porque el gilipollas de su padre no me dejó otra opción.

Me detuve frente a la arena de Roger. Su turno había comenzado hacía una hora. Entré en el bar. Sólo había pocos clientes en las mesas. Me miraron antes de susurrar entre ellos. Todos sabían sobre el sangriento mensaje que Remo había dejado para nuestros otros deudores. El cadáver de Hall era una buena advertencia. La mayoría de ellos habían pagado sus deudas por la mañana.

Mis ojos recorrieron el área del bar, pero en lugar de los rizos ámbar de Leona, vi un cabello negro horriblemente teñido detrás del mostrador. Cheryl si recordaba bien.

Me acerqué a ella. Se enderezó y puso una sonrisa falsa, pero el miedo en su cara me gritó. –¿Dónde está Leona?–Exigí.

–¿Leona?–Preguntó desconcertada, como si no supiera de quién estaba hablando. Dándome un vistazo, dijo rápidamente. – Ella no se presentó. Tuve que hacerme cargo de su turno. Roger está enojado.

–Me importa un carajo lo que diga Roger,–gruñí, haciendo que ella retrocediera.

La miré por unos segundos, ella se retorció bajo mi mirada. –¿Segura que no sabes dónde podría estar?

—Ella es una colega, no una amiga. Mantengo mi nariz fuera del negocio de otras personas. Es más seguro.

Me di la vuelta y me fui. ¿Dónde diablos estaba Leona?

Corrí hacia el complejo de apartamentos en el que ella vivía y golpeé mi puño contra la puerta. En el momento en que la madre de Leona abrió un hueco, empujé hacia adentro. Ella tropezó con sus talones, chocando con la pared. Solo llevaba una tanga, revelando demasiado de su cuerpo agotado, y un momento después me di cuenta de por qué. Un tipo gordo emergió de otra habitación, solo con calzoncillos blancos, luciendo una puta erección.

—¿Dónde está ella?—Gruñí.

La madre de Leona parpadeó. Ella estaba jodidamente drogada.

Su john me miró boquiabierto. Me molestó la mierda de mierda. Agarré su garganta y lo golpeé contra la pared, haciéndolo chisporrotear. Luego volví a mirar a la madre de Leona. —Te doy diez segundos para que me digas dónde está ella o, por Dios, te haré ver cómo despellejo vivo este imbécil.

El terror sacudió su cuerpo.

A la madre de Leona no pareció importarle. Su lápiz de labios estaba manchado en su mejilla izquierda como si se hubiera limpiado la boca. Miré de ella a su cliente, mis labios se curvaron con disgusto. Probablemente a ella no le importaría que lo cortara en pedazos. Lo empujé lejos, luego avancé hacia ella. No me gustaba lastimar a las mujeres, y Leona definitivamente nunca me perdonaría si lastimaba a su madre, pero necesitaba encontrarla. Eso me dejó en un callejón sin salida. Intenté calmar la mierda y concentrarme. Intenté leerla como si estuviéramos frente a la jaula.

Ablandé mi expresión. –Protegí a tu hija. Tu marido...

–Exmarido,–corrigió ella.

–Me deshice de él para que no te hiciera daño a ti ni a Leona de nuevo.

Me di cuenta de que su resolución estaba desapareciendo, pero aún no era suficiente para decírmelo. Metí la mano en el bolsillo trasero y saqué doscientos dólares. Se lo tendí a ella. –Tómalos.–Lo hizo, pero ella vaciló aún. –Podría darte metanfetamina de vez en cuando, gratis.

Sus ojos se iluminaron. Y sabía que había ganado. Las drogas conquistaron sus sentimientos por su hija. –Ella se fue,–dijo con esa voz

ronca. – Ella empacó sus cosas y se fue hace dos horas. No sé adónde. No le pregunté.

–¿Estás segura de que no lo sabes?–Le pregunté en voz baja.

–La estúpida puta apenas recuerda su nombre o cómo chupar una polla, – murmuró John, intentando ponerse de mi lado para salvar su trasero. Estaba tratando de levantarse, pero lo empujé al suelo y desenfundé mi cuchillo, con una furia fría que ardía en mi estómago.– ¿Pedí tu opinión? La próxima vez que nos interrumpas, tendrás que probar mi cuchillo, ¿entendido?

La madre de Leona se encontró con mi mirada. –Leona fue a la estación de autobuses. Eso es todo lo que sé. Lo juro.–Busqué en su rostro. Ella estaba diciendo la verdad. –¿Entonces me darás metanfetamina?

–Lo haré,–le dije, asqueado.

–¿Qué es lo que quieres con ella?–Preguntó la madre de Leona.

–Ella es mía,–le dije.

–No le hagas daño. Ella te ama.

El schok se disparó a través de mí. –No sabes de lo que estás hablando.

Ella no dijo nada, y salí corriendo del apartamento. Me apresuré en mi coche y apreté el acelerador. ¿Ella estaba huyendo de mí? ¿Realmente pensó que la dejaría?

Ella te ama.

Si lo hiciera, no correría. Recordé las palabras de Remo después de que hubiéramos matado a Hall. Que la gente siempre se iba. Leona también se había ido.

Paré el coche en la estación de autobuses. Uno de los conductores del autobús tocó la bocina porque le estaba cortando el camino, me vio cuando salía y rápidamente desvió el autobús alrededor de mi auto, casi golpeando a otro autobús.

Fui a la oficina de billetes.

–¿Qué puedo hacer por ti?–Dijo una mujer mayor con voz aburrida.

Deslicé mi móvil con una foto de Leona hacia ella. –¿A dónde fue?

La mujer miró la pantalla y luego negó con la cabeza. –No te puedo decir...

–¿Dónde?–Repetí lentamente.

Ella levantó sus ojos a los míos. Ella no me reconoció. Empujé hacia atrás mi camisa y le mostré el tatuaje en mi antebrazo. Si ella había vivido en Las Vegas durante más de unas pocas semanas, sabía lo que eso significaba.

–Yo...creo que ella tomó el autobús a San Francisco. Se fue hace diez minutos.

–¿Estás segura? Odiaría perder mi tiempo. –Retiré mi teléfono y lo guardé en mi bolsillo.

Ella asintió.

Me tomó diez minutos más encontrar el autobús. Me coloqué frente a él y golpeé el freno. El conductor del autobús me tocó la bocina e

intentó adelantarme por la izquierda. Refleje su movimiento, así que no tuvo más remedio que detenerse detrás de mí.

Salté del auto al mismo tiempo que el conductor abría la puerta del autobús. Estaba subiendo sus pantalones demasiado grandes sobre su bolsa mientras bajaba los escalones y gritaba. –¿Has perdido tu puta mente? ¡Estoy llamando a la policía!

Lo ignore e intenté pasar junto a él en el autobús. Su mano salió disparada y me agarró del brazo, luego me lanzó el puño.

Movimiento equivocado. Levanté mi antebrazo, esquivando su puñetazo, luego le golpeé el codo en la cara, oyendo y sintiendo cómo se rompían los huesos. Se dejó caer de rodillas con un grito ahogado. – Permanece allí. Un movimiento más, y nunca volverás a ver a tu familia.

Me lanzó una mirada de reojo, furioso, pero después de ver mi tatuaje, era demasiado inteligente para actuar sobre su ira. Esta vez no me detuvo cuando subí los escalones hacia el autobús. Mis ojos vagaron por las filas de asientos hasta que se posaron en unos familiares rizos ámbar en la segunda fila.

Ignoré a la multitud que me miraba fijamente y me dirigí hacia Leona, quien me miró como si fuera una aparición, resucitada del infierno. Me detuve frente a ella y extendí mi mano. –Ven.

– Me voy de Las Vegas, – dijo, pero sus palabras carecían de convicción. Sus ojos azules parecían ver las partes más profundas y oscuras de mi alma, y sabía que odiaba lo que veía. Amor. No, ella no podía amarme.

– No, no lo harás. Tenemos que hablar. Estás saliendo del autobús conmigo ahora.

–Oye, escucha, amigo, si la dama no quiere estar contigo, tienes que crecer un par y aceptarlo,–dijo un chico que parecía no tener ninguna puta atención en el mundo. Un niño mochilero que venía de una buena familia, había tenido una infancia protegida y ahora estaba fuera de aventura. Yo podría darle más que eso.

Algo de la valentía se le escapó de la cara. El tragó.

Leona prácticamente saltó de su silla, agarrando mi brazo, con las uñas clavadas. Aparté mis ojos del niño mochilero y me volví hacia ella.

–Voy contigo. Solo...vámonos ahora,–susurró ella. Le quité la mochila y le hice un gesto para que caminara delante de mí. Ella lo hizo sin protestar. Nadie más intentó detenerme, tampoco el niño mochilero volvió a hacerlo.

Afuera, un coche de la policía se había detenido al lado del autobús. Los oficiales de policía estaban de pie junto al conductor del autobús junto a mi auto, hablando en su radio. Probablemente revisando mi licencia. Leona se detuvo y me lanzó una mirada inquisitiva. –Pareces estar en problemas.

Puse mi mano en su espalda baja, ignorando la forma en que ella se alejó de mi toque. Miró obstinadamente hacia adelante, sin darme la oportunidad de leer su cara. Podía decir que la única razón por la que ella estaba cooperando era que había demasiadas personas a las que podría herir.

El oficial de policía bajó su radio cuando se fijó en mí. Le dijo algo a su colega, luego le hicieron un gesto al conductor del autobús para que los siguiera. Parecía aturdido mientras señalaba en mi dirección. El oficial de policía de más edad tiró del brazo del hombre y dijo algo enojado, luego asintió con la cabeza hacia el autobús. Leona siguió la escena con una expresión de incredulidad. – ¿Incluso la policía? – Preguntó ella horrorizada.

Abrí la puerta del auto para ella. Ella vaciló.

–Las Vegas es nuestra.

Y tú eres mía.

Se hundió en el asiento de cuero y cerré la puerta. Después de haber tirado su mochila en mi baúl, me puse detrás del volante y encendí el motor.

–¿A dónde me llevas?–Preguntó ella.

–A casa.

–¿Casa?

–A tu madre. Esa es tu casa por ahora, ¿verdad?

Ella frunció. –No voy a volver allí. Me voy de Las Vegas.

–Te dije que no lo harás.

–Detén el auto.–Ella comenzó a temblar a mi lado. –¡Detén el auto!–Gritó ella. Si alguien, excepto Remo, hubiera tomado ese tono conmigo, lo habría lamentado por completo.

Me detuve en un estacionamiento y apagué el motor antes de girarme para mirarla.

Estaba mirando al parabrisas y sus dedos se aferraban a sus rodillas con tanta fuerza que sus nudillos se estaban volviendo blancos. –No puedes obligarme a quedarme,–ella soltó.

–Puedo y lo hare,–le dije. Sabía que debería haberla dejado ir, debería haberle dado la oportunidad de seguir adelante, de encontrar una vida mejor, pero no podía.

–¿No has hecho lo suficiente ya?–Preguntó en un susurro enojado.

Levanté mis cejas.–Nunca te he hecho nada.

–¿Realmente crees eso?

–Encontré a tu madre por ti. Te salvé la vida.

–Tú mataste a mi padre,–susurró ella.

–No me digas que lo extrañas. Tu madre definitivamente no lo hace.

Ella palideció como si yo hubiera golpeado demasiado cerca de casa. –
Me arrastraste a tu oscuridad.

–No te arrastré a nada. No te obligué a ir a esa primera cita. No te obligué a besarme ni a dejarme lamerte y tocarte. Fuiste una participante dispuesta y ambos sabemos que lo disfrutaste. Mi oscuridad te encendió.

Sus ojos se agrandaron, pero no lo negó. Ella no pudo. Me incliné muy cerca de ella, saboreando ese dulce aroma. ¿Estaba ella haciendo que fuera el chico malo en esto? ¿De Verdad? ¿No se daba cuenta de lo que estaba poniendo en la línea? Remo iba a estar aún más sospechoso en el futuro. Estaba arriesgando mi estado y ¿qué recibía a cambio?

Ella me apartó de ella. –Voy a tratar de irme una y otra vez. No siempre puedes estar ahí para detenerme.

–Quizás deberías recordar que tu madre todavía nos debe cuatro mil dólares.

Ella se congeló.–¿Estás amenazando con matarla también?

No conteste.–Solo te recuerdo que necesita a alguien que se asegure de que nos devuelva el dinero.–Yo era un maldito bastardo por usar a su madre contra ella, pero haría cualquier cosa para evitar que Leona se fuera, incluso eso.

– Sólo dime lo que quieres de mí. ¿Qué duerma contigo? ¿Eso solucionaría la deuda de mi madre?–Ella lo dijo con tanto disgusto que hizo que mis venas ardieran de furia.

–¿De verdad crees que follarte una vez vale tanto? Leona, créeme, no lo vale. Para que pagues cuatro mil dólares, tendrás que dejarme tener tu vagina durante mucho tiempo.

Ella me abofeteó con fuerza. Ella me había cogido por sorpresa. Cogí su mano, mis dedos apretados alrededor de su muñeca delgada. La sacudí hacia mí, así que nuestras caras estaban a centímetros de distancia.–Esta vez. Solo esta vez,–dije en voz baja. –Nunca vuelvas a levantar tu mano contra mí.

Ella me miró con ojos llenos de lágrimas. –Te odio.

Esas palabras no eran nuevas para mí, sino que venían de ella...

–Puedo lidiar con el odio. El sexo es mucho mejor cuando hay odio involucrado.

– Nunca voy a dormir contigo, Fabiano. Si eso significa que estoy rompiendo alguna regla de la Camorra, que así sea. Tortúrame si es necesario, pero no seré tuya. Ni ahora, ni nunca.

Podía decir que ella hablaba en serio, pero ella no sabía nada de tortura. Me acerqué a su oído. –Ya lo veremos.

Abrió la puerta de un tirón y huyó del coche.

–No olvides tu mochila, –dije por la ventana abierta. Ella fue a la parte de atrás y la recogió. –Y Leona, –le dije en advertencia. –Nunca vuelvas a intentar huir de mí. No te dejaré irte, y te encontraré dondequiera que vayas.

Ella me miró, con los hombros caídos, expresión desesperada.—¿Por qué?—Murmuró ella.—¿Por qué no me dejas ir? No valgo la pena.

Remo estaría de acuerdo con ella ya que decía lo mismo. Y sabía que tenían razón. Ella no era nada. Me había follado a muchas mujeres, podía tener muchas más, Leona no era nada del otro mundo.

—Tienes razón, no lo eres.

Ella se estremeció como si la hubiera destripado. Esos ojos azules heridos. Ella asintió, luego se volvió.

Casi la llamé, pero ¿qué podría haber dicho?

Lo siento. La idea de que me dejes es la peor tortura que puedo imaginar. Sé la mujer por la que Aria me regaló ese brazalete.

Quédate, aunque no valga la pena.

CAPITULO 22

Prácticamente corrí de regreso a casa, mi corazón latía en mi garganta con rabia y dolor. No podía creer lo que me había dicho. ¿Realmente lo había dicho?

Me quedé sin aliento cuando llegué al apartamento. Abrí la puerta y me congelé camino a mi habitación. Gruñidos y gemidos venían de la habitación de mi padre. ¿Mi madre ya la estaba usando para el trabajo? Él no había estado muerto por más de veinticuatro horas y ella había seguido adelante.

Golpeé contra la puerta del dormitorio hasta que finalmente la abrió, vestida con una bata de baño, nada debajo.

—¿Leona?

Un hombre peludo, al menos setenta, estaba tendido en la cama completamente desnudo. Me di vuelta y fui a la cocina donde me agarré al mostrador con fuerza.

Las lágrimas ardían en mis ojos.

Podía escuchar a mamá arrastrarse detrás de mí. —¿Regresaste por culpa de ese hombre? Parecía realmente decidido a encontrarte. Parece que realmente te metiste bajo su piel—dijo mamá mientras se detenía a mi lado. Me costó ignorar su desnudez flaca.

La única forma de meterse debajo de la piel de Fabiano era con un cuchillo. No debería haberme sorprendido de que mi madre tomara la posesividad de Fabiano como una señal de que él se preocupaba por mí. Ella tenía la costumbre de cometer ese error con sus novios anteriores.—No me dejó irme. No quería volver.

—Tal vez sea lo mejor.

Busqué en su cara. —Le dijiste que fui a la estación de autobuses, ¿verdad?

Ella finalmente cerró su bata de baño.— Creo que él realmente se preocupa por ti.

—¿Qué hizo él? ¿Te amenazó?

Ella parecía avergonzada.

–¿Él te dio qué? ¿Dinero? ¿Drogas?

– Él prometió darme metanfetamina de vez en cuando. De forma gratuita, Leona. Pero no le habría dicho nada si no hubiera pensado que tenía buenas intenciones.

Mamá me tocó la mano. – No es malo estar con alguien como él, especialmente si él es bueno contigo. Él tiene poder. Él puede protegerte. ¿Qué tiene de malo estar con él?

–Mamá, Fabiano mató a papá, ¿no te acuerdas?

La mano de mamá apretó la mía. –Me acuerdo. Pero también recuerdo la primera vez que tuve que vender mi cuerpo cuando vivíamos en San Antonio y tu padre le debía dinero a uno de los MC locales. Me pidió que lo ayudara, pero a mis espaldas ya le había dicho a su presidente que me extendería las piernas para pagar su deuda. Eras solo un bebé y apenas me estaba recuperando de darte a luz. Cinco de ellos. Tuve que dormir con cinco de ellos. Tuve que aguantar sus manos sucias por todas partes. Tomaron más de lo acordado. Y fue jodidamente doloroso, ¿pero sabes qué? Después, tu padre me preguntó si ahora también lo follaría. Le odiaba. Pero él prometió que había sido solo esa vez. No lo fue. La siguiente vez que debió dinero, tuve que hacerlo otra vez, y esa vez me dieron metanfetaminas, y las tomé porque me hacían olvidar. Así que sí, recuerdo que Fabiano mató a tu padre y estoy

agradecida. En la calle me contaron lo que sucedió y todo lo que pude pensar fue que deseaba haber estado allí para verlo porque me destruyó, y por eso nunca estuve allí para ti. Fui una madre horrible.

Estaba sin palabras.

–Tu padre siempre solo se protegía a sí mismo. Eso es todo lo que le importaba, salvar su propio culo feo. Entonces, si me dices que Fabiano mato a alguien para protegerte, te digo que podría ser peor. ¿Fabiano te obligaría a pagar sus deudas con tu cuerpo?

–No, –le dije con convicción. –Mataría a cualquiera que se atreviera a tocarme.

–Bueno.

–Oye, ¿vas a volver? ¡Te pagué cuarenta dólares! –Gritó el cliente de mi madre.

Mamá suspiró. –Tengo que volver con él.

La vi salir corriendo al dormitorio. Poco a poco aflojé mi agarre mortal en el mostrador.

Necesitaba encontrar una manera de obtener el dinero que mi madre le debía a la Camorra, para que pudiera dejar de vender su cuerpo. Si continuara trabajando en la Arena de Roger, ganaría suficiente dinero para pagar el apartamento, la comida y sus drogas. Nunca más tendría que soportar el toque de nadie. No quería pensar en lo que ella había dicho sobre Fabiano. Incluso antes de sus palabras, cuando me senté en el autobús, me preguntaba si realmente debería dejarlo. Si tenía que renunciar a la posibilidad del amor. Pero las duras palabras de Fabiano hoy habían tomado esa decisión de mi pecho. Esto no era sobre el amor, al menos para él.

Saqué el resto del dinero que Cheryl me había dado del bolsillo. Todavía me quedaban cincuenta dólares. No mucho. Pero podrían convertirse en más.

Agarré mi mochila de nuevo y salí, contenta por el silencio en el dormitorio. Si tenía que escuchar lo que mi madre estaba haciéndole a ese viejo bastardo, lo perdería.

La cara de Cheryl cayó cuando entré en el bar. Dejó de hacer lo que había estado haciendo y se tambaleó hacia mí, ignorando a algunos clientes que la saludaban para que les sirviera. Mel se hizo cargo rápidamente. Cheryl me agarró del brazo y me tiró detrás de la barra. – ¿Qué estás haciendo aquí? ¿No deberías haberte ido ya?

—Fabiano me atrapó,—le dije en voz baja. No necesitaba que la gente escuchara. Me di cuenta por las miradas que la gente me estaba dando que ya estaban hablando de mí por lo que le pasó a mi padre.

—Oh mierda.—Ella suspiró.—Te lo dije.

—Lo sé.

—Sabes, si él no te deja ir, quizás necesites golpearlo con sus propias armas. Adelante, déjalo divertirse, dale lo que quiere hasta que ya no lo quiera más. ¿No puede ser tan difícil?

Miré hacia otro lado.

—¿O es también una especie de bastardo sádico en el dormitorio?

No dije nada. Sabía que Fabiano no le agradaría que hablara de este tipo de cosas. Por alguna razón, no quería traicionar su confianza, y me sentía incómoda hablando de ellas. Porque no importaba lo que había dicho durante nuestro último encuentro, había mostrado un lado más amable cuando estaba conmigo, un lado que no quería que la gente supiera.

Dormir con Fabiano no me asustaba por las razones que Cheryl sospechaba. Había estado muy lejos de los sádicos en el dormitorio.

–Te devolveré tu dinero tan pronto como Roger me pague, ¿de acuerdo?
–Le dije.

Ella se encogió de hombros. –No me importa el dinero. Ojalá te hubiera ayudado.

Sonreí. Nunca olvidaría que ella había estado dispuesta a ayudarme. –
¿Dónde está Griffin?

Sus cejas se alzaron. –No vayas por ese camino. Es una resbaladiza. Ya viste adónde llevó a tu padre.

Ella no tenía que decírmelo. Recordé lo que le había pasado a mi padre, lo había revivido en colores vivos en varias ocasiones. Pero después de lo que mamá me había dicho hoy, ya no estaba rota por su muerte. Al menos no porque se hubiera ido. Solo deseaba no tener que ver a Fabiano hacer lo que él había hecho. –Sé lo que la adicción les hace a las personas, y no tengo ninguna intención de hacer de las apuestas un hábito, créeme.

–Nadie lo hace.–Ella se encogió de hombros. –Está en la cabina detrás de la jaula.

–Gracias,–dije, luego me dirigí a Griffin.

Estaba sentado con la mirada pegada a su iPad mientras empujaba el tenedor de papas en la boca. Me hundí en el banco frente a él. Levantó la vista, luego volvió a bajarla.–No necesito nada.

–No estoy aquí para servirte,–le dije rápidamente.

Le entregué los cincuenta dólares. –Quiero apostar contra Boulder.

Griffin levantó una ceja gris, luego asintió. Boulder había ganado todas las peleas en las últimas semanas. Se rumoreaba que sería el próximo rival de Fabiano, si ganaba esta noche. Y todos estaban seguros de que ganaría esta noche.

–Eso es 1 a veinte,–dijo con calma.

Mucho dinero. –¿Puedo apostar dinero que no tengo?

–Puedes obtener un crédito de nuestra parte y usarlo para tu apuesta,– dijo Griffin, y luego señaló mi muñeca.–O podrías dejar eso para una apuesta. Te daría quinientos.

–Vale mucho más,–murmuré.

Se encogió de hombros. –Entonces véndelo en otro lugar.

Toqué la delicada pulsera de oro. – No está a la venta. – Estúpida. Estúpida. Estúpida. Por alguna estúpida razón, no tenía el corazón para vender el regalo de Fabiano.

–Solo dame doscientos como crédito.–En deuda con la Camorra, qué día. Boulder tendría que perder esta noche. Entonces mamá sería libre, y Fabiano ya no podría tener su deuda contra mí.

Tuve que mirar por segunda vez, incapaz de creer en mis ojos. Leona le estaba entregando dinero a Griffin, a nuestro corredor de apuestas. Solo había venido a la arena de Roger para ver si Leona ya había regresado al trabajo y para ver la pelea de Boulder más tarde. Me acerqué a ellos. –¿Qué está pasando aquí?

Griffin me saludó con la cabeza. –Ganar dinero como se supone que debo.

Leona me miró indignada.

—¿Cuánto apostó ella?

—Cincuenta en efectivo y doscientos por adelantado contra Boulder.

Le lancé una mirada. Boulder era uno de los mejores. Él iba directamente detrás de mí y de los hermanos Falcone. Él no perdería su pelea. —Ella no está apostando,—ordené.

Griffin vaciló con sus dedos contra su iPad, finalmente levantando la vista. Un ceño fruncía sus cejas grises juntas.

—Lo hago,—interrumpió Leona. —Mi dinero es tan bueno como el de cualquiera.

La gente alrededor empezaba a mirarnos fijamente. La agarré del brazo y la levanté de la cabina de cuero y la aparté de Griffin.

—¿Eso significa que la apuesta sigue en pie?—Gritó. Por eso le gustaba a Remo. Siempre estaba concentrado en el trabajo que tenía a mano, nunca se distraía.

–Sí,–gritó Leona en respuesta.

La arrastré hacia la parte de atrás y luego bajé a la sala de almacenamiento, hirviendo. Solo cuando la puerta se cerró detrás de nosotros, la solté. –¿Has perdido tu puta mente?

– Necesito dinero para pagar las deudas de mi madre contigo, ¿recuerdas?–Murmuró ella. Me tambaleé hacia ella, apoyándola contra la pared. Ella me estaba volviendo loco.–¿Y crees que puedes hacer eso haciendo nuevas deudas? Boulder ganará y no solo perderás los cincuenta que entregaste, sino que estarás endeudada con doscientos más. No creo que los tengas, y pronto serán el doble.

Ella me dio una mirada de 'qué-qué'–Sé lo que significa estar en deuda con la Camorra.–Por primera vez, ella hizo rodar las letras de la misma manera que yo. –Vi lo que significa estar en deuda con tu Capo.

Presioné mis palmas contra la pared al lado de su cabeza, mirándola. –Has visto lo que significa estar en deuda con Remo, pero nunca has sentido lo que significa estar en deuda con nosotros. Hay un mundo de diferencia entre esos dos escenarios.

Ella sonrió sin alegría. No. Se veía mal en su cara pecosa. Esas sonrisas eran para otros. No para ella– ¿Y quién me va a hacer sentir lo que

significa? ¿Quién me va a recordar mis deudas? ¿A quién enviará Falcone para hacer su trabajo sucio? ¿A quién enviará para que me rompa los dedos o me lleve de vuelta a ese sótano?

No dije nada

—¿Quién será el que me hará sangrar y suplicar, Fabiano? ¿Quien?

Ella sacudió la cabeza, pareciendo aplastada. —Tú eres su Enforcer. Su mano sangrienta. Tú eres el que tengo que temer, ¿verdad?

Enderezó su espina dorsal y alcanzó el cuchillo en la pistolera de mi pecho. La dejó hacerlo. Ella sostuvo mi mirada mientras lo sacaba. —¿Quién va a perforar mi piel con este cuchillo? ¿Quién va a sacar mi sangre con esta hoja?

Ella presionó la punta del cuchillo contra mi pecho. —¿Quién? —La palabra era un mero susurro.

Me incliné más cerca, incluso cuando la hoja cortó mi camisa y mi piel. Leona la retiró, pero me acerqué aún más. —Espero que nunca lo averigües,—murmuré. —Porque seguro que no seré yo, Leona.

Ella exhaló y yo estrellé mis labios contra los de ella, mi lengua exigiendo la entrada. Y ella se abrió, devolviéndome el beso casi enojada. El cuchillo cayó al suelo con un estrépito mientras deslizaba mi mano entre nosotros y en sus bragas hasta que encontré su centro caliente, ya mojado. Pasé mis dedos sobre su clítoris, haciéndola jadear en mi boca. Deslicé mi dedo en su apretado calor. Tan jodidamente caliente.

Se tensó ante la intrusión extraña, pero se ablandó a mi alrededor cuando presioné el talón de mi palma contra su manojito de nervios. La follé con los dedos lentamente, permitiéndole que se acostumbrara a la sensación. – No quiero verte apostar nunca más. ¿Me escuchas? Y ninguna otra forma desordenada de ganar dinero tampoco. No siempre seré capaz de protegerte.

Ella resopló, sus ojos se pusieron vidriosos de placer mientras la bombeaba lentamente con mi dedo. "¿Y cómo se supone que voy a pagar la deuda de mi madre? ¿O tal vez no quieres que lo haga, así puedes chantajearme con eso?– Su voz temblaba de deseo. El sonido más sexy del mundo.

Pasé mis nudillos sobre su costado hasta su pecho y pasé su pezón a través de su camisa, sintiéndola temblar contra mi toque. Ella se estaba acercando. –Este es un buen comienzo.–Estaba bromeando con ella.

Ella se apartó, obligándome a apartar mi dedo. –No,—ella siseó como un animal herido.—Te dije que no, y eso queda. Tú mismo lo dijiste: no valgo la pena tu tiempo. No soy nada, ¿recuerdas?

Negué con la cabeza. –No eres nada.—Si lo fuera, Remo no estaría respirando en mi cuello.

—¿Qué soy entonces, fabiano?

Me incliné y la besé lentamente, dejando que su aroma y sabor envolvieran mis sentidos, antes de retroceder. Sus mejillas estaban enrojecidas. –Tú eres mía.

Di un paso atrás, me di la vuelta y la dejé sola en el almacén.

—Tú eres mía.

Lo observé irse, aturdido. Por un momento, me miró como si yo fuera inexplicablemente preciosa. ¿Se trataba de algo más que él, queriendo ser mi dueño?

No seas estúpida.

Él era un asesino. Un monstruo. Era la mano derecha de Falcone. Él era su Enforcer.

Me estremecí ante la idea de lo que le hacía a la gente por orden de Falcone. No era el chico lindo que me había llevado la primera vez que lo había visto. ¿Cómo podría haberlo tomado por algo más que un asesino? Fabiano era muchas cosas, pero lindo o amable no estaba entre ellas. Y sin embargo me había enamorado de él. ¿Qué decía eso de mí?

Esta ciudad estaba podrida, corrupta y brutal. El diablo tenía sus garras hundidas profundamente en el suelo de Las Vegas y no estaba soltándola. Si quería sobrevivir en esta ciudad, tenía que jugar sucio como cualquier otra persona. Miré mi reloj. Tres horas hasta la pelea final, hasta que Boulder me devolviera mi dinero. Fabiano lo había dicho él mismo: no siempre podía protegerme y no quería que lo hiciera. Necesitaba tomar las cosas en mis propias manos. Algo en el suelo me llamó la atención. El cuchillo de Fabiano. Yo lo levanté.

Rápidamente me apresuré a subir las escaleras, buscando un rastro de Fabiano en la barra, pero él se había ido. Aliviada, me apresuré hacia Cheryl.—Necesito irme por un tiempo. Volveré pronto.

—¡Hey!—Me llamó, pero ya estaba saliendo.

Regresé una hora más tarde con algunas de las píldoras de mi madre en el bolsillo. Ellas eran las que tomaba cuando no podía conseguir metanfetamina. La hacían marearse y su corazón latía como tambores de arbusto en su pecho. Esperaba que le hicieran lo mismo a Boulder.

* * *

Mis nervios estaban desgastados cuando comenzó la segunda pelea. No había visto a Boulder todavía. Y si no se presentaba temprano para su pelea, no podría entregarle la botella de agua que había preparado para él.

—¿Qué te pasa esta noche?—Cheryl tomó el vaso con cerveza de mi mano. La cabeza de espuma había disminuido. La arrojó al fregadero, luego sacó una nueva y se lo dio al hombre al final de la barra.

Y luego el hombre calvo de torso de barril conocido como Boulder finalmente entró en el bar y se dirigió hacia el vestuario. Saqué la botella de la mochila debajo de la barra y otra, sin tocar para su oponente antes de seguirlos lentamente. Miré a mi alrededor antes de llamar a la puerta. La gente estaba ocupada con la lucha.

Ningún sonido vino del interior, pero empujé la palanca hacia abajo y entré.

Boulder estaba sentado en el banco, mirando al suelo, concentrado. Levantó la vista y le tendí la botella. No la tomó, solo asintió con la cabeza hacia el banco a su lado. Estaba a punto de ponerla allí cuando noté que la sustancia blanca se había acumulado en el fondo de la botella. Le di una rápida sacudida, luego la dejé a su lado.

Esperé un momento, pero él no se movió para tomarla. Su oponente salió del baño y le di la otra botella.

Me di la vuelta y me fui. No podía quedarme a esperar. Siempre llevaba agua a los combatientes, pero no me quedaba para verlos beberla. Cuando salí, solté un suspiro nervioso, luego fui rápidamente detrás de la barra antes de que alguien notara que algo estaba mal.

Cuando Boulder emergió para su pelea, él sostenía la botella en su mano. Si él no la hubiera tomado, me habría cavado un agujero más profundo. Se subió al anillo y levantó la botella, luego derramó un poco del líquido sobre su cabeza.

Contuve la respiración y solo la solté, cuando finalmente levantó la botella a sus labios y la vació.

Tomaba un tiempo para que las píldoras surtieran efecto, y el cambio era sutil. Esperaba lo suficientemente sutil como para que nadie sospechara nada. Simplemente parecía que le faltaba concentración y, en ocasiones, como si estuviera aturdido, lo que podía explicarse por los golpes que su oponente había recibido contra su cabeza.

Cuando Boulder cayó, y finalmente se rindió, podría haber muerto de alivio. Esperé a que el alboroto se calmara y la mayoría de los invitados se marcharan antes de acercarme a Griffin en un momento de tranquilidad. Me entregó cinco mil dólares y la sensación de los billetes crujientes calmó mis nervios. – Este es tu día de suerte, supongo,–dijo.

Asentí, repentinamente aterrorizada de que él pudiera sospechar. Me di la vuelta y me fui antes de que alguien más me viera con Griffin.

Agarré mi mochila, metí el dinero dentro y me dirigí a la puerta trasera. ¿Y si esto hubiera sido un gran error? Si alguien se enteraba, estaría condenada.

Fabiano me estaría esperando en el estacionamiento y no quería enfrentarme a él ahora, no hasta que estuviera segura de poder mentir convincentemente sobre el día de hoy.

Atravesé la puerta trasera y respiré el aire frío de la noche, tratando de sofocar mi pánico. No debería haberlo hecho.

–Divertida coincidencia,–dijo alguien detrás de mí.

Me di la vuelta para encontrar a Soto unos pasos detrás de mí.

–Has ganado bastante dinero hoy.

Mi mano en la mochila se apretó. Todavía tenía el cuchillo de Fabiano enterrado en algún lugar, pero recordé lo poco que me había ayudado contra Fabiano. Soto no era Fabiano. Nunca lo había visto pelear, pero sospechaba que tenía más práctica en el manejo de los cuchillos que yo.

Se acercó más.–Me hace preguntarme cómo tienes tanta suerte. Estoy seguro de que Remo también se lo preguntará si se lo digo.

Metí la mano en mi mochila, luego saqué el cuchillo.

Él río. – Desde el sótano, no puedo dejar de imaginar cómo sería enterrar mi polla en tu coño. Es una pena que Fabiano haya tenido el honor de manejarte.

–No te acerques, o voy a...

–¿Matarme?

–Soto.–La voz de Fabiano se deslizó a través de la tenue luz de la calle trasera. Me di vuelta lentamente. Fabiano estaba acechando hacia nosotros. Su forma alta se mezclaba con la oscuridad, vestida con una camisa negra y pantalones negros.

Soto tenía su mano en el arma en la funda que rodeaba su cintura, sus ojos entrecerrados en Fabiano. –La vi llevar agua a Boulder antes de la pelea, y él perdió.

–Ella es una camarera, Soto. Ella sirve a todos los tragos. Ella también me sirve agua antes de mis peleas,–dijo Fabiano condescendentemente mientras se posicionaba entre Soto y yo.

–Ella te sirve más que eso por lo que escuché. Ella apostó dinero contra él y él perdió. Remo no lo creerá una coincidencia. Remo amará eso. Aparentemente, no hiciste un buen trabajo en el sótano o le hubieras dado algún sentido. Esta vez me aseguraré de que Remo me deje manejarla. Y lo hará después de joderte.

– Probablemente tienes razón, – dijo Fabiano lentamente, con los ojos puestos en mí. No pude apartar la mirada. Sus ojos ardían de emoción. – Él te dejará manejarla. – Sostuvo su arma en su mano, pero Soto no podía verla.

No dije nada

Puso un silenciador en el cañón con facilidad practicada.

El cielo me ayude. Le dejaría matar a un hombre por mí. Otra vez. Pero esta vez pude haberlo detenido.

Fabiano me miró fijamente, como si esperara que yo protestara. No lo hice.

Luego se dio la vuelta y apretó el gatillo. La cabeza de Soto fue empujada hacia atrás por la fuerza, y luego cayó al suelo. Me quedé mirando su forma inmóvil. No sentí nada. Ni arrepiento. Sin alivio. Ni triunfo tampoco. Nada.

Fabiano desmontó el silenciador de la pistola y lo volvió a la pistolera alrededor de su pecho, luego se acercó a mí, tomó el cuchillo de mis manos temblorosas antes de tocar la palma de mi mano. Lo mire.

–Tú lo mataste.

Mató a uno de los hombres de Remo. Otro camorrista. Por mí.

–Prometí protegerte y cumpliré mi promesa sin importar el precio.

Las palabras colgaban entre nosotros.

–Sal. Ve a mi apartamento y espérame allí. Toma un taxi.

Me tendió las llaves. Las tomé sin una palabra de protesta. Me soltó y retrocedí lentamente.–¿Qué vas a hacer?

–Me encargaré de esto,–dijo, frunciendo el ceño hacia el cuerpo muerto.

Tragué, luego giré sobre mis talones y corrí hacia la carretera principal para tomar un taxi. Tenía que confiar en Fabiano para manejar esto, para sacarnos del desorden que había causado.

Se sintió extraño entrar en su apartamento sin él. Mi cuerpo estaba temblando de adrenalina mientras subía las escaleras hacia el

dormitorio. Fabiano había matado por mí. Y yo le había dejado. Podría haber advertido a Soto. Una advertencia, eso es todo lo que habría tomado. Me había quedado en silencio. Pero no había culpa.

¿Por qué no había culpa?

Finalmente estás jugando según sus reglas, Leona. Es por eso.

Tomé una larga ducha caliente para calmar mis nervios desgastados. Cuando volví al dormitorio vestida con una de las camisas blancas de Fabiano, había pasado casi una hora. Esperaba que Fabiano estuviera aquí para ahora.

La preocupación me retorció el estómago. *¿Y si algo hubiera salido mal? ¿Y si alguien nos hubiera visto y alertado a Remo?*

Me sentí mareada de ansiedad cuando me hundí en la cama. Mis ojos permanecieron en el reloj de la mesita de noche, mirando como un minuto detrás del otro paso, y preguntándome por qué necesitaba que Fabiano regresara a salvo.

Traición.

Rompí el Omertà matando a un compañero camorrista.

Por leona.

Consideré mis opciones mientras miraba el cuerpo de Soto. Podría, por supuesto, hacerlo desaparecer. Nadie lo echaría de menos, y mucho menos su golpeada esposa. Pero Remo podía ser reacio a creer que Soto desertó. Después de todo, el hombre había sido leal.

—Maldita sea,—murmuré. Lealtad.

Lealtad a la Camorra y a Remo, eso es lo que había jurado. Un juramento que significaba todo para mí, pero proteger a Leona hacía imposible mantener mi juramento.

A Remo no le importaba un carajo lo de Soto o que yo lo hubiera matado, pero a él le importaría que yo matara a un Made Men sin sus órdenes directas.

Y luego estaba la lucha miserable de Boulder esta noche. Era una gran posibilidad que Remo sospechara de eso también. Dios, leona. ¿Por qué tenías que apostar dinero? ¿Por qué tenía que meterse con cosas de las que no tenía ni idea?

Porque la había acorralado en un rincón y los perros acorralados intentaban morder. ¡Mierda!

Podría intentar culpar a Soto por el fracaso de Boulder. Decirle a Remo que él había drogado al hombre y que yo lo había matado por eso. Pero Soto no tenía interés en cambiar el resultado de la pelea. Él no había hecho una apuesta, ningún Camorrista lo haría si supiera lo que era bueno para ellos. Pero Leona lo había hecho, y Griffin le diría a Remo si preguntaba. Agarré a Soto y lo arrastré hacia mi auto. El estacionamiento estaba desierto, pero si perdía más tiempo parándome y buscando una solución al lío en el que estaba, eso podría cambiar. Puse el cuerpo de Soto en mi maletero, y me marché, fuera de la ciudad y hacia el desierto. Tenía una pala en mi maletero, junto al neumático de repuesto.

Cuando encontré un lugar prometedor, estacioné el auto, tomé la pala del maletero y la empujé violentamente en el suelo seco. Me llevaría horas cavar lo suficiente para esconder el cuerpo. Y todo el trabajo duro podría ser para nada al final.

Estaba cubierto de tierra y sudor cuando finalmente abrí mi apartamento con mi segunda llave. Estaba tranquilo por dentro. Cerré la puerta y me dirigí al gabinete de licor. No me molesté con un vaso, sino que tomé un largo trago de whisky de la botella. La quemadura del alcohol despejó la niebla del agotamiento.

Leona apareció en lo alto de la escalera, iluminada por el suave brillo del dormitorio. Estaba vestida con una de mis camisas. Ella se veía pequeña en eso. Vulnerable.

—¿Fabiano? ¿Eres tú?—Preguntó vacilante. Tomé otro trago.

Puse la botella en el mostrador y me dirigí hacia las escaleras, luego las tomé una tras otra. Los ojos de Leona se fijaron en mi aspecto arrugado. —Estaba preocupada,—dijo mientras me detenía dos pasos por debajo de ella, llevándonos al nivel de los ojos.

—Lleva un tiempo enterrar un cuerpo en un suelo seco y desértico,—le dije, con voz ronca por el whisky.

Ella asintió como si supiera de lo que estaba hablando.—Lo siento.

—Lo siento también,—dije finalmente.

Su boca se abrió.—¿Lo haces?

–Por hacerte pensar que no tenías más remedio que hacer algo tan tonto, por hacerte creer que no podías venir a mí para pedir ayuda. No por matar a tu padre. Lo haría de nuevo si eso significara protegerte.

Ella desvió la mirada, con el pecho agitado. –Parece que podrías tomar una ducha.

Sonreí con ironía. –Podría usar muchas cosas en este momento.

Ella inclinó su cabeza hacia mí, buscó en mis ojos, pero no dijo nada. Pasé junto a ella al dormitorio y continué hacia el baño. Me quité la ropa. Estaba cubierta de polvo y la sangre de Soto. Tendría que quemarlas en la mañana. No es que importara. Me metí en la ducha. Leona estaba en la puerta, mirándome. Mantuve mis ojos en ella mientras el agua caliente llovía sobre mí. Me gustó verla en mi camisa. Yo la habría preferido desnuda.

Esta noche todo había cambiado. Había hecho una elección, y había elegido a Leona. Sobre la camorra, sobre remo.

¿Qué había pasado en el sótano? Eso era algo que Remo había podido pasar por alto, pero hoy, ¿matar a uno de sus hombres para proteger a una mujer?

No. Eso era algo que nunca perdonaría, ni comprendería. Él no era del tipo perdonador. No me lo perdonaría si fuera él.

Cerré el agua. Leona tomó una toalla y me la entregó. Sus ojos se movieron por mi cuerpo, luego volvieron a mi cara. La deseaba. Quería, necesitaba una pequeña señal de que había elegido bien. Mierda.

Me sequé a medias, luego tiré la toalla al suelo.

Leona no se movió mientras avanzaba hacia ella, agarré sus caderas y bajé mi boca a la de ella para un fuerte beso. Mis dedos en su cintura se apretaron cuando ella me devolvió el beso.

Comencé a guiarla hacia atrás, fuera del baño y hacia mi cama. Ella no se resistió. Sus piernas golpearon el marco de la cama y ella cayó hacia atrás. Mi camisa subía por sus muslos, revelando que no llevaba bragas. Respiré con fuerza. Mi polla ya estaba dura. Quería finalmente estar en ella.

Ella debe haberlo visto también, pero solo había necesidad en sus ojos, no miedo. Me subí a la cama y me moví entre sus piernas, luego las separé y bajé mi cuerpo sobre el de ella.

Ella contuvo el aliento tenso, pero no me apartó, ni protestó. La besé de nuevo, mi lengua probando su boca. Mi polla estaba presionada contra su muslo interno. Un pequeño cambio de mis caderas y estaría enterrado en su apretado calor.

Levantó una mano, la que tenía el brazalete, y la pasó por mi cabello mojado, que goteaba agua sobre nuestras caras.

Me retiré un par de pulgadas. –¿Por qué no lo empeñaste por tu apuesta?

Ella siguió mi mirada. –No pude hacerlo. Porque me lo diste.

Mierda. La mirada en sus ojos. –Pensé que me odiabas. Eso fue lo que dijiste.

–Estaba intentándolo. Pero...–se calló.–Me salvaste de nuevo. Tú eres el único que se preocupa lo suficiente como para arriesgar cualquier cosa por mí. Es patético, pero solo estás tú.

No pude decir nada a sus emotivas palabras. Nada que les hubiera hecho justicia.–Te quiero,–le jadeé en su oído, y luego agregué en voz aún más baja.–Te necesito.

Sus ojos buscaron los míos. No podía dejar de buscar algo, incluso después de todo lo que había sucedido.

Levantó sus caderas ligeramente, haciendo que la punta de mi polla se deslizará sobre sus pliegues resbaladizos. Siseé en respuesta a la invitación silenciosa. Era demasiado tentador. Podía tomarla ahora mismo, no tenía que esperar más. Pero valió la pena la espera.

Me acomodé en mis brazos y desabotoné su camisa, luego la ayudé a quitarla y permití que mis ojos se fijaran en su impecable piel. Estaba cansado y todavía irritado. Mi control estaba en sus límites, pero me obligué a bajar la boca a su coño. La sorpresa cruzó su rostro y luego sus labios se separaron en un suave gemido cuando metí mi lengua entre sus pliegues. Después de unos pocos golpes a lo largo de su carne caliente, cerré mis labios alrededor de su clítoris. Estaba demasiado impaciente por el lento acercamiento.

Ella me recompensó con un jadeo y abrió sus piernas aún más abiertas. Mi boca sobre su manojito de nervios rápidamente la hizo jadear y resbaló con la excitación. Empujé un dedo dentro de ella, amando la forma en que sus paredes se apretaban a mi alrededor. No podía esperar a que le hicieran eso a mí polla. Ella golpeó sus caderas, gritando y empujé un segundo dedo en ella. Se estremeció, mientras la guiaba a través de su orgasmo con movimientos lentos de mis dedos y lengua. Pero mi propia necesidad era demasiado urgente ahora. Mi polla estaba cerca de explotar.

Me enderecé y alcancé el cajón. Tomé un condón antes de cubrir mi polla con él. Leona me miró con una mezcla de temor y anticipación. Me estiré sobre ella y guie mi polla hacia su entrada. Por un momento, consideré decir algo, palabras que ella quería escuchar, palabras amorosas, palabras amables, pero no pude. Estaba lleno de tanta oscuridad y desesperación porque sabía que esta era la única noche que tendríamos. Lo sentí en el fondo.

Sostuve su mirada mientras empujaba hacia adelante. Mi punta se deslizó, fuertemente agarrada por su calor. Ella se tensó, el aliento se detuvo en su garganta. Sus ojos eran suaves, y jodidamente emocionales. No pude contenerme. Yo no quería. Me capturó su boca, ojos clavados en los de ella hacia abajo, cuando yo reclamé su totalidad. Su resistencia cayó bajo la presión y jadeó contra mis labios, con el cuerpo tenso debajo de mí.

—Traicioné por ti, maté por ti,—le dije con brusquedad, alejándome de ella lentamente hasta que solo mi punta permaneció dentro de ella. —Sangraré y moriré por ti. — Me empujé hacia ella, tratando de contenerme.

Sus ojos se ensancharon. De mis palabras y dolor. Ella se aferró a mí, esos jodidos ojos azules acianos nunca dejaron mi cara.

Voy a sangrar y moriré por ti.

No era una promesa, ni una declaración de mis sentimientos. Era una predicción.

Empujé más y más fuerte con cada empuje y ella se aferró a mí, sus ojos se clavaron en los míos. Y la reclamé con cada empuje, tratando de convencerme de que valía la pena, que Leona valía la pena que estaba dispuesto a asumir por ella. Que valía la pena morir por ella.

Porque Remo me mataría.

Ella contuvo el aliento un par de veces. Sabía que necesitaba ser más cuidadoso, ir más lento, pero no podía parar. Sentí que nuestro tiempo pasaba por nuestros dedos y necesitaba hacer que cada momento contara. Ella me hizo traicionar a Remo, algo que nunca había considerado, me hizo romper mi juramento de poner a la Camorra primero.

¿Valió la pena?

Mientras nuestros cuerpos cubiertos de sudor se movían uno contra el otro, mientras su estrechez se apretaba sobre mí, mientras sus ojos colgaban de los míos con confianza y algo más fuerte y más peligroso, decidí que valía la pena. No estaba seguro de cómo había llegado a esto. ¿Cómo podría haber dejado que llegara tan lejos? ¿Cómo podría

ella todavía mirarme con esos jodidos ojos cariñosos después de todo? Ella estaba en mal estado, y yo también.

La abracé con fuerza cuando entré en ella. Ella jadeó de nuevo, su respiración trabajosa, las mejillas enrojecidas. Parpadeó lentamente hacia mí como si estuviera aturdida y solo se despertará de un sueño. Sus labios rozaron los míos suavemente, y pude ver por la mirada en sus ojos que estaba a punto de decir palabras que no podía responder. Palabras que ni siquiera debería considerar decir, no después de lo que había hecho, no después de lo que sabía de mí, no cuando estaba caminando muerto. Ninguna palabra cambiaría eso. Nada podría.

—No digas nada,—le susurré con dureza, y ella escuchó. Me di la vuelta y la jalé contra mí. Ella hizo una mueca, pero luego se apretó contra mí. Su cuerpo contra el mío se sentía como se suponía que debía ser así. Pero sabía que podría ser la única vez que podría abrazarla así.

Me desperté con los dedos de Fabiano trazando mi espina. El toque era suave, casi reverente.

Miré por encima de mi hombro. Se apoyaba en su brazo y siguió el movimiento de su mano en mi espalda. Manos que podían matar sin remordimientos, manos que eran inexplicablemente amables

conmigo. Su mirada me encontró y me di la vuelta. Ninguno de los dos dijo nada. Lo besé.

Estaba adolorida por la noche anterior, pero no dejaría que eso me detuviera, no solo porque parecía que él necesitaba esto más que el aire, sino también porque yo lo necesitaba. Anoche, Fabiano, encima de mí, en mí, sentí como si las cosas hubieran encajado. Nunca había tenido un lugar al que llamar hogar, pero con él me sentía anclada.

Las cosas eran complicadas entre nosotros, no podían ser de otra forma, dados nuestros pasados y vidas, pero sabía que no importaba lo que fuera, nadie me haría sentir más cuidada que él. Estábamos torcidos, rotos y jodidos. Nosotros dos. ¿Por qué había pensado alguna vez que podría estar con alguien diferente, con un pasado normal? Ese tipo de hombre nunca me entendería, no de la misma manera que lo hacía Fabiano. Alcanzando su cuello, lo jalé hacia mí. Él no se resistió. Nuestros labios se deslizaron uno sobre el otro mientras se extendía entre nosotros, encontró mi abertura para probar mi preparación. Se movió y su punta presionó contra mí. Mis dedos en su cuello se apretaron cuando me reclamó con un empujón lento. Mis paredes temblaron en una mezcla de dolor y placer. Exhalé bruscamente. Se movió lentamente, suavemente. La noche anterior había sido de desesperación y posesividad, y tal vez incluso el miedo y la ira. Esto era diferente. Se sentía como...hacer el amor. De una manera retorcida. Tal vez torcido era todo lo que obtendría.

Su boca encontró la mía mientras su pecho se frotaba sobre mis pechos. Gemí cuando él golpeó un punto muy adentro, levantó mi trasero, necesitando más. Sus dedos se deslizaron entre mis piernas, encontrando mi manojito de nervios y comenzaron su juego suave. Jadeé contra sus labios, y su lengua se deslizó dentro, encontrándose con la mía para un baile lento. Mis dedos se curvaron y mis dedos arañaron la ropa mientras él aceleraba. Chispas de placer viajaron desde mi núcleo a cada terminación nerviosa.

Grité, mis caderas se movieron, y Fabiano me empujó con fuerza mientras él también perdía el control. Nos quedamos sin aliento, nos sacudimos el uno al otro. Demasiadas sensaciones, demasiados sentimientos. Por un momento no se movió, su boca caliente contra mi garganta, luego se dio la vuelta y me jaló con él para que mi mejilla descansara contra su pecho. Como si estuviera tratando de ocultarme su rostro.

Nuestra respiración era irregular.

—Mi hermana me la dio,—dijo. Sus palabras me arrastraron de vuelta a la realidad.

Yo seguí su mirada hacia la pulsera que colgaba alrededor de mi muñeca. Giré la cabeza para echar un vistazo a su expresión, pero él apretó su agarre.

—¿Tu hermana?

—Aria, mi hermana mayor. La última vez que la vi, me la dio.

Que su hermana se lo hubiera dado, lo hacía aún más precioso. —
¿Cuándo tú eras más joven?

—No,—dijo en voz baja.—Poco antes de conocerte. Estuve en una misión en Nueva York.—Se calló. No quería hablar sobre la misión, y yo no insistiría.

—¿Así que ella te la dio para que la recordaras?

Él se ríó, un sonido crudo.—Me la dio para que yo se la diera a alguien que me ayudara a recordar al hermano que solía conocer.

—Así que no siempre has sido así.—Era una estupidez decirlo. Nadie nacía siendo un asesino. Eran convertidos en uno por la sociedad y su crianza. Finalmente me permitió levantar mi cara. Había una extraña sonrisa en su rostro. —¿Te gusta esto?

—Lo sabes,—dije en voz baja, porque ¿qué otra cosa podía decir? Él sabía lo que hacía.

–Lo sé,–murmuró. –Eso es todo lo que voy a ser. ¿Lo sabes bien?

Una parte de mí quería contradecirlo porque era lo que se suponía que debía hacer, pero no pude.–Lo sé,–le dije, y él sonrió con ironía.–Te di el brazalete porque quería que se fuera. Me molestó que mi hermana intentara manipularme de alguna manera. Pero creo que lo consiguió al final.

Me pregunté qué quería decir con eso, pero su teléfono sonó en ese momento. Ambos miramos hacia la mesita de noche y mi corazón dio un vuelco cuando vi quién estaba llamando.

Miré hacia abajo a la pantalla. Remo. Me desenredé de Leona y alcancé mi móvil.

Los ojos de Leona me suplicaron que ignorara la llamada, pero necesitaba averiguar si Remo estaba en nuestro camino. Yo conteste.–¿Qué pasa?

–Necesito que mates a Adamo por mí,–murmuró.

Me senté, en shock.

Leona me lanzó una mirada de preocupación. Negué con la cabeza, tratando de demostrarle que no estábamos en problemas. Todavía.

– ¿Qué quieres decir? – Le pregunté con cuidado. Él no podía estar hablando en serio. Adamo era un dolor en el culo, pero ¿cómo podía ser de otra manera? Sólo tenía trece años, solo tenía cinco cuando mataron a su padre. Remo y sus hermanos tuvieron que esconderse después de eso porque su propia familia estaba luchando por la posición de Capo y los querían muertos. Ya había visto demasiado.

– Cane me dijo que se enteró de que Adamo había consumido cocaína. Dos veces.

Hice una mueca. –¿Estás seguro?

– Aparentemente está colgado con uno de nuestros muchachos de recados. El hijo de puta le dio las cosas. –Remo hizo una pausa. –Anoche robó mi Bugatti y lo llevó a un edificio.

¿Adamo había logrado robar otro coche?

–Un día se va a matar. Él no parece preocuparse por su vida.

Aflojé mi agarre en el volante. Remo estaba preocupado. O tan preocupado como Remo era capaz de estarlo. –¿Qué quieres que haga?

–Dale un buen susto. Uno que le impida hacer una mierda como esta. Y mata a todos los otros cabrones. Hazle ver. No seas indulgente con él, hale daño, Fabiano. Si se vuelve adicto a la mierda, está perdido. Una bala en la cabeza será su final entonces.

–Lo tengo. Me encargaré de él.

Leona se mordió su labio inferior. –Eso no suena bien.

–No lo es, pero no tiene nada que ver con nosotros, –dije con un suspiro. Era una buena señal que Remo me confiara a Adamo. Eso significaba que tal vez viviría para pasar otra noche con Leona en mis brazos. –Tengo que lidiar con uno de los hermanos de Remo.

La sorpresa llenó su rostro, pero no pidió más detalles.

–¿Por qué no te quedas aquí y desayunas? Todavía debería tener huevos en la nevera. –Me levanté de la cama y me vestí rápidamente. Con un beso y la última mirada al rostro preocupado de Leona, salí y fui a buscar a Adamo.

Encontré el Bugatti en un lado de la calle, completamente destrozado. Una grúa de la compañía con la que trabajábamos para las carreras estaba estacionada detrás, y Marcos, uno de los otros organizadores de las carreras, y el conductor de la grúa caminaban alrededor del auto. Salí del mío y caminé hacia ellos.

Marcos levantó las palmas. –No sé cómo logró colarse en la carrera de clasificación. Ese chico es como el maldito David Copperfield.

–¿Dónde está él?–Pregunté.

Se encogió de hombros. – Se fue con dos muchachos. Ese niño Rodríguez y el niño Pruitt, el que vende tabaco por aquí.

Pregunté por ahí hasta que finalmente encontré a uno de nuestros distribuidores que sabía dónde Pruitt pasaba sus días. Era un taller de reparación abandonado. Miré por la puerta entreabierta.

Adamo y los dos niños mayores estaban reunidos alrededor del capó de un viejo Chevy rojo. El largo cabello de Adamo estaba enredado en la cabeza con sangre, y sin embargo se reía de algo que Pruitt decía. El hijo de puta empujó un pedazo de plata con polvo blanco hacia Adamo, que parecía jodidamente ansioso por hacer su trabajo.

– El mejor caramelo de la nariz, te lo digo, – dijo Pruitt mientras se inclinaba para oler sus propias cosas.

Me deslicé. Adamo fue el primero en verme, y él abrió la boca para advertirles. Agarré la parte posterior de la cabeza de Pruitt y la empujé con fuerza, golpeando su cara contra la capucha. – Disfruta de tu nariz, caramelo, – gruñí, luego arranqué su cabeza hacia atrás. La sangre salía de su nariz y su cara estaba cubierta con cocaína. Sus ojos abiertos y aturdidos se posaron en mi cara. Le di una sonrisa fría, pero lo solté cuando Rodríguez saltó hacia mí con una barra de hierro. Pruitt se derrumbó y Rodríguez lanzó la barra en mi cabeza. Me dejé caer de rodillas. El bat se estrelló contra el capó. Saqué mi cuchillo y lo corté hacia arriba, abriéndolo. Soltó la barra de hierro, luego se arrodilló frente a mí, apretando su estómago. Me puse de pie, luego me volví hacia Adamo. Su sorpresa fue reemplazada por un desafío cuando se encontró con mis ojos. Levantó la barbilla en desafío.

Oh, Niño.

Dio un paso atrás de la capucha y levantó sus manos empuñadas, una de ellas estaba agarrando un cuchillo como le había enseñado. – Crees que eres duro, ¿no? Eso es lo que pensé cuando tenía tu edad.

Me acerqué, y señalé la cocaína en el capó. – ¿Así es como quieres terminar tu vida?

–No importa. ¡Remo te envió a matarme de todos modos!– Gritó. Lo fulmine con la mirada, pero había lágrimas en sus ojos. –Estrellé su coche favorito. Y sé que Cane le contó lo del tabaco.

–Si planeas usar ese cuchillo pronto, hazlo.

Corrió hacia mí y cortó el cuchillo de lado, como si intentara cortarme la garganta, pero el intento fue a medias y su objetivo era demasiado bajo. Él no estaba en eso. Agarré su hombro, lo empujé contra la capucha, luego bajé mi codo hacia su muñeca. Dejó caer el cuchillo con un grito de dolor. Lo solté y retrocedí. Acunó su muñeca, las lágrimas finalmente cayeron cuando se hundió en el piso sucio. Todavía era sólo un niño. A Remo le gustaba olvidarlo. Desde que Remo se había convertido en Capo, Adamo había estado solo demasiado a menudo.– No vuelvas a levantar un cuchillo contra mí a menos que sea para entrenar o que realmente quieras matarme,–le dije.

–Solo hazlo,–murmuró, pero había miedo en su voz.

Me agaché delante de él. –¿Hacer qué?

–Mátame.

–Remo no te quiere muerto, Adamo. Y creo que lo sabes. Y sabes que no te mataré. Si toda esta mierda es tu manera de llamar su atención, no está funcionando de la manera que deseas. Sólo lo estás cabreando.

–Siempre está enojado desde que se convirtió en Capo,—dijo Adamo en voz baja.—Tal vez necesita tener sexo con más frecuencia.

Me reí porque era demasiado joven para entenderlo. —El que necesita tener sexo eres tú. Pero si sigues con esta mierda, morirás virgen.

Se sonrojó y miró hacia otro lado.

–Estoy seguro de que Remo puede pedirle a alguna chica bonita que se encargue de ti.

–No,—dijo con fiereza. —No me gustan esas chicas.

Me enderecé y le tendí la mano para que la tomara.—Tranquilo tigre. —Tomó mi mano después de un momento de vacilación y lo puse de pie. Gimió de dolor y acunó su muñeca de nuevo. —Te llevaré a Nino. Él la arreglará para ti.—Nino, siendo el jodido genio que era, sabía más sobre medicina que la mayoría de los médicos.

–Vamos,–le dije a Adamo. Se balanceó ligeramente. Por la herida en la cabeza causada por el accidente automovilístico o por el dolor en la muñeca, no pude decirlo. Agarré su brazo y lo sostuve. Solo alcanzaba mis hombros, así que no era un problema mantenerlo en posición vertical. Pruitt se alejaba a gatas hacia otra puerta. Saqué mi arma de mi funda y le metí una bala en la cabeza.

Adamo hizo una mueca a mi lado. –No tenías que hacer eso.

–Tienes razón. Podría haberlo llevado a Remo.–Ambos sabíamos cómo habría terminado eso.

Adamo ya no dijo nada mientras lo guiaba hacia mi auto y lo ayudaba a subir al asiento del pasajero. –Eran mis amigos,–murmuró cuando arranqué el auto.

–Los amigos no te habrían dado cocaína.

–Estamos vendiendo la cosa. Todos los drogadictos de Las Vegas son clientes de la Camorra.

–Sí. Y porque sabemos lo que le hace a la gente, no tomamos la mierda.

Adamo puso los ojos en blanco y apoyó la cabeza contra la ventana, manchándola de sangre. –¿Qué pasa contigo y esa chica?

Me sacudí. –¿De qué estás hablando?

–La de las pecas.

Entrecerré los ojos en advertencia.

Adamo me dio una sonrisa triunfante. –Ella te gusta.

–Cuidado,–le advertí.

Se encogió de hombros. –No le diré a Remo. Al menos ella tiene su propia voluntad. Las chicas que Remo siempre trae a casa besan el suelo por el que camina porque le temen. Es asqueroso.

– Adamo, eres un niño, pero necesitas crecer y aprender cuándo mantener la boca cerrada. Remo es tu hermano, pero sigue siendo...Remo.

Adamo mantuvo la boca cerrada cuando entramos en la mansión Falcone. Remo, Savio y Nino estaban sentados en los sillones de la sala de estar. Savio se levantó con una sonrisa y golpeó el hombro de su hermano.

–Estás jodido.–Dijo y luego se marchó. Dieciséis y casi tan intolerable como Adamo la mayoría de los días. Nino, por otro lado, parecía casi aburrido, pero eso no significaba que no sería capaz de recitar cada maldita palabra mañana.

Remo me dio un asentimiento. Quizás Remo no había perdido su confianza en mí. Tal vez las cosas saldrían bien después de todo. Remo se volvió hacia su hermano. –¿Muñeca rota?

Adamo fulminó con la mirada al suelo. Lo solté y retrocedí un paso. Esto era entre Remo y él. Remo se levantó del sofá y se dirigió hacia Adamo. – No volverás a tomar drogas. Ni cocaína, heroína, hierba, crack, lo que sea. La próxima vez, no enviaré a Fabiano. La próxima vez trataré contigo.–Si alguien alguna vez matara a uno de sus hermanos, entonces sería Remo.

Adamo levantó la cabeza, con el mismo maldito desafío en sus ojos.

Yo quería abofetearlo.

–¿Como trataste con nuestra madre?

La cara de Remo se quedó quieta.

Nino se levantó lentamente del sofá. –No deberías hablar de esas cosas, no entiendes.

–Porque nadie me las explica,–siseó Adamo. –Estoy harto de que me trates como a un niño estúpido.

Nino se colocó entre Adamo y Remo, que todavía no había dicho nada.– Entonces deja de actuar como tal. –Agarró el brazo de Adamo y lo arrastró.–Déjame tratar tus heridas.

Remo no se había movido todavía. Sus ojos eran como el fuego del infierno, negros.

Genial. Y me dejaron para tratar con él de esa manera.

–Prepara una pelea para mí, esta noche. Alguien que pueda defenderse contra mí.

Las únicas personas que podían defenderse contra él eran Nino y yo. Savio estaba en camino de llegar allí.

Los ojos de Remo se fijaron en mí y por un momento estuve seguro de que me pediría que luchara contra él. Nunca habíamos peleado en un partido oficial. Por una buena razón, no había lazos en la jaula de combate. Uno de nosotros tendría que rendirse.

—O mejor dos. Alerta a Griffin. Debería darse prisa con las apuestas.

Suspiré, pero no servía de nada discutir con Remo cuando estaba de un humor así. Tal vez esto lo distraería por un tiempo. Cuanto más tiempo le llevara darse cuenta de que Soto había desaparecido, mejor. Me giré para arreglar todo, cuando la voz de Remo me hizo detenerme.

—Y Fabiano, ¿has visto a Soto recientemente? No puedo contactarlo y nadie parece saber dónde está.

Forcé mi expresión en una de leve curiosidad.—Tal vez alguno de sus clientes le dio problemas hoy?

—Tal vez.—dijo en voz baja, pero sus ojos dijeron algo más.

CAPITULO 23

Había considerado reportarme enferma en el bar y quedarme en el apartamento de Fabiano, acurrucarme en las suaves mantas que olían a él, a nosotros. Pero eventualmente las preocupaciones en mi cabeza se habían vuelto demasiado ruidosas. Necesitaba distraerme.

Y funcionó. El bar estaba ocupado ese día. La gente estaba casi sobreexcitada por algo. Bebieron y comieron más de lo habitual, y a Griffin le estaba costando mucho hacer sus apuestas. Escuché el nombre de Falcone siendo mencionado varias veces, pero no estaba segura de cuál de ellos iba a entrar en la jaula.

– ¿Escuchaste que Remo Falcone va a pelear de nuevo esta noche?
– Dijo Cheryl cuando me acerqué a ella detrás de la barra.

Al escuchar su nombre, mi interior se convirtió en hielo. –¿Y?

– Tiene mucha importancia. No ha peleado en casi un año. Es Capo después de todo.

–Entonces, ¿por qué ahora?–Le pregunté, de repente preocupada.

– Escuché que su hermano menor destrozó su auto favorito, – dijo. Bueno. ¿Era eso con lo que tenía que lidiar Fabiano?

Roger vino detrás de nosotros con una caja de cerveza y la puso a nuestro lado con un ruido sordo.–Y he oído que es porque uno de sus hombres desapareció, probablemente desertó,–dijo.–Y ahora dejen de chismear. A Falcone no le gusta.

–¿Quién era?–Preguntó Cheryl.

–Un tipo llamado Soto.

Frío corrió sobre mí.–¿Qué quieres decir con que desertó?

Roger me dio una mirada extraña.–Desapareció sin una palabra. Eso usualmente significa que alguien desertó. Si los rusos o alguien más lo hubieran atrapado, habrían dejado atrás un mensaje sangriento.–Pasó junto a nosotros hacia Griffin y dos luchadores ya vestidos con pantalones cortos. Los había visto en la jaula en los últimos días. Ambos habían ganado sus peleas.

–Te ves pálida. ¿Qué te pasa? Para ahora deberías estar acostumbrada a todo esto. Es un asunto diario por aquí.

Asentí distraídamente.

—Cuando se habla del diablo,—susurró Cheryl.

Seguí su mirada hacia la entrada. Falcone y Fabiano habían entrado en la habitación. Mis ojos encontraron los de Fabiano. Los suyos eran feroces y preocupados.

Agarré los bordes del mostrador.

Yo vine a Las Vegas por una vida mejor. Por un futuro alejado de la miseria que era la existencia de mi madre. Lejos de la oscuridad que era su compañera constante.

Y ahora estaba atrapada en algo mucho más oscuro que cualquier cosa que hubiera sabido que existía.

Los ojos de Remo pasaron de Fabiano a mí, y algo frío y asustado se acurrucó en la boca de mi estómago. Si descubriera que Fabiano había matado a uno de sus hombres por mi culpa, no solo acabaría con la vida de Fabiano, sino también con la mía. Y no sería rápido.

Remo finalmente apartó sus ojos de mí, y pude respirar de nuevo. Rápidamente me di la vuelta y me ocupé de ordenar los vasos limpios que Cheryl había traído de la cocina antes. Mantuve mi cabeza baja mientras servía cerveza a los clientes. No quería arriesgarme a atrapar los ojos de Fabiano de nuevo.

Griffin se subió a la plataforma de la jaula y detuvo lo que estaba haciendo. Él nunca había hecho eso antes. Levantó las manos para acallar a la multitud. –Combate a muerte,–anunció con sencillez y un silencio recorrió la multitud, seguido de un estruendoso aplauso.

–¿Qué significa eso?–Susurré.

Cheryl me dio una mirada aguda. –Que va a ser feo, polluela.

Fabiano se apoyó en un lado de la cabina, donde estaban sentados dos de los hermanos Falcone. No me había mirado desde la primera vez que entró con Remo. Probablemente era mejor así.

Pero en el fondo deseaba que me diera una pequeña señal de tranquilidad, incluso si solo fuera un espectáculo.

Cuando Remo se dirigió hacia la jaula, un nudo se formó en mi garganta. Esto iba a ponerse feo como Cheryl había dicho.

La pelea de Remo superó todas las peleas anteriores en su brutalidad. Remo iba más allá de lastimar. Romper. Matar. No se trataba de ganar.

Esto era locura, crueldad y sed de sangre.

Se enfrentó a dos oponentes, pero el primero murió en los primeros dos minutos. Falcone le rompió el cuello con una fuerte patada. Después de eso fue más cuidadoso. El segundo oponente fue el que me dio pena. Su muerte no fue rápida. Era como mirar un gato jugando con un ratón.

Eventualmente tuve que dar la espalda a la escena.

Presioné mi palma contra mi boca, respirando por mi nariz.

Cuando la multitud estalló de alegría, me atreví a mirar hacia atrás y deseé no haberlo hecho. Remo estaba completamente cubierto de sangre. El hombre a sus pies, él era la fuente de ello.

Respiré hondo, tratando de combatir mi náusea creciente.

–Creo que deberías salir y tomar algo de aire,–dijo Cheryl.–Si vomitas, significa solo más trabajo para los dos.

Negué con la cabeza. –Estoy bien,–mordí. Forcé una sonrisa a un cliente que me estaba pidiendo más cerveza. Rápidamente cargué una bandeja y me dirigí hacia él. Quizás el trabajo me distraiga de la jaula. Nunca miré hacia ella, ni a Remo. Si quería mantener mi compostura, tenía que fingir que nada de esto había sucedido.

Roger estaba maldiciendo mientras limpiaba la jaula. Ni Cheryl, ni Mel, y menos que nada yo, estaríamos de acuerdo en entrar allí.

Fabiano había desaparecido con Remo y sus hermanos hacía casi una hora, y me pregunté si él estaría allí para recogerme esta noche. Sospeché que no podría arriesgarse a que nos vieran juntos hoy. Mis sospechas se confirmaron cuando salí al estacionamiento y lo encontré vacío, excepto por el auto de Roger.

Yo dudé. ¿Debía esperar por él? Pero ¿y si Remo requería su presencia? Fabiano no podía arriesgar nada en este momento.

Levanté mi mochila en mi hombro y decidí irme a casa. Envolví mis brazos a mi alrededor. No estaba segura de si mis dientes se estaban rompiendo porque tenía frío. Todavía tenía el dinero que gané con mi apuesta contra Boulder en la mochila. No había encontrado tiempo para dárselo a mi madre todavía. Quería deshacerme del dinero lo más rápido posible.

Una nueva ola de pánico se apoderó de mí. Necesitábamos salir de Las Vegas antes de que Remo se enterara. ¿Y cuándo se había convertido en un nosotros?

¿Cuándo vi a Fabiano cometer el último pecado por mí? Lo había hecho antes, pero esta vez lo dejé.

El ronroneo familiar de un motor me llamó la atención. Me detuve y me volví para ver el Mercedes de Fabiano viniendo por la calle hacia mí. Por supuesto que él se aseguraría de que yo estuviera a salvo.

Me metí en el momento en que se detuvo a mi lado. Él encendió el acelerador e hizo una vuelta en U, llevándonos de regreso a su apartamento. Después de lo que había sucedido en las últimas veinticuatro horas, era difícil formar las palabras correctas, o cualquier palabra, realmente.

Y Fabiano tampoco habló. Estaba tenso, con los dedos agarrando el volante, los ojos mirando hacia la oscuridad.

—¿Lo sabe él? ¿Es por eso por lo que se volvió loco hoy?

—Eso no fue porque Remo se volviera loco, confía en mí. Ese era él tratando de no volverse loco.

Tanta sangre y la excitación enfermiza en los ojos de Remo cuando rompió el cuello del primer hombre, y luego lo que vino después... Si eso no era que se estaba volviendo loco, no sabía qué lo era.—Fabiano,—comencé, pero él negó con la cabeza.—En casa. Necesito pensar.

Le di espacio y silencio, incluso si mi propia mente estaba zumbando tan fuerte con pensamientos que no podía creer que no los escuchara.

No dijo nada, pero me tomó de la mano mientras me guiaba hacia su apartamento. Le apreté para mostrarle que no iba a romperme, que también podía manejar las cosas. En el momento en que la puerta se cerró, ahuecó mis mejillas y me besó. Se retiró después de un momento. —Deberías irte de Las Vegas.

–¿Qué? Me detuviste no hace mucho,–dijo con incredulidad, dando un paso atrás.

Me sorprendieron igualmente mis palabras. No quería que Leona se fuera. No quería perderla, pero si ella se quedaba, yo también la perdería.

–Lo sé, pero las cosas son diferentes ahora. No puedo protegerte si Remo se entera de Soto.

–¿Que pasa contigo? No me digas que te perdonará.

Negué con la cabeza. –Él no lo hará.–¿Perdón? No, eso no era algo que Remo jamás repartiera. Leona volvió a apretar mi mano como si yo fuera quien necesitara consuelo. No podía recordar la última vez que alguien había tratado de consolarme.

–Entonces ven conmigo. Podemos salir de Las Vegas juntos.

Miré mi tatuaje, las palabras que todavía me llenaban de orgullo cuando las leía. –Hice un juramento.

Leona negó con la cabeza con incredulidad. –Hiciste un juramento a un hombre que te matará.

– Sí, porque rompí mi juramento al matar a un compañero camorrista. Apenas puedo culpar a Remo por eso.

Ella volvió a negar con la cabeza, solo que más fuerte. –Fabiano, por favor. ¿No podemos ir a Nueva York donde vive tu hermana? Ella te acogerá, ¿verdad?

–Aria me aceptaría. Pero Luca, él pondría una bala en mi cabeza como debería. Tal vez, ella es tan estúpida como era. Porque aún cree que puedo volver a ser el hermano que ella conoció, pero ya no soy él, y no quiero serlo. –Ese chico quería complacer a su padre, ser lo suficiente digno como para heredar su rango. Había aprendido a luchar por ello.

–Ella aprenderá a aceptar a la persona que eres ahora.

–Lo dudo.

–¿Por qué? Yo lo hago. –Sus ojos se habían vuelto suaves y algo en mi pecho se apretó.

–A veces realmente me recuerdas a Aria con tu obstinada insistencia en cuidar a tu madre, incluso si ella no se lo merece.

–Eso es porque la amo. No puedo evitarlo.

–Entonces tal vez el amor no sea la opción correcta para ti.

Ella me miró con una expresión extraña. Una que no pude colocar. –Sí, es muy probable. Mi madre siempre amó a las personas y las cosas equivocadas. Supongo que herede eso de ella.

Ella no dijo nada por un tiempo, y no estaba seguro de qué decir.

Me aclaré la garganta. –No me iré de Las Vegas, ni de la Camorra, ni de Remo y sus hermanos. Me arriesgaré a su ira, pero mantendré mi juramento.

– ¿Por qué esto significa tanto para ti? No lo entiendo. – Sus dedos apretaron mi camisa. – Explícamelo. ¿Por qué arriesgarías tanto por ellos?

—Mis hermanas y yo éramos una unión. Nos mantuvimos unidos contra nuestro padre y nuestra madre. Pensé que siempre sería así. Yo era un chico. Pero luego una tras otra se fue hasta que me dejaron en una casa enorme con mi padre colérico y su novia infantil. Pensaron que podía manejarme, pero en ese entonces todavía era débil. Y cuando mi padre decidió que ya no me necesitaba, estaba perdido. No quería correr a Nueva York con la cola entre las piernas como un maldito fracaso y rogarle a Luca que me acogiera. Lo habría hecho solo por Aria.—Pasé mi mano por la garganta y el hombro de Leona, disfrutando de la suavidad de su piel. Me di cuenta de que intentaba seguir mis palabras, pero para ella, mi mundo, el mundo de la mafia, era extraño. Si no crecieras como yo o mis hermanas, no podrías entender qué significa exactamente nacer en nuestro mundo.

—Hubiera muerto sin Remo. Era incapaz de cuidarme, de pelear, de casi cualquier cosa, pero Remo sabía cómo sobrevivir y me enseñó. Me acogió como si yo fuera otro de sus hermanos. Remo es un luchador cruel, pero durante todos los años luchó para reclamar Las Vegas y en los años siguientes mantuvo a sus hermanos cerca. Al principio, eran más una carga que una ayuda, especialmente Savio y Adamo, que eran demasiado jóvenes. Él podría haber ganado Las Vegas antes, pero se mantuvo escondido para mantenerlos a salvo. Los protegió a ellos y a mí. No siempre sé lo que está pasando en su mente retorcida, pero es leal y un buen hermano.

Podía decir que ella no podía creerlo, y por lo que había visto de Remo, su incredulidad era comprensible.—Así que te irás de Las Vegas, llévate a tu madre si es necesario y vete a la costa este. Remo no se arriesgará

a atacar el territorio de Luca en este momento. –Levanté su brazo con el brazalete. –Y si no sabes qué hacer, si necesitas ayuda, ve a Nueva York, a un club llamado Esfera y muéstrales tu brazalete. Diles que Aria lo reconocerá. Y dile a Aria que tú eres la única.

–¿La unica? –Preguntó ella con el ceño fruncido.

–Aria lo entenderá.

CAPITULO 24

Lavé unas copas de las que nadie se había ocupado la noche anterior. Esta mañana finalmente le había dado a mamá el dinero que había ganado. Esperaba que lo usara para pagar su deuda. Le había advertido que no pagara todo de una vez para que no hicieran cejas. Probablemente ella gastaría la mayor parte en un suministro de drogas de todos modos.

Cheryl estaba tirando cigarrillos a mi lado mientras llegaba su turno porque cuando las cosas se ponían más tarde, casi no encontraba tiempo. Las yemas de sus dedos tenían un ligero tinte amarillo. Ella había estado fumando mucho en los últimos días. Teniendo en cuenta mis nervios desgastados, deseaba tener algo con que calmarlos.

Ella no me había preguntado sobre Fabiano en mucho tiempo y sabía que no debía ofrecerle ningún tipo de información. Era demasiado complicado involucrar a más personas en esto.

La puerta se abrió. –Estamos cerrados,–gritó ella sin siquiera mirar hacia arriba.

Mis ojos se deslizaron hacia la entrada y mis manos se detuvieron. Nino Falcone y uno de sus hermanos menores entraron. Cheryl siguió mi mirada y dejó sus cigarrillos. Sus ojos se lanzaron hacia mí.

Ellos se acercaron a nosotros. No se apuraron, parecían casi relajados como si se tratara de una visita amistosa. Pero los fríos ojos grises de Nino se posaron en mí y supe que estaban aquí buscándome. El frío me arañó el pecho. Rápidamente me sequé las manos y mi mano derecha alcanzó el móvil que había puesto sobre el mostrador a mi lado. Necesitaba decirle a Fabiano sobre esto. Tal vez al menos pudiera escapar, pero sabía que no lo haría.

Nino negó con la cabeza, su expresión vacía, ojos duros. –No tocaría eso si fuera tú.

Retiré mi mano de mi móvil. Cheryl dio un paso atrás de mí, de ellos. Sus ojos tenían preocupación y miedo, por ella misma o por mí, no podía decirlo.

Nino apoyó los codos en la barra. Llevaba un cuello alto negro y parecía un estudiante de la Ivy League, no un mafioso, pero una mirada a sus ojos y nadie lo habría tomado por nada que no fuera peligroso. Y lo había visto pelear, había visto los muchos tatuajes perturbadores en su cuerpo, siempre cubiertos por la ropa cuando no estaba en la jaula. Señaló la etiqueta azul de Johnie Walker.–Dame un vaso.

Me temblaban las manos cuando llené el vaso con Scotch. Tomó un sorbo.—Mi hermano y yo te llevaremos con nosotros ahora. Tenemos algunos asuntos que discutir.—Escudriñó mi cara.—No vas a luchar contra nosotros, supongo.

Tragué. El hermano menor dio la vuelta. Todavía era un adolescente, definitivamente un par de años más joven que yo, pero no había señales de inocencia juvenil en su rostro. Él no me tocó cuando se detuvo a mi lado. Los ojos de Cheryl se llenaron de lástima.

Le di una pequeña sonrisa, luego asentí hacia Nino de acuerdo. No había otra opción. Luchar contra ellos hubiera sido ridículo. Había oído a Fabiano hablar sobre sus habilidades de lucha. Yo misma había visto a Nino en la jaula. Me tendría en el suelo en un abrir y cerrar de ojos, y aparte de Fabiano, no tendrían cuidado de no lastimarme, sino todo lo contrario. Agarré mi mochila y mi móvil.

—Savio,—dijo simplemente Nino.

Savio extendió sus manos y yo le di ambas cosas sin resistencia. Entonces él sacudió la cabeza. Caminé delante de él, incluso teniéndolo a mi espalda levantaba los pequeños pelos en mi cuello. Nino apareció a mi lado. Ninguno de los dos habló mientras me conducían afuera hacia su automóvil, un Mercedes SUV negro. Savio abrió la puerta trasera y yo subí. Se sentaron en el frente, sin molestarse

en atarme. No había necesidad de correr. Nino se sentó detrás del volante y nos marchamos.

Me temblaban mucho las manos cuando rodee mis rodillas en un intento de calmarme. Esto no tenía por qué significar que estábamos en problemas. Tal vez algo más estaba pasando. Pero no se me ocurrió una explicación que me tranquilizara. Cogí a Savio mirándome por el espejo retrovisor en ocasiones mientras su hermano mayor estaba completamente concentrado en el parabrisas.

El trayecto transcurrió en absoluto silencio. Finalmente, un alto muro apareció a la vista y condujimos a través de las puertas y subimos por el camino hacia una mansión. Era una hermosa finca en expansión. Blanca y regia.

Los hermanos Falcone salieron, y un momento después, Nino abrió la puerta. Salté del auto, contenta porque mis piernas lograran sostenerme a pesar de que temblaban.

—¿Dónde está Fabiano?—Pregunté, tratando de enmascarar mi miedo y fallando a gran escala.

¿Nino asintió con la cabeza hacia la entrada, ignorando mi pregunta, o tal vez respondiendo? No estaba segura. Juntos caminamos dentro de la hermosa casa. Me condujeron a otra ala y luego a una habitación

grande con una mesa de billar y un ring de boxeo. En ella, Remo estaba pateando y golpeando una bolsa de boxeo.

No llevaba una camisa, y por alguna razón esa visión, más que cualquier otra cosa, envió una ola de terror a través de mi cuerpo. Su parte superior del cuerpo estaba cubierta de cicatrices, la mayoría de ellas no tan descoloridas como las de su cara, y como Fabiano era todo músculo. Un tatuaje de un ángel arrodillado rodeado de sus alas rotas cubría su espalda. Nunca lo había visto de cerca. Saltó sobre la cuerda y aterrizó con gracia en el otro lado, sus ojos nunca me abandonaron cuando se acercó a mí. Todo mi cuerpo se detuvo ante su acercamiento.

—¿Dónde está Fabiano?—Pregunté de nuevo, odiando lo inestable que salió mi voz.

Inclinó la cabeza hacia un lado. —Estará aquí pronto, no te preocupes.— Sus palabras no estaban destinadas a ser consoladoras. La amenaza en ellas evitó eso.

Me quedé mirando el texto de Remo: Ven.

Nada más.

Me detuve Supe de inmediato que algo estaba pasando. Intenté llamar a Leona pero conseguí su buzón, y fue entonces cuando me atravesó una punzada de preocupación. Corrí hacia la Arena de Roger.

Cheryl estaba fumando en frente de la entrada, con los dedos temblando. Mierda.

Ella sacudió la cabeza hacia mí.—Ella no está aquí. Se la llevaron.—Ella dio una calada. —Espero que estés feliz ahora que has arruinado su vida.

Esa fue la primera vez que me dio algo más que falsa amistad. No tenía tiempo que perder en una respuesta. En su lugar, me metí de nuevo dentro de mi coche y corrí.

¿Remo haría los honores por sí mismo? ¿O le pediría a Nino que me metiera una bala en la cabeza?

Si me permitía el privilegio de morir una muerte rápida, lo cual dudaba. ¿Y qué había de Leona? Podría manejar su tortura, pero Leona, ¿y si él la lastimaba delante de mí y me hacía verla morir? Mis manos arañaban el volante.

Me detuve en el camino de la casa de Remo y salté del auto, sin molestarme en cerrar la puerta.

Algunos de los soldados de Remo me miraron como el hombre muerto que era. Todos sabíamos que no saldría de aquí con vida.

No tuve que preguntar dónde estaba Leona. Sabía dónde Remo mantenía ese tipo de conversaciones. No me molesté en llamar, y en lugar de eso, entré a la sala de entrenamiento.

Remo, Nino y Savio estaban allí.

Y Leona permanecía en el centro. Sus ojos se lanzaron hacia mí y el alivio brilló en ellos. Su esperanza estaba equivocada. Esta vez no podría salvarla. Los dos moriríamos. Moriría intentando defenderla, pero no serviría de nada. No contra Remo, Nino y Savio, y todos los hombres que se reunían en otras áreas de la casa.

Remo estaba posado en el borde de la mesa de billar. Parecía controlado, lo que me preocupaba. No era un hombre que normalmente se molestara en controlarse a sí mismo o a su ira.

–Remo,–dije en voz baja con un asentimiento hacia él. Caminé hacia Leona. Necesitaba estar cerca de ella cuando las cosas se intensificarán.

Los ojos de Remo brillaron. Tuve que luchar contra la necesidad de alcanzar mi arma. Remo, Nino y Savio parecían bastante relajados, pero yo no era tan estúpido como para pensar que no habían tomado todas las precauciones necesarias para garantizar que no saliéramos de aquí con vida.

–¿Qué significa todo esto, Remo?–Pregunté cuidadosamente.

Apretó los dientes y se apartó de la mesa. –¿Aún no lo admites?

Mis músculos se tensaron. –¿Admitir qué?

No sabía exactamente qué había descubierto Remo. Admitir el asesinato de Soto por Leona sería un suicidio.

–Cuando comenzaste a perseguirla, pensé que era una breve aventura, pero te metiste de lleno.

–He estado haciendo mi trabajo como siempre, Remo.

Se detuvo frente a mí. Demasiado cerca. –No recuerdo haberte pedido que mataras a Soto.

Allí estaba. Lo que selló nuestro destino.

Considere fingir que no sabía de lo que estaba hablando, pero habría empeorado las cosas. Le di un paso atrás a Leona, así que mi cuerpo la estaba protegiendo por completo.

Remo lo vio. –Todo esto por esa chica,–gruñó.–Me traicionaste por la hija de una puta barata y un adicto al juego. Después de todo lo que he hecho por ti, me apuñalas por la espalda.

Tomé la mano de Leona en un apretón aplastante, protegiéndola con mi cuerpo, incluso si eso volvía a Remo aún más enojado. Mis ojos hicieron un rápido escaneo de la habitación. Si solo Remo fuera un oponente peligroso, hubiera probado mi suerte. Pero con sus dos hermanos en la habitación con nosotros, no tenía ninguna oportunidad. Nino, también, era imposible de vencer.

Todavía lucharía contra ellos, pero solo era posponer lo inevitable. Me permití echar un vistazo a Leona, que me miraba con confianza en sus ojos. Ella pensaba que podría sacarnos. Lentamente el miedo reemplazó su confianza. Le apreté la mano una vez. Ella me

recompensó con una sonrisa temblorosa, y solté su mano. Necesitaba ambas manos si quería tener la más mínima posibilidad.

Pensé en negar que había matado a Soto, pero si bien podía soportar la tortura, Leona no podría mantener nuestro secreto si Remo o Nino le daban su talento especial.— Nunca quise traicionarte. Y nunca lo hice. Soto era una rata. No era un buen soldado.

—No es tu lugar decidir quién es un buen soldado. Soy Capo y decido quién vive y muere,—dijo en voz baja.

Remo nunca estuvo callado así. No solo estaba furioso. Estaba jodidamente aplastado porque lo había traicionado y eso era mucho peor.

—No debería haberlo hecho. Siempre he sido un buen soldado y siempre seré tu leal soldado si me lo permites.

—¿Estás pidiendo perdón? ¿Misericordia?—Se río.

Sonreí fríamente—No. No lo hago.

Leona me miró como si hubiera perdido la cabeza, pero no conocía a Remo. Lo había visto reírse en los rostros de la mendicidad y la muerte durante años y sabía que no tenía corazón para derretirse.

—Haz conmigo lo que quieras. Pero como un favor por años de servicio leal, te pido que dejes ir a Leona.

Remo se río de nuevo. Por la forma en que sus ojos vagaron sobre Leona, probablemente ya estaba pensando en todas las cosas que podía hacerle. La protección cruda se estrelló sobre mí.

—Déjame luchar por su vida. Lucharé contra tantos hombres como quieras.

Remo caminó hacia mí. Luché contra las ganas de sacar un arma. Se detuvo justo delante de mí. Nuestros ojos se encontraron. Años de lealtad, de hermandad pasaron en ese momento, y un profundo arrepentimiento se asentó en mis huesos.

—Lucharás conmigo hasta la muerte,—dijo Remo.

Lo miré sin comprender. Desde que mis hermanas se habían ido, ya que mi madre había muerto y mi padre quería que yo muriera, él era la

única familia que había tenido. Él y sus hermanos. Joder, habíamos pasado todos los días juntos durante los últimos cinco años. Habíamos sangrado juntos, reído juntos, matado juntos. Le había jurado lealtad. Habría puesto mi vida por él.

Volví mi mirada hacia Leona, que me observaba a mí y a Remo con sus inocentes ojos. Pero por ella, lo mataría. Los mataría a todos.

–Si ganas, ella será libre, –le dijo Remo a Nino, quien se convertiría en Capo si Remo muriera. –Y tú, Fabiano, entregarás tu vida sin otra pelea.

–Lo hare.

El asintió. –Tal vez Nino se sienta lo suficientemente indulgente como para concederte la vida después. –La expresión de Nino me dejó poca esperanza para eso. No es que importara. Si matara a Remo, la Camorra estaría en alboroto. Nino tendría sus manos llenas con eso. Él prevalecería, por supuesto, pero tal vez me daría la oportunidad de... ¿qué? ¿Huir con Leona? ¿Desde Las Vegas, desde la Camorra? ¿Unirme a la puta Famiglia? Mierda. No estaba seguro de poder hacerlo. Pero no era algo que tuviera que decidir ahora, probablemente nunca.

–Hasta la muerte,–le dije a Remo, tendiéndole la mano. La agarró y nos las estrechamos, luego dio un paso atrás, fijando su mirada fría en Leona. –Espero que puedas vivir contigo misma ahora que Fabiano firmó su carta de muerte por ti.

Leona abrió la boca en lo que parecía una protesta, pero le agarré la mano con fuerza. Ella apretó los labios.

–Mañana,–dijo Remo, luego se volvió hacia Nino.–Preparar todo para hacerlo. Llama a Griffin.

Había peleado con dos hombres solo ayer, pero sabía que la ventaja que me daba estaba equilibrada por la furia que sentía Remo.

Sus ojos me encontraron de nuevo. –Pasarás la noche aquí donde puedo vigilarte.

–Sabes que no correré,–le dije.

–Cuando creía que eras leal,–dijo.

Él asintió con la cabeza a Nino y Savio, y nos llevaron a Leona y a mí hacia una sala de pánico sin ventanas y cerraron la puerta.

Leona se apoderó de mi camisa. –Esto es suicidio. Él quiere matarte.

–Que él me dé la oportunidad de luchar por tu vida es más de lo que le hubiera dado a alguien más. Que él mismo pelee es la mayor prueba de respeto que se me ocurre.

No parecía que ella entendiera. No había esperado que ella lo hiciera. –Vas a ganar, ¿verdad? Eres el mejor.

–Nunca he ganado contra Remo.

Los ojos de Leona se agrandaron. –¿Nunca?

La jalé contra mí, mis manos se deslizaron bajo su camisa. Pasé la nariz a lo largo de su garganta. –Nunca.

Sus manos en mi camisa se apretaron, luego las deslizó debajo de la tela, los dedos rastrillando sobre mi piel. Su necesidad se encontró con la mía mientras arrancábamos y tirábamos de la ropa del otro hasta que

finalmente estábamos desnudos. Intenté memorizar cada centímetro de su cuerpo, su olor, su suavidad, sus gemidos.

Más tarde, cuando nos echamos en los brazos del otro, murmuré: –No me importa morir por ti.

–No,–susurró ella. –No digas eso. No morirás.

Besé la parte superior de su cabeza.–El amor solo te mata. Eso es lo que dijo mi padre. Supongo que acertó en una cosa.

Leona dejó de respirar. Ella levantó la cabeza. Una mirada a sus ojos de aciano y supe que ella valía la pena. –¿Acabas de...?

–Duerme,–le dije en voz baja.

CAPITULO 25

–Tienes suerte de que mi hermano haga esto por ti,–dijo Nino.–Yo te habría cortado la garganta.

Lo dijo con voz clínica. Para él se trataba de lógica y pragmatismo. Para Remo, esto era personal. Para Remo, era como un hermano y había ido en contra de él. Nino se movió a través de la habitación a sus hermanos.

Cada último asiento estaba ocupado y aún más espectadores estaban de pie contra las paredes, con los ojos ansiosos por la lucha de toda una vida. Leona retorció sus manos a mi lado, sus ojos se deslizaron de mí hacia Remo, quien estaba rodeado por sus tres hermanos, incluso Adamo estaría viendo la lucha por una vez. Sabían que podría ser su última oportunidad para decirle adiós.

La emoción de la multitud lentamente se deslizó en mis huesos. La emoción de la pelea se apoderó de mí.

Remo me miró. Esta noche los dos moriríamos. Lo sabíamos. Cualquier otro resultado sería un milagro. Leona se mostró renuente a dejarme ir cuando Griffin me llamó por mi nombre. Antes de soltar su agarre, la

besé delante de todos, porque ya no importaba. Me retiré y subí a la jaula donde Remo ya me estaba esperando.

Griffin estaba diciendo algo a la multitud o a nosotros, no estaba seguro.

Remo se acercó y solo se detuvo cuando su pecho casi tocó el mío. –Te amé como a un hermano. Esta noche es donde termina todo.–Extendió la mano.

No estaba segura de si Remo podía amar. Antes de Leona, había estado seguro de que tampoco era capaz de hacerlo. Agarré su antebrazo, mi palma cubriendo el tatuaje en su muñeca y él reflejó el gesto. Luego nos soltamos y retrocedimos unos pasos.

Griffin salió de la jaula y cerró la puerta con llave antes de gritar. – ¡Hasta la muerte!

El bar estalló en aplausos, pero todo se desvaneció en el fondo. Esto era sobre Remo y yo. Cargué hacia adelante y él también. Después de eso nuestro mundo se redujo a esta lucha, a este momento. Remo fue rápido y enojado. Él conectó algunos buenos golpes antes de que mi puño chocara con su abdomen por primera vez. Había sangre en mi boca y me dolía ferozmente el lado derecho, pero los ignoré,

concentrándome en Remo, en su pecho agitado, sus ojos entrecerrados. Se lanzó y traté de agacharme, pero luego estuvo sobre mí. Caímos al suelo, su antebrazo presionado contra mi garganta.

Remo apretó su agarre, hasta que las estrellas bailaron frente a mis ojos. –¿Y todavía crees que ella vale la pena?–Murmuró en mi oído.

Busqué el rostro atemorizado de Leona en la multitud.

–Sí.–grité. Nunca había valido más la pena morir por nada.

La cara de Fabiano se estaba volviendo cada vez más roja en el estrangulamiento de Remo. No pude respirar. La multitud a mi alrededor aplaudía como locos como si esto no fuera sobre la vida o la muerte. Para ellos era puro entretenimiento, algo que los distraía de sus miserables vidas.

Los ojos azules de Fabiano se clavaron en mí, feroz y decidido.

Traté de darle fuerza con mi expresión a pesar de que nunca me había sentido más indefensa y desesperada en mi vida. El hombre que amaba estaba luchando por nuestras vidas. Amor, ¿cuándo había sucedido? No estaba segura. Me había estado arrastrando. Ni siquiera

le había dicho directamente. Tal vez nunca tendría la oportunidad de decírselo.

E incluso si ganara, Nino podría terminar con su vida.

De repente, Fabiano arqueó la espalda y clavó el codo en el costado de Remo, pero no se movió. Fabiano se inclinó tanto como Remo lo permitió y luego echó la cabeza hacia atrás con toda su fuerza, chocando con la cara de Remo. La multitud estalló con vítores y aullidos.

Y, de repente, Fabiano se soltó del agarre y se puso de pie antes de lanzarle una patada a Remo, golpeándolo en las costillas. Remo se sacudió, pero rápidamente se apartó y se puso de pie, y luego se enfrentaron de nuevo. Se estaban rodeando, ambos cubiertos de sangre de pies a cabeza, llenos de moretones y cortes. Dos depredadores esperando un destello de debilidad.

—Tal vez ahora te des cuenta de lo que has hecho,—dijo Nino detrás de mí. Salté, y di un paso lejos de él. No quité mis ojos de la lucha. *¿Qué había hecho yo? Me permití acercarme a un hombre que debería haber estado fuera de los límites. Había probado que era más como mi madre de lo que quería admitir. Pero no me arrepentía. Y no permitiría que Nino Falcone me asustara. Estaba más allá de ese punto.*

Remo conectó tres golpes duros contra el estómago de Fabiano antes de que lo golpearan en la cara, y luego patearon y golpearon tan rápido que perdí la cuenta. Se empujaron entre sí al suelo, se levantaron, golpearon y patearon.

La cara de Fabiano ya no era reconocible por toda la sangre que lo cubría, pero tampoco la de Remo. Me estremecí.

Perdí la noción del tiempo; Su lucha se hizo más errática y menos cautelosa. Ya no había más pretensiones. Incluso para alguien que no estaba al tanto de las reglas, había quedado claro que dos hombres estaban luchando por su vida.

Remo agarró a Fabiano y lo empujó con toda su fuerza dentro de la jaula. Fabiano rebotó y cayó de rodillas. Jadeé y di un paso adelante.

Remo agarró la cabeza de Fabiano, pero de alguna manera Fabiano logró empujarlo al suelo y empujó su rodilla hacia arriba en la ingle de Remo. Ambos cayeron a la colchoneta, jadeando y escupiendo sangre. Por una fracción de segundo, Fabiano se permitió mirarme otra vez. ¿Por qué se sintió como una despedida?

Comencé a caminar hacia la jaula, necesitando detener esta locura. Nino se interpuso en mi camino, alto y frío. –Quédate donde estás a menos que quieras morir.

–¿Cómo puedes ver morir a tu hermano?–Le pregunté con incredulidad.

Los fríos ojos de Nino se enfrentaron a la pelea en la jaula donde ambos hombres se golpeaban con los codos y los puños, medio arrodillados en el suelo, demasiado débiles para levantarse de casi una hora de lucha sin parar.

–Todos tenemos que morir. Podemos elegir morir de pie o de rodillas pidiendo clemencia. Remo se sonríe de la muerte en la cara, como cualquier hombre que se respete debería hacerlo.

Con cada respiración que tomaba, sentí como si un cuchillo me estuviera cortando los pulmones. Presioné mi palma contra mi lado derecho, sintiendo mis costillas. Estaban rotas. Escupí sangre en el suelo.

Remo me observaba atentamente cuando me arrodillé frente a él. Él se aseguraría de apuntar sus próximos golpes en mi lado derecho. Su brazo izquierdo colgaba débilmente a su lado después de que había

logrado dislocarlo con mi codo de nuevo. Solo que esta vez no podía darle tiempo para reubicarlo.

Presioné mi palma contra el suelo, tratando de empujarme de nuevo a una posición de pie. El suelo estaba resbaladizo de sangre. La habitación se sacudía con rugidos y aplausos cuando Remo y yo logramos ponernos de pie. Los dos estábamos balanceándonos. No podríamos durar mucho. Cada hueso en mi cuerpo se sentía como si estuviera roto. Remo hizo una mueca de dolor, sin molestarse en ocultarla. Estábamos más allá del punto de fingir que no teníamos dolor. Esto estaba llegando a su fin.

–¿Pensando en renunciar?–Pregunté.

Remo retiró sus labios en una sangrienta sonrisa. –Nunca. ¿Y tú?

Él podría haberme matado sin ensuciarse las manos. Él podría haber puesto una bala en mi cráneo y habría terminado con eso. En su lugar, optó por darme una oportunidad justa. Remo era odiado. Se merecía ese odio como pocos otros hombres en este mundo, pero por lo que hizo hoy, lo respetaría hasta mi último aliento.

–Nunca.

Yo me dirigí hacia Remo bajo el atronador aplauso de la multitud. El dinero que la Camorra ganaría con las apuestas esta noche establecería nuevos estándares. Mi cuerpo explotó de dolor al chocar con Remo. Ambos caímos al suelo, y empezamos a luchar. Ya no teníamos fuerzas para boxear. Esto se resolvería en el suelo, con uno de nosotros asfixiando al otro o rompiéndole el cuello.

Algo explotó. Remo y yo nos desmoronamos, desorientados. La puerta de la arena de pelea se cerró y entraron hombres. Gritaban en italiano e inglés. No en ruso.

¿El Outfit o la Famiglia atacando el terreno de Las Vegas?

Se esparcieron en la habitación, comenzando a disparar.

Y Remo y yo estábamos sentados en medio de la habitación en una jaula de pelea iluminada como pez dorado en un tazón.

Por el rabillo del ojo, vi a Nino empujando a Leona hacia un lado para que cayera al suelo fuera de la línea de fuego. Comenzó a disparar a los intrusos mientras corría hacia nosotros. Remo y yo nos apoyamos en el suelo, tratando de no ser golpeados por balas perdidas. No era una muerte honorable morir de rodillas en el suelo, sin poder defenderse.

Pude ver a un alto intruso enmascarado que se dirigía hacia nosotros, ya recargando su arma. Este no era el final que había imaginado. Ser disparado en la cabeza por algún miembro del Outfit o de la Famiglia.

Nino llegó a la jaula cuando dos hombres comenzaron a dispararle. Antes de sumergirse debajo de una mesa, arrojó un arma por encima de la jaula. Aterrizó con un golpe suave en el charco de sangre entre Remo y yo.

Sin embargo, Remo solo tenía un brazo bueno, así que me lancé hacia adelante y agarré el arma con la mano derecha, mientras que utilicé mi brazo izquierdo para golpear el hombro dislocado de Remo para detener un combate antes de que pudiera comenzar. Gruñó mientras caía hacia atrás. Me arrodillé de inmediato, la pistola apuntando hacia delante.

Remo sonrió torcidamente y abrió sus brazos en invitación. – Hazlo. Mejor tú que ellos.

Lo siento, Remo, no es así.

Apunté, tratando de evitar que mis brazos magullados temblaran, y luego apreté el gatillo. La bala golpeó su objetivo justo entre los ojos.

Remo se giró hacia lo que estaba detrás de él y solo pudo ver al atacante que había estado apuntando con un arma a su cabeza caer al suelo. Me tropecé con Remo, ignorando los gritos de dolor de mi cuerpo. No perdí tiempo, ni advertí a Remo, en lugar de eso, agarré su brazo dislocado y lo localicé con un tirón practicado. Remo gimió, luego tropezó con sus propios pies. Tiré mi brazo sobre su hombro y lo dirigí hacia la puerta de la jaula, disparando a cualquiera que pareciera que podría ser una amenaza. Golpeé contra la puerta de la jaula cerrada, pero la gente estaba ocupada salvando sus propios traseros. Y los hombres y hermanos de Remo estaban teniendo un combate con cinco atacantes que se escondían detrás de la barra.

Mis ojos buscaron en nuestro entorno. ¿Dónde estaba Leona? ¿Estaba ella segura? Ella conocía este lugar y estaría escondida en un lugar seguro. Ella era inteligente, traté de calmarme. No estaba jodidamente funcionando. Rompí la puerta, pero la cosa estaba hecha para durar. – ¡Joder!–Grité.

Remo probó suerte también, pero esa cosa era demasiado fuerte. Se sacudió, pero aparte de eso: nada.

De repente, la cabeza de Leona apareció ante nosotros. Sus ojos vagaron entre Remo y yo, pero ella no dijo nada. Probablemente había dejado de entenderme y a este mundo hace mucho tiempo. Hurgó con la llave en la cerradura hasta que finalmente la puerta se abrió,

liberándonos. Solté a Remo y salté de la jaula, jadeando ante el impacto. Estaría magullado por semanas.

Si Remo me dejara vivir tanto tiempo; Todavía se suponía que debía morir por mi traición. Remo aterrizó a mi lado y tomó un arma de un hombre caído en el suelo. –Adelante, tienes mi espalda,–ordenó como en los viejos tiempos. Presioné un beso en los labios de Leona. Me miró con una expresión inmóvil.

–Vamos a irnos,–suplicó ella. –Esta no es nuestra lucha.

Sonreí en tono de disculpa. –Esta siempre será mi pelea mientras Remo me lo permita. –La empujé por debajo de la jaula, donde no se la podía ver fácilmente. –Permanece allí. Es muy peligroso.

Ella asintió como si entendiera por qué tenía que hacer esto mientras se apretaba contra el lado de la jaula.

Remo y yo nos dimos la vuelta y luego hicimos lo que mejor hacíamos. Tomó otra hora romper el ataque. Los dos últimos atacantes se llevaron las armas a la cabeza para acabar con sus propias vidas antes de que pudiéramos ponerles las manos encima. Le disparé a uno de ellos en la mano antes de que él pudiera apretar el gatillo, luego estuve

sobre él. – Te arrepentirás del día que decidiste entrar a nuestras fronteras.

Él escupió en mis pies desnudos. –Vete a la mierda.

Remo río, luego tosió y escupió sangre en el suelo. –Así es como se verá tu saliva pronto también,–murmuró.

Dejamos que Nino y Savio llevaran al hombre a la sala de almacenamiento insonorizada. Adamo se recostó contra una de las cabinas, viéndose sacudido. Sostenía un arma en su mano y miraba a uno de los atacantes. ¿Fue este el día de su primer asesinato?

Podía sentir los ojos de Leona sobre mí mientras seguía a Remo para sacar detalles del atacante. Sabía que ella estaba horrorizada por lo que estaba haciendo. Pero ella sabía lo que podía hacer, y todavía estaba aquí.

Tardamos cuarenta minutos en obtener la información que necesitábamos, Remo y yo estábamos magullados, cansados, y necesitábamos tratamiento médico. No podíamos perder el tiempo en elaborados métodos de tortura. Por suerte, Nino hizo la mayor parte del trabajo. El hombre yacía en el suelo, jadeando. Remo se arrodilló a

su lado. –Así que déjame aclarar esto,—dijo con calma. El Outfit te envió a mi territorio. ¿Para qué?

El hombre sacudió su cabeza. –No lo sé. Estoy siguiendo órdenes. Tu territorio es más grande que el nuestro. Queremos una pieza. Este era un buen momento.

Remo asintió. –Jugando sucio. Me gusta.

Se puso de pie y me miró. Metí mi cuchillo en la garganta del lechón.

– Esto significa guerra. Si el Outfit cree que puede jugar fuerte, les mostraremos de lo que somos capaces.

Limpié el cuchillo en mis pantalones cortos con sangre. –Apuesto que sería interesante.

Remo levantó sus oscuras cejas. –¿Sería?

Me enderecé a pesar del dolor en mis costillas. –Se supone que debo morir, ¿recuerdas?

Remo y yo nos miramos fijamente por un largo tiempo. Nino y Savio intercambiaron miradas también. Me pregunté qué querían. A mi muerto. No podría decirlo, y ellos no eran los que decidían de todos modos.

Remo puso su mano sobre mi hombro, con ojos feroces y llenos de advertencia.—Esta vez te dejaré vivir. Probaste tu lealtad al poner una puta bala en la cabeza de mi enemigo cuando podrías haberme matado en su lugar. No vuelvas detrás de mi espalda, Fabiano. Esa vez no habrá un combate a muerte, solo te meteré una bala en el cráneo.

—Como deberías,—le dije, luego presioné mi palma de nuevo en mi costado otra vez.—Leona debe estar a salvo. Ella debe ser mía. La quiero a mi lado, quiero pasar mi vida con ella.

—Si es lo que quieres.

Asentí. —Ella me ha visto en mi peor momento, y todavía está aquí.

Remo me saludó con la mano. Él no podía comprender. —Ella es tuya, no te preocupes. Ahora ve con ella y que te haga una buena mamada como recompensa por tus problemas.

Puse los ojos en blanco y me arrastré por la escalera. Dudaba que la tomara hoy. Me dolía cada parte de mi cuerpo, pero estaba dispuesto a intentarlo.

En el momento en que regresé al bar, Leona saltó del taburete donde había estado esperando y corrió hacia mí, lanzando sus brazos alrededor de mi cintura. Jadeé por la punzada de dolor en mis costillas, mi hombro, mi mierda, todo mi cuerpo. Aflojó su agarre, ojos preocupados mirándome. Su cabello estaba por todo el lugar, y había un pequeño corte en el pómulos. Pasé la parte posterior de mi dedo índice sobre él. –Estás herida.

Ella se echó a reír. –¿Estoy herida? Estás sangrando y magullado. Pensé que morirías en esa jaula, y cuando desapareciste con Remo en el almacén, temí que no volvieras a salir,–susurró ella.

–Estoy bien,–le dije, y ella me miró. –Estoy vivo,–enmendé. Para que mi maldito cuerpo volviera a estar cerca de estar bien otra vez, eso tomaría un tiempo.

–Pero ¿qué hay de Remo? ¿No te matará?

¿No estaba ella también preocupada por su propia vida? Tal vez lo había olvidado, pero mi lucha también habría decidido su destino.

–Llegamos a un acuerdo. Me dio otra oportunidad. Joder, pensar que vería ese día.

–¿Lo hizo?–Leona expresó la incredulidad aún anclada en mi cuerpo.

La empujé en dirección a la entrada. –Ahora ven, quiero irme a casa.

Ella se congeló.–No vamos a casa. Necesitas ir al hospital. Remo debe haber roto todos los huesos de tu cuerpo.

–Rompí igual muchos de los suyos,–dije inmediatamente.

Leona negó con la cabeza, incrédula. –No me preocupo por él. Pero necesitas tratamiento.

Me incliné, mi boca se curvó a pesar del jodido corte en mi labio inferior. –Conozco el tratamiento adecuado para mí.

Ella apartó la cabeza. –No puedes ser serio.

Puse mi mano sobre su costado. –Estoy muerto en serio. ¿No cumplirás el deseo de un hombre moribundo?

Ella me empujó, enojada y medio divertida. Hice una mueca porque mi cuerpo me dolía como el infierno.–¡Lo siento!–Ella soltó, con los dedos pasando por mi pecho en una disculpa silenciosa.

–Casi te perdí, y mi puta vida, ¿no crees que merezco una recompensa?

Ella volvió a negar con la cabeza, pero su resolución se estaba derritiendo. Sus dedos se detuvieron en mis abdominales, el toque una mezcla de dolor y promesa.–Realmente no creo...

–No iré al hospital,–la interrumpí, luego enterré mi nariz contra su garganta –Quiero sentirte. ¿Quieres sentir algo más que este jodido dolor?

Ella abrió la puerta del pasajero de mi Mercedes para mí. Levanté mis cejas. –No puedes conducir.

Le entregué las llaves sin protestar, disfrutando de su sorpresa. – Entonces, tú lo harás.

Me di cuenta de que estaba aterrorizada de destruir mi auto. Como si eso me importara una maldita cosa. –Llévanos a nuestra colina, –le ordené cuando ella salió del estacionamiento.

Sus cejas se fruncieron de nuevo, pero hizo lo que le pedí. Después de que ella se estacionó, me levanté del auto y me dirigí hacia el capó. Me hundi y dejé que mis ojos se fijaran en mi ciudad. Leona se paró a mi lado. –¿Y ahora? –Susurró ella.

La tomé entre mis piernas y la besé suavemente, luego con más fuerza, pero tuve que apartarme cuando mi visión comenzó a girar. Intenté enmascarar mi mareo, pero los ojos de Leona se estrecharon.

–Tu cuerpo es un desastre, fabiano. Vamos al hospital. De todos modos, no hay forma de que puedas hacer nada ahora mismo.

Guie su mano hacia mi polla, que se estaba endureciendo bajo su toque.

Sus ojos azules se encontraron con los míos. –Así que cada parte de tu cuerpo está sufriendo, excepto él, –dijo ella, apretando mi polla a través de la tela. Me reí entre dientes y lo lamenté a la vez. –Eso parece.

–Claro, –murmuró ella dudosa. –Realmente deberías ir a ver a un médico.

–Lo haré, más tarde,–dije en voz baja. –Ahora quiero recordar por qué la vida es mejor que la puta muerte.

Se inclinó hacia delante una vez más, me besó dulce y casi tímida, como si algo en su mente la estuviera distraendo. Cuando ella se alejó, su incertidumbre había sido reemplazada por resolución.

Se deslizó por mis pantalones cortos, rozando varias heridas en el camino, y se arrodilló ante mí. Mi polla se sacudió ante la tentadora vista. No había esperado que ella lo hiciera después de lo que me había dicho acerca de que chupar la polla era degradante y todo eso, pero no iba a recordárselo. Envolvió sus dedos alrededor de la base de mi polla, abrió su boca y lentamente me tomó pulgadas por pulgada.

Jodido santo.

Había estado con tantas mujeres, pero cada experiencia con Leona superaba mi pasado. Ella se atragantó cuando mi punta golpeó la parte posterior de su garganta y rápidamente retrocedió un poco, y tuve que resistir el impulso de agarrar su cabello y sostenerla en su lugar para poder follar su dulce boca. En vez de eso,forcé mi cuerpo a relajarse bajo su suave lengua, le permití explorar y saborearme. Pero eventualmente necesitaba más, así que tomé el control. Comencé a mover mis caderas, deslizando mi polla dentro y fuera de su cálida boca cada vez más fuerte y más rápido.

Leona y yo podríamos haber muerto ya. Pero no lo estábamos. Levanté mis caderas hacia arriba, y ella me dejó. Luchó por tomar la mayor parte en mi boca, y la vista me jodió. Mis bolas se apretaron y grité una advertencia, pero Leona no se retiró y me liberé en su boca.

Fue el orgasmo más doloroso que he tenido, y, sin embargo, mientras observaba a Leona lamerse los labios con incertidumbre, decidí que también era la mejor.

Ella se pasó una mano por la boca, mirándome. Podía ver la vulnerabilidad en sus ojos.

La atraje hacia mí a pesar de la agonía que me atravesó las costillas, y necesitaba que ella se sacara de la cabeza que todo lo que hacía era degradarla y finalmente entendiera lo que sentía por ella, incluso si me costaba entenderlo a mí mismo. –Leona, nada de lo que hagas será degradarte. Y nadie más se atreverá a degradarte tampoco. –Suavicé mi voz. –¿Estás bien?–Pasé mi pulgar sobre sus suaves labios.

Pasó una mano por mi cabello sudoroso, manchado de sangre. – ¿Podemos estar juntos ahora? ¿Quiero decir de verdad?

–Podemos y lo haremos. Quiero que te mudes conmigo. Quiero unirme a mí, quiero evitar que te alejes siempre.–No fue romántico, no fue agradable. Pero no era ninguno de esas cosas.

–Entonces estoy bien.

Dejo escapar una pequeña risa, luego hice una mueca. Ella trazó ligeramente mis costillas, pero hasta eso dolía.

–Pero ¿por qué me querías en primer lugar? Me he estado preguntando sobre eso desde el principio, pero sabía que nunca me dirías la verdad de todos modos,–dijo.

–¿Y ahora crees que lo voy a hacer?

Ella trazó el corte debajo de mi pómulo.– Ahora estás bastante confundido. Creo que esta es mi mejor oportunidad.

–Te estás volviendo más astuta.

Ella se encogió de hombros. –La supervivencia del más apto, y todo eso. ¿O cómo lo llamaste?

Le puse la mano debajo de la camisa y el sujetador, y pasé el dedo índice por el pezón. Se arrugó inmediatamente bajo la caricia. Leona se lamió los labios y sus ojos se pusieron vidriosos. – ¿Por qué? – Repitió su pregunta anterior. Tiré de su pezón. Ella sonrió. – Deja de distraerme.

Deslicé mi otra mano por su muslo hasta la pierna de sus pantalones cortos. Mi pulgar apartó su tanga y se deslizó en su calor húmedo. Todavía estaba tensa, pero no había resistencia. Sus paredes se apretaron alrededor de mi dedo mientras lo deslizaba dentro y fuera lentamente. Ella gimió y comenzó a balancear sus caderas.

– ¿Por qué? – Dijo de nuevo mientras sacudía su coño contra mi mano. Cambié mi pulgar por dos dedos y me moví más rápido. Me levanté y levanté su camisa, luego cerré mis labios alrededor de ese perfecto pezón rosado. Probé el sudor en su piel. Ella había tenido miedo por mí, por nosotros. Le chupé el pezón con más fuerza. Ella jadeó, lentamente deshaciéndose. Agregué un tercer dedo y ella me arañó los hombros, su expresión era una mezcla de éxtasis e incomodidad. El dolor se disparó a través de mí cuando sus dedos se clavaron en la piel magullada, pero se sentía jodidamente bien. Empujé mis dedos más fuerte y más rápido dentro de ella, disfrutando de su estrechez, su humedad, sus gemidos. Joder, esos sonidos sin aliento eran música para mis oídos. Sus paredes se cerraron sobre mis dedos y echó la cabeza hacia atrás, dejando escapar un largo gemido. Solté su pezón y observé cómo mis dedos se deslizaban dentro y fuera de ella. Su agarre en mis hombros se aflojó. Lentamente sus ojos se abrieron y ella me miró. Seguí moviendo mis dedos dentro y fuera de ella muy lentamente, dejándola salir de las últimas oleadas de placer.

– Porque no me juzgaste. No me conocías. No entraste en nuestra relación con la esperanza de sacar algo de esto.

Leona sonrió. –Pero tengo algo fuera de eso. Te tengo.

Negué con la cabeza hacia ella. Lentamente deslice mis dedos fuera de ella.–No sabes lo que es bueno para ti.

Ella soltó un pequeño suspiro, luego levantó un hombro.–Lo bueno está sobrevalorado.

La besé de nuevo, probándome en ella.

– Casi mueres hoy por mí, – susurró ella.– Nadie ha hecho algo así nunca. La gente puede seguir diciéndome que me mantenga alejada de ti si lo desean, pero eso no hará que te ame menos.

Mi cuerpo se tensó ante su admisión. El amor era algo peligroso, algo que había llevado a los luchadores más duros a arrodillarse. La debilidad era algo que no podía permitirme, no si quería quedarme en el lado bueno de Remo. Pero el amor no era una elección. Era como una puta tortura. Algo que te pasaba y que no podías detener. Era la única forma de tortura que no podía resistir.

Me quité un rizo sudoroso de la cara, preguntándome cómo podría haber puesto una lágrima en la impenetrable fachada que había construido desde que mi padre me había abandonado. Ella, con su irritante ingenuidad, su tímida sonrisa. En mi vida había visto a las personas que me importaban dejarme una tras otra. Me juré a mí mismo que nunca permitiría que nadie más entrara en mi corazón. Y ahora Leona lo había cambiado todo.

—Tu expresión es un poco perturbadora. ¿Qué está pasando?

Sacudí la cabeza con exasperación. No había tenido miedo de nadie en mucho tiempo y aquí estaba siendo un puto coño sobre esto. —Joder,— suspiré. —Te amo.

Dio un pequeño paso hacia atrás, el asombro reflejándose en su hermoso rostro. —No pensé que lo dirías.

—¿No pensaste que te amaba?

Ella se echó a reír, luego volvió a meterse entre mis piernas, acercándonos y enviando una punzada de dolor a través de mi cuerpo por el movimiento, pero no me importó nada. Si no pensara que podría empujar una de mis costillas rotas en mis pulmones, la habría follado en ese momento. No, le haría el amor, Dios me ayudara.

–Después de que aceptaste un combate a muerte, estaba bastante segura de que lo hacías,–dijo con una pequeña sonrisa. –Pero no pensé que lo admitirías.

A veces olvidaba lo bien que había llegado a conocerme. Que ella todavía quisiera estar conmigo llenó mi corazón con una extraña sensación de confort, pero al mismo tiempo con un miedo profundo que no había sentido en mucho tiempo. La idea de un combate a muerte con Remo no me había asustado, la muerte y el dolor no, pero el amor de Leona y mi amor por ella me asustaban una y otra vez. Pero era algo con lo que tenía que lidiar, porque Leona no iba a ninguna parte y no dejaría de amarla.

CAPITULO 26

Las heridas y cortes de Fabiano se habían curado. La Arena de Roger se había renovado, pero ya no estaba trabajando para él. Fabiano no quería que lo hiciera. Después de todo, ahora yo era oficialmente su chica. Incluso mi madre finalmente había dejado de vender su cuerpo porque ya no tenía que hacerlo. Ella conseguía su cristal de Fabiano. La camorra tenía más que suficiente de las cosas tóxicas. No era lo que quería para ella. Todavía deseaba que dejara de tomar la mierda por completo, pero era todo lo que podía hacer por ella. El resto era su elección.

De repente la gente me trataba de manera diferente. Con respeto, no por quién era yo, sino por a quién pertenecía: el Enforcer de la Camorra.

En cierto sentido, era agradable, pero aun así hubiera preferido que la gente me respetara por mis propios logros. Un día tal vez.

Me senté tranquilamente junto a Fabiano, viendo a Nino Falcone destruir a su oponente en la jaula de combate. Remo se sentaba en la misma mesa, pero preferí ignorarlo. Él estaba siendo civilizado conmigo desde la lucha a muerte. Y, a su vez, lo trataba con el respeto que esperaba como Capo. Lo hacía por Fabiano, y porque no era suicida. Pero nunca me caería bien. Demasiada poca humanidad

quedaba en él, si es que había estado allí en primer lugar. Sus dos hermanos también estaban en la mesa. Savio, que silbaba cada vez que su hermano daba un golpe, y Adamo, que parecía hundido en sí mismo, ni una sola vez mirando hacia la jaula.

Fabiano trazó una mano por mi muslo, sorprendiéndome. Mis ojos se encontraron con los de él, luego rápidamente escanearon nuestros alrededores. Las personas estaban fascinadas por la pelea y no prestaban atención a lo que estaba pasando debajo de nuestra mesa.

Fabiano volvió su atención a la lucha también, pero siguió acariciando el interior de mi muslo. Nino arrojó a su oponente a la jaula y la habitación explotó con aplausos. Fabiano deslizó su mano debajo de mis bragas, encontrándome excitada como de costumbre cuando me tocaba. Se inclinó, su aliento caliente contra mi oído. –Espero que esto no sea por Nino,–dijo con voz ronca.

Rodé mis ojos.

–Esta noche voy a follarte en esa jaula.

Metió un dedo entre mis pliegues y tuve que reprimir un gemido. Los ojos de Remo se deslizaron hacia mí y rápidamente cerré mis piernas, forzando a Fabiano a retirar su mano. Él sonrió, luego comentó un movimiento que hizo Nino con su pierna como si nada hubiera pasado.

Con un chasquido audible, Nino rompió el brazo de su oponente. Adamo echó hacia atrás su silla y se puso de pie, con los ojos desorbitados, luego se dio la vuelta y se apresuró hacia la salida. No estaba segura de por qué, pero empujé mi propia silla hacia atrás y lo seguí. Él era un Falcone. El hermano de Remo, pero también tenía trece años. Y obviamente estaba lidiando mal con lo que había pasado las últimas semanas. Lo alcancé en el estacionamiento, con la mano en la puerta de un Ford Mustang rojo y elegante.

—¿Tu coche?—Pregunté en tono de broma.

—De Remo,—dijo Adamo, retorciéndolo las llaves del auto entre sus dedos.

—¿Te deja conducirlo?—Dudé que alguien dejara que un niño de trece años manejara un auto en Las Vegas, pero Remo no jugaba exactamente según las reglas.

Adamo volvió sus ojos enojados hacia mí. —No, él probablemente me pateará el trasero. Robé la llave.

— Oh. — Todavía me estaba mirando, aun girando la llave como si necesitara la menor razón para quedarse. Me acerqué un paso más. —No me gustan las peleas de jaula. Demasiado brutales.

–No es tan brutal como la vida real.

La vida de la mafia. Su vida, y ahora también la mía. –Sueño con el ataque. Y sobre las horas previas, el miedo a la muerte coincidiendo.

Miró la llave en su mano. –Le disparé a alguien.

–Lo sé,–dije en voz baja y di otro paso adelante. Puse mi mano sobre su antebrazo a la ligera. Sus ojos se alzaron. Sólo trece y se veían ya cansados. –Fue en defensa propia.

–No siempre será así. Soy un Falcone. Pronto seré un camorrista.

–Cierto. Pero quien dice que tendrás que lastimar a la gente. Podrías hacer carreras callejeras. Es una gran parte del negocio, ¿verdad? Por lo tanto, sería bueno que un Falcone muestre lo que puede hacer. He oído que ya eres bastante bueno.

Sus labios se torcieron. –Sí. Pero Remo cree que soy demasiado joven.

– Una vez que seas admitido, estoy segura de que cambiará de opinión. Si puedes manejar un arma, puedes correr un auto, ¿no crees?

Sacudió la cabeza lentamente. – Remo atacará al Outfit en retribución. Necesitará un luchador, no un piloto de carreras.

Me había dado cuenta de los crípticos comentarios de Fabiano en los últimos días. Las cosas se pondrían difíciles muy pronto. –¿Por qué no vuelves dentro? Robarle el auto a tu hermano no te hará ningún favor.

Sus ojos se movieron entre el auto y la barra, luego cerró la puerta. Nos giramos y nos dirigimos hacia la entrada, donde Fabiano estaba esperando con los brazos cruzados sobre el pecho.

Adamo se estremeció.

–¿Nos has estado espiando?–Pregunté.

Él se empujó fuera de la pared. –Ambos tienen la inclinación de meterse en problemas.

Resoplé

Fabiano captó la mirada de Adamo y le puso una mano en el hombro. – Correr no ayudará.–Él puso su dedo índice contra la frente de Adamo. –

No se puede correr de lo que hay allí. El arrepentimiento y la culpa te seguirán. –Fabiano tocó la muñeca de Adamo y el chico asintió, como si entendiera.

Fabiano despeinó su cabello. Adamo se retiró en protesta, luego Fabiano fingió un ataque y se produjo un enfrentamiento. Después de un momento, Fabiano empujó a un Adamo sonriente hacia la puerta.– Adentro.

Adamo entró en el bar y lo seguimos. Los ojos de Remo se enfocaron en nosotros de inmediato. Su hermano colocó la llave delante de él, y luego se dejó caer en su silla.

Fabiano y yo nos sentamos, y él tomó mi mano debajo de la mesa, entrelazando nuestros dedos.

Remo se inclinó hacia mí y me tensé. Fabiano apretó mi mano en apoyo, pero sus ojos estaban en la pelea. –¿Qué hiciste para evitar que se marchara?

Tomó esfuerzo mantener los feroces ojos oscuros de Remo. –Traté de hacerle ver la luz en la oscuridad.

–¿Como lo hiciste por él?–dijo con una inclinación de cabeza. No era una pregunta.

Miré a Fabiano, pero sus ojos seguían los movimientos de Nino en la jaula, al menos así parecía. Antes de que Remo se diera la vuelta, un gesto de reconocimiento pasó por su expresión.

No pensé que hubiera estado hablando en serio, pero Fabiano y yo éramos los últimos clientes en el bar. Cheryl limpió el mostrador, mirándonos con cansancio.–Deberíamos irnos también.

–Te dije que te tendría contra esa jaula esta noche.–Se volvió hacia Cheryl y levantó la voz.–Puedes irte. Tengo las llaves. Cerraré más tarde.

Cheryl dejó la tela, recogió su bolso y pasó junto a nosotros. Ella había estado distante desde que estaba oficialmente al lado de Fabiano.

Tomó mi mano y me puso de pie, luego me llevó hacia la jaula en el centro. Mi núcleo se tensó de anticipación cuando saltó a la plataforma y me arrastró. Me metí en la jaula, luego oí el cierre familiar de la puerta cerrándose. Un agradable escalofrío me recorrió la espalda. Fabiano se presionó contra mi cuerpo por detrás, su erección se clavó en mi

espalda baja. Arquee mi trasero contra él, necesitando sus manos sobre mí. Después de sus breves bromas durante la pelea, había sido difícil captar un pensamiento directo. Me sacó el vestido por encima de la cabeza y lo dejó caer al suelo, luego me bajó las bragas.

Fabiano me impulsó a seguir adelante con su cuerpo hasta que no tuve más remedio que apoyarme contra la jaula. Pasó sus manos por mis hombros y por mis brazos, luego agarró mis manos y las levantó por encima de mi cabeza. Uní mis dedos en la malla de la jaula cuando Fabiano presionó mi cuerpo contra el frío metal. Mis pezones se endurecieron de inmediato. La sensación del acero implacable contra mis pechos y los músculos igualmente implacables de Fabiano era extrañamente erótica. Dio un paso atrás y resoplé en protesta, pero cuando miré por encima de mi hombro lo vi bajar su bóxer. Su polla ya estaba dura para mí. Me estremecí en anticipación. Había hambre en sus ojos y una emoción más cálida que ya no trataba de ocultar. Sus movimientos eran ágiles y peligrosos mientras caminaba hacia mí. Luchador y asesino, y él era todo mío. Volví a la jaula y apoyé la frente contra ella.

Él deslizó una mano entre mis muslos y los instó a separarse. Cumplí con entusiasmo, luego esperé a que sus dedos me enviaran al cielo. En su lugar, sentí su punta presionando contra mi abertura. La sorpresa me llenó, pero luego arquee mi trasero para mostrarle que no me importaba que se saltara los juegos previos. Estar en una jaula con él era todo el juego previo que necesitaba. Pero él no me empujó. En cambio, corrió su punta desde mi abertura hasta mi clítoris y volvió

otra vez. Gemí, arqueándome contra él por más fricción. Mis pezones se frotaban contra el metal deliciosamente.

Y luego me empujó con un fuerte empujón. Grité, mis dedos se aferraban dolorosamente a la malla. Él se deslizó dentro y fuera. Su mano se deslizó sobre mi estómago y bajó hasta que sus dedos rozaron mi clítoris. Volví a gritar y él me empujó aún más fuerte. Sus dedos establecieron un ritmo lento mientras me jodía rápido. Mis dedos en la malla se apretaron dolorosamente cuando una oleada de placer me recorrió. Grité su nombre, medio delirante por la fuerza de mi orgasmo. Tuve problemas para mantenerme erguida. Mis dedos se aflojaron en la malla, y las manos de Fabiano cubrieron las mías, uniendo nuestros dedos y sosteniéndome.

Su pelvis golpeó mi trasero de nuevo. Yo gemí. Las sensaciones eran casi demasiado, pero Fabiano no tenía piedad. Su pelvis golpeó mi trasero una y otra vez mientras se hundía aún más dentro de mí. Los puntos bailaban ante mi visión. –Oh dios,–jadeé. Su siguiente empuje me catapultó a un dulce olvido, una oscuridad de sentido aumentado y un placer abrumador.

Me dio la vuelta y me bajó al suelo, luego levantó mis pies a sus hombros y levantó mi trasero. Su punta descansaba contra mi carne sensible. Sus ojos azules parecían desquiciados. Fuera de control. Por una vez. Se deslizó dentro de mí lentamente, luego volvió a salir. La forma en que sostenía mis caderas hacia arriba podía ver su erección

deslizándose entre mis pliegues mientras sentía que mis paredes cedían ante él. Los músculos de Fabiano se flexionaron cuando se tomó su tiempo deslizándose dentro y fuera de mí. No pensé que fuera capaz de otro orgasmo después del último, pero ver la polla de Fabiano enterrarse en mí, me excitó aún más.

Comencé a temblar. Fabiano sonrió oscuramente y separó mis pliegues con sus pulgares, revelando mi clítoris. Si me tocaba allí, me caería en pedazos. Pero no lo hizo. Solo vio su polla deslizarse hacia adentro y afuera, sus pulgares muy cerca de donde más necesitaba su toque.

Extendí la mano, demasiado desesperada por mi próximo lanzamiento para esperar que él hiciera un movimiento, pero me atrapó la muñeca. Levantó la palma de mi mano contra su boca y presionó un beso con la boca abierta sobre mi carne, sacando su lengua y lamiendo el sudor. Gruñí por la sensación mientras viajaba hasta mi clítoris. – Fabiano, –le rogué. –Deja de torturarme.

La sonrisa de depredador. –Pero es lo que mejor hago.

Dios bueno. No había manera de que yo no fuera a ir al infierno por esto. Y ni siquiera podía fingir que me importaba. Se deslizó dentro de mí otra vez y luego, afortunadamente, capturó mi clítoris entre sus dedos y lo hizo girar entre ellos. Yo me deshice. Mis omóplatos se arquearon dolorosamente contra el piso, mis uñas en

busca de apalancamiento. Y luego Fabiano me siguió con una maldición y un gemido. Forcé mis ojos abiertos, necesitando verlo. Tenía echada la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados. La vista más increíble de la historia.

Lentamente bajó la cabeza y me miró, torciendo los labios con ironía.— Realmente te corrompí. Ni siquiera estabas preocupada de que alguien pudiera entrar y vernos a nosotros.

Volví la cabeza hacia un lado. El bar estaba desierto, pero por supuesto él tenía un punto. No habíamos cerrado las puertas, y no sería la primera vez que Roger pasaba la noche en su oficina.

Me tapé los ojos con la mano, tratando de recuperar el aliento. Fabiano me tomó la muñeca y se quitó el condon, luego me levantó y me senté a horcajadas sobre sus piernas. Envolví mis brazos alrededor de su cuello, buscando en sus ojos la confirmación de que estaba de acuerdo con que yo disfrutara esto tanto.

—Valías la pena, ¿sabes?—Me acarició el cuello y sonreí para mí.

—¿Qué exactamente?—Susurré.

—El dolor, la espera, la ira de Remo. Todo.

Aquí fue donde empezó todo. Donde mis sueños de una vida ordinaria terminaron y algo más, algo igualmente bueno, me di cuenta ahora, había comenzado.

–Te amo,–suspiré.

–Y yo también te amo,–dijo, y las palabras aún sonaban extrañas en sus labios.

Toqué el tatuaje en su muñeca.–Más que a esto.

–Más que a esto.–Pero como sabía que amaba a la Camorra, y amaba a Remo como a un hermano por cualquier razón inexplicable, nunca le pediría que eligiera.

Él apartó mi cabello de mi frente sudorosa. –Debes comenzar a buscar los formularios de solicitud para la universidad. La Universidad de Nevada es un buen lugar para comenzar.

Me retiré. –No tengo el dinero.

Fabiano sonrió. –Yo podría hacer un buen uso de todo el dinero de sangre en mi cuenta. La camorra todavía necesita un buen abogado. ¿Porque no tu?

No me lo podía creer– ¿Lo dices en serio? –No me atreví a esperar haberlo entendido bien.

El asintió.–Pero tengo que decirte que tiene que ser en Las Vegas. No puedo dejarte ir, siendo un bastardo posesivo y todo eso.

Lo besé, la excitación creció a través de mí.

–Mi posesividad nunca te ha emocionado tanto antes,–dijo con ironía.

Negué con la cabeza, teniendo dificultades para formar las palabras para expresar mi gratitud.–No quiero irme de Las Vegas. Porque Las Vegas es tu hogar y tú eres mío.

Él me atrajo en un doloroso abrazo y me hundí en él. Mi protector.